MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 1

OBRAS COMPLETAS

TEXTOS AUTOBIOGRAFICOS y DE LA PATRIA CHICA

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1988

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Caracas/Venezuela/1989
ISBN 980-231-082-4 OBRAS COMPLETAS
ISBN 980-231-083-2 TOMO 1

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 1

OBRAS COMPLETAS

TEXTOS AUTOBIOGRAFICOS y DE LA PATRIA CHICA

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1988

COMISION EDITORA

Reinaldo Leandro Mora
Presidente del Congreso

José Rodríguez Iturbe
Vicepresidente del Congreso

José Agustín Catalá
Director General

Fundación "Mario Briceño-Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera
Emma Alemán Stopello

SUMARIO

Pág.

Introducción General de las **Obras Completas**, por el Dr. Miguel Angel Burelli Rivas IX

Criterios de selección y ordenamiento del volumen 1 LXI

OBRAS COMPLETAS - VOLUMEN 1
Textos Autobiográficos y de la Patria Chica

APUNTES DE MI PRISION 5
APOLOGIA DE LA CIUDAD PACIFICA 25
MI INFANCIA Y MI PUEBLO 41
ASI HA SIDO MI VIDA 105
EN TONO DE CUENTO 119
PRIMERA LECCION PARA MIS NIETAS DESTERRADAS 141
PEQUEÑO ANECDOTARIO TRUJILLANO 149
POR LA CIUDAD HACIA EL MUNDO 341

Indices del volumen 1
Indice onomástico y toponímico 393
Indice de materias 421

INTRODUCCION GENERAL DE LAS OBRAS COMPLETAS

Dr. Miguel Angel Burelli Rivas

La tierra trujillana, breve, más bien áspera, dividida en valles angostos, agrios montes, mesetas inclinadas y cálidas llanuras, contuvo grandes figuras de la guerra, la política y las letras que parecían surgir de un mayor escenario, tales fueron el ímpetu de su hazaña, la extensión de su esfuerzo, la mira de sus ideales.

Desde la minúscula capital, especie de nido o de refugio, esculpido donde a la postre habría de quedar, a salvo —se creía— de filibusteros y piratas, ¡cuántos nombres proyectaron al mundo la fábula de la ciudad!

Entre ellos, sobresaliente de la nómina por la constancia de su desvelado amor, Mario Briceño Iragorry sintió y entendió temprano que así como todo árbol tiene úna raíz que lo nutre y lo sostiene, así el hombre necesita un sustrato peduncular que lo fije y sustente. Podrá el árbol airosamente hilar las nubes con su copa, estremecerse con las tempestades, servir de asamblea, hogar y banquete a las aves del cielo. Abajo, penetrando cada día el oscuro suelo y extrayendo del mismo las sustancias nutricias, en un proceso de ingenio y de fuerza, las raíces explican el orgullo de las ramas. De ese modo, el individuo, por muy altas y lejanas cumbres que alcance, será siempre una expresión, un vagido, un eco de su cuna original: "Naturaleza da una sola madre y da una sola patria", escribió Andrés Bello con el alma nostálgica volcada hacia el Avila. Y Francisco Luis Bernárdez asegura que "lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene sepultado".

"La historia de mi madre, que es parte substancial de la historia de mi vida, está unida placentariamente a Trujillo. Para conocerme a mí mismo he buscado, pues, el hilo materno que me enlaza moralmente con el pasado de mi pueblo. Para saber quién soy y para saber lo que es la gran patria venezolana, tuve que empezar por buscarme a mí y por buscar mis raíces venezolanas en el suelo y en la historia de Trujillo". (1)

Hizo muchas cosas Mario Briceño Iragorry. Escribió historia, ensayos, biografía, política. Fue catedrático y empleado público en ramos bien diversos. Representó al país ante gobiernos extranjeros. Tuvo la vocería de su provincia natal en el Congreso y presidió el Cuerpo Legislativo de la República en un momento cenital de la libertad y de la esperanza. Gobernó una vasta porción del país. Alzó voz y gesto contra la opresión y padeció como hombre entero las consecuencias. Y siempre, mañana, tarde y noche de su vida, el pensamiento, el sabor, el recuerdo casi olfativo de su ciudad lo acompañaban para guiar sus pasos y orientar su rumbo.

Visceral llamaba esa pasión suya por el solar nativo, a través del cual se insertaba a la patria y al universo con desbordado interés de ser humano.

Pocos escritores tomaron, como él, tribuna en su propio lugar de origen para otear el mundo y describirlo integralmente desde la circunstancia de su hontanar personal. Por tanto, soslayar lo que Trujillo significó para Mario Briceño Iragorry es errar en la interpretación de su obra y su conducta, construidas en torno de ese amor avasallante y ejemplar.

Es —o era— Trujillo, por supuesto, una de las provincias que el 5 de julio de 1811 proclamaron la independencia nacional. De las más pequeñas y, en el contexto andino de la nueva República, la más antigua, como que antes del 8 de septiembre de 1777, hacía de límite

---

(1) **Mi infancia y mi pueblo.** *Obras Selectas.* Caracas, Edime, 1954, p. 144.

con la Nueva Granada y permitía que hasta esa fecha los trujillanos se consideraran gente fronteriza, algo así como los tachirenses de entonces.

Pero Trujillo era diferente de Mérida y del Táchira. La dispersión territorial de los cuicas y timoto-cuicas y la acción de los encomenderos —una y otra determinadas por la caprichosa geografía del Estado— estableció desde el comienzo de la Colonia coordenadas de poder y de influencia a favor de los enclaves topográficos. En este valle, una autoridad; aquel páramo inaccesible, la jurisdicción de un cacique. De pronto, caciques y caudillos dominaron la vida trujillana. Todo el pasado siglo y el comienzo de éste se llenan con la acción y la leyenda de caciques y caudillos que por la influencia social saltaron al poder político, y a quienes es demasía condenar hoy, pues respondían a una necesidad de disciplina y rumbo y consejo y jerarquía, antes de que las carreteras y la luz eléctrica, los teléfonos y la radio, abreviando las distancias, trazaran otras coordenadas.

Uslar Pietri ha escrito que es el caudillo la más auténtica creación de la sociología hispanoamericana. Otros sociólogos, como Vallenilla Lanz y Arcaya, explican su necesidad en el caos de la desorganización primitiva y en la anarquía de los instintos políticos.

Trujillo fue, hasta nuestra infancia, comarca propicia a aquella forma de conducción y autoridad; y es injusto —repito— pechar a nuestros antepasados por tolerar semejantes formas del poder, porque en medio de todo eran relaciones genuinas, inocentes las más, las que existían entre el caudillo y su entorno.

Si en la clásica figura feudal el siervo era un semoviente más en las propiedades del señor, sujeto a los tributos, obediencia y lealtad por éste unilateralmente establecidos, en la tradición secular de Trujillo el vínculo no era, en realidad, gravoso. El caudillo exigía segura lealtad para la eventual empresa de la guerra, a la que podrían conducir las preferencias políticas. A cambio de ella ofrecía protección y tuición cuasi paternales, traducidas en orientación

sobre las cosas más contingentes: la siembra, el matrimonio, la colocación de las cosechas. La protección consistía muchas veces, además, en alojamiento y sustento, en extraer al fiel de la cárcel cuando delinquía, en munirlo contra el parcial de otra bandera.

Los barones de la política, la tierra y la guerra, que en Trujillo se llamaron Baptistas, Araujos, González, Saavedras, Daboines, tenían territorios demarcados, circunscripciones montañosas que comprendían los páramos, gargantas y valles de los Distritos Boconó, Urdaneta, Valera, Carache, Escuque y Trujillo. Es decir, todo el Estado, salvo, acaso, el Distrito Betijoque donde, si no espigaron grandes figuras de caudillos territoriales, había al menos caciques y gleba disponible.

En la capital, minúscula pero engolada y garbosa, repercutían, desde luego, las contradicciones y los afanes caudillescos. Era la meta del poder regional y allí se libraba la decisiva batalla política. Los doctores, letrados, bachilleres y procuradores que constituían el cerebro de la administración, servían la excelente enseñanza primaria y secundaria y constituían el pulcro círculo intelectual, se encargarían de poner música a la prosa de los caudillos triunfantes, de guiar sus pasos, de escribir sus proclamas, de redactar su correspondencia con el gobierno central.

Ello hacía que la capital, con tan magras circunstancias de espacio y población, sin vida económica propia, fuera, como ciudad, un modesto establecimiento burocrático cuyos habitantes dependían directamente de los sueldos, salarios, compras, becas y pensiones que dispensaba el gobierno. Era, pues, inevitablemente, una población gobiernista. Unas veces en la esfera de los Baptista, otras, en la de los González, casi siempre atenta a la influencia de un patriarca doblado en caudillo civil previsor, respetable y sagaz, que era Don Juan Bautista Carrillo Guerra, a quien Mario Briceño Perozo describe como "Don Juan de Trujillo".

En pocos lugares del país se dieron, como en Trujillo, los caudillos letrados que en gesto de acatamiento anteponían el título de Doctor

al de General. El Doctor y General Leopoldo Baptista, por ejemplo, tenía su contrahombre para las pugnas regionales en el Doctor y General Rafael González Pacheco —conservador el uno, liberal, el otro— a cual más gallardo y popular, como que el arrastre de ambos los convertía en leyenda viviente de la epopeya local.

De San Lázaro, castizo, deleitoso pueblo del término político del Distrito Trujillo, eran oriundos los Briceño Valero que mudarían a la capital su asiento y donde Jesús, el mayor, se incorporaría a la burocracia en funciones de secretaría, para las cuales estaba preparado. Sus hermanos serían pedagogos famosos. Jesús, quien también sirviera a la docencia, fue atraído definitivamente por la función oficial. O la política.

A Trujillo había llegado, siglos atrás, desde la castellana Arévalo, hontanar de su sangre, Don Sancho, el fundador oficial de la progenie llamada a multiplicarse y difundirse extraordinariamente, al punto que en Trujillo, por ejemplo, era apellido común en todos los estratos de una pequeña sociedad necesariamente estratificada. A propósito se refiere —y lo recoge también Don Mario— que cierta tarde, de paseo por la ciudad el Libertador, en compañía de Briceño Méndez, quiso gastarle una broma con la afirmación de que toda la gente era de ese apellido. Pasó luego al lado de un campesino con su carga de pasto y Bolívar lo saludó como a Briceño, lo que confirmó el saludado, para delicia del Libertador que así lo acreditó ante el Secretario.

Los Briceño de Venezuela tenían a honra que Bolívar fuera Briceño. No ellos Bolívar.

Los Briceño Valero eran de alta talla, piel extremadamente blanca y rosada, cabello negro y dulces maneras que la cultura, a la cual los indujo la madre Narcisana Valero Salas, había suavizado aún más. Avecindados en Trujillo, Jesús, quien se había graduado de Bachiller en el Colegio Federal de la ciudad, contrajo matrimonio con María Iragorry, cuya sangre vasca dominaba en su carácter hasta destacar la personalidad de que habría menester cuando la viudez precoz la

dejara con cinco hijos pequeños a quiénes levantar y educar. Trasladado más tarde a Maracaibo como Secretario General de Gobierno de aquel Estado, moriría en 1909, cuando el hijo mayor —nuestro personaje— ajustaba apenas doce años.

No puede decirse que era Doña María Iragorry una viuda enteramente desvalida. Pobre, sí, y mucho más, con la "pobreza" recatada y digna de antes, que se recogía en su orgullo y acrecía las virtudes puerta adentro de la casa romana. Pobre, sí, mas con la condición antigua de la pobreza que permitía ser, sin embargo, socialmente principal, porque la decencia de las costumbres y las virtudes esenciales valían más, al menos tanto como una fortuna. Pero tenían —como ella misma solía decir— buenas "vías respiratorias", esto es, familiares distinguidos y pudientes. Uno de ellos era el Doctor Victorino Márquez Bustillos, casado con su hermana Enriqueta y hombre de pro en la política desde la juventud, cuando, apenas de treinta años largos, fuera Presidente del Gran Estado Los Andes bajo el gobierno nacional de su pariente, el Doctor Raimundo Andueza Palacios.

Era Márquez Bustillos oriundo de Guanare, de donde emigró su familia, como incontables familias más de los Llanos, al refugio de la Cordillera andina, exenta de los estragos de la Guerra Federal. Creció, pues, en Trujillo, formó parte del establecimiento político, amplió su radio a los Andes y se convirtió en figura nacional al ocupar el Ministerio de Guerra y Marina, la Gobernación de Caracas y la Presidencia Provisional de la República de 1914 a 1921, y no con la precariedad de un lado, ni la desmesura, del otro, que signaron el ejercicio de otro presidente provisional después de él.

Cabe recordar aquí que Márquez Bustillos fue tal vez el único político importante de su tiempo que no sufrió un solo día de prisión o el exilio, que eran tributo obligado de los políticos venezolanos. Bien hábil e inteligente aparece en el cuadro de nuestros acontecimientos públicos, y a él se atribuye el desquiciamiento, desde Caracas, de los caudillos trujillanos, cuya final fulguración sería bajo el régimen del Presidente López Contreras cuando, uno

tras otro, los caudillos mayores al pasar por el Gobierno regional fueron rebasados por la realidad de una impaciencia social exigente y nueva.

Cuando Mario Briceño Iragorry iniciaba su adolescencia ingresó a la Academia Militar y allí tuvo como compañeros a los cadetes Isaías Medina Angarita y Juan de Dios Celis Paredes. No era ciertamente la milicia su vocación, y tras graduarse de Bachiller fue a Mérida y a su Universidad para iniciarse en el estudio del Derecho.

Para entonces era ya librepensador y agresivo debatidor de ideas en los círculos intelectuales de Mérida, escritor y empleado público para costear sus gastos de estudiante.

A Mérida y a su universidad acababa de llegarle aire nuevo del mundo con el novísimo y osado Rector Diego Carbonell, quien removió hasta sus cimientos la vida universitaria y social de la apacible urbe serrana. La discusión de nuevos temas, el gimnasio intelectual que suscitaba la mejor emulación, estaban a la orden del día. Nada más apropiado a la curiosidad desafiante e iconoclasta de Don Mario.

En Mérida se doctoró, se casó y comenzó a mudar de ideas bajo el influjo de un joven amigo, quien sería su vitalicio hermano intelectual: Caracciolo Parra León, nacido en 1901 y muerto en 1939. Briceño Iragorry explicaba que el luto inmancable de su corbata lo comenzó a llevar desde la muerte de ese amigo.

No es sólo Parra León su contertulio de todos los días. Sus otros amigos son Roberto Picón Lares, Mariano Picón Salas, Diego Carbonell, Monseñor Dubuc, quienes en la ciudad universitaria animaban la vida cultural. También el seminarista José Humberto Quintero, otro amigo vitalicio, a quien le toca examinar en Filosofía. Ante cierta sonrisa del examinando, el examinador, severo, diagnostica mal: "eres como Juliano el Apóstata".

En 1921, graduado de Abogado y enamorado, vuelve a Caracas y a la Cancillería. Alterna su ocupación burocrática con la docencia y la literatura. Publica su primer libro: **Horas.**

Al casarse en 1923 con Josefina Picón Gabaldón, musa, asidero e incomparable soporte de sus luchas, desventuras y sueños, es nombrado Cónsul General en Nueva Orleans, donde pasa dos años. De retorno al país publica **Ventanas en la noche** y **Lecturas Venezolanas** e insiste en Trujillo y en el gobierno. Es Secretario General y Encargado de la Presidencia. Luego será Gobernador de Valencia, Secretario de la Universidad Central, académico, diplomático otra vez, Profesor. Sin holgura económica jamás, vivirá al día de su sueldo, que los prodigios hacendísticos de la esposa multiplica.

No es de este tiempo, sino de posteriores años, la copiosa producción sobre Trujillo. Ahora es preciso acreditar las tesis sustanciales de la nación. En 1933 publica los **Tapices de Historia Patria,** que es la mejor y más racional explicación de nuestro proceso raizal. Claro está que en las lúcidas explicaciones acerca de la urdimbre de la colonización y la formación de la sociedad y sus instituciones, la vivencia trujillana fue definitiva.

En efecto, sus investigaciones para describir la cultura timoto-cuica, la arqueología y la etnología venezolanas y la genealogía de Cristóbal Mendoza le permiten profundizar en la esencia de su terruño.

En la niñez y la adolescencia ha visto apenas la ciudad arreglada y circunspecta, donde las clásicas costumbres y el señorío de España aún perviven en medio a los recuerdos de glorias y de próceres. Todavía quedaban conventos coloniales, hábitos monjiles, una cocina auténtica, una respostería deliciosa, un claro donaire de la vida.

Era ya, eso sí, Trujillo, provincia de éxodo incontenible, cuyos hijos nacen con el síndrome del emigrante, como parecía expresarlo el canto melancólico de Nazaria, la cocinera de la casa de Don Mario:

"Me voy de esta tierra, distante,
a buscar mi perdido sosiego,
donde nadie sepa que muero
y donde nadie llore por mí".

Más numerosa afuera que en su recinto de siete mil kilómetros cuadrados, la comunidad de trujillanos no deja, empero, de ser eso: una comunidad aventada a los cuatro rumbos del país, identificada con su tierra, pero entre sí insolidaria, orgullosa a su modo, mas corroída por la incuria, esa incuria que ha trocado en campamentos de chozas de zinc los hermosos pueblos de casas de tejas, donde vivía la tradición más como motor que como el ancla que es hoy. Y eso que el Jefe Unico se sustituyó a su tiempo, como caudillo universal, a los tantos caudillos en quienes creímos personificada la rémora de nuestra sociedad.

* * *

En los volúmenes sucesivos de las Obras de Don Mario que ahora se editan por voluntad del Congreso de la República, se incluyen, en primer término, los principales testimonios de devoción filial del trujillano a su suelo natal. Figuran, en efecto, la **Apología de la ciudad pacífica, Mi infancia y mi pueblo, En tono de cuento, Primera lección para mis nietas desterradas, Pequeño anecdotario trujillano, Por la ciudad hacia el mundo.**

Este último, corolario feliz de sus afectuosas meditaciones acerca de la cuna geográfica, contiene la escritura con que Don Mario se preparó para cantar a Trujillo en el Cuarto Centenario de su fundación, que en sus sueños esperaba celebrar en la Plaza Bolívar. Habíamos viajado el año anterior a Extremadura y recorrido, en un silencio cargado de emoción, los términos de la geografía que diera nombres a la nuestra. Más de una vez nos detuvimos para respirar hondo junto a las señales camineras que decían: "Mérida 120 km, Trujillo 22 km". Se impresionó con los berrocales que rodean a la clásica ciudad extremeña, en cuyo templo principal contemplamos la pila donde fue bautizado García de Paredes; y advertimos, en las

espadañas y techos de las iglesias trujillanas de Extremadura, la mayor concentración jamás vista de cigüeñas. Lo cual prueba que Trujillo —el de allá y el de acá— tienen una definitiva vocación de nidos.

Ese ensayo de Don Mario es capital, como capital es la entera construcción de su pensamiento filial de tan definitivo acento. Resume y concreta cuanto escribió y dijo acerca de la "terra patrum" como condicionante de la vida humana, como ruta por donde se llega al amor de la patria y escala por la cual se asciende a la comprensión del universo.

* * *

En otros volúmenes se juntan las biografías históricas y los ensayos biográficos, que son parte sustancial de los trabajos de Don Mario. Son aquí las vidas humanas, individualizadas en sus virtudes y sus lacras, las que sirven al alto propósito de pedagogía moral del escritor que incursiona en el campo de la biografía.

El libro suyo de "mayor cocina" llamó él la biografía de Casa León, el antihéroe por antonomasia, que le viene bien, admirablemente bien, a su propósito de encarar las artimañas políticas de un acomodaticio y pérfido carácter que se columpia entre la Colonia y la República con ánimo de flotar e influir, cualesquiera sean los cambios de la procelosa transición histórica.

La naturaleza de Casa León, que es la típica de una caterva infalible en todo el proceso de la República, y la oportunidad política en que aparece el libro, dan a éste notoriedad impar. Se crea hasta el adjetivo "casaleonismo", parecido al "camaleonismo", utilizado a la muerte del General Gómez para calificar a los servidores de la dictadura que pretendían mimetizarse con la democracia emergente.

En una explicación autobiográfica de 1954, Don Mario aclara que ..."el casaleonismo no es el camaleonismo de quienes procuran,

honrada o vilmente, adaptarse y medrar en toda política. El casaleonismo es la permanente ondulación de la sierpe de la oligarquía capitalina, opuesta a toda idea que contraríe la prepotencia de su grupo, y dispuesta, en cambio, a tomar el matiz del gobierno que la apoye. Casa León es quien corrompe y destruye todo ideal de justicia, así ande envuelto en títulos de aparente honorabilidad y gravedad jurídica. Ha estado con todos los gobernantes, los ha explotado a todos y a todos ha traicionado. Para sus fines, lo mismo ha sido la política de Gómez, de López, de Medina, de Betancourt y de Gallegos, siempre que éstos le hayan garantizado los eternos privilegios. Mi libro tuvo la suerte de haber aparecido cuando, al subir al poder el partido popular "Acción Democrática". Casa León y la clase de los empingorotados vestalistas dieron la más aparatosa de sus volteretas históricas". (2)

Cuarenta y tantos años después de aquella voltereta, no solamente la vieja oligarquía capitalina, sino la nueva clase de empresarios y contratistas, crecida con el volumen hipertrófico del Estado, ya ni siquiera necesitan consultar las posibilidades de triunfo de una y otra fuerza política. La novísima tecnología del oportunismo, computarizado e impersonal, lleva a constituir un fondo para socorrer financieramente y por igual a ambas fuerzas de la polarización electoral, sin importar cuál gane, porque la contraprestación del crédito, del contrato, de la exoneración o del proteccionismo se recibirá de manos de quienquiera que resulte vencedor.

Es posible que el éxito de esta biografía estimulara poderosamente al autor para iluminar otras figuras. En efecto, al siguiente año aparece la biografía del Regente Heredia, la otra cara de una realidad moral de la sociedad venezolana.

Aquí, con exacta intención didáctica y con segunda intención política, describe al varón de rectitud inequívoca, atemperada por la misericordia, que en el ser humano se llama piedad o compasión.

---

(2) Cf. el texto "Asi ha sido mi vida" en este mismo vol. 1 de las *Obras Completas*. p. 112.

Tal vez nunca, antes ni después de él, un escritor venezolano resumió en dos biografías la ambivalencia de la conciencia humana de frente al avatar político de una nación.

Si **Casa León y su tiempo** *fija en la tela de la historia la repulsiva imagen del aprovechador y el intrigante, que no pasa, sino se transforma,* **El Regente Heredia o la Piedad Heroica** *rescata para siempre —afortunadamente también él es inmortal— el don bienhechor, fuerte y resuelto en la generosidad, por donde se salva a la postre la condición humana.*

Ambos libros le acarrearon premios —Municipal de Literatura, el primero, y Nacional de Literatura, el segundo—. Mas principalmente hicieron que sobre el escritor se posara con suma atención y respeto la mirada de los compatriotas que no lo habían advertido enteramente como el intelectual que era.

En otros esfuerzos bibliográficos como **Vida y papeles de Urdaneta el joven, La tragedia de Peñalver, Trayectoria y tránsito de Caracciolo Parra,** *etc., se aprecia la disposición de Don Mario a exaltar parábolas humanas de extraordinaria trascendencia.*

Por ejemplo, el libro acerca de Urdaneta —de Rafael Guillermo Urdaneta, el hijo mayor del gran héroe— tiene la virtud de suscitar un ejercicio de historia conjetural para imaginar lo que habría sido la contienda federal de cinco años, si en lugar de tener a Falcón a su cabeza, ésta hubiera sido Urdaneta el joven, dotado de condiciones de guerrero y de pensador, que si bien no faltaban al Mariscal, se neutralizaban en él por obra de algún deforme resorte sicológico o de alguna secreta patología que lo paralizaba y confundía.

Hay quienes deploran que la bala de San Carlos hubiera puesto de lado a Ezequiel Zamora, el estratega radical de la Federación. Quede a ellos la conjetura de que semejante movimiento de clases, de suyo socialista inconsciente, hubiera anticipado en cien años el socialismo. Pensemos, con Don Mario, que de no haber caído en

Barbacoas el joven Urdaneta, de treinta y ocho años y ya el más promisorio federalista, ni la guerra hubiera durado los cinco años interminables que devastaron el país, ni el gobierno que la siguió habría sido tan errático e incoherente, con un Presidente magnánimo pero descuidado, generoso pero irresoluto, que por no tolerar la vida de la capital se retiraba a Churuguara o a Paraguaná en cada ocasión posible —que eran todas— al disfrute rústico de la vida conyugal, mientras en la sede del poder ululaban las pasiones y socavaban las rivalidades toda la estructura de la decorativa Federación.

Señala el autor de esta biografía de Urdaneta el joven el sino trágico del mismo y del país que no logró disfrutarlo. Curiosamente fue idéntica la suerte del padre egregio, a quien reputa la historia el más leal amigo del Libertador, y que sin embargo no logró rematar su vida de servicios con una obra netamente suya, como era de esperarse: la enfermedad que lo acompañó tantos años, que lo privó de ciertas glorias, como la de participar en Carabobo, y la muerte, cuando era su nombre prenda de alianza en la nación dividida, y como tal tenía asegurada la Presidencia de la República, abren otro capítulo de la historia conjetural de Venezuela.

El Cardenal José Humberto Quintero, en un discurso sobre el General Rafael Urdaneta, padre, que es un verdadero ensayo, lo llama el "héroe trágico" y demuestra la tragedia de un hombre que llamado a las grandes oportunidades que sus méritos le prometían, desvió en la víspera su ruta por obra del destino; que padeció pobrezas increíbles, desacatos, enfermedades y olvidos, como si el riguroso juez del atentado septembrino fuera a su vez penado por los dioses de una venganza incomprensible.

El ensayo sobre Peñalver y su tragedia de republicano sin sombras da ocasión al autor para retratarse a sí mismo en un espíritu civil y civilista de la independencia, colocado por la fatalidad en medio del forcejeo entre Nueva Granada y Venezuela, entre Santander y Páez, por dos concepciones: la de la ley como escudo y la de la fuerza

impulsiva; él, que fuera la reflexión misma, la razón dialéctica, la desarmada conciencia de aquella hora dramática.

Era Peñalver una de las arquitecturas de hombre mejor logradas en esa era de grandes caracteres. Maduro ya en el fragor de las luchas políticas que siguieron a la guerra de independencia, naufragaba en el mar de violencia y de traición que amenazaba de ruina la construcción grancolombiana.

Se recrea Don Mario en las pinceladas que da para hacer el retrato del héroe civil, del prócer de Píritu, llevado por el movimiento desorganizador de la guerra, a gobernar en Valencia, contiguo a la fuerza dominadora y arbitral de Páez, cercano a la intrigante influencia de Miguel Peña; disidente a la vez de las medidas impolíticas del Senado de Bogotá y de los arrebatos de Páez y sus asesores. Es decir, como el héroe de la tragedia griega, en el centro de fuerzas encontradas que acallan la serena voz de la filosofía.

En **Gente de ayer y de hoy** *traza el escritor breves semblanzas de personajes leyendarios y de otros que conoció y admiró al punto de que dejaron vivísima impresión en su ánimo.*

En el ensayo sobre Caracciolo Parra León, con frase de Plinio el Joven, lo llama "testigo de mi vida". Ya antes escribí que fue este Caracciolo, de los Parra, el más estrecho amigo suyo. Tenía cuatro años menos, mas tan seguro y resuelto era en sus ideas, que hizo sesgar con ellas las altivas y desafiantes de Don Mario. Desde entonces y a lo largo de su intenso desarrollo espiritual, que es mucho decir, Caracciolo Parra estará en su vida, como durante la clara noche estival el lucero en el agua.

El hecho de que aquel joven maestro lo hubiera persuadido como nadie de las inconmovibles motivaciones de la fe, los unió indisolublemente. Juntos gobernaron, como Vicerrector el uno, como Secretario el otro, la Universidad Central de Venezuela, bajo el Rectorado memorable del Doctor Plácido Daniel Rodríguez Rivero; juntos ahondaron en la historia nacional para extraer de

sus intocadas canteras una explicación racional de la generación de la Independencia y de la Colonia misma; juntos difundieron con constante fervor, no la "leyenda dorada" frente a la "leyenda negra" de la conquista y la colonización españolas, sino la realidad de un transvasamiento cultural innegable, que permitía la formación universitaria y el autodidactismo que remataron en el proyecto de la independencia nacional. Ambos demostraron que mal podía haber dado España a sus colonias lo que no ofrecía a su población metropolitana.

Más ardido en la defensa de la fe, confesional, podríamos decir sin desmedro de su posición, Caracciolo Parra León se sabía intransigente, y se gloriaba de ello, en la postulación de la verdad católica, que para él no admitía duda posible.

Con mayor contundencia que los sociólogos Vallenilla Lanz y Arcaya, demostró Parra León que la independencia fue la culminación de la madurez colonial lograda a base de la cultura impartida por los claustros educativos antes del siglo XIX. Miranda, por ejemplo, observaba que la cultura norteamericana a la hora de la independencia era allí inferior a la nuestra.

Amado de los dioses, pues murió de treinta y ocho años, Parra León dejó sinembargo obra acrisolada y una acrisolada estela de profesor y de maestro. Sobre su futuro se adivinaban o se suponían grandes destinos que tronchó la muerte.

Hombre de amigos, pensaba, como Gracián, que "la amistad es uno mismo dos veces", Don Mario sintió toda su vida la falta de Caracciolo Parra. El ensayo, breve, sobre él, es elocuente como elogio y como evocación.

* * *

A su doctrina historiográfica están dedicados dos volúmenes de estas **Obras Completas,** *y es en este campo donde cavó más profunda y útilmente el autor, como que dio con su interpretación*

cimientos verdaderos a la nacionalidad. No él solo, desde luego, mas sí con el mayor ahínco, con decidida constancia, él.

Muchas gentes del país no habrán leído sino una obra de Don Mario, y esa obra será casi seguramente **Tapices de Historia Patria,** *cuyo título, se me ocurre, podría despistar o desanimar a un tibio lector; pero, en cambio, con las ediciones que lleva ya y con la recomendación que inmancablemente hace del mismo quien lo lee, ha alcanzado profusa divulgación.*

A Don Mario debió impresionarlo mucho la afirmación de César Zumeta en la Academia de la Historia, cuando dijo que entre la Colonia y la República nuestra hay un hiato histórico equivalente al que existe entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

En su segunda acepción, la palabra hiato significa abertura, grieta, que es bien distinto del significado que le da el diccionario en la primera acepción, esto es: "Sonido desagradable que resulta de la pronunciación de dos vocablos seguidos, cuando el primero acaba en vocal y el segundo empieza también con ella o con la **h** *muda".*

Con cuidadoso empeño el escritor se dedicó a llenar con tesis esclarecedoras y sólidas ese supuesto vacío, esa abertura o grieta de nuestra enseñanza histórica, que no de nuestra historia, propiamente. Y lo hace tan bien, convencen de tal modo sus argumentos y llevan tanta luz al ánimo sus razones, que logra cumplidamente su propósito de fortalecer los respetables aportes de Arcaya, Gil Fortoul, Rivas, Vallenilla Lanz y otros historiadores y sociólogos.

Sin la intención de especializarse en la historia cuando todavía estaba en la edad en que se ama más la poesía, acometió el estudio de los orígenes de la sociedad venezolana. Mejor lo dice él: "En el camino de las letras me apareció el campo histórico cuando, según lo pinto en mi libro **Tapices de Historia Patria,** *tropecé con el presunto hiato que separa la República de la Colonia. Entonces me dí al estudio metódico de nuestro pasado. De aquella época (1925-33) son mis trabajos sobre Etnografía, Lingüística y Arqueolo-*

gía aborigen. Luego concreté por entero mis esfuerzos al estado de la época colonial. Mi modesta labor ha servido en parte para desbrozar tinieblas en el orden de los problemas históricos. Ya hoy no se condena **a priori,** *nuestro pasado español como sucedía hace dos décadas". (3)*

En 1933, la Academia de la Historia, adonde lo llevan "viejos amables de la manera más cariñosa", lo recibe como Individuo de Número. Tenía treinta y seis años, pero ofrecía el hilo de Ariadna a los que penetraban en el dédalo del pasado venezolano.

En boga estaba entonces la postura que en México, por ejemplo, abomina todavía de lo español como influencia de sangre y de cultura (a pesar de que es el único país donde existe una estatua llamada "el caballito", en inexplicable homenaje a Carlos IV). Ante tamaña reacción, que se percibe dondequiera, salvo en el idioma, en las catedrales e iglesias, en la soberbia arquitectura urbana, uno no entiende cómo allí no se hablan de continuo las lenguas primitivas, ni se utilizan los hábitos aztecas en la vida cotidiana.

Es irónico que precisamente la porción de América que por su belleza, riqueza y clima mereció el nombre de Nueva España y donde se recrearon los conquistadores —desde el mayor de todos los capitanes de la conquista española, que fuera Hernán Cortés— sea la que reaccione con más encono e injusticia contra la herencia global de España, aparentemente recibida allí a beneficio de un inventario atrabiliario e inconcluso.

La Revolución Mexicana, que tantas cosas buenas debió lograr, acentuó una profunda revisión de la historia para destacar en ella, como únicos determinantes, los valores de la civilización y la cultura pre-colombinas; y si eso tiene alguna explicación porque allí fueron notables sus trazas, es injustificable el violento divorcio con el aporte de la raza española en todas sus circunstancias de

---

(3) Ibid., p. 109.

religión, lengua e historia. Es una imposible negación del pasado que lleva en sí misma el germen de la rectificación.

Aunque entre nosotros es bien diverso el caso, pues si de una parte carecíamos de robusta ordenación cultural y social precolombina, de la otra no podíamos vanagloriarnos por la calidad de los conquistadores ni de sus primeras infraestructuras, como ahora se dice, comenzaba a ganar terreno la "leyenda negra", que veía sólo rapiña y codicia, atropello y crueldad en los conquistadores. Los trabajos de solventes investigadores de ese pasado, como Don Mario y Parra León, entre otros muy calificados, iluminan con la verdad las entretelas de la vida colonial, esa Edad Media venezolana, durante la cual se va configurando el mestizaje que sirve de cimiento a nuestra igualdad y libertad.

En sus libros (4) **La Instrucción en Caracas** *y* **Filosofía universitaria venezolana,** *Caracciolo Parra León prueba el grado de adelanto intelectual alcanzado por la pobrísima provincia de ultramar que era Venezuela; en tanto que Briceño Iragorry, en los* **Tapices** *explica cómo se formó, capa a capa, tapiz a tapiz, la sociedad venezolana que olvidaron muchos historiadores, deslumbrados por la epopeya de la Independencia, la más heroica de América. De modo que esos dos investigadores y filósofos de la historia rescatan valores que permiten conjugar exactamente el ser histórico venezolano.*

Algunos positivistas han deplorado que en lugar de españoles no hubieran sido ingleses los conquistadores de esta América, porque piensan que de ese modo seríamos hoy todos gente de ojos azules y finos modales. No reparan en que a lo largo del universo y de la historia ninguna civilización conquistadora se confundió con la conquistada en la rotunda amplitud con que lo hicieron las civilizaciones de España y Portugal; y en que precisamente los ingleses, que dominaron gran parte de Asia y de Africa y algunas

---

(4) *La instrucción en Caracas. Filosofía universitaria venezolana. Cronistas de Venezuela.* Madrid: Edit. J. B., 1954. 810 p.

porciones de la América nuestra, no sólo no se mezclaron, sino que se cuidaron escrupulosamente de que una "turbatio sanguinis" fortuita disminuyera o atenuara las distancias entre vasallo y señor.

Son demasiado evidentes los ejemplos, especialmente desde la emergencia de los nuevos países del Africa y del Caribe, que demuestran, frente a la realidad de Iberoamérica, cuán generosa, amplia y humana fue la colonización española en comparación con otras empresas colonizadoras. Lord Eric Ashby, ex-Vice Chancelor de la Universidad de Cambridge, afirma, con fundamento en cuidadosas investigaciones, que en los trescientos años de Colonia España graduó ciento veinte mil doctores en América. Contrasta violentamente este dato con la realidad cultural dejada por otras potencias colonizadoras en el mundo.

La cercanía del V Centenario del Descubrimiento de América ha suscitado una polémica en tono menor acerca del hecho mismo del Descubrimiento, que los noveles adversarios americanos de España llaman el "encuentro". Ignoran que descubrimiento no es invención sino hallazgo de lo que existe; pero la fobia anti-española que tanto resentimiento e ignorancia denota, carece de sufrideros luego de la contundente demostración de los principales investigadores nuestros, Mario Briceño Iragorry a la cabeza.

* * *

En 1941, cuando el General Isaías Medina ascendió a la Presidencia, Briceño Iragorry, debió esperar con sobra de razones que sería llamado por su condiscípulo y entrañable amigo a una importante posición. No fue así, en cambio, porque la política, si ciencia, no es exacta; y el nuevo jefe de la nación decidió que su amigo continuara de Embajador en Panamá. Como Don Mario se negara, le ofreció, por única alternativa burocrática, la Dirección del Archivo Nacional. La tremenda desilusión no fue bastante a inflamar su soberbia, y con modestia y humildad, más bien, aceptó el cargo para reintegrarse al país del cual faltaba por demasiado tiempo.

¡Quién diría que aquella posición sin brillo político ni notoriedad, que convino en servir más con resignación de antiguo funcionario público que con orgullo de condiscípulo del Presidente, le iba a reportar satisfacciones más intensas y duraderas, por lo menos, que un Ministerio o una Presidencia de Estado! En su tesonera y ordenada tarea diaria, el Director del Archivo Nacional aprovechó desde el comienzo la veta de las más ricas informaciones documentales. Armó con ellas al menos las dos grandes biografías de Casa León y Heredia que lo proyectaron a un nuevo plano intelectual.

El estímulo que recibió el escritor por causa de esos dos libros no lo habría recibido jamás en una elevada posición de gobierno, tras el cual habría añadido un título más a su currículum, que es poco comparado con un título más —¡y que títulos!— en su rica bibliografía, que recomenzó en ese tiempo con un vigor incontenible ya.

En ese inevitable ejercicio de interpretación conjetural que —humanos, al fin— solemos hacer los hombres, Don Mario se preguntaría tántas veces por qué no él y sí otros con menores luces y nexos merecieron de Medina una temprana distinción política. Afortunadamente topó a tiempo, si no con la respuesta, al menos con la holgada compensación, hecha posible por la preterición presidencial.

Más adelante sería Presidente del Estado Bolívar y Presidente del Congreso Nacional; pero el intermedio burocráticamente gris del Archivo Nacional fue decisivo en su carrera de escritor. Cuando cayó el régimen del General Medina, malos tiempos económicos comenzaban para Don Mario, hijo y compañero de la pobreza, pero armadas estaban las dos biografías del héroe de la piedad y el anti-héroe de la intriga, haz y envés de la historia palpitante de la República, que le dieron dimensión inusitada como escritor, historiador y biógrafo.

De sus primeras búsquedas saldrían otros trabajos que bajo el nombre de **Ensayos Históricos** conforman otro volumen. Allí están

la **Historia de la fundación de Trujillo, Procedencia y cultura de los timoto-cuicas, Ornamentos fúnebres de los aborígenes del Occidente de Venezuela y Textos sobre arqueología venezolana.**

Con motivo de estos estudios y trabajos de campo para escribir sobre arqueología, se hizo de una apreciable colección de ídolos y utensilios de la cerámica aborigen. Estaba orgulloso del museo casero que logró reunir y que virtual y finalmente trocó por la primera casa propia que tuvo y que estabilizó su domicilio "del Cristo", como llamaba esa casa, ubicada en el Nº 160 de la cuadra entre Cristo e Isleños.

Debe considerarse de alguna utilidad esta mención, no sin sentido en la vida de un clásico escritor nacional, empleado público por lo general, pobre, casi sin excepción, forzado a escribir para dar cauce a su desollamiento espiritual y a buscar quien le publique al menor costo el libro destinado al regalo de los amigos y de quienes no lo son, en un afán de que lo sean. ¡Grandeza y servidumbre inacabables del intelectual venezolano, para quienes no parecen ser las grandes innovaciones de los países que reconocen en el escritor un profesional digno de vivir de lo que escribe! Casi toda la obra de nuestros intelectuales es la segunda zafra de su inteligencia, que primero debe atender a las prosaicas y a veces sórdidas tareas de una oficina principal o subalterna a la que se roban instantes de inspiración para alentar a hurtadillas la creatura de la imaginación.

El elogio del Doctor Eloy Paredes es uno de los trabajos menos conocidos de Don Mario. Lo escribió en Mérida, en 1920, y se advierte que le interesó aquel caudillo civil de la historia merideña, convencionista en Valencia en 1858 y candidato insinuado para la Presidencia de la República en esa ocasión.

La Historia de la itinerante fundación de Trujillo, que dio pie al nombre de "Ciudad Portátil" de la urbe que ambuló, amenazada por los corsarios, de cuna en cuna, hasta el Valle de los Mucas, donde halló sitio definitivo por lo inaccesible que parecía, hasta que en 1664 fue saqueada por Morgan y sus piratas. El primero en

bautizarla así fue Don Américo Briceño Valero, tío de Don Mario, geógrafo, historiador y pedagogo de indeleble recordación en el Estado.

* * *

El Ideario político-social del autor reclama al menos dos volúmenes de estas **Obras.** *En ellos se acogerían los ensayos profundos y famosos, como* **El Caballo de Ledesma, Mensaje sin destino, Alegría de la tierra, Patria arriba, El hijo de Agar, Aviso a los navegantes** *y* **Formación de la nacionalidad** *venezolana, que tienen una clara intención polémica, y "Americanismo, no hispanismo", reflexiones de la juventud.*

En el libro póstumo **Diálogos de la soledad** *se empina a altura superior el ensayista que es, principalmente, Mario Briceño Iragorry, si seguimos el modelo de Montaigne, creador del género literario que tan apropiado resulta para desarrollar un tema en espacio breve, suficiente, empero, para rematar la idea o probar el aserto.*

De cuantos ensayos publicara, **El Caballo de Ledesma, Mensaje sin destino y Alegría de la tierra** *alcanzaron en vida suya más renombre. Les sigue* **La hora undécima.**

Logra el primero destacar de la historia pequeña la gallarda hazaña otoñal de un Quijote criollo —Alonso Andrea de Ledesma— cuya aventura, tan hermosa y conmovedora como corta, aparentemente no tiene igual en la historiografía americana. Como en la aventura del "Caballero de la triste figura", aquí están un hidalgo, viejo más bien, un caballo enclenque y una herrumbrosa lanza. No hubo tiempo para captar escudero ni para aprestos mayores, porque la urgencia de defender de los corsarios el suelo natal requería acción inmediata. Don Mario eleva a calidad de símbolo del amor y del celo por los valores de la nacionalidad la figura de este **patricio,** *y en verdad que no hallamos otra parábola tan elocuente y alta para ilustrar la defensa de la patria.*

Ledesma será una especie de **leit motiv** *del pensamiento nacionalista del escritor trujillano y, aunque no invención suya, porque el personaje existió, fue conocido de los vecinos, se inmoló noblemente por el suelo nativo y los historiadores recogieron su gesto, es Don Mario quien lo adereza para que el amor patrio y el sentido de entrega y sacrificio que él supone tengan carnadura humana.*

El autor mismo confiesa en 1954 que **Mensaje sin destino** *es el ensayo suyo que ha tenido más suerte. Ciertamente, su aparición en 1951 ocasionó apasionados comentarios y conmovió fuertemente a la opinión. Nació también con oportunidad. En noviembre del año anterior había sido alevosamente muerto el Presidente de la Junta de Gobierno, Carlos Delgado Chalbaud, en quien se vislumbraba al hombre civilizado y capaz de sacar al país a otro terreno de convivencia, que su desaparición alejó indefinidamente. En el escenario mundial, la guerra fría alcanzaba su clímax.*

El tema lo suscitó una especie de invitación hecha por Uslar Pietri, recién vuelto al país de su exilio y de su cátedra en Columbia University, para examinar la crisis de la literatura. Si mal no recuerdo, desde el Canadá José Rafael Pocaterra comentó que lo que había era una literatura de crisis. Lo cierto es que la ocasión la aprovechó Don Mario para publicar sus meditaciones sobre la crisis de pueblo —no del pueblo— como aclara.

Vuelve sobre sus mismos pasos de esforzado buceador de la historia para atribuir a la discontinuidad de ésta, al desdén por ésta, la inconsistencia de los nuevos tiempos, regidos por el dios petróleo y las circunstancias éticas que trajo consigo. Cita a José Rafael Pocaterra, quien escribe: "Hubo una época y una literatura histórica que asignaron mentalmente el alto comando de las libertades a una clase que venía del privilegio y vivía para el privilegio. Los que hemos estudiado en el libro vivo esa historia no escrita, creemos que aún falta por escribirse, no los anales de los patricios ni de los guerreros, no la época de los jefes insignes y de los subalternos que corrían como perros cerca de las botas de los jefes, sino la historia de los hombres".

Efectivamente, no sólo predomina en la formación histórica de los venezolanos la preocupación por la epopeya que ignora y oscurece la época anterior, sino que de la epopeya aprendemos no más los grandes hechos de los primeros capitanes, y de ese modo nos hemos como acostumbrado a pensar, como Don Eduardo Blanco, en sólo aquellos dioses y genios terribles de la guerra que empeñaban combates y sitiaban ciudades y ganaban y perdían las acciones, sin tomar cuenta de los oficiales menores, de las clases y soldados sin nombres sobre cuyo esfuerzo se erigían los jefes. Y casi menos nos ocupamos de la vida civil que fluía con sus pocos agricultores, artesanos, comerciantes, maestros y pequeños industriales cuya responsabilidad era la de mantener en funcionamiento la maquinaria de la sociedad y las apremiantes demandas de la guerra. Y nunca, o casi nunca, esa historia militar repara en los gestos de los varones impecables e incruentos, ni en la mecánica cotidiana de la vida de las gentes humildes, de cuyo afán concatenado resulta también la obra de la patria.

En un libro que próximamente dará a la luz Emigdio Cañizales Guédez a propósito del papel del indio en la independencia de Venezuela, enfoca a ese sector sacrificado para demostrar la cuantía imponderable que su anonimia aporta. Los partes de guerra hablaban de tantos hombres de caballería, tantos de infantería y "cuatrocientos hombres de flecha" o "seiscientas lanzas". El hombre que tensaba el arco y arrojaba la lanza era el soldado desconocido, a quien Cañizales Guédez procura reivindicar. Eran mayormente los indios, la "gleba doliente", como diría Jorge Eliécer Gaitán.

Aunque no es ese exactamente el sentido del ensayo de Don Mario, viene a cuento el propósito de Cañizales, brillante cuanto honesto investigador marxista, de convicciones tan arraigadas y probadas como para que uno las mire con respeto.

Lo que Don Mario se propone aquí es contagiar la angustia de sus reflexiones para que tomemos conciencia de lo que falta por hacer en orden a la edificación definitiva del país. En apoyo de su

invitación trae esta frase de Luis López Méndez: "Aquellos hombres (los Padres de la Patria) hicieron su obra, hagamos nosotros la nuestra".

¡Cuánto sufriría hoy el autor de esas admirables reflexiones al comprobar que no obstante los treinta años sobrevenidos de democracia parecemos más alejados del camino conducente a lograr esa continuidad de pueblo, esa coherencia que demanda. El sistema de partidos, si inevitable por la razón misma de la democracia, contribuye a ahondar la indiferencia por los valores antiguos, y su acción de gobierno, inalterablemente dirigida a contrariar la del gobierno anterior, ocasiona un eterno comenzar en todas las tareas, fundamentalmente en la educación, donde esa discontinuidad resulta inexcusable!

¡Qué diría hoy Don Mario del debilitamiento o cuasi extinción de la enseñanza de la historia en todos los niveles de la educación! Uslar Pietri ha alzado su robusta voz para clamar contra semejante monstruosidad. Si el autor se quejaba entonces de una historia mútila, que solamente relataba las hazañas deslumbrantes de la independencia y silenciaba o subestimada la vida anterior, de gestación de la sociedad civil; hoy se espantaría ante el hecho de que está virtualmente proscrita la enseñanza de la historia, la opaca y la deslumbradora.

En **Alegría de la tierra,** *que releo con la emoción con que escucho la Sinfonía Pastoral de Beethoven, canta el autor los méritos del esfuerzo que en el pasado extrajo del suelo venezolano los frutos que nos dieron suficiencia y renombre.*

Afortunado el título y acertada la intención de este ensayo en el momento de mayor decadencia de la agricultura nacional, porque el ingreso petrolero, que propició el ocio, nos daba para importar hasta el jugo de naranja y hasta el pescado que la mar ofrece libremente.

Gentes tomadas por la facilidad encontraron de mal gusto este libro que constituía, con su recuerdo de la existencia honorable de antes,

una admonición a la molicie y al entreguismo. Haciendo mofa de su exégesis de la pulpería antigua motejaron al autor de retardatario apegado al atraso de los antiguos hábitos. O no podían o no querían comprender el hondo sentido de la evocación de esa pulpería que ofrecía los bienes de la tierra y los de inevitable importación para el consumo austero. Comenzaban a construirse los supermercados de las transnacionales, donde la manera ostentosa de exhibir las mercancías inició la vorágine del consumismo que nos agita al crear primero, las sutiles necesidades a satisfacer.

En ese tiempo de su mejor batalla para reivindicar los valores autóctonos, hasta los caricaturistas tuvieron motivo para representarlo, montado en alegre borrico, vestido de liqui liqui, alpargatas y amplio sombrero criollo, rumbo a su Trujillo. Le agradó tanto esa simbología que mandó a trasladar a la cerámica la caricatura para conservarla en su escritorio.

En **Patria Arriba,** *publicado en España, donde tan fecundo fue su tiempo, remonta por el río de su sangre hasta el solar original de sus mayores, la ciudad de Arévalo, en la misma Castilla la Nueva, de donde arrancara un día, con la fe puesta en el Nuevo Mundo, Don Sancho Briceño, el hidalgo.*

* * *

No se exagera al afirmar que absolutamente toda la obra intelectual de Briceño Iragorry es didáctica. Ni una sola página carece de sentido pedagógico, por lo cual es maestro cabal.

Consideró, sin embargo, indispensable, tratar de la educación como política administrativa, como proyecto político; y en varios discursos y en los ensayos **La hora undécima** *y* **Problemas de la juventud venezolana,** *expone sus ideas acerca de las universidades y la educación del pueblo. De allí que con su permanente sentido de unidad y de ejemplo, lo dedique "a Juan el urredista, a Pedro el copeyano, a Jesús el acciondemocratista, a Pancho el comunista, a Antonio el independiente, estudiantes todos del mismo apellido*

Pueblo, todos hijos de la misma angustiada madre, todos con igual derecho a la paz, a la seguridad y a la abundancia, destruidas por fuerzas satánicas que enseñorearon en la vieja casa, cuando la madre común quedó desamparada en razón de la lucha feroz de los hermanos mayores, escritas bajo la angustia de ver cómo se intenta cerrar camino a la inteligencia y a la comprensión de los venezolanos".

El agua corrida desde entonces ha cambiado las cosas hasta ponerlas en un punto que desconcertaría a Don Mario si las juzgara a la luz de hoy. La universidad venezolana y todo el sistema educativo se han modificado radicalmente. Por obra de la necesidad, la filosofía educativa ha debido trocar calidad por cantidad.

La masificación, que ha desbordado todos los presupuestos antiguos, ha puesto en las aulas a un número impresionante de individuos, así en la etapa primaria como en la secundaria, y ha hecho de las universidades hormigueros de mediocre inconformidad, en sustitución de los viveros de promisoria rebeldía que fueron.

A estas alturas del tiempo cabe preguntarse si valía la pena suscitar tantas expectativas, gastar tantos recursos, perder tantos años, para simplemente disminuir el porcentaje de los analfabetos, elevar el número de los diplomados y lograr la proletarización de las profesiones en la medida actual.

Naturalmente, Don Mario atribuía a la educación la tarea de construir un nuevo orden moral; mas a la educación de que fueron cultivadores sus tíos y él mismo, presidida por la ética de los principios y la lógica gradación de los conocimientos. La impartida por maestros y no por simples profesores. No imaginó que el desplazamiento de la gleba campesina hacia las modestas ciudades a las que sitiaría, impaciente, y luego condicionaría para el deterioro y la degradación, iba a cambiar brusca y totalmente el rostro y el "tempo" del país.

No le correspondió ver suplantada la gente fundamental, que tenía educación aunque no instrucción, por la nueva gente que presumiendo de instruida atropella con irrespeto. Los campesinos de ayer sobreponían la palabra a la firma; los marginales de hoy, brotados de la tierra, más que levantados en hogar, firman cheques sin fondos.

No tuvo el disgusto de ver cómo se forman los "maestros", con un hervor, apenas, ellos, que teóricamente llevan sobre sus hombros la tarea imponderable de construir una sociedad digna a través de un individuo equilibrado; ni de saber que la política gradúa promociones de maestros suyos como si fueran no los más preciosos operarios de la sociedad, sino mozos de cordel, gañanes o sepultureros. Ni se enteró del drama de la educación en aldeas y campos donde si bien se han multiplicado las escuelas, la maestra —esa figura respetable y amada del pasado— es la ausentista o desertora inveterada de su trabajo; amén de que por preferir la vida urbana no mantiene los nexos indispensables con el niño, su familia y su entorno. Menos tuvo oportunidad de apreciar la carencia de la educación preescolar, esencialísima en una nación de tamaña irregularidad social, como la nuestra, donde esa etapa de la educación está llamada a compensar en el niño la falta de hogar, de tuición y de ternura.

Comprobar que, en vez de arraigar al medio, la escuela primaria estimula al éxodo, y que el bachillerato es un solapamiento de materias sin jerarquía racional y un enredo de conocimientos inconexos, que no conducen ni a la universidad ni a la vida, habría consternado el ánimo desvelado de Don Mario.

Por supuesto que Don Mario creía en la autonomía universitaria, que vio en su país mismo y admiró en otros. Bajo el régimen democrático que se inició en 1936, nadie osó contrariar la libertad de cátedra, que es, en esencia, la legítima autonomía de la universidad. A nadie se le puso cortapisa bajo los gobiernos de López, de Medina y de Gallegos para que sostuviera en el aula cualesquiera principios.

Lo que desconocía es esta autonomía que en treinta años ha hecho todo el daño que podía hacer, hasta el punto de que sería necesaria una gran revolución para volver a su cauce la educación superior, salida de madre.

En aras de la "autonomía" establecida en la Ley de Universidades de 1959, los profesores y los estudiantes eligen a las autoridades, y los empleados paralizan las clases a su antojo; el cuidado en la selección de las carreras que demanda el país y la supervisión del rendimiento no corresponden a nadie; los grupos políticos que buscan el derrocamiento del sistema se nutren del ambiente extraterritorial y del presupuesto universitario; y el presupuesto se ha convertido en el punto de honor de una universidad abarrotada de estudiantes cuya idónea formación es imposible, y de profesores que no ofrecen contraprestación responsable a su incesante demanda de beneficios.

Habría visto con tristeza cómo desvía y defrauda a las mayorías estudiantiles el puñado de estudiantes crónicos que en obediencia de pautas políticas extramuros han convertido a la universidad en el territorio inviolable para el alijo de armas, santuario de delincuentes, y receptáculo de fondos con destino a la subversión. Más que la autoridad del Estado, temeroso de resolver el tracto continuo de semejante situación a través de lustros de malestar, el tiempo ha venido a decantarla con el descrédito de la causa. Pero subsiste la pervertida realidad de una continuada estafa a la nación, encubierta por el **sancta sanctorum** *de la así llamada autonomía universitaria.*

En aras de una libertad que no entendería el autor, se permite a los individuos que los liceos emiten sin orientarles la vocación, que se inscriban en carreras que nada tienen que ver con el mercado de trabajo y que eligen porque las siguen el amigo o el compañero. ¿Advertirles que así perderán el tiempo, la ilusión y los sacrificios de la familia? Jamás. Eso atentará contra el derecho de morirse de hambre con un diploma universitario, que parece ser una extensión del particular concepto de autonomía que Venezuela comparte en el mundo con el Ecuador.

Cuando vivíamos el exilio en Madrid, en la década de los cincuentas, nos reíamos, Don Mario y yo, de los policías de tránsito con título de abogado y de los médicos que hacían de barberos y que inyectaban o aplicaban sanguijuelas a domicilio. No imaginábamos que en los años ochentas Venezuela tendría miles de graduados sin ubicación.

Cuando hoy se examina el malestar difuso, ubicuo, incómodo, que hace que nadie esté contento, sino al contrario, inseguro, agresivo, pesimista, cada quien lo explica de manera diferente. Para unos es la situación económica; para otros, el desvarío político de los líderes; para aquellos la inseguridad universal. No se dan cuenta quienes así reaccionan de que un país donde la universidad no está a la cabeza de las iniciativas trascendentales, es país a la deriva.

Una y otra vez insiste Don Mario en la gratuidad de la enseñanza superior, en la cual vio prenda de la igualdad social característica de la nación venezolana. Quién sabe si a la luz de la realidad presente mantendría esa posición.

La universidad ha sido penetrada por un residuo humano de los fracasos políticos, que a pesar de su ridícula minoría forma el desasosiego y guía la fuerza que desde los campos universitarios embiste contra todo. Esa minoría de activistas profesionales del anarcoportunismo usurpa la representación de las verdaderas mayorías estudiantiles y ocupa plazas que los buenos estudiantes ambicionan.

¡Cuánta diferencia, por lo demás, entre el estudiante que fue el penacho de la sociedad y el símbolo de su idealismo y el que es ahora vector de resentimiento y resabios, de odio y de pereza!

Modificar la tradicional gratuidad de la enseñanza universitaria en beneficio de esos buenos estudiantes es hoy un imperativo categórico. Que paguen los alumnos cuyos padres son económicamente solventes, y con ese ingreso constitúyase el fondo para becar a los alumnos con vocación y rendimiento auténticos. Ello sería más

democrático y humano que arrastrar repitientes que obturan la vía de la universidad a quienes la merecen.

* * *

La posición de Mario Briceño Iragorry como católico ha sido comentada una y otra vez, y quienes estuvimos en su cercanía sabemos que era un convencido de su fe, lo cual no le impedía ser crítico de ciertas actitudes de la Iglesia. Eso consta, por lo demás, en muchas de sus meditaciones.

En sus breves apuntes autobiográficos se queja un poco, como de paso, de su tiempo de librepensador, que fue un corto período de su inquieta adolescencia. Ya vimos que influencias muy eficaces y cercanas, concretamente las de Roberto Picón Lares y Caracciolo Parra León lo volvieron, no a la fe, exactamente, sino a la práctica de la fe.

Y fue la suya una fe transida de angustia existencial, que oscilaba entre Kierkegaard y Maritain, pero que jamás trepidó. Que se autoalimentaba constantemente y se reavivaba, porque no era simplemente contemplativa, sino activa, esencial, crítica, tan firme como crítica: como la de Dante, como la de Miguel Angel, como la de Savonarola, Erasmo y Papini.

Se dolió, por ejemplo, de que Constantino el Grande hubiera dotado a la Iglesia de territorios y poderes temporales, de donde creía que venían concupiscencias y deformaciones que no han cesado de fluir en las formas exteriores de la Iglesia y que no pocas veces han rozado su doctrina. Por ello sentía, como Dante, nostalgia del siglo primero "que fue bello cual el oro", "nostalgia de la Iglesia primitiva, todavía limpia de la infame hambre de riquezas".

De su religiosidad quedan por lo menos tantos testimonios como de su nacionalismo. Los títulos específicos que se incluyen en estas Obras Completas no recogen, por supuesto, todo su pensamiento de católico vigilante, el cual aparece fácilmente a lo largo de todos sus trabajos.

No en balde admiraba tanto a San Pablo y a San Agustín, pues él mismo había sido temerario e iconoclasta respecto de la religión heredada, pero con la connotación de que eran más la altivez de la edad y el prurito de hacerse notable lo que hicieron de su primavera vital una época de desafío, tan efímera como la misma primavera.

Lo que parece hecho evidente es que, entre los grandes escritores realizados del país, fue el de más arraigado sentimiento religioso. Teorizó bastante y profundamente acerca de su religión para acreditar y reforzar, como un apóstol, sus valores; pero fue asimismo practicante de tiempo completo en las más diversas circunstancias de su vida. "Hombre de comunión diaria", como se decía para ponderar la calidad de un católico.

La autoridad que derivó de sus estudios teológicos propios, del contraste de sus ideas con las de hombres ilustres de la Iglesia, de sus lecturas y de las reflexiones de su conciencia de católico, le permitieron hablar con independencia y oportunidad para señalar fallas o desviaciones en actitudes ocasionales de la Iglesia como institución.

Viene al recuerdo la carta que escribiera desde Roma a Monseñor Nicolás E. Navarro, su gran amigo de siempre, bajo la impresión que le causara toparse en la Basílica de San Pedro, en Roma, nada menos que con la visita oficial, circundada de solemnidad, de Rafael Leonidas Trujillo, en quien Don Mario no podía ver sino un déspota sanguinario. Vale la pena transcribir parte de esa carta, fechada el 17 de junio de 1954:

"En San Pedro, también, sufrí una especie de pesadilla, cuando salía, después de haber orado con todo el fervor que pide el primer templo del mundo cristiano. Vi que los grandes reclinatorios de la capilla del Sacramento y de la tumba y de la estatua de San Pedro, acababan de ser recubiertas de terciopelo rojo y acondicionados con grandes cojines; la puerta de bronce de la Basílica había sido abierta y a su entrada cuatro canónigos y un acólito con acetre esperaban a alguien. Imaginé que se trataba de algún personaje de gran lustre:

vísperas de la fiesta del Corpus Domini, supuse que el Vicario de Roma viniese a algo. Quedéme cerca de la entrada y, ¡Dios, lo que vi! Entre guardias con vistosas hopalandas entraba Rafael Leonidas Trujillo, quien acababa de firmar un Concordato con el Excmo. Tardini".

"He de decir a Su Excelencia que yo quedé mudo. Toda la historia contemporánea de Santo Domingo, a mí referida por un austero fraile capuchino que es nuestro común amigo, se me vino a la imaginación con una rapidez de cine"... "El Dictador dominicano venía de platicar con un Pontífice que se bajaba de la Cátedra de San Pedro para entender de negocios adventicios que nada tienen que hacer con la esencia de la fe. Mi Pontífice era, en cambio, aquel inaccesible anciano blanco, ante quien yo había inclinado (momentos antes, en la Plaza de San Pedro) mis rodillas reverente".

"Si a las puertas de San Pedro topé con esta visión de pesadilla, desde el ático de San Juan de Letrán alcancé a ver la estatua del Poverello de Asís, con las manos extendidas en actitud de detener los muros caedizos de la Gran Basílica"... (5)

Rica en anécdotas, demostraciones y pronunciamientos, fue, pues, la práctica católica suya, que no se inhibió nunca por el respeto humano que a la mayoría de los fieles egregios limita y azora. Pregonó dondequiera sus creencias, predicó como un cruzado las excelencias de esa fe que consideraba como la argamasa de las grandes sillerías con que se construyó la patria. Por ello eran para él inseparables la religión y la historia.

Curioso inveterado ante la evolución de las ideas y prácticas del catolicismo, una noche que salíamos de atender a las famosas conferencias del Padre Laburu, dictadas en los corredores aledaños a la Iglesia de San Ignacio, en la calle de Serrano, mientras esperábamos la luz verde del semáforo, me espetó: "Por qué no nos

---

(5) Cf. Beatriz Briceño Picón, *Retazos. Mario Briceño Iragorry (Anotaciones filiales).* Caracas, Edics. Trípode, 1987, pp. 94-97.

metemos en el Opus Dei para saber qué es eso por dentro". No, Don Mario, le respondí, porque no tengo dudas ni otros problemas de religión.

Cuando nos detengamos en las obras que contienen en mayor grado su pensamiento político, veremos cómo carecen de fundamento las imputaciones que entonces se le hicieron de que estaba tomado o influido por las enseñanzas del marxismo, él, que precisamente deslindó como nadie la vertiente espiritual y la material en la interpretación de la historia y de la sociedad.

Rotundamente clara quedó su posición cuando expresó: "La dialéctica marxista materialista, que forma el tuétano de la doctrina comunista, no se compadece con la esencia espiritualista del cristianismo. Son líneas perfectamente opuestas. Yo no necesito, frente al comunismo, decir que soy anticomunista. Me basta y sobra con decir que soy cristiano".

Como un autorizado intelectual venezolano sostiene, fue precisamente Briceño Iragorry quien al comienzo de la nueva vida del país, esto es, en la década de los años treintas, con los criterios sobre la historia nacional, su determinismo y su importancia, dio un pensamiento raizal a los venezolanos recientes, muchos de los cuales, sin esa senda, habrían fácilmente seguido la del marxismo, que se presentaba como la novedad y la esperanza del momento, horro de caminos doctrinarios.

El dominio de Don Mario en este campo religioso, al cual ingresó — creo que él lo confiesa así— por la puerta de la mística, a través de San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, llegó a ser completo y diferente en todo del de San Agustín, quien según Papini llegó a la verdad por el camino del neo-platonismo. Santo Tomás y San Agustín, Boecio, Belarmino, San Ignacio y San Francisco, Jacques Maritain, Paul Claudel y Santa Catalina de Siena entre otras autoridades de la fe eran citas frecuentes en sus labios, como apoyatura de sus afirmaciones. En varios ensayos y particularmente en su correspondencia con Monseñor Navarro, el Padre Mesanza,

M. A. Pulido Méndez y José Humberto Quintero, por ejemplo, se advierte su erudición mística y escolástica. Por lo menos dos egregios escritores cristianos contemporáneos —Giovanni Papini y Kazantzakis— lo entusiasmaron en sus últimos años y se identificaba con ellos. San Pablo era santo de su predilección, y con él me atreví a compararlo recientemente para relievar el vigor contundente de su cristianismo. Aludí al mejor discurso político que conozco, que fue la arenga de San Pablo, cuando coronó desde el Agora la cumbre del Partenón: "Atenienses: hoy he recorrido vuestra maravillosa ciudad plena de templos, de santuarios vacíos, dedicados al dios desconocido. Ese dios lo traigo yo: es Cristo". Siempre asocié a Don Mario en la promoción incesante de una patria con el apóstol que de ese modo postulaba al Dios que lo derrumbara de la bestia en el camino de Damasco.

* * *

Diálogos de la soledad *es un libro que circuló inmediatamente después de la muerte del autor. Hay allí un epistolario doloroso y profundo que responde al título, no escogido ya por él, pues es póstuma la publicación.*

Ese género le era grato porque le permitía recibir reacciones más o menos prontas de sus corresponsales; y lo desarrolló notablemente en el exilio, con interlocutores muy selectos y cumplidos, en quienes su angustia vital hallaba eco amistoso.

Los Riberas *son la última creatura suya. Esta novela, especie de rapsodia en la cual entrechocan patéticamente la fuerza y la ternura puestas por el autor en la vibrante y cuidadosa descripción de paisajes y seres y en la evocación de una historia de la cual hay actores, todavía, circuló por primera vez en un ambiente de inmensa agitación política que desvió de su trama la pública atención, pero que ha sido analizada en su importancia trascendental como testimonio del tránsito social y político de la nación, de su edad pastoril a su edad petrolera.*

Es, como se ha dicho abundantemente, el único intento novelístico del autor, quien advierte que no pretende rivalizar con los grandes escritores de este género que el país ha dado, sino utilizar el método para entrelazar personajes y relacionar sucesos que de otro modo no podría liberar de su imaginación y sus recuerdos.

No sabe el lector qué circunstancia predomina en este gran fresco de la vida nacional, si los caracteres de tantas vidas como las que describe, o la descripción de caminos, tierras y ciudades, o las consideraciones, ora filosóficas, ora políticas, ora sicológicas que hace con el pretexto de caminos, ciudades, tierras y gentes.

En el prólogo de la segunda edición afirmé que, a la manera de los grandes artistas, en ese cuadro gigantesco que resume, como ninguna otra obra suya, su vida y su experiencia, se metió él mismo en el vasto proscenio. Así lo hicieron, a su turno, Dante y Miguel Angel, Velásquez y Cervantes. El es, sin duda, Don Alejo, el patriarca.

En otros volúmenes se congrega la Obra literaria, es decir, sus ensayos primeros, como **Horas, Motivos, Ventanas en la noche,** *siguiendo con* **Saldo,** *ya de los años del exilio,* **Virutas, Cartera del proscrito** *y* **Prosas de llanto,** *que es título póstumo, como que se publicó en 1969.*

* * *

En cuanto a su actuación pública se recoge literatura política muy variada, ya que cubre el período de 1925 hasta su muerte y abarca desde un discurso para inaugurar el reloj que el General Juan Vicente Gómez donara a la Universidad Central, hasta el **Mentís a Rómulo Betancourt,** *de 1949, y el* **Ideario Político,** *de 1958; amén de otros cuantos testimonios, como el* **Discurso de apertura de las sesiones de la Cámara del Senado** *y* **El Pentateuco del disparate.** *Quiero referirme a dos protestas: la que rechaza la infamia que en 1945 pretendió ligarlo a la desgracia de los estudiantes encarcelados en 1928, cuando era él Gobernador de Valencia; infamia que le dolió*

inmensamente. Espíritu sensible como el que más, tenía que reaccionar así ante esa fraguada imputación de responsabilidad, que tenía entonces claros fines políticos.

La otra protesta, cordial, serena, firme, fue la Carta a Andrés Iduarte, el escritor mexicano, quien en 1949, llevado por su comprensible simpatía hacia el derrocado Presidente Gallegos, dio al mundo una versión romántica y ligera de esa caída, tan deplorable como inevitable. Don Mario rectifica la información emocional de su amigo Iduarte y explica cómo el gobierno de Gallegos no era viable. Que es, ni más ni menos, lo que muchas veces sostuvo Betancourt cuando afirmó que a Acción Democrática nadie la tumbó, sino que se cayó por su culpa; lo que llevó a ese líder a prometerse no repetir los errores del jacobinismo anterior y a orientar su siguiente empresa política con realismo pragmático.

Mario Briceño Iragorry no era político. Me explico. Si por tal se tiene a quien calcula sus jugadas y mueve sus alfiles sobre un tablero ideal, conforme a una estrategia más o menos coherente, no lo era. Temperamento alerta e impetuoso en sus pasiones, lejos estuvo del cálculo y del disimulo que gradúa de políticos a los politiqueros.

Era un hombre de pensamiento, por sobre todas las cosas, a quien en las lides políticas podía ganar cualquiera, puesto que presumía sin malicia la buena fe ajena. Ignoró las más veces que si la política es acaso ciencia, no está entre las exactas, y esperó, confiado siempre, buena fe, juego limpio, reglas claras, a cambio de las suyas.

Pero por la vía del empleo, de los sueños, del servicio y del ideal acrisolado que sólo con el poder puede realizarse, anduvo de continuo en la política que tantos sinsabores le causó. Ya hemos mencionado algunos.

Durante su juventud fue servidor público, ya en el cuadro interno, ya en la función exterior: Secretario, Director, Parlamentario, Cónsul. El tiempo era de prudencia y el clima de obsecuencia. Grandes y pequeñas figuras de la sola política que entonces se practicaba,

estaban en ella porque tácitamente aceptaban la jefatura única e indiscutible del vitalicio jefe de la Nación.

No debe nadie extrañar, por tanto, que en semejante atmósfera se moviera apropiadamente: formaba parte de la Causa, como su tío, como sus primos, como sus coetáneos y condiscípulos, como buena parte de la nación, que reconocía en el Caudillo supresor de los caudillos al autor y garante de la paz octaviana.

El burócrata que ocupa los más variados puestos administrativos y políticos halla, sin embargo, tiempo para sus lecturas y escrituras. Uno se maravilla de que alguien que despachara responsablemente sus tareas oficiales pudiera dedicar con semejante ahínco sus ratos libres a escribir tanto, con tanto entusiasmo y coherencia, como Don Mario. Ello es mucho más admirable visto desde hoy, cuando de los "ocios" de los burócratas actuales pareciera no quedar nada trascendental.

Ese tiempo de empleado e inevitable parte del elenco oficial, es el que llama Don Mario el de la prudencia. Como para que nadie recuerde su pasividad de entonces, emprende —Quijote al fin— sus más gallardas aventuras políticas a la hora en que los demás buscan el cómodo sillón del reposo y la mediocre garantía de la jubilación.

Se había involucrado seriamente en la política activa bajo el gobierno de Medina, que lo lleva a la Presidencia del Estado Bolívar y a la del Congreso Nacional y, por ende, al partido que el Presidente creara para defender su gobierno y capitalizar sus éxitos. Es ardoroso militante, más que estratega político, pues —repito— no era un político.

Creía y creyó siempre que la evolución iniciada tinosamente por el Gobierno de López Contreras, a la muerte del General Gómez y continuada por Medina Angarita, era la forma adecuada de ir aclimatando la vida institucional y las costumbres de respeto y convivencia que resultan de una educación escolar y de una práctica cívica. Sinembargo, dentro de aquel partido propició tempraña-

mente las reformas electorales que juzgó necesarias para acelerar la participación universal en el escogimiento de los poderes públicos. (¡Cómo vería ahora el hecho de que pasados tantos años de odios, sangre y violencia, todavía vote el elector por un color, como lo harían los bantúes, y no por candidatos, lo cual —puede decirse— equivale a la antigua elección indirecta o de segundo grado, a la cual imputan algunos el derrocamiento del Presidente Medina!).

La injusta y brusca caída de este Magistrado para atropellar el proceso y sustituir la ordenadora evolución pacífica por la revolución violenta, hirió su sensibilidad, como era apenas natural. No había sido, tampoco, la sustitución de un Presidente por otro, sino la del orden por el caos jacobino; la experiencia por la improvisación. Formó parte, pues, por derecho propio y por convicción, de la oposición al octubrismo.

Cuando a raíz del 24 de noviembre de 1948, o sea de lo que podría llamarse también "golpe de opinión", aceptó la Embajada en Colombia, dentro de un cuadro donde casi todas las fuerzas políticas vieron la posibilidad de restaurar el entendimiento nacional, un eminente amigo suyo, que había sido Ministro de Relaciones Exteriores, le dijo: "Bueno, Mario, no nos aceptaste la Embajada en el Ecuador porque te la ofrecía un gobierno de facto. ¿Y ahora?". Don Mario le respondió: "Es que hay factos de factos".

No duraría mucho el tiempo que su prudencia daba a la Junta Militar. So pretexto de un incidente protocolario, se despojó del cargo que ya se le hacía incómodo y regresó al país, a sus letras y, en cierta forma, al debate político posible. En ello estaba cuando la maltrecha oposición, dispersa, además, por rivalidades muy propias de un país y una época así, con Jóvito Villalba a la cabeza resolvió dar la batalla en el terreno electoral: "Hacer uso del filo que señalan al civismo las espadas gobernantes", para decirlo en el lenguaje suyo.

El gran tribuno Villalba tocó a la puerta de las mayores figuras independientes para invitarlas a la contienda. Casi todas se

negaron. Don Mario era ya imprudente y vibrante luchador que dio el paso al frente.

No quedó mucha literatura acerca de las elecciones del 30 de noviembre de 1952, y la que hay es en buena parte la versión de Don Mario; pero esa fecha y lo que en ella ocurrió como expresión del entendimiento nacional tiene que ser uno de los acontecimientos más rotundos y memorables de la dignidad venezolana. No exaltarlo como tal es mezquindad municipal que tarde o temprano cederá paso a la justicia y a la conveniencia cívica del país.

Como decía, Villalba obtuvo rápidamente de Briceño Iragorry la adhesión a un proyecto político electoral que lo sumó al debate con el ardor y la resolución de un joven. Su nombre añadió ideas a la lucha del pueblo. De manera que cuando, frente al pesimismo de la dirigencia, que no confiaba en la concreción del espíritu popular, don Mario convocó a los electores en la plaza pública, su figura se eleva a un plano romántico. Vino a ser el revés del tradicional político, que empeña su juventud en altos ideales, para pasar a ser un conforme degustador de sosiego en la edad madura y la vejez. Es, por tanto, este el momento estelar del personaje, que había sido tácito y prudente en los años del riesgo, para buscar y combatir los riesgos en la edad provecta. Si Don Mario no hubiera hecho sino ésto, ya sería acreedor al respeto y la admiración de sus contemporáneos.

Un nacionalismo de tan buena ley, como el suyo, afincado, no en la desconfianza ni en el odio a otros países, sino en el amor al suyo, extraído del íntimo conocimiento de su urdimbre histórica, de sus tradiciones más honrosas, tenía que determinar, inexorablemente, su postura política; y ésta, en el comienzo de una posguerra que estimulaba el internacionalismo, también inevitablemente, debía provocar reacciones. Por ello fue polémica su posición, tanto más polémica cuanto más entrañable era su defensa de lo nacional.

La guerra fría pondría fin a la luna de miel de los dos grandes sistemas políticos mundiales, coincidentes por un momento

histórico, el necesario para abatir al poderoso enemigo común. Volvían los recelos, como antes, y "el ácido de lo que fue dulzura" entre los Estados Unidos y la Unión Soviética; y la amistad con esta última, que durante la guerra y tras ella, los Estados Unidos habían prácticamente impuesto, se tornó hostilidad creciente. El Senador MCarthy era el apóstol de una enemistad beligerante y una aguerrida prevención contra el comunismo. Los individuos desprevenidos y generosos que en nuestros países creyeron en la distensión con Rusia y en la cooperación de dos culturas y dos filosofías de la vida, y que, en consecuencia, habían prohijado formas concretas de intercambio intelectual, de la noche a la mañana fueron motejados de pro-soviéticos.

Don Mario, quien en ese entonces colectaba firmas para pedir la libertad del Cardenal Midzenty, prisionero de los comunistas húngaros, y al mismo tiempo gestionaba, en igual forma, la libertad de Pablo Neruda, detenido en Chile por el gobierno de González Videla; junto a otros patrocinó el Comité de Amistad venezolano-soviético, y con ello se puso, como quien dice, de pecho ante la guerra fría. Se recordó su acentuado nacionalismo para ver en él un enemigo a ultranza de los Estados Unidos y de la deformación causada en nuestras costumbres por la influencia avasalladora de las costumbres yanquis, no peores ni mejores, pero enteramente diferentes de las nuestras e incompatibles con nuestra tradición de pueblo, si no las avalara e impusiera, de una parte, el insoslayable imperialismo de la gran potencia aledaña, y de la otra, el frívolo instinto de imitación de una clase social inauténtica que se avergüenza de su identidad y halla admirable todo lo novedoso y forastero.

Si aquello ocurría en la sociedad de su tiempo, tanto más válido es el sentido de lo nacional ahora, cuando por obra de migraciones diversas, diferentes, por cierto, a las que llegaron el siglo pasado, "sin boleto de regreso" —como decía Don Mario— se ha desfigurado aún más, o desleído la conciencia de lo venezolano.

Ya nos referimos a la virtual eliminación de la enseñanza escolar de la historia, precisamente cuando los hijos de centenares de miles de

inmigrantes necesitan entender el país al que llegan o donde nacen y que sus padres no pueden explicarles. Por ello tenemos una sociedad adventicia.

Cuando el llamado "boom" petrolero catapultó los precios del petróleo, numerosos aventureros, principalmente de Europa oriental, fueron atraídos por nuestras circunstancias. Enriquecieron rápida y fabulosamente, a la vez que contribuían a corromper nuestras costumbres burocráticas con sobornos y coimas que eludian el desesperante papeleo de las oficinas públicas. Como estaban de paso y sin compromiso alguno con el atolondrado país, comenzaron a exportar sus ganancias en previsión de una crisis. Cuando ésta llegó, apenas tenían en el país lo necesario para emigrar, ellos también, en busca de otro medio incauto. Lo grave es que los venezolanos raizales hacían lo mismo, hasta descapitalizar a su patria.

* * *

Quien serenamente estudie la obra esencial de Don Mario, advierte que no hay en ella prédica destructiva contra nadie. Por el contrario, es constructivo todo su discurso, encaminado a alertar, a emplazar y a recordar que no somos una nación anónima, ni surgida por generación espontánea, ni desprovista de los valores que en sucesión creadora forjan una gran patria. Exalta, por ende, esos valores antiguos y permanentes para pedir que no los reemplacemos por otros que turban nuestra esencia de pueblo. Es evidente su consternación por la "turbatio mores" que la exploración y la explotación, todo el negocio, en fin, del petróleo, ha causado en la vida del país, desde la política, que pretende una democracia a la norteamericana, con olvido de nuestra idiosincrasia, hasta la educación, que apartándose del molde latino-hispano-franco-italiano correspondiente a nuestra tradición integral, ha transplantado el esquematismo de los "tests" que abortan el discurso de la inteligencia y larvan su desarrollo.

Cuando con poderoso y angustiado acento evoca las virtudes antiguas y los dioses lares de la sociedad que dieron a ésta categoría

moral y decoroso rumbo, previene contra las tendencias forasteras de toda procedencia que han venido instalándose en nuestras costumbres. Tampoco tuvo el disgusto de ver el aterrador avance de esas tendencias que con el auge económico sobrevenido sin esfuerzo ni disciplina algunos de la nación, dieron al traste con los valores que él izaba como bandera de la causa nacional.

Los años finales —1952 a 1958— de su vida erguida y apasionada, son de escritura política. El revés de su empresa electoral lo convirtió, de vencedor clarísimo, de Diputado del pueblo y de eventual Presidente provisional de la República, en "enconchado", asilado en la Embajada del Brasil y exiliado itinerante en Panamá, Costa Rica, Cuba y, por último, España e Italia.

El Dante había escrito: "Tu proverai si come sa de sale le pane altrui —e como è duro calle lo scendere a'l salir per l'altrui scale".

Maltratado y negado por quienes usurpaban el poder tras las elecciones desconocidas, no imputó a la patria sus sufrimientos ni se le ocurrió como, a Carducci, decir "la nostra patria è vile". Más bien se crecieron su devoción y su ternura venezolanas, que la nostalgia ensancha y repetía, a solas y con frecuencia, a veces modificándolos, los versos de Antonio Arráiz: "Quiero estarme en ti, junto a ti, sobre ti, Venezuela— pese aún a ti misma... He de amarte tan fuerte que no pueda ya más— y el amor que te tenga, Venezuela —me disuelva en ti—. Bien podrías darme cieno a beber— y, cuando yo te humedezca de sudor, contestarme— con tus áridos cardos como sola comida... —Aunque seas mala madre— estaré adherido a ti, Venezuela —adherido de amor; y subirme sentiré, de ti, buena o mala, —tu vida propia, como savia". (6)

A España, no obstante el recelo inicial hacia su sistema político, lo condujo el amor a la madre patria y el deseo de estudiar. Además, por supuesto, las ventajas de la lengua y del bajo costo de la vida para quien llevaba vacías las alforjas.

---

(6) *Parsimonia. Obra poética.* Caracas. Monte Avila Editores. 1987. p. 57.

A Madrid fueron llegando otros exiliados distinguidos, de diversas tendencias, hasta constituirse una colonia venezolana que se las arregló para compensar con la frecuencia de la amistad y con espíritu solidario la transitoria pérdida de la patria. España era, después de todo, el más grato país alterno de Venezuela. Era y es como el glaciar o la laguna de donde parten el hilo de la sangre y el rumor de la estirpe que llegan hasta América y se hacen carne en nuestro cuerpo. Vivir atentamente en España es como remontar por aquel hilo al pasado de todo, o de gran parte de cuanto somos.

Don Mario y su casa se vieron de pronto convertidos en el centro de la colonia venezolana y en gimnasio del pensamiento político que tejía y destejía teorías apuntadas al regreso que un día parecía inminente y otro día parecía remoto. Era impresionante la jefatura moral de Don Mario sobre la comunidad de compatriotas arremolinados en torno al más sabio y austero de todos, a pesar de las flaquezas de su salud física.

Cuando el régimen español se dio cuenta de que el brazo represivo del gobierno venezolano, alargándose hasta Madrid, atentó contra Don Mario, el 8 de diciembre de 1954, actuó con rapidez para recordar a Caracas que los asilados venezolanos eran sagrados en España. De ese modo se evitó que a Don Mario, salvajemente golpeado aquel día a la salida de la misa en una iglesia céntrica del barrio de Salamanca, se le secuestrara y arrojara desde un avión al mar Cantábrico, como era aparentemente el plan original.

En Madrid mantuvo amistad Don Mario con diversas personalidades españolas: Manuel Fraga, el Doctor José López Ibor, el Doctor Gregorio Marañón, el Doctor Jiménez Díaz, Julio Camba, el futuro Duque de Cádiz, varios sacerdotes entre otros. Se mantenía atento al proceso de recuperación de Europa e informado de todos los acontecimientos mundiales a través de la prensa y de revistas inglesas, francesas e italianas. Sus relaciones con las autoridades eran correctas y se limitaban a la renovación, cada tres meses, de la visa española.

Acostumbrado a las dictaduras venezolanas, generalmente crueles, voraces y celosas, a los exiliados en España nos parecía increíble la de allí, que permitía decir cuanto se le ocurriera a la oposición, a condición de que fuera verbalmente, y que toleraba que los detenidos políticos fueran inmediatamente libertados por la gestión de un abogado. Era lo que veíamos con nuestro amigo Dionisio Ridruejo, a quien visitábamos en Carabanchel cada vez que era detenido, y con otros amigos.

Pudo Don Mario disfrutar en aquel Madrid recatado y delicioso de las charlas con gentes las más diversa, como el barbero Baltasar, su editor aragonés Verdejo, su Secretaria, Ernesto Jiménez Navarro, con conserjes, carboneros, mercerías y serenos de su barrio, a través de quienes recibía la risueña y pícara versión de la España cotidiana. Baltasar, quien había estado antes a "teñir los pelos" de determinada Marquesa o a cortar las barbas de cierto político traía, para regocijo de Don Mario, las frescas noticias domésticas de la Villa y Corte.

Gozaba de la conversación con los amigos, y con mayor frecuencia de lo que parece tenía humor fácil y regocijado que se ejercitaba en juegos y chistes. Privado de la buena mesa que en sus mejores años cultivó, en los años adversos y restrictos se complacía en leer recetas de cocina y se deleitaba con la lectura, como si en realidad degustara los manjares vedados.

Lo más notable de este tiempo de Don Mario —repito— fue su escritura de todas las horas, de todos los temas, con pareja fuerza expresiva, con un vigor insólito. En ese estilo suyo que evitaba parecerse a otro, con el regusto por los más expresivos arcaísmos y el entretenerse en armar frases originales con términos no convencionales, llenó miles de páginas con la letra hermosa, culta y clara que podía leer el impresor. "Crea a su manera y para su uso una lengua nueva, toda de él". No será la más ágil, pero sí la más convincente. Podría aplicarse a su estilo lo que de Dante decía Papini: "Las palabras que se leen en la mayor parte de los escritores parecen de segunda mano, usadas, sin eco ni relieve. Las de Dante

parecen acuñadas y cinceladas allí mismo, calientes todavía de la fusión".

Años después que él, Rómulo Betancourt, a quien complacían las palabras insólitas, popularizaría el adjetivo "multisápida", que Don Mario había utilizado ya en **Los Riberas** *para referirse a las hayacas.*

Aunque escribía sobre muchos temas, así políticos como literarios y religiosos en ensayos, colaboraciones de periódicos, libros y cartas, todos sus pensamientos de ese tiempo confluían en la resistencia contra la dictadura venezolana. Sus artículos para **El Tiempo,** *de Bogotá, destinados, con toda su intención, a los lectores venezolanos, eran los más agresivos y contundentes. Me refería el ex-Jefe de la Casa Militar de entonces que cuando se los leían al General Pérez Jiménez, éste se indignaba, y que su mayor disgusto se lo causó el tema "La capa de Andrés Bello", en el cual se refería Don Mario a la vergüenza de que, con toda la riqueza y adelanto material de Venezuela, las obras completas de Don Andrés Bello se hubieran editado en el extranjero.*

En el género "responsos" comentó acontecimientos conmovedores y extraordinarios de cualquier origen. De ellos ajustó una pequeña colección con los más variados temas, que se publicó póstumamente bajo el título **Prosas de llanto.** *Es tan incondicional la simpatía con que adhiere al drama que analiza, que el lector participa de ese drama. Hace poco, al leer un destacado peronista argentino el Responso para las víctimas de la violencia política desatada a la caída de Perón, con los ojos humedecidos me expresó que no imaginaba que alguien en el mundo hubiera tenido pensamientos y sentimientos tan hermosos para una tragedia sufrida por gentes nada afines con el pensamiento de su autor.*

La salud de Don Mario era tan precaria, por la recurrencia de sus espasmos coronarios, que si no lo retenían en la cama lo limitaban tremendamente en sus movimientos, que considerada a la distancia se concluye que sobrevivió porque la pasión de volver a Venezuela

superaba el mal por donde moría constantemente. Ataques de la enfermedad, diagnósticos errados que propusieron hasta cortarle ambos brazos, la forzada dieta, la golpiza que ordenó la policía política venezolana para silenciarlo: todo era bastante a sacarlo de la vida. Ello no obstante, apenas se reponía, desde el mismo lecho, sobre la tabla que se hizo arreglar para el efecto, o en el modesto escritorio, reanudaba la escritura sin fin y con destinatario preciso. No tuvo la dictadura del General Pérez Jiménez enemigo más asiduo e implacable.

El último tiempo, es decir, el final de 1957 lo pasó Don Mario en Génova. Le dijeron que una técnica operatoria nueva para revertir al corazón la sangre de ciertas arterias secundarias vigorizaría al noble órgano, y fue a operarse, mas sin éxito. Lo que hoy es perfectamente tratable con cirugía, era entonces aflicción incurable que luego lo hizo sucumbir.

El 13 de abril de 1958 regresó al país. Debiendo, por su amor y su servicio, ser el primero en retornar, demoró, para llegar de último, mientras se fortalecía el corazón, fatigado en extremo para soportar las emociones del re-encuentro. Lo recibió el pueblo con sentimiento unánime. El quería observar cómo se perfilaba el proceso de la libertad en el país jubiloso y atolondrado, cuya alegría recibió el nombre de "espíritu del 23 de Enero". El espíritu que él había exhaustivamente predicado, de unión, de compromiso de "los cuatro gatos" que aquí éramos y somos.

Su ilusión del momento y mientras consolidaba su salud, era la de servir una cátedra de civismo para los obreros. Nada más quería. La lentitud en decretarla y organizarla lo molestó íntimamente. ¡Era tan poco lo que pedía! Cuando, la madrugada del 6 de junio, a los cincuenta y tres días del retorno, con sesenta años de edad, se sintió inescapablemente cercado por la muerte, no había logrado que lo nombraran para profesar la cátedra desde la cual pensaba crear conciencia contra la recidiva de las dictaduras.

Pero antes de morir tuvo la satisfacción innenarrable de volver a ver a Trujillo con los ojos del cuerpo. Eso no le falló: el Estado,

gobernado por Mario Briceño Perozo en aquel intervalo de ponderada civilización que no se ha repetido, volcó su devoción, su admiración, su cariño y su orgullo para decirle a Mario Briceño Iragorry que su desmesurado amor hallaba apropiada retribución en el corazón de sus paisanos. "Me recibieron a cuerpo de muerto", declaró. Fue su victoria final. La que él necesitaba por toda gloria, porque ningún otro reconocimiento era tan elocuente para él.

Cuando el Presidente de la Cámara de Diputados de la República, Doctor José Rodríguez Iturbe, sobrevaluando mis méritos, me honró con la solicitud de este Prólogo, no me puso condiciones ni me fijó términos. Seguramente tuvo en cuenta sólo mi proximidad familiar a Don Mario, que comenzó en 1949, cuando en nombre del Gobierno me pidió que lo acompañara como Primer Secretario de la Embajada en Bogotá, que acababa él de aceptar.

Era yo estudiante de Derecho, aprendiz de todo, como ahora, y político vocacional con alguna tempestuosa experiencia, no obstante la edad. A los tres meses de trabajar con tamaño Embajador, no yo, cualquiera, sabía cuanto es menester saber de la diplomacia: desde redactar una nota verbal, hacer un informe a la Cancillería, ordenar el protocolo de un banquete, cifrar y descifrar a la antigua, tramitar un caso de asilo, discutir un proyecto de tratado. Porque era un veterano reposado y sabio, y porque era innata su índole de maestro. Tuve otros, buenos, más ninguno enseñaba como él. Nadie preveía todas las situaciones que él anticipaba. "Eres señor de la palabra que callas y esclavo de la que dices", era su lema, que debería ser el de la diplomacia.

Me tomó cariño, alentó mis sueños, que no eran pocos y estimuló mis ambiciones, que son de mi misma edad. Con su ejemplo y con su conversación, de los que fluían las enseñanzas, indoctrinaba y dirigía. "Sabio pastor, gobiernas tu ganado —más con el silbo que con el cayado— y más que con el silbo, con la vida" —había escrito Góngora.

Poco tiempo —escasamente un año— fui Secretario de Don Mario dentro de una misión donde el servicio del país era la única mira.

Lamenté dejar aquel conjunto humano por él presidido, y caracterizado por la armonía y la laboriosidad. Pasé a ser Consejero de Don José Rafael Pocaterra, también venezolano extraordinario, quien actuaba como Embajador en Washington.

Quedé, empero, vinculado a Don Mario con la amistad y la admiración, que no flaquearon un instante. El se retiró a poco de su misión y yo permanecí un tiempo más en mi cargo. El siguiente encuentro fue en las elecciones del 30 de noviembre de 1952, en su asilo y más tarde en el exilio, que compartimos desde 1955.

No puedo, pues, ser tan objetivo, como debiera, en este Prólogo en el cual he querido referirme a la mayor parte de los títulos que componen esta edición de la **opera omnia** *de Mario Briceño Iragorry. Dudo que nadie próximo a su quehacer, al cálido laboratorio de su pensamiento, a la ternura de sus sentimientos, a la rectitud de su vida, pueda quedar imparcial. Su consistente celo por las cosas entrañables de Venezuela, su militante catolicismo, su amistad prodigada con cortés delicadeza rompían la imparcialidad de cualquiera.*

Si, leídas a cincuenta años de escritas, sus tesis inflaman a los estudiantes de hoy y ponen en el alma de cualquiera preocupaciones superiores por la suerte de la sociedad, de la nación, del hombre y su espíritu ¿cómo exigir imparcialidad a quien lo vio de cerca y por años en todos los momentos de su ánimo: en las expansiones de la alegría, en las meditaciones del infortunio, en los espejismos de la nostalgia, en los acosos de la enfermedad?

Miguel Angel Burelli Rivas

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENAMIENTO DEL VOLUMEN 1

Puede constatarse, libro a libro, que la reflexión nacionalista de Mario Briceño Iragorry, irradia a partir de la nostalgia y conciencia de la Patria Chica. En su libro *Mi infancia y mi pueblo (Evocación de Trujillo)*, el autor revela:

> **...sin ser un cegado regionalista, todo lo contrario, un cabal nacionalista, creo que jamás sentirá el neto valor y la responsabilidad plena de lo nacional, quien no sienta vigorosamente los vínculos amorosos que lo unen a la tierra nativa. Ni crecerá cuanto es la gran patria, si al deseado crecimiento no precede un esfuerzo por levantar en función acoplada y conjugante, los valores de las patrias chicas.**

En el Proyecto de estas *Obras Completas* se previó iniciar la edición con un volumen que incluyera los textos referidos a la región nativa y los no muy abundantes donde se expresan confesiones autobiográficas. Ambas dimensiones, la del hombre y la de su espacio inicial de tránsito por el mundo, permiten al lector una ubicación más precisa de las obras restantes.

El primer volumen se abre con un testimonio dramático de su primera experiencia carcelaria, a la que es sometido por circunstancias de su actuación pública. Sigue la visión global de una trujillanidad irradiante que culmina en la añoranza del terruño,

desde su exilio en España, durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, a la que tan encendida y valientemente combatió en acción y palabra.

El ordenamiento de los textos se rige por una cronología donde priva la fecha de redacción. A falta de este dato se considera el de primera aparición en libro. Quedan excluidas momentáneamente algunas páginas publicadas en la prensa periódica, sobre el mismo tema. Su compilación e inserción está reservada para los volúmenes de *Textos dispersos*.

Cuando se da el caso de un libro suyo prologado por otro autor, el texto del prologuista se reserva para incluirlo en un volumen penúltimo que habrá de recoger las valoraciones más importantes sobre el escritor y la Obra.

En lo posible, para su reproducción en las *Obras Completas*, se han preferido las primeras ediciones, escrupulosamente revisadas por su autor. Sólo cuando existen ampliaciones o modificaciones sustantivas, se adoptan ediciones posteriores. En todos los casos se indica la fuente de procedencia del texto y una nota a pie de la página inicial, señalada con asterisco, remite a la referencia.

Al final del volumen va consignado un *Historial bibliográfico* de los materiales incluidos como fuentes primarias. Entre los volúmenes finales de las *Obras Completas*, hay uno destinado a suministrar la Hemero-bibliografía total del escritor.

Caracas, 1988.

EL COMITE EDITOR

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 1

APUNTES DE MI PRISION (1945)*

(*) Reproducido de **Mario Briceño Iragorry. Su presidencia del Congreso de la República y otros testimonios (1945-1954).** Caracas: Edición Homenaje del Congreso de la República, 1985 (154 p.), pp. 55-68.

Jueves 18 de octubre - a las 2 1/2 p. m.

Me avisó mi hijo M. J. (1) desde el sector comercial, que se había alzado la guarnición del Cuartel San Carlos. Regresado mi automóvil, salí armado de revólver con destino a Miraflores. Al paso por las oficinas de "Fantoches" encontré a Jesús González Cabrera (a) El Mono, quien me hizo detener el automóvil. Hablamos sobre la noticia que corría por la ciudad de un alzamiento a favor de López Contreras (2) y resolvimos ir a juntarnos con el Presidente Medina, a quien supusimos en Miraflores. Al llegar al Palacio, guardias militares intentaron desarmarnos y yo invoqué mi carácter de Presidente del Congreso Nacional. Se nos dejó armados. Al penetrar a la Sala de los Edecanes, hablé a Pedro Sotillo, Secretario del Presidente, sentado en una silla y con aspecto demudado. Le pregunté por Medina y me dijo no saber dónde estaba. De nuevo un sargento, revólver en mano y apuntándome, me intimidó la entrega de mi arma. Yo resistí y él intentó registrarme. De nuevo alegué mi inmunidad parlamentaria y acaso me hubiera disparado el militar, si Pedro Sotillo no me insinúa deponer mi actitud. Fui desarmado, al igual de los presentes. Muy en breve nos dimos cuenta de que estábamos detenidos, pero sin saber por quiénes. Entre los presentes

---

(2) Los nombres completos de los personajes citados en estos Apuntes... se consignan en el Indice Analítico, al final del presente volumen.

(1) Se refiere a su hijo Mario José Briceño Picón.

se corrió la voz de que el General López Contreras había llegado en una camioneta con soldados dando órdenes. Luego el Ministro del Interior, Uslar Pietri, fue traído del interior, o sea del salón de espera presidencial, bajo la custodia de un teniente y después de haber hablado por teléfono fue conducido de nuevo al comedor donde era custodiado. Ya no hubo duda de que éramos presos. Llegaron luego el Dr. Enrique Tejera, Presidente de Carabobo, Jóvito Villalba, Luis Hernández Solís, Joaquín Gabaldón Márquez, Rosendo Lozada Hernández y otros amigos, todos creídos de que había un movimiento reaccionario. Pasados unos minutos, fui llamado al salón de espera, donde Villalba me comunicó que el movimiento era de los Oficiales jóvenes del ejército, encaminado tanto contra Medina como contra López, de cuya prisión fui informado. Villalba se manifestó un tanto aliviado, pues el Teniente Riveros, con quien había hablado, hubo de manifestarle que se trataba de un golpe a favor de la libertad institucional y de las garantías democráticas. Incomunicados pasamos allí un par de horas o más. Ya anochecido, un Oficial reclamó mi compañía y la del Ministro del Interior. Fuimos sacados del Palacio por la puerta principal y con aparato de guardia, llevados a un automóvil, en el cual se nos condujo a la Escuela Militar, diciéndonos que se trataba de ofrecer mayor seguridad a nuestras personas. Después de un nuevo registro personal se nos condujo a una pieza donde encontramos al General López Contreras.

Nada que pudiera confundirme tanto como hallarme detenido en la misma pieza con el presunto Jefe del Movimiento reaccionario. Si en verdad una vieja amistad personal me une al ex-Presidente, las últimas circunstancias políticas me tenían por demás distante de él y de sus actividades políticas. Aún más: el propio Presidente Medina me había dado informes de la actitud hostil de López Contreras contra mi persona, todo en razón de formar yo en el grupo de hombres que adversaba el retorno de López Contreras a la Presidencia. Y si era embarazosa mi actitud frente al ex-Presidente, más tenía que ser la del Dr. Uslar Pietri, convertido en su primer enemigo y opositor. Sin embargo, nuestro encuentro fue cordial, en medio de la mayor discreción. El nos explicó que informado del

alzamiento del Cuartel San Carlos, su primer impulso fue salir en busca del General Medina. Pasó por el Cuartel de Las Quebraditas, supo allí que el Presidente había salido hacia Miraflores y se fue allí para ponerse a sus órdenes. Al llegar, un Oficial lo desarmó, lo condujo al interior de Miraflores y de allí fue conducido inmediatamente a la Planicie. En dicha forma el ex-Presidente hacía buenas sus palabras de tres días antes, cuando en documento público, con motivo de su candidatura, declaró que él estaba en todo momento a la orden del Gobierno para defender las instituciones.

Luego tuvimos ocasión de recibir las visitas del Mayor Carlos Román Delgado, Capitán Mario Vargas, Teniente Loscher Blanco, Teniente Buenaño y algunos otros militares, por cuyas conversaciones nos informamos de la finalidad del movimiento y de su conexión con "Acción Democrática". López con una dignidad y un aplomo estupendos, oía los relatos y las quejas de los militares. Los tres (López, Uslar y yo) hablábamos con las mayores reservas. López distanciado de ambos: Uslar y yo con los resquemores de nuestras diferencias en el seno del medinismo. Nos unía en aquellos momentos la triste y desairada circunstancia de nuestra prisión común. Por las conversaciones con los militares me impuse de los siguientes hechos:

En la noche del miércoles 17 había sido invitado por el Comandante Arévalo, Director de la Escuela, el Coronel Ruperto Velasco, Director de Guerra, a una cena en la Escuela, a la que fueron invitados, además, el Mayor Delgado, Vargas, Loscher y Buenaño. La comida estuvo rociada de abundante whisky y Velasco hubo de perder la cabeza un poco y se produjo en largas consideraciones sobre disciplina, todo en medio de "ademanes de ebriedad simiesca", según palabras de Loscher. Al día siguiente, 18, Velasco volvió a las 9 a. m., a la Escuela con el fin de conducir a Delgado al Ministerio por encargo del Ministro Becerra. Advertidos los oficiales de que su plan había sido delatado, resolvieron la prisión inmediata de Velasco y se declaró la rebelión. El fin de la revuelta era, según expresión de Loscher, borrar el personalismo que venía privando en la organización del Ejército, cuyos Oficiales subalternos se sentían

molestos por el trato que se les daba. Dijo Loscher que el Oficial carecía de asistencia y que lejos de distribuirse por medio de un procedimiento lógico de justicia la suma destinada a protección del Ejército, eran los servicios prestados como favor personal al Presidente, a cuyo arbitrio pensaba él dar o no la pequeña suma que en cada caso se destinaba a favorecer al Oficial. Le invocó también la falta de preparación de los Oficiales Superiores como motivo de molestia para los jóvenes que habían alcanzado un grado de cultura. Alegaban los Oficiales como actitud ofensiva para el Ejército el hecho de que el Presidente Medina pretendiera utilizar la fuerza del Ejército como elemento ciego dispuesto a respaldar sus aspiraciones de gobernar e imponer un nuevo Presidente.

En la noche fuimos visitados por un periodista americano, corresponsal de la United Press, quien por mediación de la Embajada Americana, con la cual ya estaba en contacto el Comité Militar que dirigía el golpe, había obtenido permiso para interrogarnos. En verdad que no pudieron ser más impertinentes las preguntas que nos hizo el corresponsal, pues empezó por inquirir de nosotros lo que supiéramos en relación al golpe militar. El General López Contreras habló por todos y le dijo que eran los señores militares quienes podían informarle al respecto, pues nosotros éramos unos simples detenidos. Comprendimos que más que a preguntarnos, el periodista había ido a vernos para informar sobre nuestra prisión y seguridad. (Esa misma noche el Embajador Corrigan envió un empleado a mi casa de familia a informar a mi mujer que el Comité Militar le había dado garantías para mi vida).

Algunos momentos después supimos que el Gobierno había neutralizado el Cuartel San Carlos, noticias que él nos dio con enojo de parte de los militares, quienes nos dijeron que confiaban que en el curso de la noche se les incorporaría seguramente la Aviación, pues ya dominaban los cuarteles de Maracay.

Poco después fuimos sorprendidos por un gran ruido de voces en el patio de la Escuela y desde la ventana que de nuestro cuarto mira al patio divisamos una irrupción de gente del pueblo que venía a

armarse. En ese momento entró a nuestro cuarto el Mayor Delgado Chalbaud y el General López Contreras le puso de presente el riesgo que para el orden futuro representarían esas armas puestas en manos del populacho. Durante la noche hubo fuego nutrido contra la Escuela, con aspecto de batalla.

En la pieza sólo había una cama, una poltrona y dos sillas duras de madera. Sobre una mesa-escritorio una botella de agua y un vaso. No se nos dio comida la primera noche. Pensamos en descansar. El General López se echó en la cama, Uslar tomó la poltrona, yo tomé una silla y la acerqué al lavabo para recostar un brazo y tenerme la cabeza. A eso de las 11 nos llevaron dos colchones, donde vestidos nos echamos Uslar y yo. Dormiríamos por todo unas dos horas. De una parte el continuo fuego, de la otra el estado de inquietud y sorpresa en que nos hallábamos. En la madrugada sentimos el primer anuncio de los aviones. No sabíamos aún con quién estaban. Pero en breve supimos que apoyaban a los rebeldes. Al clarear el día pudimos observar la lucha entre la fuerza leal que atacaba la Escuela y los defensores de ésta. Desde la ventana, que mira hacia el Observatorio, nos era fácil ver los movimientos de ambas gentes. Se repetían las descargas de fusilería y se oían las granadas. En el curso de la mañana, se presentó a nuestro cuarto el Mayor Delgado, vivamente alterado. Casi no podía hablar, según era su excitación. Nos dijo que el General Medina estaba sacrificando por medio de la policía la población civil y que ellos pensaban parlamentar, por medio del Embajador Corrigan, con el Presidente, mas el Embajador insinuaba que para ello fuera autorizado por López Contreras. Este manifestó la mayor sorpresa por las cartas que querían darle en el negocio y se negó a mediar en ninguna forma, pero insinuó que los rebeldes entraran en contacto con el Presidente por mediación del Dr. Oscar Augusto Machado. El Mayor Delgado aceptó la insinuación y dijo que lo haría así.

En el ánimo del ex-Presidente hubo la impresión de que la actitud de Delgado Chalbaud revelaba desconfianza por parte de los rebeldes del éxito de la empresa. Ella fue aumentada por la inmediata presencia del Teniente Buenaño, quien llegó un tanto

agitado y con el aspecto de haber ingerido alcohol, y se sentó cansado en una de las sillas que estaba cerca del escritorio. Echó el busto sobre éste y dijo: "Venga lo que venga, la suerte está jugada".

Nosotros, en realidad, tuvimos la sensación de que existía angustia y duda de parte de la Oficialidad. Y pensó el General López que ellos evacuarían la Escuela con la noche. Se hicieron conjeturas en relación a nuestra suerte futura. O bien los Oficiales nos llevarían con ellos, o bien se servirían de nosotros para evitar un ataque formal del Gobierno a la Escuela, o, lo peor del caso, nuestra suerte quedaría a merced de la milicia, capaz de ultimarnos al ver perdido el golpe militar.

A eso de las 11 el ataque a la Escuela se hizo más intenso y se sentía el ruido de las granadas. Desde nuestra ventana vimos varios heridos de la gente que estaba apostada en las bardas y aún advertíamos zozobra extrema en los defensores de la Escuela. Mas ello se vino abajo con la noticia que a mediodía nos trasmitió el Mayor Delgado Chalbaud de que el Presidente Medina se había rendido a los Oficiales que estaban detenidos en el Cuartel "Ambrosio Plaza". Se nos dieron garantías de nuestras personas y el General López Contreras insinuó al Mayor la conveniencia de que constituyesen una Junta Militar que asumiera el Gobierno de Caracas. Delgado dijo que el Comité Militar que dirigía el golpe se reuniría al efecto y que él juzgaba acertado que fueran militares quienes asumieran el control del mando.

Para nosotros fue de la mayor confusión la noticia que se nos daba, pues ignorábamos las circunstancias que hubieran obligado al General Medina a tomar tal determinación. Y además ¿qué sería de nosotros? López Contreras y Uslar Pietri pensaron que se nos embarcaría para el Exterior. Nuestras horas se hicieron más angustiosas. Busqué algo que leer en la pequeña librería del Mayor Delgado y encontré sobre la mesa el tomo de la Enciclopedia Francesa dedicada a estudiar la Teoría del Estado. Esto me hizo pensar que este joven militar de buena cultura francesa, se hubiera dado a lecturas sobre ciencia política. A las 2 y 1/2 de la tarde se nos

envió un ligero almuerzo, pues ya entonces empezamos a advertir, con esa fina sensibilidad del preso, que nuestros carceleros asumían una actitud de vencedores. Las amables atenciones de la noche y de la mañana empezaron a cambiar y si bien no se nos trató mal, ya no había el deseo de agradar que se hacía patente anteriormente.

A eso de las 3 y 1/2 se abrió la puerta de nuestra habitación y apareció el General Medina, acompañado del Ministro de Guerra, Coronel Delfín Becerra; el Dr. Manuel Silveira, Ministro de Obras Públicas, y el Mayor Francisco Angarita Arvelo, Presidente del Estado Táchira. Medina estaba vestido de civil y llevaba puesto el sombrero. Estaba visiblemente emocionado, aunque mantenía dominio completo sobre sí mismo. Su voz era entera, el ceño duro y la barba le ennegrecía notablemente el rostro. Parecía que no se rasuraba desde una semana. Nos abrazó a los tres y con palabra llena asumió la responsabilidad de la entrega. "No quise que se derramara más sangre inútilmente", dijo. Después se dirigió en tono altivo al Mayor Delgado Chalbaud, que había llegado en su compañía y le dijo: "Carlos, ahora Uds. tienen la responsabilidad del orden. Eviten enérgicamente que Caracas vaya al caos y con Caracas la República. Procedan a constituir una Junta Militar que asuma el Poder. Una Junta Militar; por ahora no cometan el error de poner en manos de civiles la autoridad". Nada más dijo. Mientras hablaba, le advertí un ligero *tic* en los músculos de la mandíbula inferior izquierda, pero nada que anunciara falta de presencia de ánimo. Su voz era aún la del hombre hecho a mandar. Se despidió de nosotros y de nuevo se cerró la puerta de la habitación.

López, Uslar y yo quedamos callados. De mí sé decir que sentí una impresión profunda ante el derrumbe del hombre que nos había hecho creer que "tenía el ejército en un puño" y ante el fracaso de un amigo a quien, a pesar de alguna notoria inconsecuencia conmigo, quise siempre fraternalmente. Allí mismo, en esa Escuela que nos servía de prisión común, nació nuestra amistad en 1913, cuando fuimos Cadetes del mismo curso. En compañía de Medina, permisado junto conmigo para hacer vacaciones en nuestras casas, salí de la Escuela el 31 de enero de 1914, para volver a ella preso, en

compañía suya, obstentando él el cargo de Jefe del Ejecutivo y yo el de Jefe del Legislativo de la Nación.

Luego reanudamos nuestra conversación bajo la angustia de ver derruido el régimen y no saber nada de nuestro futuro. Nuestras conjeturas resultaban inválidas y deficientes. López mantenía su frialdad característica. Aceptó el hecho de la rendición de Medina con una impasibilidad asombrosa.

Ya anocheciendo, se abrió la puerta de nuestra prisión y apareció de nuevo el General Medina. "Vengo para que hablemos un poco", dijo. Creí que se trataba de una visita que le habían concedido hacernos, pero inmediatamente un Oficial se dirigió a Uslar y a mí para decirnos que el General Medina quedaría allí con el General López Contreras y que nosotros pasaríamos a otra parte. Tomamos nuestros sacos y salimos. Antes de hacerlo, yo me acerqué a Medina y abrazándole le dije: Vea Ud., General, que cuando era del caso, yo fui como amigo a buscarle a Miraflores con mi leal amistad y por cumplir ese deber estoy con Ud. reducido a prisión". El debió entender que yo aludía indiscretamente por la violenta actitud suya conmigo, cuando me trató de inconsecuente por la manera decorosa como llevé la Presidencia del Congreso, rompiendo la vieja tradición de consultarlo todo previamente con el Presidente de la República. Medina respondió a mi abrazo y me dijo: "Yo sé quién eres tú, Mario"... y nos separamos.

Uslar y yo salimos en compañía de Silveira, Becerra y Angarita, y fuimos conducidos a los calabozos donde desde el día anterior estaban detenidos el General Antonio Chalbaud Cardona, Inspector General del Ejército, el General Manuel Morán, Jefe del Estado Mayor, el General Juan Pablo López Centeno, el General Luis Bruzual Bermúdez, el Coronel José María Márquez Iragorry, mi primo, el Coronel Ruperto Velasco, Director de Guerra, el Comandante Arévalo, Director de la Escuela y el Mayor Silva, Subdirector y el Coronel Ulpiano Varela, Jefe de los Edecanes del Presidente. Los calabozos estaban a oscuras, porque el Gobierno a última hora había resuelto cortar la luz y el agua a la Escuela. Allí

nos acomodamos de la manera más incómoda. Los calabozos de la Escuela son tres cuartos, uno de ellos dividido en tres celdas unipersonales. Otro donde sobre colchones se echaban los detenidos y otro que estaba inutilizado. Para darnos alojamiento a los recién llegados, se utilizaron dos colchones de los que usan los cadetes para sus ejercicios gimnásticos, y por consiguiente sucios e incómodos para dormir. En uno de éstos nos echamos Silveira y yo para pasar la noche, sin ningún abrigo. Como no cabíamos todos en el único cuarto hábil, nos colocamos en el pasadizo exterior, que era un antiguo patio al cual se le fabricó un techo sobre pilares unidos por un cimiento que permitía por los clavos de uno a otro, que entrase la luz. Durante la noche tuvimos que refugiarnos en el calabozo de los compartimientos, en razón de las nutridas descargas que se hacían desde la azotea, justamente en el techo que cubría el pasadizo y temerosos de que las balas pudieran caer sobre nosotros.

Al amanecer, ya no estaba con nosotros el General Chalbaud Cardona, a quien su yerno, el oficial rebelde Mayor Pérez Jiménez, había hecho trasladar a la pieza de uno de los oficiales. Durante los primeros días se nos trató con dureza.

Con el fin de que estuviésemos menos incómodos, fue ordenada la desocupación del calabozo que guardaba trebejos. Ese día hubo requisa general. Se registró todo y nuestros trajes fueron sometidos a la más minuciosa pesquisa, que se alargó hasta a nuestros propios cuerpos. Daba la impresión de que temían los oficiales algún acto de fuerza de parte nuestra. Cuando se abría la puerta de los calabozos, los oficiales aparecían de revólveres montados. No olvidaré jamás el aspecto de un cadete de apellido Zerpa, que no nos desemparaba en nuestros más mínimos movimientos, con el dedo puesto en el gatillo del revólver. Para ir a los baños se nos conducía entre cadetes, armados de fusil y aun cuando permanecíamos en la poceta de los W. C., se nos vigilaba en forma tal que hubo de solicitar a alguno que se aminorara aquel régimen que nos impedía hasta defecar. La comida que se nos ofrecía era buena y abundante.

Al segundo día de estar en los calabozos, nos percatamos de que aún en la Escuela había milicianos, que desde los ventanales del techo

nos miraban con curiosidad. Fue sorprendida una conversación de uno de éstos que decía a otros: "Mira, aquí están estos grandes carajos del régimen de Medina dándose la gran vida". Temerosos de que cualquiera de estos irresponsables pudiera cometer una barbaridad, pedimos que dicha custodia fuera encomendada a la fuerza de línea. Algunos cadetes llegaban con recados para los detenidos, lo mismo oficiales. A mí apenas me dio noticias de mi caso el cadete Pedro Tejera, hijo de mi prima Enriqueta María Márquez. Con los oficiales yo no tenía amistad anterior. He de dejar constancia del modo gentil y generoso con que a nosotros se dirigía el Brigadier Mariano Uzcátegui, de Mérida. Este habló con mi mujer que fue a tener noticias mías y me comunicó sus recados, pero no fue para mí para quien Uzcátegui tuvo un trato caballeroso. Todos los detenidos hubimos de agradecerle hasta el tono amable e insinuante con que nos daba los buenos días. Sin hacernos favores especiales nos dio a todos la impresión de que era un caballero deseoso de tener medios de hacer mejor nuestra suerte. Era la contrapartida del patibulario cadete Zerpa. Nos dejó una impresión muy agradable el Teniente Medina, Oficial de planta de la Escuela, quien fue el primero en atreverse a ir a los calabozos desprovisto de armas y a hablar en tono insinuante a los detenidos.

De mi parte apenas dirigí la palabra voluntariamente al Teniente Buenaño, quien la primera noche de mi detención me manifestó que era muy amigo de mi hermano Omar, y sólo para preguntarle razones de éste. Juzgué que la actitud del preso debe enmarcarse en un tono de dignidad para sus carceleros. Nunca pedí nada, ni siquiera permiso para ir a los baños. Esperé que otro lo hiciera para aprovechar la oportunidad. Menos dirigí preguntas sobre cosas de fuera, ni siquiera averiguar noticias de mi familia. Cuando me las traían, les daba las gracias. Profundamente censuré la actitud de aquellos oficiales superiores que mantenían una humillante familiaridad con sus subalternos, hoy detentadores de su libertad. Una excepción debo hacer a favor de José María Márquez, quien rumiaba en silencio su contrariedad y de Manuel Silveira, impasible e indiferente, a la par de solícito y atento con sus compañeros.

El sábado 20 llegaron los primeros periódicos con la noticia de la constitución del Gobierno revolucionario. Evité leer la prensa, por temor de hallar en ella comentarios y noticias que pudieran acrecentar mi desagrado personal. Cuando supe que mi nombre no figuraba entre la lista de las personas sometidas a saqueo, me tranquilicé un poco, aunque no adquirí la plena seguridad de que nada hubiera pasado en mi familia, ya que el periódico no aportaba sino pruebas negativas.

El domingo llegó para mí una maleta que me enviaba con ropa mi familia. Era la primera en llegar y mi mujer me decía en carta que la enviaba por mediación del amigo Rómulo Betancourt. Al día siguiente, amanecimos con ropa limpia. Ya era una gran cosa estar aseados. Daba risa ver a Manuel Morán, con su diminuta corporatura vistiendo una camisa mía.

Con la maleta entró a nuestros calabozos Pedro Sotillo, que había permanecido hasta entonces preso en el Palacio de Miraflores. Ya nos faltaba entonces la compañía del General Juan Pablo López Centeno, quien había sido trasladado a la pieza en que estaba el General Chalbaud Cardona. En conversación con López Centeno, antiguo compañero de mi época de cadete, tuve informes de algunas circunstancias relativas a la marcha del Ejército. Se quejaba López de la falta notoria de disciplina de los cuerpos armados. Cierto tono personalista que el General Medina había creado en sus relaciones con los oficiales y su propósito de mantener un contacto directo con la oficialidad subalterna, había descoyuntado la fuerza y la autoridad de los superiores, unido esto al propósito de centralizar la autoridad con mengua de la responsabilidad de los Jefes. Existía también en el Ejército un germen de indisciplina provocado por el concepto que justamente tenían los oficiales subalternos de gozar de un grado de cultura superior en relación a la de muchos Jefes. Juzgo yo que sea esta una de las causas fundamentales del malestar que provocó la rebelión.

Con la llegada de Sotillo tuvimos noticia de los sucesos de Miraflores y de las varias circunstancias ocurridas durante la lucha armada.

Dichas noticias no informaron de ningún intento serio del Gobierno por recabar el dominio del Palacio.

De mis conversaciones con Uslar Pietri y Delfín Becerra pude alcanzar algunos datos acerca del conocimiento que Medina tuvo del golpe. Desde el miércoles Medina tuvo noticia del plan, parece que con los nombres de los comprometidos. El Presidente, fiel a su táctica de hacerlo todo por su cuenta, descuidó comunicarse con sus Generales, y así resulta que el Inspector General del Ejército supo del plan cuando fue hecho preso a mediodía del 18 en el Palacio de Miraflores, después de estar la guardia alzada y con el control del Cuartel. El miércoles Uslar Pietri tenía preparado viaje con su familia para Los Teques y Medina le dijo que lo aplazara porque tenía noticias de que las cosas no estaban bien. En la mañana del jueves le dijo que ya había órdenes de apresar a los cabecillas. El plan fue más o menos éste: fue detenido en el Ambrosio Plaza el Mayor Pérez Jiménez (yerno del Inspector General) y Morán y Antonio J. Carrillo hicieron una averiguación en el Urdaneta. El Ministro de Guerra envió a la Escuela Militar al Coronel Ruperto Velasco (quien sufría la depresión de los whiskies de la noche anterior) para que condujese al Ministerio al Mayor Delgado y al Capitán Mario Vargas. Esto fue a las 9 de la mañana. La llegada de Velasco y su actitud hizo ver a los oficiales nombrados que el plan estaba descubierto y entonces resolvieron precipitarlo. Se pasaron la voz, se juntaron varios de los comprometidos, y redujeron a prisión a Velasco, al Director de la Escuela y a Niño, el Sub-Director. Reunieron la compañía de Cadetes y la comprometieron en la sublevación. El golpe había empezado. Mientras tanto el Ministro de Guerra llamaba para preguntar por Velasco y Delgado Chalbaud. Se le informó telefónicamente que ya habían salido. Un rato más tarde, vuelve el Ministro a preguntar lo mismo y se le respondió igual cosa, inquirió entonces por el Director Arévalo y el Sub-Director Niño y le dijeron que estaban en las salas de exámenes ocupados en calificar a los examinandos. Entiendo que hasta por una tercera vez llamó el Ministro y se le dio la misma respuesta evasiva. El no sospechó nada. A las 12 m. fue a Palacio y halló que el Presidente había salido para su residencia de "Las Barrancas". Ya en ésta,

Medina recibió la visita de un Profesor Civil de la Escuela, cuyo nombre no recuerdo, y quien había logrado que le permitieran venir a la ciudad, so pretexto de poderles dar noticias de los sucesos que se desarrollaran. Este profesor informó al Presidente la sublevación de la Escuela. Medina se comunicó telefónicamente con el Ministro de la Guerra y después de almorzar salió para el Palacio. Al llegar, halló cerrada la puerta principal del Cuartel, que creía leal, mas habiéndola tocado y por no haberle sido abierta sospechó que estaba también con los sublevados. Regresó al carro y ordenó seguir a la Policía. De allí fue al Cuartel de la Planta, pidió la adhesión de su gente y se pasó al Ambrosio Plaza. Los demás detalles no me fueron precisados bien o no los recuerdo con justeza, prometiéndome inquirirlos de otros testigos para consignarlos en esta relación histórica.

Sería el 22, cuando en la noche después de habérsenos servido la comida, se nos ordenó, con gran aparato de fuerza, que nos pasáramos todos a uno de los calabozos. Allí nos juntamos sin saber de qué se trataba. Inmediatamente advertimos que había sido pasado a los calabozos unipersonales un detenido, a quien se le dio llave, ordenándosenos a nosotros no dirigirle la palabra. Aquello nos preocupó y angustió mucho. Supimos poco después que el preso era un Capitán de la Guardia Nacional. En la mañana del día siguiente oímos la voz angustiada del preso que pedía agua. Manuel Silveira tomó la iniciativa cerca del Oficial de custodia, y se obtuvo que le abrieran el calabozo y le dieran agua. Poco a poco, y a insinuaciones nuestras, fue aminorándose el rigor con el detenido, a quien pudimos pasar almohada, un paño, un asiento, cigarrillos, etc. Tres días después se le dio permiso de estar con nosotros y pasó a dormir en el calabozo donde estábamos López Henríquez y yo, pues el General Morán, Ulpiano Varela, Ruperto Velasco y el Comandante Arévalo habían sido pasados a la Cárcel Modelo. Niño había sido trasladado a otro local de la misma Escuela. El General David López Henríquez, Jefe de la Zona Militar de Occidente, hacía algunos días que nos acompañaba. La noche de su llegada fue trasladado a otra pieza el Coronel Márquez Iragorry, enemigo personal de L. H.

La salida del General Morán y compañeros tuvo lugar creo que el jueves 25 después de almuerzo. Ellos creyeron, cuando se les dijo que se vistieran para salir, que les sería otorgada la libertad. Mientras lo hacían y arreglaban las maletas, la puerta de nuestro departamento permaneció abierta, y en ella unos cadetes y un Oficial.

En eso apareció un joven de pantalón gris y en mangas de camisa. "Buenas tardes, Señores", dijo apenas entró: Yo, que como de costumbre estaba al fondo, creí que se trataba de un nuevo preso. Se dirigió a Uslar y a Sotillo, quienes le respondieron el saludo. Luego dijo al Coronel Becerra: "Ya ve, Coronel, usted no quiso darme el ascenso y ahora soy Capitán de la Revolución". Y dirigiéndose a Arturo y a Pedro: "Ya ven donde están. De nada les sirvió el talento, porque como dijo el Libertador, el talento sin probidad es un azote". Inmediatamente preguntó por los Generales Medina y López y salió. Al hacerlo, Uslar se vino al fondo del departamento, y con rostro demudado me dijo: "Ahora sí es verdad que nos jodimos. Este es un loco de manicomio". En ese momento llegaba el Teniente Loscher Blanco, a quien Uslar comunicó que él, como Ministro de Relaciones Interiores, había tramitado el caso de dicho sujeto, pues era el hijo de Pedro José Rojas, que, declarado entredicho, se había fugado recientemente de una casa de salud de la Capital. Loscher ofreció investigar el caso. Mientras tanto, el Coronel Velasco que había ido a los baños había sido víctima del loco, quien aprovechándose de su guerrera le quitó las presillas y lo insultó. Averiguado el hecho, el joven Rojas, de nombre Pedro Ezequiel, fue remitido bajo custodia al Manicomio, pero en el entretanto nosotros sufrimos la angustia de imaginar que semejante Capitán pudiera entrar a hacer parte de nuestra guardia.

Nuestra prisión parecía no tener causa y nada se nos adelantaba respecto a ella. Una noche fue el Mayor Pérez Jiménez, ya convertido en Jefe del Estado Mayor, a visitarnos. Habló del propósito de darnos la mayor atención y alguno reclamó unas camas de campaña. Las prometió y no llegaron. Yo, como siempre, permanecí callado mientras hacía la visita. A pesar de todo, los días

pasaban en un ambiente de gran cordialidad. Dedicábamos el tiempo a jugar naipes o a leer. Lo que menos hacíamos era dormir entre el día. Se nos permitía permanecer con luz hasta altas horas de la noche. De la calle recibíamos libros y saludos y breves esquelas de las familias.

El viernes y el sábado yo aumenté mi ración de cigarrillos y puros y estuve tomando café en forma excesiva. Desde 1940 yo había dejado el hábito del café. El sábado en la mañana recibí cartas de mi mujer y de todos mis hijos. Estas cartas me afligieron mucho. Me sentí apesadumbrado en extremo y acudí al café. En la tarde me excusé de comer por sentirme un poco mal. Hube de echarme en mi colchón y sentí fatiga y dolor precordial y en el brazo izquierdo. Hice que Manuel Silveira me inyectara morfina, de la que mi mujer me había enviado. Se dio aviso y vino el médico. Este me indicó la procedencia de trasladarme al Hospital Militar. Yo, ya un poco recobrado, le pedía que me tratase allí con reposo y nuevas drogas calmantes. El médico, Dr. Paredes, hijo de mi viejo amigo Elbano Paredes, a quien yo había atendido en Valera en 1914, cuando era conducido al Castillo de San Carlos, me prometió tomar medidas para que mi familia no se impusiese de mi estado de salud y me ofreció dejarme allí. Yo no quería infundir lástima a las autoridades. Silveira aprobó mi actitud. El especialista Dr. Gustavo Romero Zuloaga fue enviado a examinarme; en un principio me ofreció que permanecería allí, mas un rato después el Dr. Paredes insistió en mi traslado a la Capital. Era la orden del Ministro de Guerra. Mis compañeros se portaron fraternalmente, en especial Silveira, Becerra y López Henríquez, sin que ninguno de los otros dejara de hacerlo en forma solícita y cariñosa. Luego la ambulancia y el traslado al Hospital Militar. Allí se me atendió muy bien. Quizá el movimiento y la serie de impresiones me provocaron la agudeza del dolor. Hubieron de ponerme nuevos calmantes. Un rato después llegaron mi mujer y mis hijos mayores. Pasé la noche bien aunque inmóvil. Se me hizo la atención de hacer desalojar una pieza especial donde un Oficial esperaba para ser operado. Mientras el General José María García, que había llegado media hora antes que yo con una lesión cardíaca, había sido alojado en un servicio

general. Mi mujer me informó que mi libertad sería concedida el lunes, pues ella había hecho toda clase de gestiones cerca de la Junta Revolucionaria, y así se lo habían prometido. En la mañana del domingo 28 la Junta fue a visitar los heridos del Golpe que estaban hospitalizados, y Rómulo Betancourt dijo a mi mujer que iría a verme. Así lo hizo, en compañía del Mayor Delgado, del Capitán Vargas y de Raúl Leoni. Hablamos de mi prisión y me dijo que la Junta no abrigaba nada contra mí y que ella no era sino circunstancial, que nada debía preocuparme. Estuvo Betancourt amable y cariñoso en extremo. Por la tarde el Capitán Mario Vargas fue a hablarme de parte de la Junta Revolucionaria y me dijo que ésta había dispuesto darme la libertad y que me exigía no tomar parte en las actividades de Pastor Oropeza y otros que se empeñaban en revivir el medinismo por medio del P. D. V. Yo le hice la promesa de no inmiscuirme en política contrarrevolucionaria. Al día siguiente, 29, el médico autorizó el traslado a mi hogar.

Diciembre 3, de 1945.

ADDENDA A LOS APUNTES DE MI PRISION

Cuando el Dr. Enrique Tejera, Presidente de Carabobo, llegó a Miraflores, un sargento le pidió el arma y Tejera manifestó que no la portaba ya. Entonces el sargento quiso registrarlo y Tejera levantándose el paltó le dijo:

— Mire, niño, ya no tengo mi revólver. Pero sepa usted que me queda otra arma peor.

El militar puso ojos de asombro, mientras Tejera prosiguió:

— Sepa que yo soy médico y que muchos corren el riesgo de ponerse bajo mis manos.

— Me refería Villalba, cuando me dijo la conversación que había tenido con el Teniente Riveros, que éste para hablarle se había hecho abrir el Despacho del Presidente Medina, y, ocupando el puesto de éste, se dio a revolver papeles y a abrir gavetas, dando por sentado el derrumbe del Presidente, de quien empezó a expresarse en términos injuriosos y deprimentes. Parece que en la gaveta del escritorio había un poco de whisky.

— Cuando éramos conducidos Uslar y yo a la Escuela Militar, pudimos imponernos, al encontrarse el automóvil que nos conducía con un transporte militar, que el Santo y Seña de ese día era la palabra "Muñeco", conque la oposición gubernamental apodaba a Biaggini.

APOLOGIA DE LA CIUDAD PACIFICA (1947)*

(*) Discurso pronunciado en el Ateneo de Trujillo. Reproducido de la 1ra. edición. Caracas: Editorial Elite. 1947. 11 p.

Señores:

Antes de buscar palabras que justifiquen mi presencia en este sitio, quiero inclinarme reverente, como en una liturgia arcaica, sobre la tierra generosa de mis padres —*terra patrum*— cuya savia nutricia alentó el esfuerzo antiguo para la obra duradera de formar la tradición que constituye el lazo amable y acoplador de nuestras actividades en la común encomienda de realizar nuestro destino social.

Y al evocar la Patria, ensalzaré el recuerdo del alero familiar, a cuya sombra surge de ella el prístino sentido. Campo estrecho en un principio, de radio que no se alarga más allá de las furtivas excursiones infantiles, su centro es el dulce hogar, donde hallaron abrigo los sueños inocentes y corrieron plácidas las vigilias de los primeros años. Nunca alcanzará virtud creadora ni crecerá cuanto es debido en nuestro espíritu la noción de la Patria total, capaz de abarcar en su seno los destinos de mil diversos pueblos, si no profundiza su raigambre en la robusta individualidad de la Patria local, en el afecto inconmovible al pueblo, al barrio, a la calleja, a la casa, en fin, donde corrieron los tiempos sin igual de nuestra infancia.

Ahí están el hogar y los seres bondadosos que cuidaron nuestra endeble edad; ahí viven en perenne existencia de recuerdos

nuestros pensamientos iniciales, la frescura del abril lozano, el encanto de la mañana espléndida, de promesa inacabable para las pupilas entreabiertas al maravilloso panorama de la vida; ahí la madre tierna y bondadosa; ahí el padre fuerte y solícito; ahí la abuela, coronadas de blanca espuma las hundidas sienes; ahí el viejo jardín y el ancho huerto, el cielo límpido, el sol que creíamos patrimonio exclusivo del pueblo nuestro, la luna y las estrellas, que ignorábamos fueron contempladas a la misma hora en que dirigíamos a ellas la mirada tímida, por otros niños y por otros hombres distantes de nosotros. ¡Oh, maravillosa visión del hogar primero! ¡Oh, encanto del pueblo en que nacimos!

Pero pasan los años y discurre nuestra vida en viaje fugaz, con la ligereza de naves empujadas de suave viento sobre anchurosas aguas; pasan los años y en nuestra cabeza el tiempo va dejando la huella aleve de su curso veloz; pasan los años y las ilusiones se deshacen como cambiante espuma y en la copa que alegre sorbimos en la dorada juventud apenas si queda el dulciagrio sabor de los recuerdos.

Desde el Avila solemne, a cuyas faldas prodigiosas la suerte me llevó a plantar mi tienda, pensaba yo en Trujillo, en mi Trujillo, y recreaba la mirada interior en los panoramas bellos de la infancia. Evocaba la visión desesperada de sus cerros; oía la mansa corriente del río familiar; refrescaba la imaginación con la suave brisa de sus floridos campos; gustaba a lo ideal la música de los pájaros cuyo vuelo seguí de niño; viajaba en la mente a horcajadas sobre una densa nube como lo hacía en mis años idos; memoraba las consejas populares que escuché de las humildes criadas junto al fuego crepitante de la cocina de vastas topias, y el más intenso deleite embriagó mi espíritu de soñador. La vaguedad de la ilusión, por la fuerza del deseo, parecióme al instante cosa real y me vi en las acogedoras y empinadas calles de este pueblo. Pero, ¡oh trueque de la imagen! ¡Oh, destino voltario!... El andar tornóse incierto, el recuerdo adquirió súbito langor y la esperanza de revivir el ayer risueño, se cambió en lacerante desengaño. Como aletear de tenebrosas alas la realidad salió a mi encuentro y vime solo en

medio de las rutas familiares. ¿Dónde el hogar y dónde el huerto y el jardín que dieron festivo marco a mis inocentes aventuras? Otros señores viven hoy en él felices y sus soleados corredores y paredes blancas no me dirán ya nada de mi niñez festiva. El padre fuerte y la amorosa madre duermen su último sueño bajo la pesadumbre de otra tierra; la abuela de nevada cabeza dejó ya de sonreír y la tía que fue como otra abuela y la tía que fue como otra madre y los tíos todos ganaron el camino del camposanto para esperar bajo los lánguidos cipreses la voz del Angel que los despertará a nueva vida. Los hermanos están luchando en lejas tierras y de los deudos y amigos de la infancia, pocos son los que se mantienen en la ciudad vetusta.

La aurora que en mis sueños daba tibia luz a los recuerdos apagó su resplandor y sentí que hundíanse mis pisadas cual si fuera un maldito peregrino a quien estuviese prohibido ofrecer el fuego y la sal del hospedaje. Miré a las cumbres de los cercanos montes y memoré con espanto el verso de Virgilio: *El aquilón ha despojado a los bosques de verdor.* ¡Ni vida parecióme divisar en lontananza!

Despierto de mis sueños, pensé que sería así de duro mi regreso a los nativos lares y tristemente convencido de aquella realidad desesperante, años después torné a Trujillo y pude sentir cómo aquellos dulces afectos que forman las delicias del hogar y de la infancia, si no los hallaba en parte alguna, tenían, en cambio, sustituto en la ancha amistad de quienes me abrieron cordiales brazos para alegrar mi retorno al pueblo grato donde se forjaron los basamentos de mi vida. Palpé entonces la hidalguía de los amigos y la generosidad de la pujante juventud que lucha hoy por el decoro de esta tierra, y aquí mismo, en esta noble mansión de luces, recibí el homenaje con que se estimulaba mi afición a las disciplinas literarias. Y como si hubiera sido poco el obsequio que me hizo sentir el perdurable calor hogareño de estos lares, un nuevo acto de vuestra deslimitada bondad me hace hoy miembro honorario de esta casa del pensamiento trujillano y me recibe en su seno con galas que abruman mi escasez de méritos.

Pocos años, Señores, han corrido desde la creación de este Instituto; y sin embargo, ya tiene ganada solera de mérito en el movimiento de la cultura nacional. Feliz fue la idea de establecerlo que movió a mi amigo ilustre el doctor Numa Quevedo, durante su gestión presidencial en este Estado, y más aún darle por sede estos muros de venerable antigüedad, que durante más de un siglo han guardado para Trujillo el peligroso prestigio de haber suscrito entre ellos el genio de Bolívar la terrífica proclama de guerra sin cuartel. En la elección de esta casa para asiento del Ateneo, se cumplió el hermoso designio de borrar de nuestra ciudad el timbre que la exhibe en el cuadro de la historia nacional como solar de un duro sistema de retaliación, para hacer, en cambio, de ella, centro que ilumina los caminos del progreso y que llama a las disciplinas fecundas de la paz. Más que desvanecer la memoria de un accidente doloroso, se ha logrado con ello volver a la vieja y olvidada tradición pacífica de nuestra ciudad gloriosa.

Porque Trujillo a todo lo largo de su hermosa historia representa un angustioso afán de paz. Si por una de esas raras paradojas que suscita el curso de los acontecimientos sociales, aquí fue proclamada por el Libertador la guerra a muerte que tiñó las vestes juveniles de la República, ello fue suceso adventicio y circunstancial que no crea símbolo constante para marcar nuestra vocación histórica, y antes que ver a él, debemos convertir la mirada al examen de otros hechos que sirven para justificar el aserto de que es la búsqueda de la paz el emblema que distingue a nuestros anales. A Trujillo he permanecido unido, pese a mi larga ausencia de su suelo, por el cultivo de la Historia, y en gracia a esa afición, permitidme que os lleve a discurrir por los campos reveladores del recuerdo.

Es el Siglo XVI, España se ha lanzado a la recia e insuperada empresa de extender el imperio de su cultura en las tierras vírgenes del nuevo mundo. Ya han sido fundadas en la Gobernación y Capitanía General de Venezuela las ciudades de Coro, El Tocuyo, Nueva Segovia y Valencia del Rey. Hacia occidente, donde demoran los mansos e industriosos cuicas, han salido expedicionarios para fundar una ciudad. Diego García de Paredes echa los

fundamentos jurídicos de la Nueva Trujillo. Abandona luego, en busca de más gente, los términos de su gobierno, y Francisco Ruiz es enviado a proseguir la fundación. Del Nuevo Reino de Granada han partido a la vez expediciones que enrumban en sentido contrario. Juan Rodríguez Suárez funda la ciudad de Mérida; mas, la carencia de poderes para hacerlo, mueve a la Audiencia de Santa Fe a desconocer lo hecho y a enviar a Juan Maldonado para el castigo del intrépido fundador. Rodríguez Suárez es remitido bajo custodia a Bogotá y Maldonado avanza la conquista hacia el oriente. Llega a la región de los cuicas, donde encuentra a Ruiz como personero de las autoridades de Venezuela. Ambos conquistadores desconocen mutuamente la legitimidad de sus títulos. Fieros y tercos, no ceden ante las razones que presentan los prudentes y de disponen a resolver por las armas lo que no puede enderezar el consejo de la paz. Se citan para el combate a campo abierto. Forman parapetos de batalla, y cuando bien dispuestos están los arcabuces para la lucha fratricida, lluvia copiosísima, quitándole a la pólvora su temple, impide la contienda. Iluminados de un pensamiento superior, toman al propio cielo como aliado de concordia, y resueltos a deponer toda disputa, fijan como hermanos los términos de sus gobiernos y se parte al Nuevo Reino Maldonado, con promesas de sólida amistad.

¿No es, acaso, signo que marca en sus albores el destino pacífico de la ciudad la intempestiva intervención del cielo que aplaca los ánimos guerreros? ¿No aparece como estrella que señala rumbos a su historia, el milagro de la paz en la mera natividad del ambulante pueblo? Mas, si respetuosos del augurio depusieron a su aviso los ánimos ariscos para la política de fuera, en cambio, los intereses de la tierra, donde ya había echado raíces de disputa el reparto de solares y encomiendas, llevaron a los trujillanos a porfiar durante diez años en la búsqueda de sitio adecuado para fijar la población. La ciudad, como tolda de beduinos, empezó a peregrinar de un extremo a otro de la ubérrima provincia. Van apareciendo Mirabel, Trujillo del Collado, Trujillo de Cuicas, Trujillo de Medellín, Trujillo de Salamanca, segun la oriundez de las autoridades que prohijan los traslados. En ningún sitio se hallan cómodos los pobladores. Allá lo impide la distancia de las antiguas encomiendas, acullá las

constantes tempestades, acá las hormigas venenosas. Peregrina la tienda de los conquistadores de uno a otro término de la provincia y dejan por doquiera los valientes capitanes vestigios venerables de su esfuerzo, como si precisara, para la estabilidad conjugante de la nueva fundación, que sus raíces históricas se hundiesen en toda la extensión del suelo regional, y así hoy puedan decir Escuque y Valera y Boconó que en sus contornos actuales aposentó transitoriamente el pueblo donde se mantienen y confunden los hilos de la tradición que da unidad inquebrantable a los destinos del Estado. Llegan al fin los expedicionarios a este valle estrecho, donde bajo sombrosos cedros encuentran pobres bohíos que cobijan a pacíficos indios, de luengas y canas cabelleras. La longevidad de los habitantes hace intuir a la gente española lo benigno de los aires y lo delgado de las aguas, y resueltos a asentar aquí la fundación, invocan el patrocinio de María, bajo la generosa advocación de Señora de la Paz, que agregan, como distingo promisorio, al nombre primitivo del poblado. Bajo estos claros signos discurre apacible la vida de Trujillo, "con tan general sosiego y unión entre los vecinos, que sólo por cumplimiento necesitan justicia, pues ni saben lo que es litigio ni conocen la discordia", según el elegante decir de Oviedo y Baños.

El sentido de comunidad y el don de componer las paces que distingue a los moradores de la ciudad colonial, afloran en las postrimerías del Siglo XVIII, cuando la onda revolucionaria de los Comuneros amenaza incendiar a la provincia con la voz de reclamos surgidos en el Nuevo Reino de Granada. Alarmados ante el riesgo de regar fraterna sangre, en Esnujaque son movidos los agentes del gobierno y los personeros de la revolución a celebrar capitulaciones que ponen cabo al incendio rebelde, sin intuir que más tarde reaparecería con toda la intensidad de una creación, para hacer de los pueblos tutelados por España naciones con dignidad de autónomo gobierno.

Sin embargo, aquella hermosa tradición de paz y tolerancia parece borrarse ante el fuego que ilumina con tintes infernales los años dolorosos de la guerra a muerte. Trujillo pasa a ser el Sinaí de un

decálogo de horror. La tremenda proclama invocóse como hecho que distingue en los anales bélicos de América la presencia de la vieja ciudad. Aquí Bolívar, con la autoridad de su genio, hizo legítima la matanza cruel que ahogaba en sangre a la sociedad venezolana. Pero aquí también, como secreta reparación que la Historia guardaba para honra de Trujillo en los anales de la concordia universal, fueron firmados los armisticios que, después de la revolución liberal de Riego y de Quiroga, vinieron a poner un tinte de clemencia a la contienda devastadora. Si en Trujillo se había proclamado la necesidad implacable de destruir al enemigo, en Trujillo se conciertan normas que dan sentido de humanidad a la guerra y en tierra trujillana se abrazan, para el olvido de los odios, Bolívar, que representa la pujanza democrática de América, y Morillo, que personifica, así hubiera sido agente de un régimen despótico, la nobleza leyendaria de la antigua Metrópoli española. Y es aquí mismo, años más tarde, donde se compone la alianza del Estado colombiano y de la Iglesia Católica. Lasso de la Vega, insigne Pastor de la grey emeritense, se adelanta extramuros del poblado para recibir, con la pompa reservada a los Monarcas, al Libertador de Venezuela. Cubiertos de lujoso palio, Bolívar y el Obispo se encaminan a la iglesia parroquial, donde voces henchidas de piedad cristiana y de patriótico alborozo, entonan el himno litúrgico ante la Majestad Sacramentada. El Capitán de la Libertad de América y sus recios compañeros doblan la rodilla ante el dorado altar donde preside con recamados atavíos la Patrona de la Paz, y luego el ilustre Prelado se dirige a Roma en pos de una concordia entre la suprema autoridad de la Iglesia y la más alta jerarquía de la flamante República de Colombia. Y así, Señores, la sombra que pudo echar de modo transitorio sobre la ciudad pacífica la siniestra proclama dictada en esta casa, quedaba sin efecto ante estos actos solemnes de humanidad y comprensión. Trujillo volvía a ser centro del afán piadoso que en sus horas iniciales puso en labios de sus Alcaldes la ingenua excusa de que sólo sabían sus moradores leer el *Ave María:* ello para negarse a fijar los ojos sobre el mandamiento de entregar a los Justicias del Nuevo Reino la persona de Juan Rodríguez Suárez, acogido a la generosa hospitalidad de sus amigos trujillanos, para evadir la persecución de sus enemigos de Santa Fe. Hasta allá

llegaban la lealtad y la nobleza de nuestros primeros pobladores castellanos: ningún enfado tuvieron en presumir de iletrados cuando trataron de abroquelar el asilo sagrado con que protegían a quien era víctima de las pasiones desatadas de sus émulos. Si ayer abrieron la mente para la comprensión de la concordia fraternal entre vecinos pueblos, ahora cierran los términos urbanos a la intromisión de quienes pretenden hacer efectivas en suelo venezolano venganzas de extrañas autoridades. Contra el odio que destruye, la concordia que dirime las disputas y la piedad que acoge y cubre a quienes huyen la injusticia de enceguecidos gobernantes. No nació tampoco aquí la guerra a muerte, ya proclamada en el corazón violento de ambos contendores. Nacieron, en cambio, instituciones que hacen digna la vida de los hombres. El arreglo pacífico de las cuestiones territoriales, la consagración del asilo para los perseguidos por los odios, la humanización de las contiendas fratricidas, tienen, por el contrario, que mirar a los anales de Trujillo cuando buscan su genealogía venezolana.

Reducto de paz, cuando las voces ululantes de la guerra civil nuevamente amenazan destruir a la sociedad venezolana, que se debate entre el reclamo de las clases populares y la resistencia de los núcleos oligárquicos, Trujillo abre sus términos al asilo de quienes emigran desde las regiones devastadas y, ya victoriosas las fuerzas federales, depone, con sentido de unidad nacionalista y de comprensión de su destino pacífico de comunidad agrícola, la resistencia a las banderas amarillas de la revolución. El instinto componedor de paces, que es tuétano de su historia, libró así a nuestro Estado de que los ejércitos vencedores de la Federación lo hubieran sometido a fuego y sangre, con mengua y aniquilamiento de su capital humano y de la riqueza prodigiosa de su suelo.

Si esa, Señores, es la genuina y rancia tradición de esta ciudad y no la postiza de quienes han querido dar prez a la región con demostraciones de enconados odios, ¿por qué invocar como timbre histórico el hecho de haber sido en ella, y en esta misma casa que nos une para las disciplinas de la cultura, donde se proclamó la guerra sin cuartel como sistema que aniquilase a los enemigos de la

República? Cuando se apologizó la excelencia de la fuerza sobre las virtudes pacíficas de la convivencia, bien estuvo que se exhibiera como mérito aquella circunstancia dolorosa. Pero no son la guerra y la discordia el destino de los pueblos. Un fin contrario buscan los hombres para el cumplimiento de su deber social y un afán de superar los residuos instintivos es la consigna que define la obra de quienes se esfuerzan por ganar la batalla a los constructores de la muerte.

Sobre los valores de pujanza viril, ayer representados por quienes defendieron sobre los campos de la guerra los derechos de la independencia de la patria y más tarde la legítima autonomía de la región, se alzan hoy los valores permanentes de una cultura urgida de símbolos que coloquen más allá de los primitivos intereses diferenciales, creados por las banderías y los partidos, los grandes intereses llamados a unir en un plano superior los ánimos en pasajero antagonismo. Y los hombres de Trujillo han erigido, justamente en el propio sitio que le dio carácter de abolengo de la devastación, el emblema que define por mejor su presencia en el cuadro armonioso de la Patria. De esta casa, donde ayer pudieron holgar duros ejercitantes de tinosa cetrería, han sido echados los voraces halcones guerreros, para que a la sombra de sus muros anide la lechuza silenciosa de Minerva. Donde se evocó por presencia histórica, el mérito de la fuerza aniquiladora, se elevan voces que marcan rumbos capaces de llevarnos a la conquista de un orden en el cual sea la inteligencia quien dicte normas para el racional convivio. Sobre los guerreros sin miedo, en cuyas manos estuvo la bandera que condujo las masas al combate destructor, Trujillo quiere alzar los valores de la cultura que ayer guiaron a sus hijos más ilustres. Para ello, aquí memora la pujante juventud trujillana, con preferencia a otras vidas que son decoro y ejemplo de la altivez del Estado, como Cruz Carrillo, Andrés Linares, Miguel Cegarra, Juan Bautista Araujo, Emigdio González, Leopoldo Baptista y Rafael González Pacheco, los nombres de Cristóbal Mendoza, Juan Llavaneras, Ricardo Labastida, Domingo Briceño y Briceño, Francisco de Paula Vázquez, Francisco Bocaranda, Ramón Briceño, Francisco de Paula Martínez, Mateo Troconis, Manuel María

Carrasquero, Rafael María Urrecheaga, José Domingo Hernández Bello, Diego Bustillos, Juan Bautista Carrillo Guerra, Caracciolo Parra, José Manuel Jáuregui Moreno, Gabriel Matheus, Francisco Baptista, Justo Pastor Arias, Rafael García González, Julio Helvecio Sánchez, Rafael Rangel, José Gregorio Hernández, Inocente de Jesús Quevedo, Angel Carnevali Monreal, Rafael Colina Montilla, Enrique Urdaneta Maya, Blas Ignacio Chuecos, Alfredo Baptista Quevedo, José Domingo Tejera, Luis Martínez Salas, Amílcar Fonseca, Enrique María Barrios, Jesús Briceño Casas, Rafael Terán, Antonio José Pacheco, Antonio Justo Silva y tántos y tántos más, ya simados en el polvo, que forman el patriciado intelectual de nuestra región. Sus huellas luminosas y la obra que en muchos de ellos no llegó a cristalizar en forma perdurable, por dolorosas circunstancias del ambiente, las siguen con prudente diligencia los jóvenes entusiastas que se esfuerzan en la hora actual por revivir la tradición de las ciencias y las letras y que buscan, por medio de su cultivo, anchar el radio de la cultura trujillana.

Mientras el humilde obrero de la tierra surca su entraña maternal para que anide en ella la semilla promisoria de la riqueza y mientras en el taller el operario de la industria da nuevo valor a los frutos del trabajo, corresponde a los hombres de pensamiento regar en el suelo de la conciencia social gérmenes que fructifiquen en opima cosecha de virtudes cívicas. En sus manos está la suerte de una sociedad que clama por palabras capaces de quebrantar las propias leyes del egoísmo destructor y de elevar los espíritus a un nivel que les permita realizarse en función de paz y libertad.

Para esa obra de racional convivencia, los hombres de Trujillo están en el deber de mirar hacia los hechos singulares que guarda la tradición de la ciudad y, deponiendo lo transitorio que pudiera dar aspereza superficial a la relación social, volver, por medio del ejercicio de las pacíficas virtudes ciudadanas, al clima fecundo de comprensión y tolerancia que en su procero estilo alabó el historiador Oviedo y Baños. En el hontanar del tiempo están los símbolos que dan mayor realce a nuestra vida de comunidad. Apocada por el vuelo de las águilas rapaces, la paloma de la paz

tiene su nido silencioso en el árbol inconmovible de la tradición trujillana. Buscar que su tímido aleteo halle rumbos de confianza en nuestro cielo, es imperativo a cuyo cumplimiento nos llaman las voces admonitorias del pasado. Sea, pues, empeño nuestro abrir claros caminos en el corazón valiente y sufrido del pueblo, a fin de que llegue un momento de justa y comprensiva inteligencia en que la armonía de nuestras vidas haga que se desdibujen del campo glorioso de nuestras armas regionales, los sables fratricidas que recuerdan el heroísmo de Niquitao y el rayo que memora la funesta proclama de guerra a muerte, y luzcan, en cambio, con señera y ejemplar categoría, las manos contrarias que se estrechan como signo de la extinción de antiguos odios y como prenda de paz inacabable.

Señores:

Al lado de este edificio, hace cuarenta y cinco años, tenía su escuelita de primeras letras la honorable matrona doña Ana Tirado de Salas Ochoa. A ella concurría yo diariamente para aprender el alfabeto. Mis oídos de niño oyeron entonces con medroso eco el nombre con que el pueblo distinguía a esta casa. Mi conciencia infantil no podía discernir el contenido de aquella atribución extraña. "La casa de la guerra a muerte" era algo misterioso y lúgubre que me sugería ruido de espadas y procesión de espectros. Muchas veces pensé que en su interior se oyeran gritos de muerte y ayes lastimeros. Y mientras mi ignorancia se iba iluminando por medio de la alegre danza de las letras que se unían, como partículas de luz, para abrirme la comprensión de las palabras, mis sentimientos informes tropezaban con la tragedia que parecía encerrarse en lo interior de este recinto. La muerte y la guerra, como jinetes de un espantoso Apocalipsis, asustaban mi confundida imaginación de principiante; pero al correr del tiempo encuentro, alborozado, que la casa tenebrosa y la modesta sala donde la dulce anciana enseñaba a sus discípulos, han eliminado la terrosa pared que antaño las distanciaba y la mansión que llevó temores a mi infancia inconsciente, es hoy el aula de doña Ana, donde se enseñan letras que alumbran la conciencia popular. La banca modesta de la

escuela ha ganado su victoria. Los jinetes sombríos han huido al conjuro de palabras cargadas de fuerza creadora. Ya no se oyen choques de sables ni gritos angustiosos. Los fantasmas antiguos han cedido el sitio a los genios benévolos de la cultura. Jano ha perdido su rostro terrible para llamar a la concordia con palabras que memoran el consejo del prudente Embajador que dijo a Carlos I de España cómo "la paz se ha de buscar, pues la guerra ella se viene". Y es aquí, bajo la disciplina que promueven estos centros, de donde arrancan los caminos de la comprensión que hace posible la comunidad, cuando después de una profunda reflexión de lo humano llegan los hombres a entender que de todas las hazañas en que venzan, sólo tienen carácter de perennidad aquellas que han sido movidas por la fuerza inmortal del espíritu.

Fragua para templar las armas que aseguren la victoria de la justicia y del derecho, aquí se limpian las conciencias de todo aquello que rebaja la propia dignidad del vivir. Aquí se aprende cómo es el odio herrumbre que destruye y anonada las fuerzas sociales y cómo la sociedad reclama para su vida de relación, que los hombres sepan respetar la dignidad que es patrimonio entitivo de la persona. Contra las confusas voces que en la calle invocan soflamas destructoras, aquí han de decirse permanentemente palabras serenas y claras que conviertan la discordia de las pasiones en reflexivo ejercicio dialéctico, capaz de promover la enmienda de los yerros y de encender luces que franqueen el ascenso de nosotros mismos en función de creadores de hechos llamados a levantar el propio nivel de la historia. Empresa ésta harto fácil para nosotros los trujillanos, cuando por sillería moral de la ciudad pacífica, pusieron sus fundadores el ejemplo de la concordia de sus actos y la lección de su resistencia a que se cumpliese en ella la venganza forastera.

Señores ateneístas y generosos amigos:

Aceptad el testimonio de mi profundo agradecimiento por este acto que recibo como máximo galardón en mi vida de modesto cultor de las letras. La voz de Trujillo que, justamente en momento en que mis actividades están sólo consagradas al estudio y ausentes del

relieve transitorio que presta la política, me llama para ofrecerme este agasajo, la oigo como estímulo que me obliga a buscar méritos con qué poder mañana justificar la confianza generosamente puesta en mi voluntad de trabajador.

¡Señores!

Trujillo: agosto 24 de 1947

MI INFANCIA Y MI PUEBLO

(Evocación de Trujillo) (1951)*

(*) Reproducido de la 1ra. edición. Caracas: Avila Gráfica, 1951. 116 p.

A mis nietas JOSEFINA BRICEÑO CAPRILES y MARIA EIRENE BRICEÑO URICOECHEA, como estímulo para que eduquen a sus hijos en el amor a la tierra de sus mayores.

ESMALTES

La Patria de cada hombre era la parte de suelo que su religión doméstica o nacional había santificado, la tierra donde reposaban los huesos de los antepasados y que estaba ocupada por sus ánimas. La Patria chica era el recinto familiar, con su tumba y su hogar. La Patria grande era la ciudad, con su pritáneo y sus héroes, con su recinto sagrado y su territorio marcado por la religión. "Tierra sagrada de la Patria", decían los griegos. **Foustel de Coulanges. La Cité Antique.**

Es el asiento un valle pequeño, entre sierras muy altas y tan angosto que hay poco más de lo que ocupa el pueblo. Y pasa junto a él un río prqueño que corre derecho al Sur, y encima del pueblo, en una quebrada pequeña, nace una fuente de agua muy buena que riega todo el pueblo. Hiere en el asiento del pueblo muy de lleno el Norte. Es pueblo muy sano, así para los españoles como para los naturales, aunque el sereno de la prima es mal. **Relación de los Alcaldes y Regidores de 1578.**

Le 15 (de septiembre de 1678) le padre a Soacre (Asuaje) curé de la grande Esglyse criolle de la ville et fort homme de bien vint parler avec moy er moffrir quatre mille pieces de huict pour le rachapt de la

ville avec mille Pacquets de farine, je luy laissé la ville a vingt cinq milles, je Brule sette pauvre ville Pucelle quy avoit couste plus de huict cent mille Escus apres avoir coupe les Esglises d' avec les maysons, et fait porter les Crucifix, nostre dame et les Images dans la paroisse et le mesme jour je partis. **Relación de Grammont al Conde d' Estrées.**

... pues fenecidos los disturbios que tanto los molestaron, se ha mantenido aquella República hasta los tiempos presentes con tan general sosiego entre sus vecinos, que sólo por cumplimiento necesita de justicia, pues en igual conformidad unos con otros ni saben lo que es litigio ni conocen la discordia; y deben tal beneficio al benigno influjo del cielo que basta saber que uno ha nacido en Trujillo, para que en la común estimación sea reputado por de afable natural, de noble trato y de una intención sana y sin malicia. **José de Oviedo y Baños. Historia de Venezuela.**

... puede decirse que cada trujillano paga el debido tributo a la prosperidad pública. **Depons. Viajes.**

CARTA PRIMERA

Mi muy amable y generosa amiga:

Se dibujó en su rostro una linda sonrisa, medio sarcástica y medio maliciosa, cuando anoche me oyó decir que había nacido yo en "la tierra de María Santísima".

Ni el amigo que ocasionó la respuesta ni usted misma hicieron comentario que hubiese provocado oportunamente el tema que llenará esta carta. Mas la idea del sarcasmo o de la malicia que pudo animar su sonrisa, me ha puesto hoy a pensar que debo explicar a usted, generosa amiga de todos los tiempos, la razón de la frase que la pudo haber movido a juicios inciertos.

Cuando los trujillanos llamamos "tierra de María Santístima" a nuestra región nativa, más que por recordar el mariano y pacífico patrocinio original, o por imitar a los alegres sevillanos, lo hacemos movidos del deseo de testimoniar en forma sencilla el arraigado afecto para nuestro lugar de origen. Cuando muchacho vine a Caracas, la aprendí de labios de ingenuos y recios varones de mi provincia, que querían expresar con ella el inmoble cariño al lejano y maravilloso pedazo de tierra donde habían nacido. El afecto a mi región no me llevará jamás a desconocer el derecho, pongamos por caso, que tiene nuestro amigo para también llamar a Coro "tierra de

María Santísima", ni menos el que Pastor Oropeza ejerce cuando, para sentirse más venezolano, va a tomar fuerzas en su Carora nutricia. Tánto como yo deben ellos de amar y de respetar la porción de territorio nacional donde adquirieron el indeclinable y sagrado derecho a ser llamados venezolanos. Sarmiento, argentino por excelencia, fue sanjuanino hasta los tuétanos. Bolívar, en el apogeo de su gloria, pensaba con ternura en su Caracas nativa.

Esto del regionalismo es problema demasiado traído y demasiado mal llevado en Venezuela. Yo lo he abordado en distintas ocasiones y bajo diversos aspectos, y sin ser un cegado regionalista, todo lo contrario, un cabal nacionalista, creo que jamás sentirá el neto valor y la responsabilidad plena de lo nacional, quien no sienta vigorosamente los vínculos amorosos que lo unen a la tierra nativa. Ni crecerá cuanto es debido la gran Patria, si al deseado crecimiento no precede un esfuerzo por levantar, en función acoplada y conjugante, los valores de las patrias chicas. Todo es mera cuestión de proporciones.

Al buscarme a mí mismo en función de venezolanidad, tropiezo con Trujillo y con su historia. Con la misma Caracas, honra y prez de la Venezuela integral, me encuentro, como trujillano, siglos antes de haber nacido. Mi pueblo es nombrado en los textos de historia nacional, cuando se describe la jornada fundadora que se confió a Diego de Losada, a quien acompañaron en su afortunada empresa veteranos conquistadores que residían en la ciudad de Trujillo, entre ellos nada menos que Alonso Andrea de Ledesma. La larga y fecunda historia que me da título para saberme venezolano, se desarrolla en el estrecho valle donde los peninsulares clavaron, para la permanencia del esfuerzo, la tienda de beduinos que fue mi ciudad durante más de diez años. "Ciudad portátil" la llamó Oviedo y Baños.

Sabe usted por el ya largo conocimiento que de mí tiene, cuánta es mi pasión por Venezuela. Recuerda el entusiasmo con que en cierta oportunidad le comenté cómo mi admirado amigo Luis de Oteyza me había dicho que se abstuvo de recomendar libros míos para una

biblioteca venezolana que se traduciría al francés, por estar mis obras exclusivamente destinadas a temas nacionales, de ninguna utilidad para lectores extraños. Nada me ha llenado de mayor orgullo que se descalifique mi obra por ser considerada excesivamente venezolana. Intencionalmente, toda mi modesta labor literaria se ha dirigido a ahondar en la entraña fecunda de la Patria venezolana. Y esa Patria la ganaron para mí los abuelos que desde el Siglo XVI fijaron su residencia en la ciudad de Trujillo. Ellos salieron, después, a defenderla del pirata que amenazaba su integridad, y ellos lucharon más tarde por hacerla independiente de España. Por gravedad histórica, me corresponde luchar hoy contra la bandera de los piratas nuevos y contra los criollos que sirven a la nueva piratería.

Cuando cito a mis abuelos no crea tampoco usted que estoy haciendo necio alarde de hidalguía. Mis abuelos eran gente llana, como los abolengos de la mayoría de los venezolanos. No fueron grandes "cacaos" y algunos llegaron a ser vistos de menos, porque llevaban sangre esclava en las venas; otros, en cambio, lucieron pergaminos y blasones. Mi abuela materna, la única que conocí, ordenó que blasones y doradas letras fueran echados al fuego abrasador. Buena republicana, no entendía otra nobleza sino la virtud, y tuvo el premio de haber contado por hijas a matronas de verdad. Una de ellas fue mi madre.

Aquí permitirá usted que me empine en cumbre de subido orgullo. Tomo del gran Cecilio Acosta el ejemplo de ingenuidad, para decir que no hubo en el mundo mujer como mi madre. ¡Y era ella de Trujillo! Cuando la pienso, he de verla siempre unida al panorama de mi tierra nativa. Y porque amo desmedidamente el recuerdo de mi madre, he de amar con pasión semejante el lugar donde ella me dio a luz y donde ella me nutrió para la vida.

Tenía yo algo más de once años y era el mayor de cinco hermanos, cuando se nos murió el padre. Y mi padre, (¡qué gran señor era mi padre!), tal vez no hubiera hecho por sus hijos sacrificios mayores que los realizados por nuestra bondadosa madre. ¡Con qué orgullo la

recuerdo cuando dejaba el lecho antes de amanecido, para empezar el rudo trabajo de donde granjeaba los medios de sustentar a la familia! Quizá alguna vez hablé a usted de la justiniana pobreza, como decimos en Trujillo, en que discurrió mi infancia, y de los medios de que mi madre se valió para que nuestra modesta posición entre compañeros ricos no llegase a crearnos complejos de inferioridad. Jamás se dejó abatir por las necesidades a que tuvo que dar frente. Como hizo de padre, fue dura y recia para encaminar a los hijos, sin que dureza y reciedumbre llegasen a mermar por nada la infinita ternura que era esencia de su espíritu.

Los años más felices de mi vida los pasé en Trujillo, al lado de mi madre. Ella me hizo amar la vida y me enseñó a buscar como finalidad de las acciones humanas algo más que la satisfacción de un lucro material. Todo ese idealismo de que usted y muchos amigos me motejan, lo debo a que mi madre me enseñó a soñar desde muy niño. Como soy de buena memoria, recuerdo que ella me explicaba el lento vuelo de las nubes. Más tarde, nos habló de que el hombre vale por sus actos y no por la monta de sus bienes. Me vio en cierta oportunidad triste, porque mi vestido estaba viejo y mis compañeros de colegio, como eran días de Pascuas, estrenaban traje. Ella disimuló mi tristeza e hizo caer la conversación sobre lo poco que valían los vestidos cuando los estudiantes no alcanzaban buenas calificaciones en los exámenes. "Tu traje viejo, me agregó, se me hace nuevo y brillante cuando recuerdo que figuras entre los primeros de tu clase".

Pertenecía mi madre a familia que ocupaba los primeros rangos en mi región nativa. Pero ella creyó más en el mérito de las acciones que en el valor circunstancial de los apellidos y de las posiciones sociales. Nos enseñó, por consecuencia, a ser llanos y a buscar en la conducta el mejor título de las amistades. Pero sobre todo, ella nos quiso formar para el mundo de las letras. No escatimó esfuerzo por que sus hijos estudiásemos. Hasta de maestra hizo, y cuando memorizar entraba en los métodos pedagógicos, ella dejaba sus quehaceres para "tomarnos" las lecciones, aun cuando se tratase de materias que no entendía.

La historia de mi madre, que es parte sustancial de la historia de mi vida, está unida placentariamente con Trujillo. Para conocerme a mí mismo he buscado, pues, el hilo materno que me enlaza moralmente con el pasado de mi pueblo. Para saber quién soy y para saber lo que es la gran Patria venezolana, tuve que empezar por buscarme a mí y por buscar mis raíces venezolanas en el suelo y en la historia de Trujillo.

¿Ve usted, mi buena amiga, cómo no procede de censurables orígenes la frase ingenua que comento? Tengo razones de sobra para llamar a Trujillo "la tierra de María Santísima". Nací en ella por haber sido hijo de mi madre y para que hoy, lejos de sus montes y de sus ríos y viajera ella por mundos siderales, comparta con usted el orgullo y la fiesta de ser venezolanos.

En Trujillo comencé a vivir una vida de doble historia. La que va con los años corridos desde mi nacimiento y la que hacia atrás me lleva hasta los tiempos felices y duros en que llegaron, con la ciudad, los hombres que trajeron de España los símbolos de nuestra cultura. Esta historia es larga y fecunda.

Sabe usted, porque así lo dicen los viejos historiadores, que mi pueblo fue hasta el año en que lo incendió el pirata Grammont, ciudad que discutió con Caracas la primacía en la Provincia de Venezuela. Rico semillero de la Patria, allí se formaron eminentes varones de la nacionalidad, inclusive el primer gran criollo venezolano. Me refiero a Juan Pacheco Maldonado, hijo del fundador Alonso Pacheco, venido a luz el año de 1578. No es malo hablar de estos hombres, y por ello usted disculpará que alargue estas líneas con los datos que tenemos de su vida y de sus hazañas.

Diez y ocho años contaba cuando salió como Sargento Mayor de cierta tropa destinada al castigo de los indios jirajaras, que se habían levantado en las bocas del río Motatán, y que, penetrando por los llanos del Cenizo y de Monay, llegaron a incendiar establecimientos

que los criollos tenían en esta ubérrima región, hoy vuelta a su saludable fecundidad antigua, gracias a la eminente labor sanitaria del gran trujillano Arnoldo Gabaldón, modelo de ciudadanos y de rectos hombres. Años después, y cuando apenas contaba veintidós, recibió una de las varas de Alcalde de la ciudad, y como ocurriera durante su ejercicio la muerte del Gobernador y Capitán General don Gonzalo de Piña Ludueña, le tocó asumir tal carácter en la ciudad de Trujillo. Recuerda usted que con motivo de las desavenencias ocurridas a la muerte de Alfínger, de Pérez de Tolosa y de Villacinda, los criollos, empujados por el recio espíritu de autonomía que distinguió sus actos, diputaron ante la Corte a don Sancho Briceño, con el encargo de lograr confirmación del derecho de suplencia, que, de propia autoridad, habían ya ejercido los Cabildos, al ocurrir la muerte del Gobernador. Ganada la Cédula en 8 de diciembre de 1560, venía a ejecutarse por vez primera en la ocasión del fallecimiento de Piña Ludueña, y con ello a disgregarse transitoriamente el poder que residía en las reales autoridades de Caracas, para que los Alcaldes de Maracaibo, Trujillo, Carora, El Tocuyo, Nueva Segovia, Nueva Valencia, Guanaguanare y San Sebastián de los Reyes, ciudades capitulares de primer orden que integraban la vieja Venezuela, ejercitasen en su respectivo distrito la suprema autoridad, por medio de los Alcaldes-Gobernadores.

En 1606 el Gobernador Sancho Alquiza designó a Pacheco Maldonado su Teniente en Trujillo y Maracaibo, y con tal título salió al sometimiento de los indios toas, aliles, parautes, quiriquires y zaparas, que por catorce años estaban levantados contra las autoridades, en mengua y con riesgo del comercio y de la tranquilidad del Lago. Más de doscientos españoles y criollos habían perecido a manos de los rebeldes, inculpados de haber incendiado cosa de sesenta fragatas que hacían el tráfico entre Santo Domingo, Santa Marta y Cartagena con Pamplona, Mérida y Maracaibo. La peligrosa empresa concluyó con el apresamiento y ahorcadura del cacique Nigale, antiguo criado del Capitán Alonso Pacheco, y con la total pacificación de las costas y ríos navegables. Las Audiencias de Santa Fe y de Santo Domingo, el Gobernador de Venezuela y los Cabildos de Trujillo, Mérida, Tunja, Nueva Zamora y Cartagena

elevaron memoriales al Rey para que se premiasen con hábito militar, gruesa renta y alto mando los servicios de Pacheco Maldonado. De "bueno, limpio y recto" lo calificó el juez que le tomó residencia en 1619, al terminar su cargo de Gobernador de los Musos y Tolimas, en el Nuevo Reino de Granada, donde, entre otras cosas provechosas al servicio de la República, organizó la explotación de las minas de esmeraldas. Luego, al crear el Rey la Gobernación y Capitanía General de Mérida, con el territorio del antiguo Corregimiento y con el de la Gobernación de La Grita, le fue aquélla encomendada por ocho años. Vuelto a Trujillo, asentó casa en la ciudad y a ella fueron caballeros de calidad a buscar la mano de las hijas, mientras los hombres estudiaban en Salamanca y desposaban a hijas de Virreyes. El Marqués de Marianela, Gobernador de Venezuela por los años de 1623, y más tarde de Murcia, Lorca y Cartagena del Levante, casó con doña María del Aguila; el Gobernador de Cartagena, don Francisco de la Torre Barreda, contrajo matrimonio con doña Juana, quien tuvo nuevas nupcias con don Manuel Felipe de Tovar; doña Josefa, casó con el acaudalado Mayorazgo Francisco Cornieles Briceño.

Primero, pues, entre los nativos de Venezuela que llegaron a la dignidad magistraticia de una Provincia, fue este recio criollo que marca la plenitud del segundo tiempo en el proceso formativo de la colonia. Ya he escrito que nadie como Alonso Andrea de Ledesma tipifica la voluntad de asiento de las masas humanas que se trasplantaban a nuestra América. Como los otros conquistadores, estuvo en el largo recorrido de la tierra, cuya paz precisaba resguardar, y más tarde asistió a la fundación de las ciudades. Fijado ya camino a la vida civil, recibió tierras para los nuevos cultivos e indios que le ayudasen a su trabajo. Por último, salió en trance de quijote a defender los privilegios de la nueva Patria, cuando el pirata vino a saciar la sed de rapiña con el trabajo de los colonos de España.

Pacheco Maldonado es otra cosa. América siente ya el arraigo del trasplante español. No es el invasor que lucha contra el señor aborigen, sino el nuevo indígena que vence al indígena viejo. El

mundo de la barbarie que se va, frente al mundo de la nueva cultura que ha enraizado en las Indias. Es señor de tierras que le legaron los mayores: su padre fue fundador; su abuelo materno, Francisco Graterolo, también lo fue. Sirve al Rey, pero se sabe caudillo de estos términos. En las sabanas de Monay, por 1927, duraban aún las ruinas de su casa de campo. Allí seguramente fueron a visitarlo los aspirantes a la mano de las hijas. Posiblemente en aquella verde y deliciosa llanura nació Antonio Tovar Báñez, el nieto, a quien su tío, el Obispo Fray Mauro, bautizó en la iglesia de Trujillo. En 1640 se le nombraba aún, con orgullo de los curas que asentaban partidas bautismales, "el gobernador Juan Pacheco Maldonado". Era un título perpetuo que honraba a la ciudad. Pasarán los años, y el biznieto Antonio Pacheco, con las rentas heredadas de la familia materna, cuyo apellido toma, comprará el Condado de San Javier. Por él, las armas de los Pachecos de Trujillo, dos calderas con sierpes, fueron de las últimas en lucir sobre un portal de casa caraqueña. Yo las vi en la vieja casona destruida para edificar el palacete, desairado y sin aire, donde hoy funciona el Ministerio de Educación Nacional.

Mire usted, cómo mi pueblo nutrió desde la alta colonia el rancio señorío de Caracas. Después le dará a los Mendozas, encabezados por el severo don Cristóbal, primer ejercitante de la suprema magistratura republicana; a los Montillas, a los viejos Briceños, que ilustran prestigiosas estirpes capitalinas. Y si vamos al mundo de lo religioso, Pedro de Graterol, Provisor en 1595, fue el primer criollo que asumió el gobierno eclesiástico, en la sede vacante ocurrida por muerte del Señor Palomino. (Era nativo de Trujillo y tío del Gobernador Pacheco Maldonado). Y si fue valiosa la aportación colonial, más numerosa y de igual calidad es la que ha ofrecido para la obra de la República.

Gente de lustre, sobrada de fortuna y de muchas influencias, fue la que se formó en Trujillo durante el primer siglo de colonia. No olvide que Lucas Mexía de Vilches, Alcalde de Trujillo en 1571 y 1578, casó con una hija de don Sancho Briceño y que de ellos procede la rama de Francisco Marín de Narváez, abuelo de los

Bolívar. Las tierras del Cenizo, más célebres por el dinero en ellas hoy enterrado que por las veces que han ido a los tribunales, eran parte del famoso Mayorazgo de Cornieles, el más grande que hubo en Venezuela, y aún de excepcionales proporciones en las Indias. Tan ricos fueron estos señores, que se cuenta en Trujillo cómo paseando a la tarde de un día de fiestas mayores, por la planicie del Este, que mira al río Castán, el Mayorazgo y su señora fueron perseguidos por un toro desgaritado de la plaza mayor, y que en el trance de verse con la sola escapatoria del precipicio, prometieron una crecida suma para concluir la fábrica de la iglesia y convento dominico de Nuestra Señora de la Candelaria. Y agrega la leyenda que fue tal la munificencia de los salvados por el milagro, que a su muerte los frailes los sepultaron en el sótano del templo, sentados en sillas de oro, guardando el subterráneo que unía a los hijos de Santo Domingo con los recoletos franciscanos del Convento de San Antonio de Padua, situado al otro extremo de la ciudad.

Yo conocí las ruinas de la Candelaria, donde aún se decía misa a mediados del siglo pasado, y presencié con ojos abismados de curiosidad, la vana búsqueda del fantástico subterráneo. También alcancé a conocer a principios de este siglo, los vestigios de la Iglesia de San Francisco, cuyo techo fue descargado después de los fuertes temblores de 1894. Vi los altares dorados y las imágenes talladas que se guardaban, parte en casas privadas y parte en la vieja sacristía del convento.

El convento franciscano, conforme a la antigua legislación colombiana, fue aplicado, lo mismo que los bienes del Mayorazgo, para sede y rentas del Colegio de Varones. (Su capital, por el año de 1870, pasaba de cien mil venezolanos. Cuadruplicado, como mínimum, sería hoy cosa de dos millones de bolívares). Cuando empecé en 1908 mi educación secundaria, asistí a las aulas venerables de aquella antigua y prestigiosa casa académica. Pero en 1913, el General Juan Vicente Gómez buscó los medios de quebrantar la rebelde autonomía de los partidos de Trujillo, y simulada una alteración del orden local, dentro de la gran simulación que rompía el "hilo constitucional", fue enviada tropa de

línea, (como dice Gustavo Herrera), a que *pacificase* el Estado. Un batallón hizo asiento en el edificio del Colegio, desde entonces andariego en casas de alquiler. El civilizador Guzmán Blanco lo despojó de sus rentas. La tropa rehabilitadora lo dejó sin casa. En 1934, con ocasión del centenario del lánguido Instituto, publiqué una reseña histórica, con el fin de lograr que le fuese devuelto el edificio, por el benemérito gobernante que "tántos servicios había prestado a la cultura de Trujillo". Tan eficaz fue el procedimiento, que el General Eleazar López Contreras, a la sazón Ministro de Guerra, recibió órdenes del General Gómez para proceder al traslado del batallón, pues en el trabajo por mí escrito, mal comentado por algunos trujillanos, tuvo tema eficaz el doctor Enrique Urdaneta Carrillo con que ganar la voluntad del General Gómez a favor del viejo Colegio. Sin embargo, nada se hizo entonces, y la tropa siguió ocupando, con desagrado de los trujillanos, el edificio destinado a centro de cultura, hasta que el ilustre Presidente Medina Angarita dispuso moderno cuartel para acantonar las tropas, y la demolición del edificio viejo del convento. Pero como el Colegio está de tuerce, según dicen en estos casos los costarricenses, la nueva construcción, por cierto bastante pobre, se destinó a una concentración de escuelas y el viejo y prestigioso Instituto sigue a merced de que le alquilen un local.

Fallaría la memoria del Colegio, si entre las brumas del recuerdo no apareciese la figura venerable del ilustre sabio don Rafael María Urrecheaga, blasón de la antigua cultura de mi pueblo. Yo lo conocí cuando asistí como escolar al antiguo claustro franciscano. Por estar baldado, lo llevaban en silla de ruedas para que dictase la cátedra de griego. De su figura no tengo otra memoria sino la bola de nieve que formaban sus largos cabellos y su barba hebraica. De él queda también apenas un vagaroso recuerdo. Su obra no tuvo quien la cuidara. Ninguno de los prohombres del Trujillo de entonces se preocupó por la conservación de los manuscritos y de su famosa biblioteca. Yo vi vender en cestas, como en Trujillo se vende el amasijo, los volúmenes de su librería. A mi padre le oí lamentarse de la pobreza que le impedía adquirir tan buenos libros. Entre las pocas colecciones que pudo comprar, figuraban las obras de

Jovellanos, que leí en mi juventud. Al margen, tenían notas que ampliaban o enmendaban conceptos. Creo que de Urrecheaga apenas se han salvado los catálogos de la lengua timoto-cuicas que envió a Arístides Rojas, (después utilizados por Alfredo Jahn), y unas traducciones del alemán, que se conservan en la Sección Rojas de la Academia de la Historia. En el Ministerio de Fomento debe de estar la descripción de un invento suyo para aprovechar como fuerza motriz el oleaje marino. Hasta la edad avanzada de su muerte, creo que por 1907, la cabeza de Urrecheaga era la biblioteca de Trujillo. Lo que no se sabía, así fuese de Teología, de Astronomía, de Leyes, de Historia, de Lenguas, de Botánica, de Artes, quedaba resuelto con preguntarlo a don Rafael. Y abísmese usted, mi noble amiga, don Rafael no salió nunca de Trujillo. Fue el autodidacto perfecto.

Sin pensarlo, me pasé de la leyenda del Mayorazgo a la tragedia que más duele a los trujillanos, especialmente a quienes tuvimos ocasión de asistir a clases en el viejo recinto conventual.

A usted referí en cierta ocasión mi paso por la escuela de primeras letras, del viejo don Eugenio Salas Ochoa, a donde concurrí cuando frisaba con los cinco años. Aquella escuelita funcionaba al lado de la casa de la "guerra a muerte", donde en feliz hora mi amigo eminente el doctor Numa Quevedo, secundado por Luis Beltrán Guerrero, de excepcional vocación y singular voluntad para ejercicios de cultura, fundó el "Ateneo de Trujillo".

El recuerdo amable de Doña Ana, la esposa de don Eugenio, que me enseñó el alfabeto, lo evoqué ante la gente vieja de mi pueblo, cuando el año de 1947 fui a Trujillo, para ser recibido en aquel Instituto.

¿Y por qué no disgregar aquí? La vida ha sido generosa conmigo, y la fortuna me ha suplido, para la complacencia, lo que no hubiera alcanzado por mis modestos méritos; pero, créalo usted, pocas satisfacciones me han llegado al tuétano como la experimentada cuando el Ateneo me recibió en calidad de miembro de honor. No

fueron los elogios desmedidos, que me hicieron pensar en la generosidad de las alabanzas fúnebres; fue el pueblo de Trujillo, el pueblo mío, que se juntó para expresarme la ingenuidad de un cariño inmerecido; era mi pueblo, donde estaban conjugados , para la expresión fraterna, pobres y ricos, amigos y enemigos políticos; era mi pueblo, que me daba la fe de su fuerza, en momentos en que mi estrella de hombre público estaba cubierta por hostiles nubecillas. Supe, aún más entonces, por qué es sagrado el suelo en que se nace. Sentí también cómo hay afectos que enlazan inquebrantablemente nuestro destino al paisaje físico y al paisaje moral donde se formó nuestro carácter y se nutrió la vida de nuestro espíritu.

¡Cuando pasaba de niño por la puerta de la casa misteriosa, donde se decía que de noche se quejaban los espantos, no intuí por nada que ahí mismo, al correr del tiempo, viviría noche tan clara como aquella otra en que, para mi daño, me hirieron, casi en la misma cuadra, unos inolvidables luminosos ojos negros!

Por ante aquella vieja casa pasé muchas veces, cuando mi escuela estuvo provisionalmente en el nombrado edificio del Colegio, en razón de haber tomado su local una pequeña guarnición llegada a la Capital, posiblemente con motivo de la persecución contra el general Rafael Montilla. Pero esta escuela no era ya la de los viejos Ochoas, sino la antigua escuela del Maestro Portillo y Valera, que, cambiando de nombre, como han cambiado de nombre, sin mejorar, todas las cosas en Venezuela, había llegado a ostentar el de Escuela "Castro", en homenaje adulatorio al general Cipriano Castro, Restaurador de la Patria.

Vea e intuya usted, mi noble amiga, la tragedia de mi generación y de tantas otras generaciones venezolanas. ¡Felices los jóvenes que se han levantado en medio de la relativa independencia y altivez de estos últimos años! Compare usted estos que refiero con los recientes dorados tiempos de Isaías Medina, cuando la juventud respiró sin miedo un aire de absoluta libertad. Ahora sí que cada quien es dueño y responsable de su propio destino. En aquellos

almanaques, nuestro texto de educación cívica fue la continua alabanza del "Cabito". Creo que en lugar del Escudo Nacional, estaba entronizada la efigie del Invicto. Los sábados, después que la muchachería había cantado el *Gloria al bravo pueblo*, adornábamos el retrato de Castro con flores recogidas en el pequeño jardín escolar. Este nuestro primer encuentro con la lisonja política. Pero ahí mismo, en la modesta escuela, servida por dos sencillos y sufridos profesores, Rafael María Altuve y Rafael Quevedo Urbina, tuvimos mis compañeros y yo, otros encuentros con la realidad de la política criolla. Frente a nuestro plantel tenía su casa de habitación el Jefe Civil del Distrito, dueño de un perro feroz que atendía al bárbaro nombre de *Solimán*. Y no sabría decir a usted las veces que, espantados, tuvimos los muchachos que ir a refugiarnos a la vieja Iglesia Matriz o en el zaguán de la casa de don Juan Guerra, para huir los dientes de la bestia, cuyo encierro no era posible que lograsen nuestros maestros, en razón de los privilegios y franquicias que disfrutaba el bruto, como perteneciente a la casta gobernante. Aprendimos también en la escuela, para que después lo comprobase con creces la caprichosa selección de los funcionarios públicos, que nada valen los méritos ante el poder de las influencias y el peso de la sangre. Por ser condiscípulos nuestros los hijos de las autoridades locales, supimos que para aquéllos el gobierno tenía premios, así fuesen a la cola de la clase. Pero con este aprendizaje disvalioso, que apenas sirve como tardía reflexión para ver cuál fue el ambiente en que se formó nuestra conciencia infantil, tuve en la vieja escuela de Trujillo una fecunda lección, que bastante me ha servido durante el discurso de mi modesta vida pública.

No había en mi pueblo enseñanza privada y la escuela estaba abierta a los distintos sectores sociales. Los niños de zapatos se sentaban junto con los de alpargatas y junto con los de "pata en el suelo". A la par de los hijos de los señores ricos de la ciudad, tomaban puesto algunos muchachos que venían de los campos vecinos, con la camisa de liencillo marcada con las manchas de plátano, que distinguen a nuestros peones rurales. Aquella era en verdad escuela de democracia, y como semejante al de la Capital eran, y en su mayoría siguen siendo, los planteles educativos del

Estado, acaso los trujillanos sean por ello los venezolanos que exhiben mayor sentido de sencillez igualitaria, consecuencia, además, de un hecho positivo que favorece a la región: en Trujillo es donde está mejor dividida la propiedad rural, y, por consiguiente, donde menos se abultan los reatos que derivan de la injusta distribución de la riqueza.

Pacífico y sencillo discurría el hilo de la vida trujillana durante mis felices e inolvidables años de escuela. Eran pocos los sucesos que en el año alteraban la monótona quietud ciudadana. Algún encuentro de encumbrado político; la visita, cada cuatro o seis años, del señor Obispo; el ocasional anuncio de unas "maromas" o la llegada, por Corpus y San Juan, de algún torero de la legua. La vida principal del pueblo seguía el curso del añalejo y para todos, en especial para los niños, el año comenzaba con el mes de diciembre.

Claros y frescos, con mañanera visita de neblina, bajada de la cercana cordillera, los días pascuales daban un peculiarísimo aspecto a la ciudad. Por el 20 empezaban a llegar de los campos las cargas de musgo y de estoraque, los haces de helechos y las aromosas pascuitas, con que eran adornados los pesebres con el paso del Nacimiento. Las fiestas comenzaban en la tarde del día 24, con la procesión de San José y de la Virgen, que venían de la Otra Banda a esperar el trance del alumbramiento en la Iglesia Matriz. Por entonces no había capilla en el "Bravo Pueblo", como se llamaba aquel barrio, en la Colonia llamado de los Catalanes, y hoy convertido en Municipio Santa Rosa. De una casa privada salían las imágenes, y acompañadas de villancicos y cohetes, hacían el recorrido hasta la Iglesia. El pueblo cantaba:

A Belén pastores,
vamos a Belén,
porque va a nacer
Jesús, nuestro bien.

Esta noche es Nochebuena
noche pa' no dormir:
la Virgen está muy gorda
y esta noche va a parir.

Por la noche era la típica fiesta del "Enano de la Kalenda". ¿De dónde vino esta costumbre? Yo no sabría explicarlo. En la lánguida y monótona música de las zambombas y de los cincos, que acompañan a los pedidores del aguinaldo, se perciben reminiscencias negroides:

Déme mi aguinaldo,
mi señor dotor:
aunque yo soy negro
merezco el favor.

Si me dan hallacas
me las dan calientes,
porque hallacas frías
enferman la gente.

No sé si Juan Liscano, Olivares Figueroa o Isaac Pardo hayan descrito este baile, como ya lo han hecho con los "chochos" de San Benito. El chiste del enano consiste en simular con el movimiento del vientre, donde van pintados los ojos y la boca, un grotesco rostro, pues la cabeza y los brazos, con parte del tórax, van ocultos en una manera de cono invertido, cuya base la constituye un cesto de arnear, colocado sobre la cabeza, y envuelto todo en espesa tela negra. A la altura de la cintura, unas fingidas manos hacen más ridícula la mojiganga. El enano bailaba al son del cinco y los furrucos, acompañado de coplas y aguinaldos. Lo hacía en las esquinas, en la mitad de las calles y aún en las mansiones particulares. En la semioscuridad del Trujillo de faroles de aceite, aquella invención tenía la gracia de que hoy carecería a la luz de las bujías eléctricas. Cada grupo era de sólo un enano, pero al mismo tiempo cruzaban la ciudad los enanos que venían de las Araujas, de Hoyo Caliente, del Cerrito, de la Otra Banda, del Calvarito y de la Quebrada de los Cedros.

Satisfechos los muchachos con la alegría de la farsa y con el ruido festivo de las recámaras y de los triquitraques, esperábamos con impaciencia la hora en que "nacía" el Niño Dios, para después de

los rezos y de los villancicos, saborear a la mesa la hallaca multisápida, los buñuelos de yuca y el dulce de manjar blanco, que tipifican la cena navideña de Trujillo.

El día de Navidad estaba destinado a la larga visita de pesebres. Eran en mi tiempo los más señalados el de Trina y Rosarito Añez, que tenía una graciosa representación de cuadros de la Historia Sagrada, y el de la tía Edelmira, en la calle de la Candelaria; el de las Casas, el del Padre Carrillo, el de doña Eustoquita Perozo, el de doña María Benicia, el de Petra Rodríguez, el de las Rosales de La Cantarrana, el de las Almarzas, el de las Araujos de la Cruz Verde, el de don Lucas Montani, el de las Cegarras, el de las Pannacci, el de las Coronados. Nos reuníamos en caravana los muchachos para la visita conjunta, y ésta, lejos de limitarse a contemplar el fingimiento de cerros, pueblos, ríos y lagunas, se extendía hasta aceptar el obsequio de chicha o de carato, de manjar o de buñuelos, que ofrecían las casas amigas, (¡pero si todas eran amigas!), con el natural interrogatorio acerca de la salud de las familias respectivas.

Si alegres eran la Nochebuena y los siguientes días pascuales, el Año Nuevo no llegaba al ancho regocijo de aquéllos. En cambio, especialmente para los muchachos, el Día de Reyes era objeto de intensa expectativa, ya que en él amanecían los zapatos colmados de los regalos, que durante la noche habían traído los generosos Magos.

En mi modesta infancia de niño provinciano no hubo "arbolitos de Navidad", menos aún, exóticos Santos Nicolases de blancas barbas. Respiramos los muchachos de mi generación, allá en la tranquila cordillera nutricia, el aire de la vieja Venezuela, agrícola y pastoril, que no hacía presumir la vecindad de una nueva Venezuela, de la cual serían arrancados de cuajo los símbolos que diferenciaban la genuina nacionalidad. El pesebre, los Reyes y el "enano de la kalenda" correspondían a una tradición enraizada en el suelo fecundo de una historia nutrida por nuestra misma independencia. Las generaciones que habían creado la Patria, formaron, también, esas sencillas y gratas costumbres, hoy expulsadas por la ridícula imitación de usos extraños, que nos imponen, con aplauso de

ilustres esfialtes, de prestigiosos nombres, los nuevos conquistadores de suelo y de conciencias. ¿No ha sentido, mi noble amiga, cierto escozor de vergüenza nacional cuando ha llegado a sus manos alguna tarjeta de Navidad, con versos en inglés, a usted dirigida por amigos del Interior, ignorantes de qué digan las tarjetas? De mí sé decirle que las Navidades han llegado a ser el tiempo en que gasto peor humor, pues al compás de ellas veo cómo se nos deshace Venezuela, pese al patriotismo que pregonan los presuntos encargados de guardar los tesoros de la nacionalidad. En la época de mi niñez duraban tanto en el suelo de la conciencia nacional los antiguos valores formativos, que recuerdo un juego, a base de dos bandos, uno que vitoreaba al Rey de España, otro que vitoreaba al Rey de Francia. El bando de los franceses fatalmente tenía que ser derrotado. En mi madurez, evocando vagamente aquel tipo de infantil divertimiento, he dado en pensar que acaso se recordaba con él la desgraciada invasión de Trujillo, el año de 1678, por los filibusteros franceses de Francisco Esteban Grammont.

Pasados los Reyes, venía la gran fiesta del Niño Perdido. En la noche del 14 de enero salían a la calle, entre candelas y villancicos, los buscadores del Niño. San José, representado por joven de talares galas y fingidas barbas, llevaba de la brida la tarda pollina montada por la cándida niña que hacía de María. A las ventanas se asomaban las damas y la procesión de pastores se paraba para cantar los villancicos de la pregunta:

Oiga, doña Juana,
diga la verdad:
si usted tiene el Niño
tenga la bondá.

Aquí no está el Niño,
sigamos buscando:
vamos donde Julia,
que lo está esperando.

San José y la Virgen
no tienen consuelo:
se les fue el Niño
que bajó del cielo.

Llegados a la casa donde se sabía que estaba el Niño, se celebraba el hallazgo con cantos, refrescos y bailes.

Y cuando terminaban los eventos del Niño Perdido, ya la gente estaba preparada para los grandes festejos patronales. La ciudad, como de todos es sabido, después de haber deambulado por distintos puntos de la provincia de los cuicas, asentó el año 1568 en el estrecho valle de Mucas. Diego García de Paredes la fundó, cerca de Escuque, en 1557, con el nombre de Nueva Trujillo; Francisco Ruiz la repobló con el de Miravel; luego se la llamó Trujillo del Collado, Trujillo de Salamanca, Trujillo de Medellín, hasta tomar el nombre final de Nuestra Señora de la Paz, en honor de la Virgen María, invocada bajo tan promisorio patrocinio. Desde los días de la colonia fue fiesta principal de la ciudad y a ella acudían Teniente, Cabildo y Regimiento, presididos del real pendón y de los graves maceros, vestidos de largas hopalandas. En un principio hubo dos fiestas: la religiosa y popular y la ofrecida por el Ayuntamiento. Cuando yo era niño, pese a la decadencia en que había caído, la fiesta se celebraba con alguna pompa. Quedaba aún un vago recuerdo de la Cofradía de la Paz, fundada el año de 1584, y a la cual se debió el esplendor antiguo con que el 24 de enero se festejaba a la Patrona. Aún en mi tiempo se corrían toros y se quemaban lujosos arbolitos de fuego. Cómo recuerdo el alegre recorrido que hacía por las calles la víspera del 24, la vieja Banda Vásquez, para repartir, entre recámaras y cohetes, la laudatoria a la Virgen, confiada a algún versificador de la ciudad e impresa en la modesta tipografía de Aparicio Lugo. En la mañana del 24, la misma Banda, en el antiguo altosano de la Iglesia, iniciaba los festejos con marchas ligeras. Iban llegando las señoras, muy bien metidas en las viejas sayas, olorosas a cedro y a vainilla. Los señores se vestían la levita traslapada y el sombrero de copa y sacaban a lucir los ricos bastones de pomo de oro, con vistosos monogramas. Los mozos mayores se reunían en la

acera de la plaza, para ver entrar a las muchachas; los pequeños éramos llevados por la gente grande de la casa y más que a todos nos alegraba oír a las sordas campanas diciendo:

La arepa y el caldo
se están calentando
pa'el Padre Carrillo
que está trabajando.

(Grave y monótono era el golpe de las viejas campanas coloniales; desentonó al oído de señora forastera, influyente en la política, y vino la sustitución por modernos bronces fundidos en Puerto Cabello. Sucedió esto en 1923 y "El Heraldo", de Caracas, publicó entonces mi primera protesta por la destrucción del Trujillo tradicional).

Era costumbre entonces alfombrar el piso de la iglesia con hojas de oloroso laurel, que los campesinos devotos traían de la montaña cercana, y cuya fragancia, unida a la del litúrgico incienso, provocaba hasta desmayos en las damas de trincado corsé.

Misa de tres padres, asperges, tercia y sermón. Era el lujo máximo de la liturgia. La imagen de la Patrona era bajada del nicho del altar y colocada en el gran trono, en que se la sacaba a la calle para la solemne procesión. En mi época de niño ya el Gobierno no asistía con la solemnidad antigua. Los Presidentes apenas iban al templo a recibir la llave del Monumento en Jueves Santo o cuando mandaban cantar un *Te Deum* el 23 de mayo o el 19 de diciembre. La fiesta patronal la presidía la Sociedad de la Paz. Cuando yo era muchacho el estandarte lo portaban Adolfo Rosales o Miguel Rusa. Los hombres mayores se sentaban en sillas o bancas que abrían calle, en la parte alta, que se llamaba "Cabildo". La abuela nos decía: "Los niños, cuando van a la Iglesia, no deben sentarse en el Cabildo, que es para los señores". (Aquella denominación quedaba como recuerdo de los privilegios de los antiguos regidores). Al terminar la misa, la Sociedad de la Paz, vestidos de negro sus componentes, y

con el estandarte a la cabeza, era acompañada de los músicos y del pueblo, hasta la residencia del Presidente, donde se servía un apropiado refresco. (Antiguamente este obsequio lo pagaban las rentas de la Cofradía, hasta que lo prohibió el Obispo Martí).

Hemos entrado en la Iglesia, señora mía, y me parece una falta de respeto salir de ella sin hacer antes un pequeño recuento de su historia y una rápida descripción de sus altares. Debo advertir también a usted, que para mí esta Iglesia tiene un valor que no lo iguala el de Nuestra Señora de París o el propio de la Catedral de San Pedro en Roma. Sí, señora. Porque a esta Iglesia de Nuestra Señora de la Paz, fui llevado de la mano, para recibir en su bautisterio el óleo de cristiano. (Fui caminando, porque el agua me había sido "echada por necesidad" en mi propia casa). Y a esa Iglesia habían ido mis padres a recibir la bendición para sus nupcias. Y habían ido también mis abuelos por más de tres siglos. En aquella Iglesia, como en el propio corazón de la ciudad, tiene sus raíces mi mundo.

El Obispo Martí nada dice de la fecha en que fue concluida la fábrica del templo, pero ella aparece visible en la parte exterior del presbiterio. Todas las tardes la refrescan los trujillanos que van a contemplar la ciudad desde la relativa eminencia de la Alameda Rivas. Creo que dice: Año de 1662. Se concluyó con fuerte ayuda suministrada por el Obispo Fray Alonso Briceño. Inmediatamente después de fundada la ciudad y de distribuidos los solares, comenzó la edificación de la Iglesia, con título de Santiago Apóstol, hoy olvidado. En las partidas bautismales del Siglo XVII yo he leído: "estando en la santa iglesia parroquial de el señor Santiago Apóstol". También se llamaba por entonces de "Nuestra Señora de la Paz". Subsistió este nombre, por coincidir con el de la propia ciudad. En su fábrica se utilizaron como pilares cuerpos uniformes de grandes cedros, cortados en el puro valle de Mucas, donde había asentado la población. Frente al templo, yo vi uno de estos venerables señores de la selva primitiva que fue Trujillo. Algún gobernante civilizado lo mandó a cortar. Estas hermosas columnas descansan sobre basas de piedra labrada, que al presente son

testimonio de la laboriosidad de los primitivos constructores trujillanos, amigos de edificar sobre bases de sillería.

Tiene la iglesia tres naves, de ellas más larga la central, por concluir en el altar mayor, que antaño fue de rica madera labrada y dorada al fuego, y que hoy es de pesada mampostería, de pésimo arte. Era yo muy niño cuando una lamentable iniciativa de progreso, patrocinada por lo más granado de la ciudad, encomendó al maestro de obra Lucas Simón Montani la construcción de este horrible altar de ladrillos y mezcla, pintado de blanco, con simuladas estrías marmóreas. A quienes crean que el mal gusto tiene límites, les convendría visitar la Iglesia de mi pueblo; y si, además, llegasen a conocer el antiguo altar desalojado para entronizar este adefesio de argamasa, dirían que bien merecido hemos tenido los trujillanos ciertas cosas de que irreflexivamente nos quejamos, culpándolas a quienes nada tienen que hacer con nuestras propias determinaciones.

Seguramente me excusará usted que no me alargue en la triste historia de este altar, cuando lea lo que en seguida le escribo. Del lado de la Epístola y al final de la respectiva nave, estaba el altar de Santa Lucía y San Roque. Lo conocí pintado de antiguo, con colores de mal gusto, que dejaban, sin embargo, admirar la habilidad del tallista primitivo; mas, recientemente, cuando era yo hombre hecho y derecho y hasta con mando en Trujillo, por más veras, una nueva cofradía de progreso, contra la cual nada pude hacer, llegó a sustituirlo por un espantoso altar de estilo pseudo-gótico, fabricado, pásmese usted, a base de hojalata. He de decirle, sin embargo, que la primitiva pintura de este altar, ganaba en gusto a la actual pintura de las paredes de la iglesia, echada por 1910 y en camino actualmente de ser sustituida por un sencillo y agradable colorido. Ojalá los restauradores de la vieja sencillez, tuviesen la buena idea de restituir a su antiguo sitio el venerable púlpito colonial que fue trocado por un brillante púlpito de mármol, sin mérito de ninguna especie.

Bueno, y no es que trate ahora de exculpar a mis paisanos, bastante acreedores de varas y prisiones por estos crímenes contra el arte y

la tradición. Semejantes a éstos han ocurrido delitos de la misma materia en toda Venezuela, incluso en nuestra ilustre Caracas, ellos en los templos, ellos en palacios oficiales. Si muchos de estos crímenes pesan sobre la corona de algunos curas de misa y olla y aún sobre obispos de luciente mitra, la responsabilidad es, en cambio, colectiva, por cuanto deriva del prurito necio de quienes han dado en la flor de mirar lo antiguo como desprovisto de mérito y han tomado el camino de celebrar rabiosamente las cosas a la moda. Esto de los altares y retablos es espejo de lo que ha sido nuestra irreflexión nacional para salvar los perfiles del País. Del mismo modo como se ha creído ingenuamente servir al progreso sustituyendo una hermosa talla del Siglo XVI español por una moderna figura de pasta iluminada, así mismo se han desalojado viejas costumbres que correspondían a un estilo de vida elaborado por nuestros antepasados, para adoptar en su lugar ridículas invenciones de la hora, o hábitos, justificados por solera de tiempo, en otros climas y países. Piense usted, mi noble amiga, en la cara de asombro y de burla que pondría un joven lechuguino de estos tiempos si se le invitase a ensayar una vals o una vieja polka. En cambio, se sienten felices bailando entre morisquetas de mal gusto y dengues ridículos, uno de esos abominables *mambos* que el mulato Pérez Prado, a ciencia y paciencia de las autoridades, ha venido a "enseñar" a nuestra gente "bien", y con lo cual se lleva miles de bolívares, que debieran destinarse a mejor paga para nuestras criollísimas orquestas.

Me salí de la Iglesia de Trujillo sin terminar la visita de los altares, y como estábamos en el testero de la nave de la Epístola, bajemos a la Capilla de San Pedro, donde aún queda, sentada en su silla gestatoria, la vieja imagen del apóstol , que veneraba desde 1629 la cofradía de su nombre; la sigue la antigua Capilla de San Francisco Javier, hoy consagrada a Jesús Crucificado. Bajando más, damos con la puerta que iba al antiguo cementerio, y más abajo, cerca de la puerta de entrada, la vieja capilla del bautisterio, con su gran pila de piedra labrada. En la nave del Evangelio, y en la parte superior, está el altar de Nuestra Señora de los Dolores, que tuvo cofradía en el Siglo XVIII; después, la Capilla dedicada hoy al Santísimo

Sacramento y a la Señora de las Mercedes, antiguamente titulada a Nuestra Señora de la Paz, cuando debió ocupar sitio principal en el altar mayor la imagen del apóstol Santiago. Seguía el altar de las Benditas Animas, y por último, la Capilla de Santa Rosa de Lima, hoy dedicada a María Inmaculada.

No sé cuándo fue reservado el Santísimo Sacramento en su actual capilla cerrada, pues primitivamente se guardaba en el altar exterior de Nuestra Señora de los Dolores. Acaso este transferimiento tenga relación con una curiosa profanación que lamentablemente tuvo lugar cuando era cura el Padre Miguel Ignacio Urdaneta. Cuenta la tradición que en el sitio de Mocoy había ganado fama de milagroso un viejo nicho que representaba a la Trinidad, y que pertenecía a cierta devota y sencilla familia. A La Plazuela era traída la imagen una vez al año, para celebrarle gran fiesta. El resto del tiempo era objeto de continuas visitas de los devotos, quienes llevaban *milagros* de plata, velas y dinero. Junto con el honor de los milagros, el "misterio" de Mocoy pasó a ser un pingüe negocio para los propietarios del famoso nicho. No sé por qué se suscitó entre la agraciada familia una disputa, y hecha dos bandos, ambos porfiaban por la tenencia del "misterio". El pleito paró en que el Padre Miguel ordenase salomónicamente que la imagen fuera traída a la Iglesia de Trujillo, para ahí recibir culto y dádivas. Un sector de la familia se trasladó a vivir en las inmediaciones del pueblo de San Lázaro, y persistiendo en el deseo de tener consigo el "misterio", resolvieron llevarse a juro el nicho, y validos de las sombras de la noche, penetraron en la Iglesia y cargaron con la veneranda y deseada imagen. Mas la alegría del botín se trocó en espanto, cuando descubrieron con las claras del día que lo que se habían llevado de la Iglesia era nada menos que el Sagrario con las formas consagradas. Medio locos por el sacrilegio, hincaron las rodillas ante los sagrados despojos, mientras uno de ellos fue a San Lázaro a confesar al cura el atropello. Horas después, las gentes del pueblo acompañaban con luces al sacerdote para el traslado al templo, con la debida liturgia, del Señor Sacramentado.

Pregunto ahora: ¿sería para evitar otro posible sacrilegio que el Padre Urdaneta trasladó el Sagrario a la Capilla de las Mercedes,

espantado de que por tercera vez pudiera ser de nuevo profanado el Sacramento? Y digo por tercera vez, por cuanto aún no he referido a usted otro lance en que fue irrespetada en Trujillo la Eucaristía, esta vez por un sacerdote con todas las de ley. Pasó cuando las fuerzas de Venancio Pulgar, idas a castigar la resistencia de los Araujos para abrazar el guzmancismo, tomaron a hierro y fuego la ciudad de Trujillo. Servíales de Capellán un sacerdote de apellido Román, quien resolvió cantar un *Te Deum* por el triunfo de Venancio. (Esto del *Te Deum* para festejos de política corresponde a una costumbre que viene muy de atrás y que deja bastante mal parado el verdadero concepto de la caridad y de la paz cristiana. El Cardenal Cisneros lo entonó en Orán sobre una montaña de cadáveres de moros; el pirata Grammont lo hizo cantar cuando tomó la barra de Maracaibo, y ahora he leído que un jesuita norteamericano se apresta a cantarlo cuando el señor Truman ordene que le sea arrojada a los chinos la primera ración de atómicas). Pero sigamos con nuestro amigo el Capellán de la tropa de Venancio. Hizo aquél buscar al Padre Urdaneta, y se dijo que andaba de bautizos y matrimonios por los campos; intentó ponerse al habla con el Sacristán, y le informaron que era tonto y se había escondido al escuchar los primeros tiros; fuese donde una beata a quien el Cura disque daba a guardar la gran llave de oro del Jueves Santo, y la beata se negó a recibirlo, porque venía con gente "lagartija". Indignado el sacerdote, a quien sus alegres compañeros de armas habían convidado con algunas copas de aguardiente, hizo abrir la puerta de la Iglesia y ordenó que la tropa se formase para adorar al Sacramento, mientras se cantaba el *Te deum laudamus;* y puñal en mano se acerdó al altar y forzó la cerradura, y se dio a gritar:

—"En Trujillo hasta el Santísimo es 'poncho' y hay que hacerle entender que las cosas están cambiando!".

Ni de este ni del otro sacrilegio doy fe de que haya sucedido. Oí en Trujillo estos relatos y como me los contaron se los cuento, con las reservas y las excusas del caso. Apenas aseguro que el Vicario Urdaneta dio con sus huesos en la Cárcel, por no conformarse con Venancio.

Me refería la abuela que hubo un tiempo en que la parte central de la Iglesia lucía las lápidas de las personas del viejo "señorío", cuyos restos habían sido trasladados al sagrado recinto. Llegó la onda del progreso y se creyó de mejor gusto uniformar el piso y sustituir lápidas fúnebres y la primitiva piedra labrada de las losas comunes, por pulidas baldosas de mármol. Algunas de las lápidas viejas fueron hacinadas en el interior de las capillas y otras echadas fuera, como cosa inútil. No se asuste usted de lo que voy a referirle. Una de esas lápidas, que era de metal, fue rodando hasta llegar en 1915 ó 16 a la herrería de Clodomiro Rodríguez, quien, lejos de fundirla, la mostró a don Ezequiel Urdaneta Maya, el cual, advertido de su precio, estudió con los doctores Inocente Quevedo y Amílcar Fonseca la inscripción latina que exhibía. Se trataba del bronce que había cubierto la sepultura donde se enterraron, a nivel del altar mayor, los despojos del Obispo Fray Alonso Briceño, muerto en Trujillo en 1668. Hoy dicha lápida se conserva en el Museo Arquidiocesano de Mérida. No recuerdo la inscripción que acompañaba al escudo, que estaba constituido por el águila explayada y las aspas de San Andrés, de las armas de los Briceños, cimadas por el capelo episcopal.

Fuera de los viejos fundadores, cuyas cenizas deben de estar sepultas en la Iglesia, las del Obispo Briceño son las de la figura más prestante allí enterrada. Murió este Prelado, como he dicho, el año de 1668, después de haber gobernado la Diócesis de Caracas y Venezuela desde la ciudad de Trujillo, sin jamás haber venido a la capital, donde estaba la Catedral. Algunos explicaron este hecho singular por la complacencia de ser Trujillo el solar de los Briceños de Venezuela y pertenecer Fray Alonso a la rama chilena del apellido. Para mí el caso deriva de otra circunstancia.

De su silla de Nicaragua fue trasladado el Obispo para sustituir al tremebundo Fray Mauro Tovar, quien además de haber reñido con el gobierno civil de Caracas, había establecido profunda discordia entre la Mitra y la orden de San Francisco, a que pertenecía el nuevo Obispo. Acaso impuesto en Maracaibo, donde desembarcó y tomó posesión del Obispado, de estas desfavorables vísperas,

prefirió quedarse de asiento en Trujillo, donde había convento de su religión y se disfrutaban clima, comodidades y riquezas de que no gozaban otras ciudades del interior. Desde allí gobernó, pues, su Diócesis el curioso Obispo, quien dividía el tiempo vaco entre el ejercicio de la caza y el cultivo de la filosofía escotista, en que fue eximio maestro. Fue el primer Prelado que estudió el proceso de la aparición de la Virgen de Coromoto y quien se adelantó a autorizar su culto. Después de su fallecimiento hubo ocurrencias en Trujillo que vale la pena de recordar.

Muerto intestado, la Iglesia de Caracas entraba en el goce de los espolios, pero antes de entregar la gruesa fortuna del Prelado, un sobrino suyo, el clérigo Fray Diego Briceño, y algunos vecinos de Trujillo, hicieron perdidiza gran parte de los bienes. Pero contra los hábiles aprovechadores, el Vicario Capitular tenía el arma irresistible de la excomunión, y un "domingo sombrío", tanto como el de Ladislao Javor, los feligreses dejaron espantados la Iglesia, después de oír las maldiciones siguientes:

—"Huérfanos se vean y sus mujeres viudas". "Amén", agregaba tembloroso el Sacristán.

—"El sol se les oscurezca de día y la luna de noche". "Amén".

—"Mendigando anden de puerta en puerta y no hallen quien bien les haga". "Amén".

—"Mueran las ánimas de dichos excomulgados y desciendan al infierno con los apóstatas y traidores". "Amén".

Claro que con tan pavorosos argumentos tenían que flaquear las más recias voluntades de los ocultadores, quienes, según un relato de Amílcar Fonseca, recurrieron a un ingenioso ardid para quedarse con algo de la buena plata del Obispo. Y fue decir al Procurador ido de Caracas que, ante el peligro de la llegada a Trujillo del enemigo francés que andaba quemando los pueblos del fondo del Lago, habían ofrecido una misa y una vela a Santa Ursula y a cada una de

sus once mil compañeras, a fin de que L'Olonais no llegase a Trujillo. Mas el diputado del cabildo caraqueño en esto de artimañas podía dar la cangreja a los pobres trujillanos, y después de haber estudiado el grave caso en la rica librería del Convento de San Antonio, concluyó en probar a los deudores de la promesa que apenas con diez y siete pesos de a ocho se cancelaba la sagrada deuda, pues lo de las once mil vírgenes que acompañaban a la famosa mártir era un simple error, derivado de llamarse Undecimilia una de las diez compañeras de Santa Ursula, y haber leído algún hagiógrafo optimisma *undecim mille* como número global de vírgenes. Conformados a la fuerza con razón de tanto peso, los de Trujillo no creyeron más en vírgenes y vieron con tristeza suma salir al clérigo con sus recuas bien cargadas de los bienes y alhajas del Obispo difunto.

Algo tengo que decir a usted del Obispo siguiente, Fray Antonio González de Acuña, dominico de Lima, muerto también en Trujillo y sepultado en la capilla del convento de las Reginas, la cual quedaba justamente en la esquina de la gran casa que es hoy de la honorable viuda de don Juan José Carrillo Guerra. Pues cuando don Sinforiano González, a fines del siglo pasado, reconstruyó la casa, dieron los peones con los restos del ilustre Obispo, cuya presencia marca era en la historia de la cultura venezolana, por haber fundado el Seminario de Caracas. Pero los peones nada sabían de Obispo ni de cultura, y después de haber juntado sus huesos o el polvo que pudo ser hallado, con los otros restos allí simados y una vez enviado todo al carnero del cementerio de la Otra Banda, fueron al Cura con el báculo, de donde se pudo saber que había sido exhumado el cuerpo de un Obispo.

Ya hemos hablado bastante de la Iglesia Matriz, podemos seguir camino para visitar la Iglesia de la Chiquinquirá, hoy parroquia, y antiguamente sólo Ermita del Hospital que ordenó construir el año de 1681 el Obispo González de Acuña, por haber sido arruinada la edificación que en sitio de Las Piedras, levantó con igual fin el Maestro Francisco Albarrán Saavedra. En siglos anteriores, hubiéramos tenido que detenernos en el santuario levantado en el

callejón de los Mendozas o del Tutilimundi, en honra del Crucificado, y del cual no queda vestigio ni memoria. Pero antes de alejarnos de la Matriz, echemos una mirada a su torre, que muchos creen de construcción colonial, pero que apenas fue edificada a fines del Siglo XIX. La pátina que luce la conquistó peleando como las viejas "iglesias-generalas" de la reconquista española, donde tanto se consagraba el cuerpo de Cristo, como se dirigía, desde su torre guarnecida, la lucha contra los moros. Sin embargo, hay una pequeña diferencia. Allá la matanza tenía un sofístico justificativo, por ser lucha entre cristianos e infieles; acá la contienda de septiembre de 1899 fue de fieles trujillanos, divididos por feudales apetencias. Y aunque usted no lo crea: en aquella guerrita yo perdí todo mi ajuar. Imagine que los sitiadores de Trujillo resolvieron meterse en mi casa como si fuera la de ellos. Durante el día, mis padres soportaron los huéspedes. Ya por la tarde, cuando ardía la torre, un generoso amigo vino a trasladarnos a lugar seguro, y ninguno con mayores privilegios que el honorabilísimo hogar del doctor Diego Bustillos, a quien la unanimidad trujillana rendía gratitud por los eminentes servicios prestados a la región, desde la primera gran epidemia de vómito negro. Durante la noche, la tropa se pilló lo que había en la modesta casa de mis padres y se llevó, como valioso botín, mis camisas y mis bragas. De modo, pues, que aún antes de tener uso de razón, ni siquiera el buen uso de las piernas, ya supe lo que son las guerras civiles y las venganzas a que se presta nuestra famosa política. En este caso debo decir a usted que a mi padre se cobraba una antigua querella que con mi abuelo mantenía el padre de uno de los sitiadores. Corridos los años y hecha la paz entre las familias, yo conocí en Caracas al sitiador de mi casa, y en uso de la cordial amistad que llegó a unirnos, recordábamos aquellos martes lejanos en que mis camisas perdí.

Largo va lo escrito con motivo de haberme referido a las festividades patronales, que todavía durante mi infancia preocupaban a la gente de Trujillo y ponían sello de entusiasmo en medio del discurso monótono de la vida de la ciudad pacífica. Y como de recuerdos festivos se trata, algo diré a usted, siempre interesada en nuestros valores folklóricos, acerca de la "Fiesta de los Locos", que en mi

pueblo se celebraba el día de la Candelaria. En algunos otros sitios del Estado "los locos" comenzaban a exhibirse desde los propios días navideños; de Trujillo sé decirle que hasta tomaron el nombre de "locos de la Candelaria", por ser su aparición el 2 de febrero, cuando la Iglesia Católica, en la festividad de la Purificación de Nuestra Señora, bendice las candelas de la buena muerte. Se me dice que en años lejanos tales disfraces bailaban en el propio altosano de la Iglesia; yo apenas los vi trenzar sus citas, como el *sebucán* del Centro y de Oriente de la República, en calles y despoblado. Supongo que estos "locos" sean una supervivencia degenerativa de la "Festum Fatuorum" (Fiesta de los Locos), que en la alta Edad Media formó parte de la liturgia pagana, adherida, como residuo de las fiestas gentiles, al rito de Navidad y de Epifanía. En aquélla el subdiácono, para indicar la alegría por la venida de Cristo, se cubría con la luciente mitra del Obispo, y en ciertos lugares se llegaba a designar un "Papam Fatuorum" (Papá de los Locos), reclutado entre los ministriles y los taberneros, para significar con ello que Cristo había venido a exaltar a los simples y a los desheredados. ¡Cuántos desearían hoy que este paso de locura llegara a tener arraigo en las formas modernas de gobernarse la llamada sociedad cristiana!

No sé si aún salgan por febrero estos sencillos disfraces en mi pueblo. Tal vez haya desaparecido dicha costumbre, a la cual se agregó desde 1914 la muy formal del Carnaval. En mis tiempos de niño, estaba éste reducido a un simple juego con cáscaras de huevo, contentivas de "Agua Florida" o de "Agua Kananga", y sólo había, como digo, los "locos de la Candelaria" y los disfraces infantiles del Día de Reyes. Apenas como recuerdo ya muy lejano, se nos hablaba del viejo Carnaval de fines del Siglo XIX, en los cuales el "tuerto" Víctor González, que gobernaba la ciudad, salía, acompañado de gendarmes, a pintar de negro de humo a las mismas señoras de copete. "Cuando el atrevido intentó acercárseme, me decía una de estas viejas, lo tomé de las barbas y me quedé con ellas".

Más tranquilos, sin embargo, que los de mi infancia debieron de ser estos buenos y lejanos tiempos del carnaval de hollín y de "agua

piche". Si en realidad perduraba durante mi niñez el aislamiento urbano, es de imaginar el insularismo familiar de mediados del siglo último. A pesar de ser en extremo reducido el perímetro de la ciudad, las personas habían crecido tan introvertidamente en su soledad individual, que cada casa era un mundo independiente. Jardín y huerto, con flores y variados árboles frutales, hacían del interior de las viejas casas de Trujillo sitio holgado, donde discurría, sin necesidad de echarse a la calle, la vida de la gente. Cada casa era un mundo cerrado en que se cuidaba el prestigio de una estirpe, y mientras más fuese la pobreza de la familia, mayor era la clausura del recinto. Duraba la altivez española que sabía encararse con el hambre. De una recia matrona que ocultaba su miseria en la soledad del hogar, se contaba el caso de haberle dejado caer en el jardín, un gavilán que pasaba, la suculenta presa de un pollo gordo. "Milagro del Señor!", exclamó la anciana y cerró aún más la puerta, para mejor defender, con la ayuda de Dios, su miseria y su hidalguía. (Un fenómeno curioso hace que la actitud introvertida del trujillano en su propia tierra se torne en extraversión, cuando mira a problemas cuyo centro de gravedad reside en otro sitio). En aquel tiempo se sabía a veces de la grave enfermedad de un vecino por el esquilón que anunciaba el inminente paso del Viático. Las propias familias se comunicaban apenas por medio de las noticias que les llevaban los criados. Me refería mi madre que en cierta ocasión advirtieron ella y mis tías gran movimiento en la casa que daba frente a la nuestra y que habitaban parientes de mi abuela. Pasó ésta la calle para informarse del grave suceso que había provocado apertura de puertas y ventanas y movimiento de criadas perfeccionando el aseo, y se la dijo, con gran sencillez y alegría, que esperaban al hermano Pedro, quien llevaba quince años de no venir a la ciudad. Y, sorpréndase usted, el hermano Pedro residía en el Páramo de Las Rosas, a cuatro horas de Trujillo.

Ciudad en extremo sedentaria, supe de señoras cuya sombra dejó de ser sentida durante muchos años por las piedras de las calles. A cuántas de ellas apenas las conoció el pueblo por verlas de tarde asomadas a la rejilla de la ventana o puestas al alto balcón. De allí la

vieja costumbre trujillana de la visita formal, con tiempo anunciada y religiosamente respondida. Caminar dos o tres cuadras era empresa que reclamaba cierto sentido heroico. Recuerdo que mi madre y mis tías, vecinas de la Calle Abajo, después de madurarlo muy bien, resolvieron juntarse para ir a la Calle Arriba, con el fin de conocer la Caja del Acueducto y de pagar cierta promesa al Cristo de la Salud. El día de aquel viaje, de apenas ocho cuadras, jamás lo olvidaré. Tenía entonces cosa de cinco años y era la primera vez que subía más allá de la esquina de "La Rochela", cerca de la cual se me decía, para más madrugarme a la curiosidad, que estaban el "corazón del diablo" y la "pata del toro de la otra vida". (Estos eran el bautizo de la fantasía popular para una concreción rojiza, en forma de corazón, incrustrada en una gran piedra basáltica, que se hallaba en la Quebrada de los Cedros, a la altura del Puente Machado; la otra, la huella pétrea de una enorme pata de dinosaurio, de la época terciaria, que se encontraba en el mismo sitio. Entiendo que ambas piedras fueron destruidas o tomadas para base de una construcción). Iba, pues, con la sensación de audacia que debe de animar a los marineros que se aventuran en aguas desconocidas. Vimos la caja de distribución y, doblando la esquina del "Padre Torres", pasamos a conocer el sitio donde se represaban las aguas, para ser llevadas a la caja de abajo. Uno de mis tíos, gran amigo de Castro, durante los tiempos en que éste y Gómez fueron oficiales de los Araujos, comentaba el grande beneficio que el "Cabito" había hecho a Trujillo, pues hasta entonces la única agua que corría por la ciudad era la escasa que llevaba la vieja acequia que el Obispo González de Acuña ordenó sacar de la Quebrada de los Cedros arriba, para conducirla al Monasterio de las dominicas, atravesando el interior de las casas que forman el ala norte de la ciudad. Creo que aún existe este primitivo acueducto.

Después de admirar la gran masa de agua que borbotaba en la recién inaugurada Caja, entramos en la modesta Ermita de La Chiquinquirá, donde se veneraba el llamado Cristo de la Salud. Dicha imagen estuvo primitivamente en la Capilla del Calvario, situada en el lugar donde hoy está la Plaza Briceño. Se decía que había resistido el fuego del pirata Grammont, el cual apenas le había

dejado humosas huellas. La ciudad la veneraba, no tanto por su valor histórico, cuanto por los numerosos milagros atribuidos a su intervención. Era en realidad un lujo de talla, que hacía recordar a los imagineros españoles del Siglo XVI. La expresión agónica del rostro me infundió siempre, aún cuando estuve hombre, un profundo respeto y una ingenua piedad. Tenía aquel Cristo lo que Miguel de Santiago hubo de buscar en el propio gesto de muerte del modelo lanceado por sus manos de artista. Quizá era aquélla, más que el primoroso San Francisco que hoy se guarda en la Iglesia Matriz, la joya más preciada que Trujillo conservaba de sus tesoros coloniales. Sin embargo, un curita semiloco resolvió, por 1920, entregar la imagen a un pintor de brocha gorda, a quien le pareció mejor sustituir la pátina del fuego por brillante sapolín marfil. No sé si todavía haga milagros el sufrido Crucificado, continuamente expuesto a que se le desfigure, de acuerdo con las malas ideas de muchos clérigos.

Larga va esta carta, noble amiga mía. La comencé con un propósito y mire que me he enredado en un cuento que a pocos interesa. Sin pensarlo, me metí a referirle recuerdos de mi infancia y noticias de la vida histórica de Trujillo. Ojalá no se haya usted aburrido lo suficiente en la lectura de estas cordiales intimidades, en que usted sabrá ver un reflejo del afecto que me vincula con mi ciudad nativa. Usted rió, a sorpresa o a malicia, cuando yo dije que había nacido en "la tierra de María Santísima". Y para probarle que esta expresión no corresponde a un necio chovinismo, sino a un legítimo e ingenuo cariño hacia la región donde tomó mi vida su primer nutrimento, dí sueltas a mi tosca pluma y aquí me tiene dispuesto a ponerle punto a esta misiva, no tan final como usted deseara, pues habré de fastidiarla con nuevos recuerdos. Con mejor tinta y con pluma de mejores puntos, habría podido darme a la reconstrucción cabal de Trujillo, que en 1920 me insinuó Julio Sardi. Visitó en aquel año a mi ciudad natal este grande escritor, tan poco advertido por el mundo venezolano, y al regresar a Mérida, donde yo concluía estudios de Derecho, me ponderó la impresión que le había ocasionado mi pueblo. "Salve usted algún día para la literatura el sabor del viejo Trujillo". Sería tema para poetas de fácil comercio con las musas,

que yo me he creído pobre de recursos para expresar ese maravilloso mundo de nostalgia que vive en los labrados ventanales, en los toscos nichos, en la recia sillería y en los portones de pulida piedra, que dan vetusto aspecto a mi ciudad, más aún para ser voz de las voces opacas y humildes, que en los rincones de las claras, viejas y soledosas casas, perfumadas de albahaca y de tomillo, hablan por labios de primorosas ancianas que, a nuestras atropelladas preguntas, responden, entre sonreídas y resignadas: "¡Andá, qué se le va a hacer! Aquel de entonces sí era Trujillo de veras. La culpa la tiene el tiempo, que todo lo cambia, hasta el modo de la voz". Sin embargo, el tiempo ha variado muy poco el alma hermética de la apacible ciudad, que se esconde, para sobrevivir, en el espíritu de estas dulces, amables y asombradas viejecitas.

¡Cómo siento que la pintura del curita loco me haya borrado la ingenua fe en el milagroso Cristo de la Salud! El me habría podido ayudar a salir bien de este trance de epistolero.

CARTA SEGUNDA

Mi noble y generosa amiga:

No debe de haber concluido usted la lectura de mi carta anterior sobre cosas de Trujillo, y ya estoy en la tarea de proseguir la singular conversación, por medio de la cual condeno a usted a imponerse de circunstancias secundarias de la vida de mi pueblo y a conocer pormenores de una infancia como la mía, desprovista de toda manera de destellos. Pero comprendo que usted sabe medir el valor de estos sentimientos evocadores y sabe apreciar, además, que con expresarlos, rindo un debido homenaje a la tierra nutricia donde empieza para cada ciudadano el área generosa y ancha de la Patria. No intento evocar aquí ningún valor divisionista. Cuando pienso en mi tierra natal y me doy a exaltar sus elementos histórico-geográficos, por nada me separo de la idea de que allí reside, para mi concepción personal, la primera piedra del edificio de la gran Patria venezolana. ¿No juzga usted que si los venezolanos de cada pueblo se dan a pulir y a engrandecer, para una futura labor de conjunto, el valor del respectivo bloque sillar con que se saben constructores de la nación, ésta resultará de mayores proporciones y de más claro lucimiento? Quedarse, en cambio, cada quien en el reducto estrecho y egoísta de lo regional o convertir a sus signos el valor de lo nacional, es como servir a la obra de desintegración de la nacionalidad. Yo sé decirle que me siento profundamente venezolano por saberme trujillano en la integridad creadora de la atribución.

Por responder a una pregunta que usted no llegó a formular, me he metido en el recuerdo grato y vagaroso de mi lejana infancia. Sobre el papel he venido recorriendo de nuevo el inmenso periplo de mis primeras aventuras trujillanas, cuyo radio crecía para mí en razón del apuntado sedentarismo de la gente de Trujillo. Como antes dije, las distancias y el tiempo aumentaban en razón del aislamiento y de la poca movilidad con que se desarrollaba la vida trujillana. Oí decir a gente de edad que las personas viejas de su tiempo terminaban por recluirse baldadas en las camas, donde las viejecitas concluían su existencia hilando pacientemente el copo de algodón. (Acaso usted no sepa que la costumbre de tejer y de hilar la heredaron nuestras mujeres de las propias indias cuicas, expertas en la confección de mantas. El algodón de Trujillo alimentó fundamentalmente los telares que estableció Pérez de Tolosa en El Tocuyo y a tal punto llegó la industria del tejido en mi provincia, que José Luis de Cisneros dice que "las Lanas labran con destreza, haciendo diferentes tejidos, y en especial unas Alfombras de gran primor, y permanencia. Las Monjas trabajan diferentes tejidos de Pita, que se estiman mucho").

Cuando andaba por los cinco años, mis padres habitaban de alquiler una de las casas, la más modesta, de las cuatro en que se dividió el convento de las Reginas. Sentado a la ventana que daba a la calle, yo veía con curiosidad los luminosos girasoles que llenaban la descuidada Plaza Bolívar. Quizá entonces empezaba la gran siembra de árboles mayores, que a los escolares de la Escuela "Castro", esquinera con la Plaza, nos ofrecieron regalo de mangos, mamones, naranjas y cerezas, entre la fronda amable de los cambomboros y de las guaduas. (La historia de aquella aventura botánica, de que fue cabeza el progresista don Juancho Briceño, la he escuchado de labios del gran trujillano Manuel Briceño Ravello, auténtica honra de mi tierra). Si desde mi ventana infantil echaba hacia el Este la mirada, tropezaba con los cerros de Vichú, La Caldera, Tierra Morada, La Peña del Loro y Timirisis, cuyas masas arbóreas me hacían concebir una idea confusa de soledad y de lejanía. Imaginaba que en aquella lontananza podría cumplirse el amargo deseo

contenido en la canción que permanentemente escuchaba a la cocinera de la casa:

Me voy de esta tierra, distante,
A buscar mi perdido sosiego,
Donde nadie sepa que muero
Y donde nadie llore por mí.

Nazaria, la hacendosa cocinera, junto con Nonó, la buena y diligente cuidadora de mis primeros años, viven inmersas en la brumosa memoria de aquella casa inolvidable, donde aún quedaban vestigios de la época conventual. Al fondo, sin que fuera para nada utilizado, abría su gran boca llena de sombras, el horno donde las monjas cocían el famoso "Pan de Tunja", que fue regalo en la mesa de los ricos. Y como para dar un tinte de vida al muerto recuerdo del convento, todos los meses venía a recibir de mi padre, agente de pagos del Gobierno, su modesta pensión de exclaustrada, la anciana monja Sor Florentina Castellanos, que con los ojos arrasados de lágrimas, refería la plácida vida de oración que llevó entre aquellos muros.

Pero con el de Nonó y el de Nazaria perdura el recuerdo familiar y simbólico de la vieja cocina de topias, cuyo fuego, así existieran ya los fósforos, era a veces tomado del primitivo pedernal, que aún por entonces sabían manejar las cocineras de Trujillo. En torno al fuego sagrado se constituyeron originariamente las familias y las ciudades. El hogar era el sitio donde vivían los dioses protectores de la familia. Lares y penates tomaban fuerza del propio alimento con que se mantenía la llama benévola. En nuestro viejo hogar el fuego era permanente, como en la liturgia misteriosa de griegos y romanos. Apenas se le apagaba el Viernes Santo, para sacarlo de nuevo, entre alegres repiques, el Sábado de Gloria. (De mi abuelo agonizante se recuerda haber ordenado a los hijos echar agua a las brasas del fogón, por que no hubiese la comilona acostumbrada en los velorios). Nazaria en la noche cubría de buena ceniza las brasas ardientes, para que amaneciera rescoldo con que levantar fácilmente el fuego mañanero. *Flammas ejus lucifer matutinus inveniat,*

como en la liturgia pascual. (Hállelo encendido el lucero de la mañana). Era la mejor, la leña de jumangue. Su dulce resina daba, al cocerla sobre brasas, mejor gusto a las carnes. La de chofó no dejaba brasas, sino pura ceniza. La de say era fuerte para el fuego.

Este tema de la cocina y de las topias parece tonto e intrascendente recordarlo, pero la memoria de los viejos cimientos, donde se cocinaba con leña o con carbón, está vinculado a una Venezuela que se fue. La Venezuela agrícola y sencilla que, en medio de la pobreza, fue dueña de su libertad y de su auto-determinación internacional. En aquellas épocas, Fermín Toro, egregio Canciller de la República, podía decir al más pintado de los agentes diplomáticos extranjeros, que el Gobierno venezolano no estaba dispuesto a tolerar intervención de parte de ninguna Potencia, como lo dijo, de severo modo, a los representantes de Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Brasil, España y los Países Bajos. Hoy se ha bajado un poco el tono de las voces y el fuego arde sin rito. Se lo hace con pasar el encendedor de la corriente eléctrica o al abrir la llave del gas *shell*. Hay también cocinillas de querosene y de gasolina, que con frecuencia provocan incendios en los hogares pobres. La antigua cultura que arrancaba del iluminado Prometeo, ha sido sustituida por una cultura enraizada en el petróleo. Una cultura sin espíritu, con que se ha roto la antiquísima tradición del fuego sagrado, que sirvió de origen a muchas religiones. La llama de la vieja hoguera fue vista por los ojos absortos del hombre primitivo como la propia forma de un dios poderoso. Nuestros indios guaiqueríes tuvieron a su vez la visión del petróleo como la de estiércol del diablo. *Stercus demoni* dice Fernández de Oviedo en su *Historia de las Indias*. Exactamente, un valor adivinatorio que nos vino, sin haberlo sabido aprovechar, del submundo aborigen. Por eso, toda su política entreguista emana un mal olor social.

Para mí nada quedaba tan lejos como el mundo vegetal que se presentaba a mis ojos por corona de las serranías. Enclaustrado dentro del muro de colinas y de sierras que rodean el vallecito de Mucas, mis ojos, más que mis propios sentimientos, reclamaban amplitud de horizontes. Alguna vez había ido en unión de mi padre

y de mis hermanos hasta el cerrito de Musabá, donde estaba clavada una de las cuatro grandes cruces que, desde la entrada del Siglo XX, protegían a la población, y desde allí el horizonte se me había dilatado un poco más. Aquella modesta eminencia me había ofrecido la visión placentera del río Castán y de las vegas de las Araujas.

Viajar, no ya sobre las nubes tornadizas, que mi madre me había enseñado a interpretar, cuando en las tardes íbamos al anchuroso huerto de la casa, para arrancar de las subidas bardas las encendidas orquídeas, que aún duraban como recuerdo de las monjas. Allí nos quedábamos sentados sobre las grandes piedras del solar, mi madre y yo; entregados, ella a referirme historias cargadas de morales intenciones, yo a divertirme con el lindo turpial que, amoroso, seguía la gran cauda de su blanca bata almidonada. Viajar a través de caminos nuevos era mi infantil anhelo. Apenas conocía, fuera de las largas y empinadas calles de Trujillo, la vía de la Otra Banda y de la Mesa de Triana, transitada cuando iba a *El Vergel* y a la casa vieja que tenía la abuela en *El Pazguate*. Fueron aquí mis primeras aventuras bucólicas, cuando me daba a correr entre los cafetales de nívea flor y bajo los bucares de ensangrentadas copas, o mientras descansaba al pie de los altos guamos y de los estirados zapotales, para mejor escuchar el dulce canto de gonzalicos y arrendajos. Me divertía también desgranando las hermosas mazorcas arrancadas del lánguido cacaotal. Aquello me parecía un mundo nuevo y distante del mundo cuotidiano de Trujillo, así la hacienda quedase a la mera orilla del poblado. Usted, que conoce el Trujillo moderno, acaso piense que mi exaltada fantasía me lleva a fabular mazorcas de cacao donde jamás las hubo, pero aún las había en aquellos buenos tiempos, como supervivencia de una agricultura que fue totalmente desalojada por el café, cuando este grano adquirió fantásticos precios a fines del pasado siglo. ¡Malaya aquella edad agrícola, de suficiencia y dignidad!.

El gran viaje por tierra fue luego y para bien cerca. Yo, en cambio, multiplicaba a mi manera la distancia y pensaba que el sitio estaba más lejano. Ya andaba por los ocho años y mis padres resolvieron

trasladar por salud la familia al vecino pueblo de San Jacinto. Era viaje casi formal, que me quitó el sueño hasta el día de la partida. Claro que yo había hecho ya el recorrido de la vía, pero iba a hacerla ahora con el propósito de ser habitante de otro pueblo. Me alejaba transitoriamente de "El Matacho", donde estaba firmemente arraigado el hogar, y al regreso, tendría alguna novedad que referir a los amigos. Seguro estoy de haber ido donde los primos y donde Diego, donde Francisco, donde Rafaelito, donde Mimío y donde Alirio para despedirme de ellos formalmente.

Viajar muy lejos en verdad sí lo había hecho. Era ya buen amigo, como a usted cuento, de las nubes, y, además, en las claras, tranquilas y frescas noches de Trujillo mi padre me había enseñado a viajar por las estrellas. Era él, como el viejo tío Juan Pablo Bustillos, muy dado al estudio del firmamento, y tenía buenos atlas y gruesos textos que leía con pasión y con afecto singulares. Cuando los doctores Alfredo Jahn y Santiago Aguerrevere visitaron mi pueblo con la Comisión del Mapa, él iba todas las noches a su tertulia y gozaba la visión del cielo a través del pequeño telescopio que aquéllos llevaban. De noche, mi padre me explicaba las constelaciones y me enseñaba la diferencia entre las estrellas parpadeantes y los dormidos luceros. Aprendí a distinguir muchas constelaciones por su nombre y fácil me era diferenciar a *Casiopea* de las dos *Osas*, y a precisar el rojizo cintilar de *Aldebarán* entre el conjunto del *Toro*. Mi padre sentía placer en preguntarme el nombre de los astros y las variantes de la *Vía Láctea*, delante de las personas mayores. Tal era su gusto y el que en mí había hecho nacer por la indagación del firmamento, que en los exámenes de 1908, últimos que rendí en su presencia, me obsequió la "Astronomía Popular", de Camilo Flammarión, cuyo segundo epígrafe, puesto por el traductor español, lo copié para encabezar el primer artículo periodístico que publiqué en 1911: "El mundo marcha, quien se detenga será aplastado y el mundo continuará marchando". Es de Balmes, filósofo cristiano, que conocía el imperio del progreso.

Vuelvo a la tierra, para tomar en firme el camino de San Jacinto. Diré a usted que si la visión panorámica del Trujillo interior es

bastante pobre, en cambio las vegas que bordean el río Castán y los suaves declives del Vichú y de La Caldera, tienen un encanto singular. Así el río se ponga loco de vez en cuando y destruya cercas y sembrados, por lo regular es de escasas y mansas aguas. Modesto es este río familiar, como lo es la ciudad y lo son sus moradores. Su música es para ser oída de cerca, como la buena música de cámara. Nada de grandes sinfonías, salvo en las desacostumbradas y terribles crecidas. Nada de borbotar airado. Es río agrícola, cuya función fundamental la constituye el riego de las vegas circundantes. (Antes de haber acueducto en la ciudad, fueron también sus pozas manera de balneario de los trujillanos). Cuando se camina hacia San Jacinto, uno lleva la contraria del río, que corre hacia el Norte, en busca del Mocoy, primero; del Jiménez, más abajo; para echar sus aguas sobre el Motatán, el río señor de la Provincia. (En 1578, los abuelos que describieron su curso en el informe sobre la ciudad, erraron el rumbo y dijeron que corría al Sur). Antes de llegar a San Jacinto se cruza el Castán, ahora sobre buen puente, en mi tiempo de niño sobre rústicas varas.

San Jacinto fue antiguo pueblo de doctrina de los indios bujayes, que ya por 1633 tenía abiertos libros bautismales. Está fundado en plena falda de la montaña que se empina para ganar las altas cumbres de Bujay y de La Cristalina. A fines del Siglo XIX se construyeron muy buenas y anchas casas de tejas, donde las familias de Trujillo solían ir a cambiar de temperamento. Originalmente estuvo rodeado de sementeras de trigo y de frutos menores. "Mucho y muy buen trigo, de que se hace el mejor pan que yo he visto en estas Indias", escribió Fray Pedro Simón en sus *Noticias Historiales*. Cuando yo lo conocí, sus sembradíos estaban destinados a caña de azúcar, café, tabaco y frutos para recado de olla.

Jamás olvidaré la impresión que me causaron los extensos cañamelares florecidos que se abrían a la salida del pueblo, por el camino del Río Arriba. Me pareció que sobre la verde masa de las cañas hubiera descendido un cúmulo de gris neblina, suavemente movida al compás de débil brisa. A la otra banda de las cañas y como incrustradas en la propia falda de los cerros, recuerdo dos

modestas casas, que jamás se han desdibujado de mi memoria: la una, en simples palancas, de un dormitorio interior apenas; en el suelo, las desnudas topias donde ardía el crepitante fuego que alimentaba la parva marmita; fuera de la horconeadura, el gran horno humeante, donde Ña Nicolasita Peña cocía las fragantes acemitas y las sabrosas roscas de su escasa industria. Sola vivía la vieja, porque la muchacha que la acompañaba se había ido para Trujillo a vivir con un policía. No le quedaba por compañía sino el viejo perro *Fierabrás*. Cuando con el hermano, yo salía de camino, dados febrilmente a la aventura de descubrir árboles nuevos o nuevos recodos en el río, nos acercábamos a la pintoresca casa de la viejecita, quien, mientras le comprábamos sendas acemitas de a cobre, nos refería cuentos de brujas y de espantos, que en la noche nos tenían largo rato sin conciliar el sueño. Más vecina del pueblo quedaba la casa de Emiliano el Patón. Era de palmas y bahareque encalado, y toda ella estaba cubierta de un hermoso enredo de parcha granadina, que le daba gratísimo aspecto con sus campánulas violáceas. Para mí fue algo de extraordinario interés descubrir la casa de Emiliano, triste mendigo que arrastraba unos enormes pies, deformados por la elefantiasis arábiga, y a quien, miércoles y sábado, yo veía en Trujillo recogiendo su habitual limosna.

Llegóme a ser San Jacinto una revelación de dolor, de misterio y de rústica y saludable simpleza. Cuando de hombre leí pinturas de antiguos cuadros medievales, evoqué el reducido paisaje del modesto y grato burgo trujillano, donde había tropezado con singulares figuras humanas, jamás borradas de mi memoria. Quizá entre ellas sea principal la de Ño Ricardo Carrillo. Vivía este viejo en el sombrío campanario de la primitiva iglesia del pueblo, cuyas ruinas aún se mantenían al lado de la nueva iglesia de tapias y tejas, comenzada a fines del Siglo XVIII. Fue aquélla de techumbre de maporas, cubierta de palmas, y de un solo cañón, y tenía tres altares: el mayor, el del Santísimo y el del santo titular. "En paraje inmediato a esta Iglesia, —escribía el Obispo Martí el año de 1777—, y de muy buenas proporciones, está comenzada una nueva fábrica, la cual al tiempo de la Visita tenía ya hechos todos los Cimientos, y levantadas las Paredes hasta una Vara con bastante fortaleza".

Alguien me llevó hasta el viejo, y ya me quedé por su diario contertulio durante la permanencia en el poblado. Brujo o santo, así apareció ante mi absorta mirada infantil el anciano misterioso, que había hecho de aquellas ruinas su casa y su mundo. Blanca y luenga barba bajábale hasta mitad del pecho y sobre los hombros le caía undosa y nívea cabellera. Su oficio era tejer esteras de plátano y espuertas de bejuco, cuando no pasaba las interminables, por repetidas, cuentas de un gran rosario de madera. Dormía sobre duro jergón, frente a severo Crucifijo, a cuyos pies ardían permanentemente dos candelas. En tosco nicho, al lado del jergón, vigilaba, con sus ojos vacíos, una tétrica calavera. De vez en cuando el silencio de la torre era quebrantado por el vuelo de pesados murciélagos. A esta distancia de tiempo, yo no puedo reconstruir casi nada del diálogo sostenido de niño con el curioso anciano, menos aún recordar el motivo que lo llevó a buscar refugio digno de un poeta maldito. Como el personaje de Corbiére,

El viento de su torre
le hizo olvidar la prisa con que el olvido corre.

Contradictoria emoción de miedo y de curiosidad, como la de Leonardo da Vinci ante la gruta misteriosa, me producía el anciano. Pero su bondad y su hondo sentido religioso, terminaron por dominarme. Recuerdo que le acompañaba a rezar y que en cierta ocasión me dijo: "En las iglesias caídas, a donde ya nadie viene a orar, está Dios entero".

Distinta de la cariñosa sensación que terminaba por provocar Ño Ricardo, era la que muy cerca incitaba la repugnante visión de un hombre leproso, que más que ser vivo parecía un muerto mal enterrado. Se sobrevivía a sí mismo este infeliz, en abierta casa inconclusa, de techumbre de tejas, sobre recios pilares de madera. Nos estaba prohibido a los muchachos transitar por la calle donde quedaba esta manera de degredo para el solitario, pero la curiosidad, y cierto sentido de compasión, me llevaban a infringir la orden paterna. De lo sobrado de la casa yo tomaba una ración que compartía con Ño Ricardo y con esta doliente figura de apestado.

Claro que nunca me aventuré a dirigirle la palabra. Se me decía que el aliento del leproso era como miasma que cargaba la infección. (Hasta los doctores creían entonces en miasmas). Me limitaba, pues, a poner el mendrugo sobre el cimiento que separaba, en lugar de paredes, la casa de la calle, ya que el lugar tenía más aspecto de jaula para guardar un animal raro, que de habitáculo de un ser humano. "Dios se lo pague", murmuraba el enfermo y yo apretaba el paso para no fijar mucho la vista en su leonino rostro.

San Jacinto era, como usted ve, un pequeño y lindo pueblo, enterrado en la fresca quietud de la montaña, donde pululaban curiosos tipos humanos, la mayoría de ellos ataviados del repugnante bocio, hoy, con la higiene de las aguas, totalmente desaparecido. Con los de San Jacinto y de Trujillo, podría hacerse una extraña galería de personajes para una *corte de milagros*. Algo curioso en el área de la patología social y del tema pictórico. Una procesión de personajes encabezada por Mano Merejo, Villarreal, Juan Chimbangle, Jipijipi, Ramón el Poncho, Lucía Inquieta, La Tonta Espíritu, Manuel el Muerto, Cojelacalle, La Tuchica, La Siete Frentes, La Tres Plátanos, Rafaela Sáez, Manofey, Juanota, La Lagartija y Bojote de Ceniza, sería para dar trabajo a los Marañones.

De San Jacinto no quiero dejar en el olvido la memoria misteriosa de Ño Juan Suárez, adusto encargado de la pequeña hacienda de un pariente nuestro. El viejo era tal vez misántropo y para evitar la frecuencia de las visitas, que solían regresar bien provistas de los dorados mangos y de las almibaradas naranjas, había cebado una enorme tragavenados, que, junto con un perro bravo, eran sus únicos acompañantes. A la vera de la hacienda de Ño Juan se pasaba con el temor de tropezar con la famosa serpiente o de que saliese a perseguir al transeúnte el robusto can. En la calle misma, el viejo ponía en polvorosa a los muchachos, pues se decía que en los bolsillos del liquiliqui siempre llevaba una o dos serpientes.

A la entrada del pueblo y en la estrecha vega del camino de Borón, quedaban los tupidos y espejeantes tabacales, de azulosas flores, que eran cultivados, los primeros, por don Pedro Mancera; los segundos,

por don Acisclo Briceño. En aquel tiempo en San Jacinto se torcían aromosos puros y se engargolaba cigarrillo de muy buena calidad. Algún aprecio se haría en Caracas del tabaco de Trujillo, pues era regalo que se enviaba a los caraqueños una caja de nuestros buenos cigarros. En grandes frascos de vidrio y en cajetillas hechas con papel florete, se expendían al menudeo o por cantidades fijas, los cigarrillos sanjacinteros, con notorio perjuicio de los "Fama de Cuba", que se llevaban de la capital. Nunca más he vuelto a ver un tipo de cigarrillo llamado "Niño envuelto" que se fabricaba en San Jacinto. Era un cigarrillo corriente que se envolvía en hoja de tabaco.

San Jacinto, para el muchacho de Trujillo, era el puente entre el campo y la ciudad. La Plazuela, en el camino opuesto, era el puente entre el pueblo monótono y la agitación que se abría camino en pos del ferrocarril y de la vela lacustre. Mientras en este último burgo se veía el movimiento de las recuas que llevaban a Motatán, con destino a Maracaibo y Europa, el café de Trujillo y de Boconó, y que traían los fardos de telas, los huacales de loza y las cajas de vinos y enlatados, en San Jacinto se percibía el silencio de la paz agrícola. Allí confluían la vida fresca y sencilla que buscaba expresión ciudadana y la vida, acuciada de urgencias, que solicitaba hundirse, como las propias raíces de los árboles, en la tierra nutricia. La cultura se tornaba fecundamente vegetal al ponerse en contacto con el aire de la montaña y con la palabra tosca y asombrada del hombre de la selva. Así como camino de La Plazuela se abre el ala de la paganía que, con Mercurio, busca las novedades del progreso y de la alegría, Trujillo extiende el ala de la piedad y del recogimiento hacia el pueblo que mejor lo enlaza con los perdurables signos de la naturaleza. También en aquellos buenos tiempos de mi infancia, era el pueblo preferido para "correr" los Santos. Debe existir costumbre semejante en otros pueblos de Venezuela. En Trujillo consistía en salirse de la ciudad en los días de San Juan, de San Pedro y de Santa Rosa. San Jacinto era el lugar preferido para esta clase de "huidas", en que las familias se juntaban para ganar el campo y alegrar el tiempo entre canciones y danzas, después de un suculento almuerzo rústico, rociado de "amorcito" y de "sangría".

El primero, mistela a base de esencia de rosas; la otra, vino tinto, con azúcar, limón y agua.

He dicho a usted cosas amables e intrascendentes de San Jacinto. Le diré ahora algo muy serio. Allí me tropecé de quien a quien con la injusticia. Y va también de cuento: Al llegar un lunes a la escuelita donde seguía el aprendizaje de las primeras letras, el maestro, iracundo, me apostrofó y me injurió, haciéndome responsable de un feo irrespeto, del cual no tenía la menor noticia de que hubiera sido cometido. Se me condenó, sin oírseme, a estar una hora de rodillas a la puerta de la escuela, con una piedra en cada mano. Confuso obedecí, pero luego mi temperamento reaccionó violentamente y arrojando sobre el maestro ambas piedras, corrí a mi casa, que quedaba al lado de la escuela. Referí a mi madre lo sucedido y ella, iluminada de ese claro sentido adivinatorio que caracteriza a las madres, comprendió mi inocencia y midió la injusticia del caso, y cuando el maestro vino a reclamar por mi conducta, ella le respondió severa: "El niño no volverá a la escuela. Usted, en lugar de educarlo, le perjudica sus sentimientos". Para que yo no perdiera el tiempo de estudio, esa misma noche resolvieron mis padres el regreso a Trujillo.

Con el de San Jacinto se junta en mi memoria el luminoso y amable recuerdo de "La Edad de Oro", de Martí, llegada entonces a mis manos de niño en la reedición italiana de Gonzalo de Quesada. Si tenía vocación para soñar, en las páginas amorosas del poeta-libertador mis sueños lograron empinadas escaleras para subirse a las nubes de la fantasía y anchas puertas para entrar en contacto con los grandes valores de la cultura. Homero y Beethoven aparecieron ante mis ojos como nuevos dioses. Llegado a la madurez, he leído y releído aquellas páginas admirables y he venido a la conclusión de que Martí me hizo mucho mal con su desparramada bondad. Me empujó a esperar "una vida de mucha dicha y claridad, donde no haya odio ni ruido, ni noche ni día, sino un gusto de vivir, queriéndose todos como hermanos". Si en mis manos hubiera caído entonces una glosa de Hobbes, que me interpretase a tiempo la simbólica presencia de los perros feroces de

la autoridad, frente a la puerta modesta de mi escuela, habría sufrido menos en mi comercio con el prójimo.

De regreso a la capital, nos detuvimos, como deber de familia, en la quinta "El Molino", de que era propietario mi noble y generoso tío Juan José Márquez, cuya memoria aún se celebra como la de uno de los hombres de mayor caridad que hayan favorecido a la comunidad trujillana.

Para moler el trigo que se cultivaba en cercanías de la ciudad, don Luis Parilli, industrioso y progresista hijo de Italia, que dejó prestigiosa descendencia en la ciudad, trajo de Europa el primer tren mecánico de beneficiar harina que hubo en Trujillo, por si no en toda la Cordillera. Don Luis, en éste y otros audaces negocios, tuvo gruesas pérdidas, y molino y finca dieron con nuevo dueño. Junto con la molienda harinera, funcionaban ahora un gran tren de destilación de caña, un horno de panadería y un ordeño de leche. Los paños de tierra que circundaban la casa de habitación, fueron sembrados de variada suerte de flores y hortaliza, a punto de que la finca se hizo digna del nombre de "Miraflores", con que la rebautizaron los nuevos propietarios. Hoy, de todo aquello no queda ni el recuerdo de la acequia que surtía el agua para mover la turbina del molino. Rodrigo Caro tendría, en cambio, largo tema para tristes cantos. Pero si en aquellos lejanos tiempos don Adolfo Ernst hubiera visitado a Trujillo, hubiera hallado material para rato en la visita de los jardines, donde mil variadas rosas, crisantemos, dalias, fucsias, geranios, nardos y jazmines mantenían el aire lleno de aromas más deliciosas que las gustadas por Salomón en el jardín cerrado de la Sulamita.

Y si ¿a dónde voy con mi historia? me pregunto yo mismo, ¿qué no se preguntará usted, mi noble amiga? Pero mi historia no es historia ni siquiera tentación de crónica. Apenas estoy repasando recuerdos sin orden ni importancia, que hoy han saltado a la pluma hasta embadurnar el papel, y con cuya evocación frecuente pongo luces de mañana en las sombras de mi vida. A otra persona que no fuera usted, tal vez no escribiría estas cosas, para las cuales, sin embargo,

hallo disculpa en que no son de tanta intimidad ni tan personales como las querellas de que los poetas enamorados nos hacen partícipes en sus madrigales y baladas. Cierto, por otra parte estoy, de que algún romántico trujillano habrá de agradecerme estos recuerdos y también el que lo prefiera en la exaltación de preteridos valores de la tierra, que interesan a él tanto como a mí.

Comencé por justificar la frase con que quise expresar el profundo afecto que me anima hacia mi región nativa, y tiéneme usted en el relato de pequeñeces de mi infancia y en la evocación de viejos hechos ocurridos en Trujillo. Lo autobiográfico se me ha unido a lo narrativo del pueblo, sin que aparezca de mi parte heroicidad alguna, fuera de haber devuelto al maestro de San Jacinto las piedras con que quiso humillarme. Este hecho me comprometía a otros actos de resistencia, que lamentablemente no he llevado a cabo. La vida me puso en el mismo plano de conformidad y de resignación cívica que ha borrado un poco la imagen al "bravo pueblo" venezolano.

Y como quiero dejar estas notas en las lindes de la infancia, déjeme decir a usted cuándo tuvo ésta término en mi espíritu.

Iba ya para los nueve años y al salir una mañana con mi padre al portón de nuestra casa de "El Matacho", se acercó un vecino para comunicar que alguna desgracia estaba ocurriendo en la casa de uno de los tíos. Mi padre tomó el sombrero y caminó a informarse. Yo fui tras de él. La casa estaba llena de gente extraña y desde fuera se oían gritos y lamentos. Yo penetré asustado y confuso. En una cama, colocada al entrar del primer aposento, estaba muerto el tío. Un síncope cardíaco lo acabó en segundos. Yo sabía que la gente se moría y había llorado cuando vi pasar, precedidos por la banda que tocaba música fúnebre, los féretros del Padre Altuve y de don Máximo Briceño. Pero ahora estaba frente al cadáver de una persona que yo quería y con quien había hablado la noche anterior. Estaba, pues, frente a la desnuda realidad de la muerte. Si hubiera tenido menos pavor, yo habría podido ese día tocar con mis manos el cuerpo de un difunto. Antes de que corriese un año de este suceso,

estuve al lado del cadáver sangrante del primo, asesinado precisamente a ojos de la madre, de quien era el único sostén. No sé si me espantaron más la sangre derramada o los lastimeros acentos de la tía. Pasados pocos meses, un domingo de diciembre, en plena alegría navideña, vi muerto al otro tío. Aquello me hacía comprender que la muerte se viene sola, sin que se la llame ni se la esté esperando. Ya había, pues, en la familia dos casas tristes, donde dos viudas lloraban y rezaban sin cesar, y otra más, donde una madre herida rumiaba en absoluta soledad, junto con el dolor por la pérdida del hijo, el odio sin merma contra el inhumano matador. Pasó otro año, llegaron nuevamente los alegres días pascuales, y en la mañana de Navidad la madre nos puso a los niños corbatas negras para esperar al padre, que regresaba de Valera, donde había ocurrido la muerte del abuelo. Pero con la muerte del recio y bondadoso viejo, coincidió un cambio de vida, y mi padre pudo ver cumplidos sus deseos de radicarse en ciudad donde hubiera mayores facilidades para la educación de los niños. Pronto estuvimos instalados en Maracaibo. No había llegado aún a los doce años y una tarde espantosa, mientras estaba arrodillado a la cabecera de su lecho de enfermo, yo vi morir a mi padre. Lo vi muerto, y sentí que algo más se me había muerto con él. De esa hora en adelante fui un niño triste, a quien faltaba el sabio guía que me enseñó a viajar por el mundo lejano de las estrellas. También éstas se me habían apagado, junto con la fe y con la alegría. Meses después regresaba a mi tierra nativa. Iba vestido de negro y vivía en un hogar donde, lejos de escucharse la risa, tenían cabal retablo todos los duelos.

Con acabarse mi infancia, acabaré para usted el pesado recuento de mis impresiones de niño. Además, no podría continuar la escritura, porque estoy llorando.

CARTA TERCERA

Mi noble y generosa amiga:

No imagina cómo estoy de reconocido con usted por sus gratas letras. Ellas han venido a descargarme de un escrúpulo que mantenía en relación con el contenido de mis cartas anteriores. Su respuesta casi me anima para proseguir ampliamente la evocación del pasado trujillano, pero esto lo reservaré para una obra seria en que pueda realizar la sugestión de Julio Sardi y exponer a la vez, con profundidad y espacio, la aportación de Trujillo a la obra formativa de la República. Porque, como apunté en mi carta anterior, el trujillano está caracterizado por una manera de extroversión telúrica. Mire nuestra historia y vea cómo los hombres de Trujillo han estado a todo momento en "otra parte", al servicio de los intereses de la comunidad nacional.

No ha sido el trujillano hombre recoleto, pegado con ombligo de bejuco a la montaña nutricia. Cuando sale de sus lindes nativas, bien enterrado lo deja, como signo de religiosa unión con la tierra natal, para darse a la vida nacional, sin otro afán que los intereses indiferenciables de la Patria. ¡Líbrenos el Señor Todopoderoso de la tragedia que significa aposentarse en la capital con estos primitivos bejucos! Vea usted, mi noble amiga, la intrincada selva en que se convierten, cuando prosiguen creciendo bajo el sol meridiano de la capitalidad. Y no cierre los ojos, porque haría el caso infantil de los avestruces.

Proverbial, en cambio, es la frase atribuida al doctor José Gregorio Hernández, cuando alguien le dio excusas por haber en su presencia hablado mal de los andinos. "Pierda cuidado, que yo me dejé de eso", fue la respuesta del sabio. Pero lo que él había dejado era la arisca susceptibilidad ante la crítica que se hacía a una política para la cual se buscaban interesadamente, por uno y otro bando, tintes exclusivistas. El sabía que la llamada política andina, en lo que tuviera de disvalioso o de positivo, era política venezolana, en la cual debían figurar como responsables tanto los andinos nacidos en la Cordillera, como los "andinos" nacidos en Santa María de Ipire o en el Golfo de Cariaco. Y en lo que dijera a grupos con pretensiones a una hegemonía antinacional, él se sabía venezolano en la amplitud conjugante del vocablo.

Sin quererlo, ha venido a los gavilanes de la pluma el grato nombre del sabio filántropo que parece caminar a la dignidad de los altares cristianos. Para colorear el cuadro de la Patria, mi pueblo ha contribuido en forma singular. Se necesitó atizar el odio de la guerra, a fin de ganar la independencia, y Antonio Nicolás Briceño, haciendo honor al remoquete de "Diablo", derivado de una farsa del Seminario, se armó de tea incendiaria e iluminó con fulgores dantescos el cuadro de la guerra a muerte. Y para hacer honor a la contradicción que da a Trujillo tanto el privilegio trágico de ser solar declarativo de la guerra a muerte, como el de que en sus aleros hubiese anidado la paloma de la paz, también en sus términos nació el hombre blanco y generoso, a quien Caracas lloró por padre y a quien la fe exalta hoy a los honores del santuario. Hernández es quizá el más grande de los trujillanos que han abandonado el Estado para darse al servicio de la cultura en otras regiones de la República. No entraré a enumerar otros que están vivos en el recuerdo de las ciudades y regiones que recibieron el beneficio de su esfuerzo, como Caracciolo Parra, José Domingo Hernández Bello y Antonio Justo Silva, en Mérida; Monseñor Jáuregui Moreno, el Padre Justo Pastor Arias, Francisco Baptista y el doctor Abel Montilla, en Táchira; Gabriel Matheus, en Maturín; Félix R. Páez y Jesús Mendoza Briceño, en Ciudad Bolívar. Prolijo sería enlistar a los trujillanos que han contribuido al progreso moral de la gran Patria venezolana,

prolijo e inútil, por cuanto su obra está ya sobrado reconocida y exaltada. Se diría, en cambio, contra mi mismo propósito, que con ello me pongo al servicio de un chovinismo anti-nacional, y que recabo para Trujillo valores ya refundidos y vaciados en el troquel uniforme de la venezolanidad integral. ¡Acórrame el Señor de caer en este paso lamentable! Esos ilustres trujillanos que he mentado son tanto más altos cuanto menos resalta en ellos, con tintes divisionistas, el gentilicio regional. Venezolanos son en el mérito de su obra, porque al servir a las varias regiones donde les cupo desarrollar el bien y la cultura, servían la gran Patria que absuelve el particularismo que pueda alzarse entre las lindes provinciales.

Lo que sí tiene intención saludable es evocarlos con orgullo, para que sus nombres sirvan de timbre al solar donde comenzaron sus vidas fecundas, y para que sean, a la vez, como benéfico estímulo que promueva la imitación entre quienes se sientan más obligados por la gracia del inmediato paisanaje.

Si en verdad pudo escribirse, como escribió Inocente Quevedo, ilustre varón de nuestras letras trujillanas, que al golpear con el pomo de su espada victoriosa las puertas de bronce del Capitolio Nacional, Cipriano Castro hacía sentir que Caracas no era Venezuela, ello no debe tomarse como compromiso con un cerril regionalismo. Cuando Quevedo escribía en Trujillo aquella frase, vaticinadora del triunfo del "Cabito", lo hizo por saberse hijo de un pueblo de Venezuela y no por su oriundez cordillerana. Hubo, además, hasta el 99, y nadie lo niega, una prepotencia de la capital con visible perjuicio para las provincias. Y el antiguo Estado Los Andes, como otros Estados de la Unión, fue oprimido y explotado por hombres del Centro, que se trajeron de allá hasta nuestra humífera tierra, para abono de los jardines de sus casas caraqueñas. Pero bajada aquella prepotencia y nivelados los sistemas de gobierno, debemos hoy buscar solamente la exaltación conjugante de lo nacional. Justamente el valor perdurable de la revolución del 99 fue haber abierto el nuevo ardoroso crisol donde se refundieron, para la unidad, los ariscos valores de la Patria. Hoy las provincias nada tienen que reclamar por sí solas. Yo no creo que la amplitud

del destino de Venezuela pueda medirse con la vara de las regiones o con el almud del pulpero de aldea. Aldea y provincia son apenas valores sillares sobre los cuales se levanta el gran edificio de la Patria venezolana.

En pago de su bondad para librarme de escrúpulos, yo pondré fin a estas cartas dedicadas a evocar la vida de mi pueblo. Nadie creerá que estoy haciendo un tratado de historia de Trujillo. Si he puesto algo de su vida y si he pintado algunos recuerdos de mi infancia, todo falta en ellas por escribirse. De mí mismo, si tuviese afanes autobiográficos, ni siquiera le he dicho dónde nací, aunque con recordar el sitio hubiera tenido oportunidad de volver sobre la historia de las Reginas y de hablarle de los méritos del Alférez Feliciano Cegarra de Guzmán, cuyas armas, labradas en piedra, lucen frente a la casita humilde donde abrí los ojos a la vida. Nada de eso hace falta en un recuento de cosas y valores de Trujillo; en cambio, quedaría trunca la evocación de la ciudad, si no apareciese la imagen magra y falleciente del nonagenario Monseñor Estanislao Carrillo, cura de Trujillo por más de sesenta años. El bendijo ayer las bodas de nuestros padres, derramó el agua lustral sobre nuestras cabezas infantiles, nos dio por vez primera el pan eucarístico, amortajó a nuestros abuelos y ha bautizado a nuestros hijos y nietos. Cinco generaciones de gente trujillana han tenido a su lado, en vida y muerte, la figura dulce y bondadosa de quien subió hasta ser la mejor expresión del alma tradicional de Trujillo. Testimonio austero de caridad, ha llegado a la pobreza del justo, después de haber distribuido entre los menesterosos los bienes heredados de sus mayores. A todos ha pedido, no para la pompa vana y transitoria del templo, sino para acudir miserias que conoce él solo. Cuando yo era niño, lo veía salir el Sábado de Gloria, de sobrepelliz y estola blanca, seguido de un monaguillo, con acetre e hisopo. Entraba en todas las casas. Las bendecía y dejaba palabras de cariño para los grandes y para los pequeños. Y de ellas se llevaba, en una gran cesta que portaba un fámulo, el obsequio de pan para sus enfermos del Hospital de la Chiquinquirá y para las familias cuyas necesidades él se tenía bien calladas.

Al terminar, debo dejar una vez más testimonio de mi alabanza para la equívoca sonrisa de sus labios que me impulsó a dejar correr hasta la pluma el grato recuerdo de mi pueblo.

CARTA FINAL

Mi querido Manuel Briceño Ravello:

Difícil pintar la holgura espiritual con que regresé a casa, después de haber hablado contigo acerca de mi propósito de consagrar a nuestro Trujillo un emocionado y filial recuerdo. Cuando tú me hablaste de que en las húmedas piedras de la Quebrada de los Cedros se arraigan tus mejores recuerdos trujillanos, pensé de inmediato en el grupo bogotano de poetas "piedracelistas", de que fue guía y maestro mi grande amigo Eduardo Carranza. En Santa Fe, piedra y cielo; en tu recuerdo, agua y piedra. El agua que varía en cada momento de su vertiginosa diuturnidad; la piedra que permanece aún, así la arrastren las aguas atrevidas.

Ningunos símbolos mejores que el del agua y el de la piedra para expresar la constancia de nuestro afecto al lar nativo. Ni mudamos, como no mudan las piedras; ni nos negamos a sumar la modestia de nuestros valores morales a la corriente crecedera del progreso de la Patria venezolana.

Luis Valera Hurtado te gana en el procerato de los trujillanos caraqueños. En cambio, yo veo en tí el vínculo que me une de mejor manera, en el comercio de la amistad, con nuestro viejo Trujillo. Cuando vine, ya espigado, a Caracas, me dí a buscar a Valera Hurtado como al representante en la capital de las letras vernáculas;

a tí, que aún seguías la Facultad de Leyes, te busqué como al estudiante mayor, que me había obsequiado, cuando yo andaba aún por el alfabeto, un método de Bournuf para el aprendizaje de lengua inglesa.

En mi memoria tenía grabado tu recuerdo de hombre ya hecho y derecho, cuando yo aún era niño a quien mi primo, el pundonoroso y noble militar retirado, Coronel José María Márquez Iragorry, llevaba de la mano a la escuela de primeras letras. Tú reías entonces de mi sombrero de velludo rojo, que antes de ser mío había cubierto, en alarde de partidarismo, la cabeza altiva e insustituida, para desgracia del Estado, del Doctor Leopoldo Baptista. (Tampoco ha sido reemplazada la egregia figura de Rafael González Pacheco). En cambio, yo correspondía a la burla que tú hacías de mi sombrero, con el ansia de poseer el librito amarillo en que estudiabas extrañas lenguas.

Han pasado los años y hoy luzco canas que huyen tu vigorosa e indomable cabeza. Pero si ambos ocurriésemos a dar examen de lengua inglesa, no seríamos agraciados con premios. A esta altura de tiempo, seguimos siendo "físicos" venezolanos, (como se dice en Trujillo), que damos buen precio de afección a los resabios cantonales, donde halla sillería el edificio de la Patria.

La deficiencia en inglés la suplimos con el cálido afecto que nos pone a vibrar ante los valores permanentes de la venezolanidad. Bien sabemos que entonces Bolívar tendrá pedestal de conciencias leales a sus propósitos y no estatuas que lo rigidicen para la función de libertar y defender la Patria, cuando los hombres prefieran la sencillez criolla, al sucio alarde de riqueza lograda con la claudicación de lo nacional y con la hipoteca de la libertad.

Y si te hago con esta explicación cómplice en parte de mi romántico trujillanismo, es para que, sintiéndote solidario de esta evocación cordial, me defiendas de quienes puedan seguir motejándome de ilusivo idealismo y de sinceridad imprudente.

¡Tan flacas están las saludes que defender los valores permanentes de la venezolanidad ha llegado a constituir peligro y demérito! Y abundan casos en que para gozar privilegios, se sustituya la genuina y prestigiosa fe de bautismo venezolana, por compromisos suscritos en el Rockefeller Center o en cualquier banco de Wall Street. Pareciera que en lugar de haber crecido en nuestra historia la estirpe que arranca de Alonso Andrea de Ledesma, se hubieran multiplicado y hubieran subido a los altos comandos, los descendientes de aquellos criollos traidores, que se aprestaron a avituallar de cazabe y buena cecina las naves corsarias de Amias Preston. Por eso Ledesma es mero símbolo para conversar los ilusos. El prestonismo es, en cambio, robusto sistema que da buenos réditos. Siempre el pirata pagó bien a quienes le abrieron las puertas de las ciudades. El "enemigo" fue mejor cliente para el comercio clandestino. Hoy sucede que la clandestinidad se hace a la luz del día y con aprobación de los llamados mejores representantes del orden social.

Guárdete el Señor para honra de la tierra y para buen ejemplo de venezolanos.

Tuyo amigo,

M. B. I.

ASI HA SIDO MI VIDA

(Esbozo autobiográfico escrito en el exilio) (1945)*

(*) Este ensayo fue escrito originalmente como Prólogo General de sus **Obras Selectas**, Caracas: Ediciones Edime, 1956. Se trata del mismo texto que, con ligeras omisiones fue incluido en el folleto conmemorativo del 6º aniversario de la muerte de Mario Briceño Iragorry. Allí apareció con el título adoptado ahora para su inserción en este volumen, que reproduce la versión de las **Obras Selectas**.

En el regazo de la tierna madre —Narcisana Valero Salas— aprendieron las primeras letras mi padre y mis tíos los Briceño Valero. El abuelo se afanaba en rudos trabajos de artesanía y comercio; la dulce abuela cuidaba la casa, y en ella, con estímulo singular, la educación de los niños. Posiblemente había ya por 1870 escuela de primeras letras en el encantador pueblecito de San Lázaro; mas la diligente madre se empeñaba en la obra de iluminar por sí misma la conciencia de los hijos. Ignoro cómo llegó a adquirir la abuela el singular gusto por las letras que la llevó a tomar esmero tan pronunciado en la instrucción de los hijos, hasta hacer de ellos modestos maestros aldeanos. Aún a los setenta años y ya casi ciego, el mayor de los hijos —Miguel Briceño Valero— enseñó primeras letras en la población de Valera. Antes de dejar a San Lázaro para convertirse en afortunado comerciante, Ceferino estuvo frente a humildes alumnos. También enseñó el industrioso Manuel, autor de versos y de una biografía del prócer Cruz Carrillo; Américo, el menor de todos, permanece aún a los ochenta años sobre el surco de las letras, escribe que escribe acerca de temas de Historia, de Pedagogía, de Geografía, de Gramática y aún empujado por las musas traviesas que animan la fantasía vivaz.

Cuando mi padre alcanzó los veinte años, la abuela le hizo viaje a la capital de la provincia, para que ampliase el radio de los pocos conocimientos adquiridos en el modesto pueblo de San Lázaro y para que trocase con oficio de mayor provecho el magisterio de párvulos que compartía con el hermano mayor. En Trujillo mi

padre se hizo de buenos amigos que le facilitaron libros, y ayudado de escaso sueldo, tuvo para sufragar el estipendio de las clases particulares que recibió del sabio don Rafael María Urrecheaga. Luego, se enredó en la administración pública, pasó a Mérida de secretario privado del presidente del gran Estado andino, y de Mérida ganó el camino de Caracas como secretario del general Jesús María Aristeguieta, delegado por el Gobierno Nacional para la pacificación de la Cordillera después de la caída de Alvarado. En la capital de la República, se hizo discípulo del viejo Núñez de Cáceres y terció en el periodismo político. Con César Zumeta, Leopoldo Baptista y José María Vargas Vila, extrañado de Colombia después del triunfo de Núñez, compartió la dirección de *El Eco Andino*. La muerte de Aristeguieta provocó el regreso de mi padre a la Provincia, donde tocóle llevar vida modesta, en posiciones secundarias, mas sin descuidar para solaz propio el cultivo de las letras. Pobre era la librería de mi padre; para agrandar el radio de su continua lectura, recurría al intercambio de libros con los amigos. ¡Cuántas veces de niño llevé y traje libros del doctor Inocente de Jesús Quevedo, de don Juan Pablo Bustillos, de don Belarmino Urdaneta, del doctor Amílcar Fonseca!

Hasta altas horas de la noche, mi padre, echado ya en la cama, leía a la luz mortecina de una vela esteárica. En las tardes, recostado a umbroso árbol en el ancho huerto, me hacía escuchar capítulos de algunos libros que yo podía entender a mis cortos años. Continuamente me hablaba de que el hombre valía no por el poder, ni por el dinero, sino por la fuerza de una bien cimentada cultura. Creía ciegamente en el poder de la inteligencia, y para desvanecer el riesgo de cualquier complejo que en mí pudiera promover el verme en condiciones económicas inferiores a muchos niños de mi propia familia, me estimulaba a mantener el primer puesto en las bancas de la escuela primaria.

La inquietud por las letras que en el espíritu de mi buen padre había hecho crecer la preocupada abuela, él la acicateaba en el mío de niño. Me faltó su clara, generosa y noble dirección cuando mis mayos apenas alcanzaban a doce, pero él, como presintiendo la

proximidad de la partida, había duplicado su diligencia sobre mí. Mis mejores juegos infantiles fueron los paseos por la ciudad en su sabia compañía. Las veladas familiares casi siempre estuvieron consagradas a la ampliación que él hacía de las lecciones del día. Devoto de la Historia y de la Cosmografía, me relataba en las noches el antiguo curso de los imperios, mientras al mismo tiempo me explicaba el camino de los astros. Huérfana mi inteligencia, tanto como mi corazón, por su prematura muerte, mi buena madre se empeñó en robustecer por medio de mil sacrificios la inclinación literaria ya prendida en mi ánimo infantil.

Cuando tuve doce años sentí bullir en mi mente vocación para las letras. Mi abuela de San Lázaro obraba en mí a través de la voluntad amorosa de mi padre. Primero, el periódico manuscrito; más tarde —en 1911— la hojita volandera, impresa en letras de molde. Me eché a la mar de la literatura como barco sin gobernalle y sin buen lastre. Me faltó método y disciplina para orientar los pasos cortos de toda buena empresa. Con la llegada de los años, veo cada día cuánta fue la deficiencia de mi preparación, lo desordenado de las lecturas, lo improcedente de rebeldías que, lejos de encaminarse a la destrucción de los ídolos falsos de la política y de la ignorancia, llegaron a acometer ciegamente contra las altas verdades de la fe de los mayores.

Sentía la voluntad movida por un impulso de cultivar las letras. Inicié mis lecturas con profundo desorden. Sin cuidarme de la preceptiva literaria, ni aún de las leyes del buen sentido, di en atiborrar mi cabeza de la más extraña literatura: Víctor Hugo, Schopenhauer, Voltaire, Diderot, Volney, Jovellanos, Humboldt, Queiroz y Vargas Vila, hacían una mezcolanza extraordinaria en mi indisciplinada mente. A poco divulgaba en mi ciudad nativa las ideas atomizadoras de Federico Nietzsche, al mismo tiempo que rendía parias al pseudo-misticismo de Amado Nervo. Había, en realidad, un complejo de rebeldía y de religiosidad en el tuétano de mi conciencia. Con mejores guías y con eficaces ejemplos, no habría dado en reaccionar durante algún tiempo contra la propia sustancia de mi espíritu, cuando al bulto había suficientes valores falsos contra quienes ejercitar la acción.

Con un grupo de entusiastas compañeros trabajé en Trujillo desde 1914 a 1918 en el pequeño periodismo. De aquel grupo que, por el periodiquín que editábamos tomó el nombre de *Ariel*, apenas sobrevivimos Saúl Moreno y yo. Puntero de la parvada juvenil fue el sabio viejo Julio Helvecio Sánchez, empeñado en tomar ímpetus juveniles para reiniciar una trunca labor que pudo hacer de él descollante figura de nuestras letras. Por entonces escribí un elogio del libro y de la libertad de la lectura, que Mariano Picón Salas leyó en Mérida en el club "19 de diciembre".

A los veintiún años, el generoso e inquieto rector Diego Carbonell me llevó a la tribuna del Paraninfo de la Universidad de Los Andes. Dicté una conferencia sobre los orígenes del arte. Mérida, más que Trujillo, me resultaba campo propicio para el ejercicio literario. Hice buenas relaciones con hombres de letras. Julio Sardi se esmeró en ayudarme con buenas lecturas. En la biblioteca de Mariano Picón Salas, cursante conmigo de la Facultad de Derecho, platicábamos permanentemente de letras. Cuando Picón Salas resolvió seguir estudios en Caracas, ya estaba de regreso de Europa Roberto Picón Lares, quien a la par que me estimulaba en las buenas lecturas de los clásicos castellanos, me ayudó a abrir ventanas por donde entrasen los rayos de la Gracia.

Como todos los muchachos de imperfecta formación intelectual, espigué durante los primeros años en el campo de lo que pudiera llamar literatura como arte de extroversión personal. Sobre todo, me preocupaba el problema del espíritu. Me inquietaba la gran angustia que había hecho presa de mí desde el día en que sin haber roto los linderos infantiles sentí el vértigo del Infinito. El problema del qué, del cómo y del adónde erizaba de inquietud mi conciencia oscurecida. Cuando Rafael Cabrera Malo leyó en 1921 la colección de páginas literarias publicadas bajo el nombre de *Horas*, me escribió una fina carta en que declaraba que yo debía sentir como un desollado. Esta dolencia de sentir apenas ha venido a medio curar en mí cuando la vida llegó a enseñarme que las verdades del corazón iluminan a veces con mejores luces que las reflexiones severas de la mente.

En el camino de las letras me apareció el campo histórico cuando, según lo pinto en mi libro *Tapices de Historia Patria*, tropecé con el presunto hiato que separa la República de la Colonia. Entonces me di al estudio metódico de nuestro pasado. De aquella época (1925-33) son mis trabajos sobre Etnografía, Lingüística y Arqueología aborigen. Luego concreté por entero mis esfuerzos al estudio de la época colonial. Mi modesta labor ha servido en parte para desbrozar tinieblas en el orden de los problemas históricos. Ya hoy no se condena a priori nuestro pasado español como sucedía hace dos décadas.

Me complace haber ayudado a la formación de nuevos conceptos para el juicio de la Historia nacional. No era racional que la problemática histórica se mantuviese en las líneas rígidas y pugnaces que le habían fijado los viejos historiadores anti-hispanistas; precisaba, en cambio, que nuestro tiempo cumpliese la consigna de revisión que con tanto acierto define Santayana al decir que cada generación está en el deber de reconstruir todo el conocimiento histórico y fijar una nueva perspectiva que se acople al genio dramático de la época.

El roce con este material literario acendró en mí el culto por los valores de la nacionalidad. Sin negar el sentido ecuménico del hombre, he defendido de manera ardorosa y sistemática los valores de lo venezolano y he denunciado en forma angustiada el proceso de disolución promovido en el esqueleto de la sociedad nacional por la presencia de anti-valores que desdicen nuestra tradición del pueblo.

Este hecho me ha llevado a dedicar la mayor parte de mi trabajo literario a la temática de lo nacional. En un espíritu profundamente saturado de los principios universalistas de la doctrina cristiana, pareciera contradictorio el empeño de exaltar el área restricta de lo nacional. Mas, el nacionalismo que yo propugno no es el nacionalismo arisco y exclusivista de los imperios. Yo defiendo en el orden social la dignidad sagrada del pueblo nacional. Creo que sin el robustecimiento de las pequeñas naciones, no puede llegarse a la anfictionía de los países. Dista esto bastante del chovinismo de quienes se sienten titulares de mayorazgos ilusivos.

En el curso de mi vida de escritor, si bien me han mordido los perros de la envidia y la falsía, más he tropezado con la fortuna que con el disfavor. Viejos amables me llevaron de la manera más cariñosa, aún en edad temprana, a la Academia de la Historia y a la Venezolana correspondiente de la Española. No vieron ellos en mí quilates de erudición ni prendas de estilo literario, sino una definida vocación de trabajo. El Municipio de Caracas, en 1946, otorgó el Premio anual destinado al mejor libro de prosa a *Casa León y su Tiempo*. En 1947 recibí el Premio Nacional de Literatura por *El Regente Heredia*.

A los cincuenta y siete años de vida, con mirada ya fría, puedo empezar a juzgarme a mí mismo. No tengo tanta soberbia como para vestirme arreos de falsa modestia; en cambio, poseo recursos de lógica y de sinceridad que me obligan a confesar la certidumbre en que estoy de que mi obra literaria —así no alcance los quilates que avaloran la de otros escritores nacionales— goza de aprecio que sobrepasa sus flacos méritos. No por vanidoso sino por agradecido he de reconocer que mi literatura, sin galas ni disciplinas, ha llegado a ganar audiencia entre el pueblo de mi país. Algunos hombres tristes de la honra ajena han dado en agredirme por causa de mi buena estrella. Tanto como las honrosas notas críticas de conspicuos compañeros, me llenan de satisfacción cartas sencillas de maestros de escuela, de alegres estudiantes, de modestos labriegos que encuentran en mis escrituras la expresión de un sentimiento y de una idea participados ya por ellos.

Hoy se me ha puesto en el trance de explicarme a mí mismo como escritor. Más que de mí, tal vez interese al lector conocer la manera y razón de haber sido escritos algunos de mis libros. En oportunidad anterior publiqué noticias sobre mi labor literaria, que no caerían mal en este prólogo galeato. Dije en aquella ocasión que mis libros *Horas, Ventanas en la Noche, Temas Inconclusos, Palabras en Guayana* y *Virutas*, como los más recientes: *Gente de Ayer y de Hoy, Aviso a los Navegantes* y *El Hijo de Agar*, que está entrando en el horno tipográfico, sólo han tenido por finalidad recoger lo que fatalmente estaba destinado a morir en el océano de las

hemerotecas. Otros libros, en cambio, tienen por sí mismos historia que no vendría mal el repetirla.

Lecturas Venezolanas (1926), apareció con el fin de llevar a las escuelas, como temas de lectura para el 5º y el 6º grado, trozos de literatura nacional, que fuesen poniendo a los muchachos en contacto con nuestros escritores. Esa finalidad la logré con éxito, y dicho libro, que lleva seis ediciones, sirve hoy hasta en las ramas secundaria y normalista de la educación. Es el único libro que en realidad me ha dado alguna utilidad económica.

Tapices de Historia Patria (1933), es obra de tesis cuya explicación corre en el prólogo de las últimas ediciones. Al intentar un esquema morfológico de nuestra cultura colonial, quise defender la integridad histórica del país nacional, expuesto a la quiebra conceptual que provoca el ahistoricismo con que fue durante mucho tiempo juzgado nuestro pasado hispánico. Hoy es libro consultado en las cátedras de Historia patria.

El Caballo de Ledesma (1942), tiene, también, su explicación en los prólogos de las últimas ediciones. Se formó este libro por sedimentación de comentarios en torno al símbolo de Alonso Andrea de Ledesma, por mí desempolvado y puesto a andar en la literatura nacional. Algunos estudiantes universitarios que habían leído mis comentarios al libro de Maritain sobre la caída de Francia, me pidieron que escribiese algo sobre el peligro que corría Venezuela si tomaba bandería frente a Alemania. Era yo fervoroso partidario de los llamados países democráticos, a quienes de la mejor buena fe consideraba interesados en la destrucción del mundo nazi, por lo que éste representaba de contra-revolución en el orden de la libertad. No veía entonces yo el juego intrincado de intereses imperialistas que movía los frentes de la guerra. Me bastaba para ser enemigo de Hitler y Mussolini la anti-humana filosofía política que éstos defendían. La bomba de Hiroshima me iluminó con sus tétricos resplandores los oscuros meandros donde se ocultaba la farsa democrática de los imperios. De mi entusiasta actitud de entonces me quedó como fruto la tesis universal y

permanente de *El Caballo de Ledesma:* defender la dignidad humana hasta el sacrificio; pensar libremente hasta quedar en la absoluta soledad.

Mi libro de mayor "cocina" es *Casa León y su Tiempo.* Preparé sus fichas originales durante el tiempo que ejercí la Dirección del Archivo General de la Nación. El guión me costó más de un año de meditación y de arreglo, pues quise abarcar la figura de los tres Fernández de León y el fecundo final del siglo XVIII venezolano. En alguna carta mía para el general Eleazar López Contreras, cuando yo era Ministro en San José de Costa Rica, hablé al presidente de la peligrosa influencia que sobre él buscaban ejercer los nietos morales de Casa León, cuya presencia constante ha sido fatal en el orden de la República. Mi libro, junto con el examen de los orígenes económicos de la oligarquía criolla y de su influencia funesta en el gobierno, es libro político. En él se pone al bulto la eterna historia del rico e influyente hombre de la capital, que busca dominar con zalemas al magistrado, a fin de lograr que la fuerza del Estado apoye sus negocios. El casaleonismo no es el comaleonismo de quienes procuran, honrada o vilmente, adaptarse y medrar en toda política. El casaleonismo es la permanente ondulación de la sierpe de la oligarquía capitalina, opuesta a toda idea que contraríe la prepotencia de su grupo, y dispuesta, en cambio, a tomar el matiz del gobierno que la apoye. Casa León es quien corrompe y destruye todo ideal de justicia, así ande envuelto en títulos de aparente honorabilidad y de gravedad jurídica. Ha estado con todos los gobernantes, los ha explotado a todos y a todos ha traicionado. Para sus fines lo mismo ha sido la política de Gómez, de López, de Medina, de Betancourt y de Gallegos, siempre que éstos les hayan garantizado los eternos privilegios. Mi libro tuvo la suerte de haber aparecido cuando, al subir al poder el partido popular "Acción Democrática", Casa León y la clase de los empingorotados vestalistas, dieron la más aparatosa de sus volteretas históricas.

Junto con *Casa León y su Tiempo* publiqué un libro medio desafortunado, pues a pesar del interés del personaje a quien está consagrado, no tuvo prensa que se ocupase con él. Toda la atención

la absorbió la biografía de Casa León. *Vida y papeles de Urdaneta el Joven* venía, sin embargo, a dar razón de una gran figura perdida en los meandros del tiempo. Apenas Level de Goda pintó en términos precisos lo que habría sido Rafael Guillermo Urdaneta en el orden de la República si no hubiera ocurrido el festinado ocaso de Barbacoas. Amarillentas, tomadas de la traza, casi convertidas en polvo, me donó la hija del prócer federal las cartas dirigidas desde Europa por el joven Urdaneta a sus ilustres padres y a sus jóvenes hermanos, durante los años comprendidos entre 1842 y 1845. Con amorosa paciencia me di a la obra de descifrar aquellos papeles llenos de ingenuidad, de gracia y de color. A pesar de la pérdida de los mejores cuadernos, pude presentar al público venezolano la persona olvidada del hijo mayor del grande Urdaneta, figura frustránea, como su padre, en el orden de la República, que estuvo llamada a ser gobernada por tan ilustres ciudadanos. A la salida del libro, tuve la satisfacción de oír declarar al doctor Guillermo Tell Villegas Pulido que el relato de las *Conferencias de Carabobo* por mí hecho era el más cabal que él había leído.

El Regente Heredia fue escrito al margen de Casa León, para pintar las virtudes contrarias a los vicios del hábil político. Su éxito, hasta ganar el Premio Nacional de Literatura, derivó de su carácter de libelo contra las persecuciones y el terror que implantó el "octubrismo" en un país que había llegado a gozar la más absoluta seguridad social.

Mensaje sin destino, publicado en las postrimerías de 1950, ha sido el más afortunado de mis libros. Por medio de él logré que nuestro público sintiera al bulto la necesidad de defender los módulos integrales de la nación. Planteo en él el caso de nuestra crisis de pueblo, no del pueblo, como por error han entendido algunos. En pocas líneas presento, en pos de medios que la iluminen y contradigan, toda la angustia de nuestro drama de pueblo sin formación interna, enfrentado con la voracidad extranjera. Escolios de *Mensaje sin destino*, son *Alegría de la Tierra*, *Introducción y defensa de nuestra Historia*, *La traición de los mejores*, *Aviso a los Navegantes* y *Dimensión y urgencia de la idea nacionalista*,

trabajos todos encaminados a levantar el tono de la venezolanidad y de la hispanoamericanidad.

Mi insistencia en la valorización de lo nacional y de lo regional ha sido parte para que algunos críticos, de buena o de mala fe, me hayan presentado como enemigo del progreso universal. No caen en la cuenta estos falsos defensores del orden universalista de la cultura que el nacionalismo no es categoría opuesta al internacionalismo, sino al imperialismo. Lo ecuménico supone suma de valores regionales y no absorción del sentido distintivo de los pueblos. Las grandes ideas de justicia, de fraternidad, de libertad y de igualdad no presuponen una previa abolición de las áreas históricas donde los hombres desarrollan su vida conforme a la tipicidad antigua. San Pablo no pidió a los gálatas, ni a los efesios ni a los romanos la renuncia de su tradición nacional. Para enseñarles a Cristo, tomó el lenguaje de los diversos pueblos gentiles. El sentido comunitario de la Iglesia se compadecía con lo particular de cada nación. Distinto es el caso del nacionalismo agresivo de los pueblos y de los conductores que se creen superiores al resto del género humano.

Por esencia soy hombre idealista. El mundo de las ideas más que el mundo de los hechos ha sido la temática preferida en mi labor de escritor. En el confuso terreno de la realidad venezolana he dado algunos tropiezos por entretenerme en la contemplación de un espejismo. A pesar de todo, creo en el progreso humano. Así el hombre construya bombas infernales para su propia destrucción, sigo confiando en un nuevo renacimiento del espíritu. Pese a mi censurado tradicionismo, no tradicionalismo, soy fervoroso amante del progreso. Aún dura en mi mente la impresión que a los catorce años me hizo la frase de Balmes que puse de epígrafe a mi primera producción impresa: *El mundo marcha, quien se detenga será aplastado, y el mundo continuará marchando.*

En mi estructura intelectual he sabido juntar a la idea de progreso, el espíritu que busca fuerza en el pasado para mejor correr hacia el futuro. Con Jacques Maritain juzgo que existe en nuestro mundo un poderoso fermento cristiano que terminará por dominar el ámbito

social y político de los pueblos. Mi fe profunda en los valores normativos de la doctrina cristiana, me lleva a apartarme del sofisma de teólogos abarrancados que buscan dignidad de justicia aun para las bombas aniquiladoras. Cultivo, en cambio, la convicción de que aún los trozos rotos de la llave del Paraíso, juntados a la pecaminosa realidad del hombre, tienen fuerza para activar la Historia, según enseña el gran maestro francés.

Pobre, sencilla, sin la dimensión de la obra de quienes han tenido mayor cultivo y mejor tribuna, mi labor literaria no llegó a aspirar el tratamiento generoso que le dan. Para mí, en cambio, representa un grande esfuerzo de perseverante trabajo individual. Generosos amigos me han hecho escuchar palmas entusiásticas que no han sido, en cambio, parte para que me deje llevar de la vanidad fácil. Sé lo poco que valgo en el orden de la cultura nacional. Si algún mérito puedo en justicia recabar, no es otro que haber puesto mi voluntad al servicio de todo esfuerzo encaminado en Venezuela a cultivar la inteligencia, y haber estado siempre dispuesto a dar honra a quienes caminan delante de mí. Cuando he asumido alguna actitud magistral frente a los jóvenes, ha sido para mostrarles las cicatrices y las fracturas que en mí dejaron los malos caminos. Con enseñarles mis fracasos contribuyo a que mejor se adiestren para seguir el camino del buen éxito.

Cuando he metido la podadera en el modesto mundo de mis escrituras, he tropezado por todos lados con la problemática nacionalista que sirve de numen a mi labor literaria. Pocas veces he dado suelta a la pluma para desarrollar temas que se aparten de lo venezolano y de lo americano. El modesto tintero donde mojo mi cálamo no me ha ofrecido variedad de tintes para colorear mi escritura. En cambio, me ha prestado tinta clara y durable para expresar pensamientos dirigidos al bien común. Alguien podría motejarme de falta de modestia porque anote el hecho de que las ideas puestas en movimiento por mi pluma no han servido para cohonestar contrapasos en el orden social venezolano. Me sirve de orgullo saberme intérprete de la angustia permanente de la Patria, tanto como poder proclamar que jamás como escritor he bajado a los

terrenos vedados de la injuria, de la difamación y de la calumnia. He criticado muchas veces sistemas e ideas. Nunca he agredido individuos, ni he puesto jamás mi pluma al servicio de terceras intenciones. Al pan he llamado pan y al vino vino, bajo la plena responsabilidad de mi nombre. De los ataques que se me han dirigido he hecho poco caso, pues cierto estoy que el tamaño de los hombres ni crece con la vanagloria ni disminuye con las diatribas. Las palabras que pueden hacerme crecer o menguar son las palabras que salgan de mis labios o las palabras que mi pluma escriba. Los guijarros que me tiren los adversarios pueden servirme, en cambio, para que aumente mi coturno, al modo como suben las cruces camineras en razón de las piedras que les arrojan los transeúntes crédulos. El que anda buenas vías, no teme el ladrido de los perros feroces en que puedan convertirse mansos galgos que ayer dejaron en sus manos la humedad del lamido obsequioso. No tengo en mi libro mayor partida para el odio. Me sabe, por ello, sentir mis cuentas ajustadas con Dios y mi conciencia. La lista negra de quienes me han traicionado, la sustituyo por la lista dorada de quienes han sabido hacer honor a la amistad.

Siempre me he sentido dispuesto a rectificar anteriores posiciones erradas. "Mi actitud puede transformar hasta mi pasado, no en los hechos, pero sí en su acción sobre mi estado espiritual presente", enseña con profundo sentido André Maurois. También yo he sentido la modificación que en mi espíritu ha promovido un mejor conocimiento del mundo presente y del mundo pasado. Ninguna rectificación ha obedecido a un propósito de ampliar el radio del beneficio personal; sí, en cambio, ha significado la experiencia de un nuevo sacrificio.

Madrid, 19 de abril de 1954.

EN TONO DE CUENTO

(Elogio de la abuela para regalo de la nieta) (1956)*

(*) Reproducido de la 1ra. y única edición limitada de 200 ejemplares. Zaragoza: Artes Gráficas "El Noticiero", 1956, 49 p.

A MARIA EIRENE BRICEÑO URICOECHEA

Ante el continuo reclamo de cuentos con que obligas mi imaginación, poco hecha a viajar por los territorios luminosos de la fantasía, he querido, hija mía, referirte viejas cosas de mi vida, que a la verdad parecen sueño. El tiempo es una especie de fantasía por el lado contrario.

A través de los velos del recuerdo los hechos pasados adquieren una dulce vaguedad, semejante a la que pone en las cosas la niebla de los blancos días de invierno. Cuando tú seas grande y mires hacia atrás, te ocurrirá recordar nuestra terraza, hoy poblada de pájaros, y los árboles desnudos de hojas que le sirven de trasfondo, tal vez como si fueran un inmenso y gracioso parque. No sabrás decir entonces si los árboles estaban al alcance de tus manos diminutas o si de ellos colgaban los nidos donde se recogían las alegres avecillas. Verás también cómo es dulce evocar los tiempos idos y cómo se llega a creer que

cualquier tiempo pasado
fue mejor,

según cantaba lleno de tristeza el poeta Jorge Manrique. No creo yo que lo mejor quedó detrás de nosotros. Lo mejor debemos hacerlo nosotros; mas suelo, en cambio, alegrar mis horas con devotos y cariñosos recorridos por los campos del recuerdo. En ellos con frecuencia encuentro restos de ilusiones que prendieron luces en mi espíritu. Y como insistes en pedirme cuentos e historietas que

distraigan el tiempo que te obliga el crudo invierno a estar en casa, te diré hoy cosas ocurridas hace muchos, muchos años, cuando yo era un niño como tú.

Entonces tenía yo cuatro o cinco años y vivía en Trujillo, el pueblo donde nací a la vida. Lo que era Trujillo en aquel tiempo, lo dije en un librito cargado de cariño, que escribí para que tú y mis otros nietos aprendáis a sentir la Patria. En los años de mi historia vivía con mis padres en una vieja casa, que había formado parte del convento de las Reginas. Regina fue el nombre que el pueblo dio a las Monjas dominicas del Monasterio "Regina Angelorum". Estaba dedicado a la Reina de los Angeles, como en las letanías se nombra a la Virgen Santísima. En la culata de una de las casas que formaban el grande edificio, aún se lee en borrosas letras el saludo angélico: *Ave María*. En la acera que hacía frontería con la casa de mis padres, quedaba la casa de la Mamá Teresa. Materesa la llamábamos los nietos.

Ya era crecida la carga de años de la abuela. Su cabeza estaba casi blanca. Sus lindos ojos, que habían sido de intensa negrura en la juventud, comenzaban a tomar el tono azulenco que les daba el creciente arco senil. ¡Cómo holgaba la abuela recordando los buenos tiempos en que se la llamaba "la dama de los ojos negros"! Su frente mostraba ya los surcos profundos que el tiempo y el dolor marcan tanto en el espíritu como en el rostro de las personas azotadas por la inclemencia de la vida. Pero sobre las arrugas de la abuela brillaba una "luz ligera", como aquella que fue encanto del cielo milagroso de Atenas. No sabes tú nada de Atenas. Tiempo llegará en que sepas cómo en dicha ciudad, hace miles de años, comenzaron un día los hombres a pensar seriamente en sí mismos y abrieron, al efecto, en el interior de sus almas, un diálogo silencioso y profundo en pos de la verdad de la vida. El rostro de la abuela estaba permanentemente iluminado de esa "luz ligera" de la sabiduría no aprendida, que brilla en la cara de los ancianos.

La abuela era paciente, alegre, laboriosa. En aquella época aún era oficio doméstico tejer el algodón y labrar las mechas, tanto para el

candil de la cocina como para la lámpara de los altares. En la alcoba de la abuela estaba siempre encendida una lamparita de aceite ante el venerable retablo familiar de la Santísima Trinidad. La abuela hacía las pequeñas mariposas de algodón, que sobre la diminuta cruceta de ligerísima madera, apuntada de corcho, sostenían la piadosa llama. ¡Con qué respeto yo la veía desgranar frente al altar las cuentas del negro rosario, mientras en alta voz recitaba las Avemarías! Era tanta la dulzura que ponía en sus rezos la bondadosa abuela, tal era el tono de sus unciosas plegarias, que indefectiblemente la recuerdo cuando recito mis diarias oraciones. ¡Ah, si fue élla quien me enseñó a rezar! Sobre todo a la tarde, cuando escucho la nota piadosa de alguna campana que anuncia la hora del Angelus, paréceme ver a la Mamá Teresa puesta de pies para entonar en coro de familia la salutación angélica. Después, daba, solemne, la bendición a los hijos y nietos presentes. Para los que no tenía cerca, la bendición volaba sobre la cruz que su diestra maternal dibujaba en el aire, vuelta en cada turno hacia el viento donde imaginaba a los distantes: Amelia, Augusto, Pompeyo, Enriqueta, Andrés, Domitila, María, José Rafael. Para la hija muerta —linda y dulce la tía E.— y para los hijos que después fueron muriendo, la bendición miraba a la inmensidad del Cielo. ¡Apenas dos, de tantas hijas, contaba vivas cuando cerró los ojos! ¡Siete veces subió el Calvario la buena, resignada y dolorosa madre!

Cuando no labraba el algodón, la abuela hacía flores de papel. Grandes ramos de rosas de variados colores lucían sobre las mesas, en espera del diligente conchabado, que los llevaba a la iglesia o los distribuía entre las casas amigas como regalo cariñoso. Otras veces, concluida la tarea de formar las sábanas para criados y pobres, con los retazos que le enviaban del comercio de algún pariente, la abuela tomaba entre las manos el género de lino, en el que, entresacando hilos con primoroso esmero, urdía flores que daban gracia y aire a paños y tapetes.

Torcer y retorcer hilos sutiles
como palabras bellas,
y hacer con ellos rosas,

laberintos, cadenas,
nubes de blonda y gasa,
redes de tul para prender estrellas.

Decía de su labor la encajera de Martínez Sierra. No eran tan finos los bordados de la abuela, pero ponía ella en la confección de sus flores y estrellas la misma devoción que la enamorada encajera sevillana, a quien los sonetos de Petrarca hacíanla oír dulces requiebros.

En las tardes, después de la siesta, cuyo sueño tomaba mientras uno u otro nieto jugaba con la espuma de sus trenzas desatadas, la abuela se acercaba a la tradicional paila de cobre, donde la cocinera preparaba las confituras. La paila había sido remendada por los últimos gitanos llegados a la ciudad. Tal vez te guste saber algo de los gitanos que en un tiempo dieron colorido fugaz a los caminos de Venezuela. Hasta el año 1920 se vio llegar a nuestros pueblos esta graciosa gente, andariega como el judío errante, armadora de enredos, echadora de suertes. En el despoblado de la Mesa de Triana —Triana ya evoca por sí sola aventura y alegría de gitanos— montaban sus tiendas transhumantes. Allí establecían sus fraguas y sus caballerizas. Buenos chalanes, simulaban fino paso en las bestias mañosas y, ayudados de sus trácalas, las trocaban con buenas caballerías de personas incautas de la ciudad. Al amor del fuego fabricaban herraduras y ablandaban plomo y cobre para el remiendo de la cacharrería de los vecinos. Gitanos de pura cepa, a su anuncio pudo advertirse a la luna, con versos de García Lorca:

—Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.

Mientras los gitanos permanecían de asiento en la ciudad, las casas de familia eran visitadas por las graciosas "suerteras", que leían la mano y echaban las cartas. Jamás una de estas festivas mujeres traspasó los umbrales de la abuela. Para ella, poner la mano al vano

examen de estas aprovechadas mujeres, era tanto como caer en pecado de brujería. "¡Ios de aquí, íos de aquí!", decía la abuela a las gitanas que se atrevían a penetrar en el zaguán.

Menté los gitanos cuando te recordé la vieja paila de cobre en que la abuela hacía confeccionar, bajo sus propios ojos, las variadas golosinas con que regalaba a la parvada de nietos, que llenábamos de alegría y de ruido su apacible hogar. Gustaba ella de tener la alacena bien provista de confituras y de panes para el obsequio de la chiquillería. Unos entraban y salían otros. Alegres todos después de recibir de la abuela las bendiciones y los gustosos bocadillos.

Al tiempo que memoro, tenía yo cinco añitos, como dicen acá en Castilla. Con frecuencia me escapaba de casa para ir donde la Mamá Teresa. Hubo ocasiones en que la criada me llevaba de la mano hasta la "casa de la botica", así llamada por haber tenido en ella la suya el inolvidable don Pedro Pou, mondo y lirondo de pelo por donde los muchachos decían al compañero que había visitado al peluquero:

—Pelón, pelado
¿quién te peló?
—Don Pedro Pou,
que ni orejas me dejó.

En la época que memoro, la abuela ya no vivía en su casa de la calle de la Regularización —¿qué número estirado le habrán puesto hoy a esta calle?—, sino en casa que quedaba casi frontera con nuestra vieja y ruinosa casa conventual. Cuando se me permitía pasar a la otra acera, mi madre me cuidaba desde la ventana con su mirada amorosa. No había coches ni carretas de ninguna clase en la pacífica Trujillo de comienzos de siglo. Apenas con la gente transitaban por las calles mansas recuas, guiadas por la alegre esquila de la madrinera, y de vez en vez alguna vaca, de grandes ojos cargados de tristeza y lejanía. ¿Qué sombras mirarán las vacas? ¿Por qué es tan dulce y bondadosa su larga mirada? Abundaban, también, los perros domésticos. ¡Ah, los buenos perros, fieles guardianes de

portones y solares; los perros generosos y leales, que podrían dar lección de consecuencia a muchos hombres! Imaginando que los perros tuvieran sentido y palabra, hubo quien escribiese la supuesta plegaria de los canes bondadosos: "¡Señor de todas las criaturas, diría el perro, como yo soy siempre verdaderamente perro, has que el hombre sea siempre verdaderamente hombre!". De cuando en cuando un viejo cerdo, escapado de la pocilga hogareña, salía a la calle, para completar su ración con la verde yerba, crecida entre las apretadas piedras del pavimento. ¡Cómo en lugar de tomar la valiente lección de los perros, muchos, muchos hombres, aún con ínfulas de señorío, son fieles retablos de flacos cerdos, apremiados por la búsqueda de horruras! Atravesaban, también, por la ciudad los apacibles burros, cargados de paja para las caballerizas domésticas. Ponían los buenos hermanos de Platero una fresca nota de verdura en las calles silenciosas, como si el campo y el prado vecinos enviaran un tierno saludo a la ciudad.

Cuando yo había ganado ya la cercana puerta de la casa de la abuela, mi madre sosegaba, y satisfecha se alejaba de la alta ventana. Quedaba ella cierta de mi seguridad. Nada habría de acontecerme en la casa de la vieja abuela, de nevada cabeza y dulce sonrisa. ¡Oh, maravillosa, encantadora, tierna sonrisa de la Mamá Teresa! Ella que lloró tánto, que sufrió tánto, no había nacido sino para sonreír. Sencilla, bondadosa, tímida, llena de ese dulce asombro de la vida, que es patrimonio de quienes siguen siendo niños así los años se amontonen sobre su cabeza, se complacía en extremo con las cosas más simples, con las travesuras más inocentes: una cometa perdida en los aires, el mal chiste de un payaso, la canción intrascendente de un rapazuelo. ¡Cómo sabía reír también la abuela de cualquier pequeño paso cómico que ocurriera a los nietos, a los hijos, a ella misma! Cuando la abuela se juntaba en amorosa tertulia con las hijas, era de escuchar el continuo sonar de las carcajadas, surgidas ante cualquier fino comentario o ante cualquier alusión a hechos para otras personas carentes de importancia y por ellas revestidos del más fino y gracioso humor. Esta alegría y este constante gracejo no le cerraron, empero, la visión certera de la vida. Sabía del reinado agresivo de la ingratitud

y de la inutilidad en que muchas veces caen las buenas obras. Con frecuencia la escuché repetir la amarga sentencia que enseña cómo

servir para merecer
nadie lo consiguió,
siempre más mereció
aquel que menos sirvió.

Sobre esta áspera realidad de la vida configuró la abuela una teoría de los méritos, que la llevó a bendecir a hijos y nietos con fórmula como ésta, cargada de sutil sabiduría: "Dios te bendiga, hijo, y te aparte de la hora de las alabanzas!". Sabía ella que con la muerte se reconocen y aún se regalan méritos al difunto; sabía, también, que la cicatería usada en vida con la persona fallecida, se convierte entonces en regalo de flores. "Enviadme ahora, decía, coronas de golosinas y obsequiad mañana con flores a los santos".

En el jardincito sombroso de la abuela yo me sentía feliz. También sentíame feliz cuando me dejaba entrar en la alcoba penumbrosa donde guardaba viejos muebles y adornos, ya sin moda, de su casa primitiva de 1853. Me llenaban de curiosidad aquellas cosas cargadas de tiempo y de historia, que la abuela cuidaba en la pieza secreta y vedada. Tal vez se movía ya en el fondo de mi espíritu la vivencia que me ha hecho dedicar mis más intensas meditaciones de hombre a la historia de nuestra querida y atormentada Venezuela. Entre aquellos viejos muebles —muchos de ellos posteriormente desahuciados por el desamor de otros parientes— la abuela, sin vano intento de museo, conservaba valiosísimos recuerdos. Allí estaba el retrato del viejo Iragorry, posiblemente pintado por Juan Lovera, en alguno de los viajes a Caracas del bisabuelo; es el retrato severo, que presidía en Caracas, junto con los otros abuelos, nuestra salita de música. Allí guardaba, también, la abuela la primera lámpara de querosene y el primer encendedor de fósforos llevados a Trujillo por el abuelo Andrés, obcecado por la luz.

Aún paréceme ver llorar a la viejecita la noche del 19 de diciembre de 1916, cuando las tinieblas del salón familiar fueron disipadas por

la luz del fluido eléctrico, que ese día se inauguraba en la ciudad. "¿Qué te pasa, mamá?", preguntóle mi madre. Ella, entonces, con voz cargada de la más dulce y suave nostalgia, respondió: "Pienso en lo que Iragorry hubiera gozado con la luz eléctrica". El abuelo Andrés había muerto alrededor de 1876, pero la maravillosa viejecita guardaba su memoria con tanta frescura, que en aquella hora feliz de la luz de Trujillo renació en su ancianidad la pasión juvenil del abuelo por las lámparas. Como Goethe, genio extraordinario de quien conocerás la vida cuando seas mayor, el abuelo repetía permanentemente la consigna: "Luz, más luz...".

He extendido, oh, hija mía, esta dulce evocación de la abuela para pintar la diferencia del esfuerzo que hacía yo en mis tiernos años, para ir a pasarme gratas horas en su dulce compañía, con el esfuerzo que tú has hecho para venir a pasarte un largo rato al lado de tus sufridos abuelos. Como ya dije, mi buena madre se asomaba a la ventana de nuestra casa a fin de cuidar con su mirada cariñosa mis cortos pasos hasta el portal de la abuela. Tú, en cambio, sólo acompañada del ardiente deseo de volver a estar con tus abuelos, saltaste, sin que nadie te cuidara, sobre el inmenso Atlántico. Cincuenta años de técnica han permitido en el mundo este milagro. Confiada a la mera atención de la azafata, viniste desde Venezuela hasta Madrid, cuando supiste que tu abuelo había sido agredido y puesto en peligro de muerte. Sola, con tu alegría, con tu fe, con tu extraordinario cariño para los abuelos, dejaste la dulzura del hogar, donde te miman los padres amorosos y donde sonríen los lindos hermanitos, para venirte al Viejo Mundo, a servir de rumorosa colmena en el hogar entristecido de los abuelos, privados de la recontortante, dulce, protectora compañía de los hijos; hogar pobre de voces, en el cual, para hacer más sonora y dulce la suya, la tía Beata ha pedido a la guitarra el apoyo de sus bordones.

Creía yo que había sido mucho mi afecto y solicitud por la abuela encantadora. Hasta sin permiso de la madre me fugaba hacia la casa solariega, donde la viejecita cuidaba amorosamente la sencilla tradición de la familia. Ni fasto material ni alardes señoriles

formaban parte de su vida. Era ella sencilla, escrupulosa, llena de santo temor a Dios.

Tanto era el respeto que la viejecita sentía por el Señor Sacramentado, que se le hacía difícil acercarse a la Mesa Eucarística si no fuera que hubiese confesado inmediatamente antes. En su empeño de tener la casa interior libre de cualquier sombra de pecado, pensaba que si confesaba la víspera, en la noche podía ocurrirle algún pensamiento desviado del camino de la gracia. ¡Oh, dulce ingenuidad! ¡Oh, angélico candor! Como a San Ignacio en Manresa, "le tornaban los escrúpulos, adelgazándose cada vez las cosas", cuando se alejaba del confesionario.

La tradición de la abuela afincaba en el temor a Dios, en una religiosa pulcritud en los tratos de interés y en un constante deseo de servir a los demás. No creyó nunca en vanidades de prosapia, y cuando murió la vieja tía Iragorry, que alardeaba de pura sangre vasca y de dorados pergaminos de hidalguía, la abuela prefirió que el fuego destruyese las cacareadas ejecutorias antes que realizar un espurgo en los papeles de la muerta, puesto que entre ellos podían aparecer cartas privadas, con viejas querellas, por donde se levantarían discordias familiares. "Leer una carta ajena, decía la abuela, es como aserrar a la gente la cabeza para ver lo que piensa".

A la casa llena de sol y de candor de la abuela iba yo con la creencia de que realizaba un grande esfuerzo. Ya bajo la mirada vigilante de la madre, ya en pequeña fuga, imaginaba realizar una heroica aventura, cuyo premio eran las palabras dulces de la anciana y la gracia de jugar a solas en el pequeño jardín, iluminado por las encendidas cuarentadías, los tristes pensamientos, las blancas margaritas, las rojas cayenas y los espigados y presuntuosos girasoles. Tú, en cambio, hiciste en cortas horas de audacia ruta contraria a la ruta de Colón y a la ruta azarosa del viejo Briceño, que llevó a Venezuela nuestra sangre y nuestra fe. Allá está en tu casa de Caracas la imagen de Nuestra Señora de las Angustias, llevada en 1561 por el abuelo Sancho Briceño. Igual la imagen a la que adorna la terraza de nuestro piso. ¿Recuerdas que ayer, cuando

salimos a tomar el sol en ella, me preguntaste por qué tiene siete espadas el corazón de la Virgen? ¡Ah, cómo frunciste el ceño cuando te dije que la gloria de María estaba en el dolor de esas espadas! No entiendes aún, claro está, la estrecha relación de los dolores con la gracia.

En el fondo de los barcos que fueron con los colonizadores a nuestras tierras, viajaba, también, junto con el fuego que abrasa, el fuego de la cultura cristiana. Era entonces difícil hacer lumbre, y para evitar el frote de las piedras de donde brotaba la chispa, los barcos cargaban buena provisión de brasas. Los barcos llevaban el fuego para la llama material de los hogares; en el corazón y en la inteligencia de los viajeros iba, en cambio, la otra llama, por donde crecieron los hombres y se hicieron las familias y se formaron las ciudades y se levantaron los templos y las torres. Llama de fe y llama de esperanza, que ha servido de alimento al espíritu de los pueblos. Llama que es la propia esencia de las naciones, más poderosa que el fuego de las fraguas donde se quebranta la resistencia de las vigas de hierro que sirven de alma a las grandes casas. Una casa puede ser muy grande y muy cómoda y muy rica, empero permanecerá fría y llena de tinieblas si no la ilumina el fuego vivo que sale del corazón y de la inteligencia de la gente. A la inteligencia alúmbranla las letras y al corazón lo ilumina la gracia. En el corazón aposenta la voluntad. Por el corazón queremos. Por la inteligencia escogemos. Por la gracia recibimos. La continua conversación entre la inteligencia, la voluntad y la gracia mantiene la armonía de la vida. A la inteligencia, a la voluntad y a la gracia de los hombres y de las mujeres que hicieron a Venezuela les fijó rumbo la misma estrellita que tú viste colocada sobre el Pesebre de Navidad, en las Pascuas pasadas. Esa estrella de los Magos había dejado caer un reflejo luminoso y ardiente sobre el corazón de los hombres que fueron a predicar la fe de Cristo en la salvaje América. Esa estrella está permanentemente en el cielo de los espíritus sencillos, puros, absortos ante la majestad de la creación, como el espíritu tuyo y como el espíritu de la abuela.

Una gran mujer es aquella que sabe llegar a vieja, como llegó la Mamá Teresa, sin haber perdido su corazón de niña. En eso os

parecéis las dos. Ella, como tú, gozaba la dicha de poseer un corazón sin sombra de mal alguno. Hasta más allá de los hijos y de los nietos llevó la aniñada bondad de su espíritu. ¡Con qué ternura y con qué largueza, en medio de la estrechez de sus recursos, socorría a los indigentes! ¡Con qué dulces y tiernas palabras hablaba a los pequeños! Para pedirle la bendición, a sus pies y entre plegarias, se arrodillaba María de los Angeles, llamada "la Pola", antigua manumisa de mi bisabuela. Cuando María de los Angeles la llamaba "mi ama y señora", ella le decía sonriendo: "Ama no, que se acabaron desde Monagas los esclavos; te bendigo en el nombre de Dios, que es nuestro Padre Común". ¡Qué ancha, generosa, admirable lección de justicia y de piedad en Cristo...!

Ya viejecita, cuando se acercaba a los noventa años, aún se preocupaba la abuela por sus pájaros; turpiales y loritos que andaban sueltos por la casa. Nada de jaulas que impidieran la libertad a las avecitas del Señor. Sueltas y libres, con toda la dignidad que a los animales corresponde en el orden admirable de la creación. La jaula la tomaba por una cárcel abreviada, que daba cuerpo al crimen de los hombres contra la inocencia de las aves.

Las cárceles de verdad, las que los hombres preparan para los otros hombres, sólo las veía justas cuando se abrían para castigar a los delincuentes. Le parecían, en cambio, monstruosas cuando en ellas se encerraban a hombres por el delito de pensar de distinto modo que los gobernantes. Pendiente estaba siempre la abuela de que la criada tuviese provistos a sus amigos volátiles del banano, del arroz, del alpiste y de las sopas. Como San Francisco el Grande y como el maravilloso Giorgio La Pira, alcalde de Florencia, actualmente preocupado por la suerte que ha tocado a los pájaros en medio del crudísimo invierno italiano, ella miraba en las avecillas musicales un mensaje de Dios mismo. Sobre los pájaros no le complacía ejercer el señorío de las jaulas, donde en balde se afanan por tender las alas los sonoros prisioneros; de los primorosos animalitos sólo quería el regalo de sus cantos.

Perdimos el hilo cuando hablamos del fuego que de España viajó a Venezuela y a la América. Fuego perenne, que prendió en el hogar

antiguo y que creció hasta alimentar el hogar de la Patria. Hogar es el sitio donde arde el fuego. La familia se formó en torno a la humilde y clara lumbre que cocía los alimentos y a cuyo amor se caldeaban los viejos y los niños frioleros. Las casas no eran entonces como las de hoy. Cuando tú sientes frío, te acercas al radiador de la calefacción. En aquellos tiempos no había esos enredos de elementos calefactores, ni caldera central, ni mucho menos esos cómodos radiadores eléctricos, que van de una a otra alcoba para reforzar la temperatura.

Todo ocurría frente a la gran fogata, que hacía hervir el agua constante en el caldero, mientras sobre las brasas se doraban las carnes y las patatas. Sala, comedor, cocina, todo era lo mismo. Eran el hogar. El sitio donde se congregaba la familia. Donde las madres daban el alimento a los niños lactantes. Donde los viejos frotaban y castañeteaban los dedos, para entrar en calor. Donde a la hora de cenar se rezaba y se leían historias de Santos. Junto con este fuego de fuera, el hogar era alimentado también por el fuego de adentro, cuyas brasas estaban en el suelo de los espíritus. Para hacer íntima, amable, provechosa la relación social, este fuego se derramó hacia afuera, y se convirtió en amor y en amistad. La amistad es una especie de amor reposado, en el cual se enreda —vestido de toda dignidad— el interés de la mutua ayuda. El amor, en cambio, es la entrega total, sin consideraciones, sin miramientos, sin esperanza de retribución alguna. El amor se complace más en dar que en recibir. El que ama no pide sino oportunidades para darse nuevamente a la persona amada. A Dios se le llama Amor.

En el orden de la relación social, el fuego del hogar creció y se hizo el fuego grande de la ciudad y de la Patria. El de dentro se extendió también y alimentó los nexos de la familia y de la amistad. La amistad y el cariño hacen a los pueblos. Cuando las familias primitivas se convirtieron en pueblo, los hombres y las mujeres se prestaban las herramientas de trabajo, las yuntas de labranza, el perro, la manteca, los huevos y la carne. De esa solidaridad salió el espíritu público. Por esa solidaridad de intereses y prestaciones ganaron fuerza las amistades. El verdadero patriotismo es una

manera de grande amistad y de finísimo cariño hacia la gente que vive en la misma porción de tierra que Dios dio a nuestros abuelos para realizar su vida. El patriotismo es también ese vago sentimiento que se forma y crece en la penumbra amable de las casas de los abuelos y que busca multiplicarse y fundirse en una comunión sagrada de afectos. A quienes faltaban al deber de estos afectos, la sociedad antigua les negaba la sal y el fuego. Sin fuego y sin sal, ya no podían participar en la gran reunión de los hombres que guardaban el espíritu de la sociedad. Eran como seres malditos de Dios. Eran réprobos de la sociedad de los hombres.

Cuando me vi obligado a dejar la Patria, empecé a sentir cómo me faltaba el calor de esos afectos. (Cuando estés más grande, sabrás por qué me vine de la tierra, cuya "voz antigua" me he esforzado en escuchar y en repetir con devoción religiosa. Es un relato triste, para cuya pesadumbre no están preparados tus débiles oídos). Me faltaba, como te digo, el amor de mis otros hijos y me faltaba el calor de muchas amistades. En cambio, hasta acá llegaban perversas intenciones, empeñosas en dañarme. Anhelábamos tu abuela y yo un poco del fuego amoroso de nuestro antiguo hogar en ruinas. No podían venir los hijos. Tú, en cambio, te ofreciste a volar sobre el mar, para traernos, con la sonrisa nueva de tus labios, algo del calor de la lejana brasa hogareña.

Instantemente me pides un cuento. Todos los días quieres que te repita cómo bajaste en forma de estrella hasta la copa de una encendida flor de nuestro jardín caraqueño. (¡Ah, destino voltario que destruiste el jardín e hiciste de nuestra tibia casa un frío hueco de alquiler!). No te canses de oír la historia de la buena osa, que subió a los cielos para vivir en forma de airoso conjunto de estrellas, por haber dado calor al Niño Jesús, extraviado de Nazaret en fría noche de invierno. Todas las historias las tienes ya bien guardadas en tu memoria precoz, mas no hay día que no me pidas con los viejos que te relate nuevos cuentos. ¿Qué mejor ocupación para mis ocios que llenar tu espíritu de maravillosos relatos...?

Hoy he querido hacerte por escrito la relación de mis viajes de niño a la casa vecina de la abuela. Eran, en realidad, viajes cortos, sin

esfuerzo alguno de mi parte. Viaje, el tuyo. De un brinco gigantesco saltaste ingrima y sola de los tuyos, la inmensidad del Océano que Colón despobló de fantasmas. Volaste como una primorosa golondrina, para avisar a tus abuelos la llegada de la primavera. Al hogar vacío, donde añorábamos a la distante Venezuela, viniste cargada de los aires familiares y refrescantes de la Patria. Lo que yo de niño buscaba entre las encendidas macetas y fragantes tiestos de aroma, de romero y de albahaca, en la casa de la abuela, aquel remoto sabor de Patria vieja que dormía en el cuarto de los muebles familiares, todo, todo vino enredado en tu corpiño diminuto, en tus bucles ligeros, en tu risa suave, en tu mirada luminosa y triste, en el faldellín de la muñeca que te hizo compañía durante las horas solitarias del vuelo trasatlántico. Cuando contigo entre los brazos recibí tus tiernos besos, de nuevo sentí el palpitar de todo lo mío, de todos los míos, de mis hijos todos, de todos los netezuelos, de mis padres muertos, de mi Patria inmortal. En tu sonrisa de niña vi renacer la eterna sonrisa de la abuela que vivió casi cien años y siempre se reía. Era tu sonrisa la misma sonrisa suya, que saltando sobre los labios de mi madre y sobre los labios de mis hijas, llegó hasta ti como una larga, dulce, constante bendición de Dios.

Esto en realidad no es cuento, esto es el fleco de una larga historia, cargada de alegría y de dolor. Es un trozo de la historia de mi vida, tanto engarzada en el garfio de plata de la abuela como de nuevo engarzada en el garfio dorado de tu vida y de la vida de los nietos distantes. Mi pasado y mi futuro. Mi ayer y mi mañana, vistos en el espejo de una misma sonrisa. Como tú en tus abuelos derramas parte del inmenso afecto que sientes por tus padres, así yo en el culto ofrecido a la dulce viejecita de hundidas sienes y cabellos canos, rendía entrañable devoción a la madre extraordinaria, cuyo corazón de luz y almíbar labró la abuela para regalo mío. Hoy en ti, aún más que en mis hijos, miro revivir mi pasado de manera esplendorosa. Tú y los otros nietos —Josefina, que ha debido estar primero que tú en mis brazos de abuelo, Mario Alonso, Gisela, Roberto Bastida, Elena, Garcigonzalo, María Guadalupe, Gloria de los Angeles— formáis una unidad móvil y creciente, que habrá de

prolongar en el tiempo la historia de maravillosa sencillez de la abuela sin hiel y sin malicia.

Cuando vosotros sepáis mañana leer en vuestros libros de grandes letras e iluminadas láminas, apartad por un momento los cuentos de hadas y gigantes, y dedicad un rato al recuerdo sereno, límpido, fragante de la abuela que pidió para mí las bendiciones del Cielo. El Cielo escuchó la súplica ferviente de la abuela bondadosa, y cuando me sentía más solo y abatido y estropeado por la suerte y por la maldad de los hombres, bajaste tú del Cielo, no como la estrellita que despertó sobre la rosa de nuestro abatido jardín de Caracas, sino desde el raudo pájaro de metal, que de Venezuela le trajo como hada primorosa para curar mis recientes heridas. El cuento de la estrella se hizo realidad, cuando sobre mi frente recién marcada por las huellas del odio de mis enemigos inclementes, tú depositaste el más puro, el más tierno, el más consolador de tus besos de niña...

Esto que te refiero no es cuento poblado de milagros, como los cuentos que escuchas en la radio. Es, en cambio, un relato cargado de amor y sencillez. Es apenas el perfil borroso para un retrato de la abuela maravillosa, que me aconsejó ser bueno y que ayudó a mi madre en la obra perseverante de ilustrar mi mente. ¡Qué de cosas me enseñó de palabra y con su ejemplo la dulce viejecita! No por la injusticia de los juicios sobre mí vertidos, he aprendido a dejar un escape a las personas cuya conducta entra en el radio de mi crítica; hablaba siempre ella de rendijas abiertas por donde se pudiera hacer la luz sobre las conductas extrañas. ¡Cómo era de temerosa para enjuiciar el mundo! Cuando oía examinar vidas ajenas, llena de caridad y de temor decía: "No juzguéis: los altos juicios de Dios, sólo Dios!". Cuando escuchaba el encrespamiento de los odios, buscaba el sosiego entre las voces discrepantes. Fue prudente, amable, pacífica. Tuvo como único enemigo a su propio corazón cargado de ternura y propenso siempre a hacerla sufrir el dolor de los demás. Para su vida no anheló otra cosa que el don milagroso que tú llevas en el nombre. Humilde y resignada, poco esperó del mundo. Su bondad y buen sentido la ayudó, en cambio, a desdeñarse y a reír de las cosas fútiles y pasajeras, para buscar la

paz profunda y duradera del espíritu. Ella era la paz. Era ella una clara conciencia de irenismo. Eirene, tu segundo dulce nombre, quiere decir paz en griego, la lengua de esa ciudad llamada Atenas que enantes te nombré.

Al lado del nombre inefable de María, hace el binomio perfecto que aposentó permanentemente en el pensamiento y en la voluntad de la viejecita encantadora. Ella cargaba la paz en el fondo del espíritu. Tú la llevas en el aire del nombre, como promesa de plenitud y de alegría. La paz que perdona e hinche el corazón de quienes creen en la fecundidad indestructible del bien. Paz de ese dulce perdón que diariamente te aconsejo pedir para los enemigos de tu padre, de tu abuelo, de toda tu familia.

Largo va, hija mía, el relato que he escrito para ti y para todos los primorosos netezuelos en que se prolongará mi vida triste. Deja un beso en mi frente abatida y besa también la frente de tu abuela. Ella es tan buena para ti como fue para mí la viejecita que mi cuento te evoca. Pero antes de poner el colorín colorado, que tanto te apena cuando escuchas la radio, prométeme muy seria y formalmente que en la vida procurarás ser tan buena, tan sencilla, tan temerosa de Dios como fue la Mamá Teresa. Si lo fueres, mañana tendrás nietos que te recuerden con la misma devoción y el mismo amor con que yo recuerdo a mi dulce abuela. Y ahora, con atención y en silencio,

Vé a rezar, hija mía. Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo;
cesó el trabajo afanador y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón...

Espera, hija. No te he dicho el nombre del poeta que puso en letras castellanas "La Oración por todos". Llegó a viejo el poeta y por su vejez y por su sabiduría y por su extraordinario sentido de la justicia, es una especie de abuelo de todos los venezolanos. Se llamaba Andrés Bello. Todos los niños de Venezuela deben conocer su nombre, como deben conocer el nombre de Bolívar, que nos dio Patria, decoro y libertad. Vé, pues, a rezar como te digo, y

Ruega por mí, y alcánzame que vea
en esta noche de pavor, el vuelo
de un ángel compasivo, que del cielo
me traiga los dones inefables de la paz...

Madrid, febrero de 1956

REFERENCIA PERSONAL

Teresa Briceño de Iragorry nació en Trujillo el año de gracia de MDCCCXXXV, del matrimonio de Paulo Briceño Angulo y Francisca Valcarce Pimental González Segovia. Casó en la misma ciudad en MDCCCLIII con Andrés María Iragorry. Nacido en Maracaibo el año de MDCCCXXIV del matrimonio de Andrés Iragorry y María Josefa Montiel. Murió en Trujillo el 28 de mayo de MCMXXVIII.

R. I P.

PRIMERA LECCION PARA MIS NIETAS DESTERRADAS (1956)*

(*) Reproducido de la 1ra. y única edición limitada. Zaragoza: Editorial "El Noticiero", 1956. 18 p.

A María Guadalupe
y María Adela Burelli Briceño

Tu hermana de cortos meses, ¡oh, diminuta María Adela!, fue arrancada del suelo patrio por los odios desatados contra tu padre. Tomóse como hostilidad al gobernante el hecho de que hubiera solicitado garantía para sus alumnos universitarios, perseguidos arbitrariamente por la policía política de la región, y fue obligado a transponer las fronteras nacionales. Con tus padres, vino María Guadalupe, tu linda hermanita, de cortos meses, a compartir nuestro ya largo destierro. Si aumentó nuestro viejo dolor al ver que los hijos, cómo nosotros, perdían la Patria, en cambio hubo dulce risa con qué suavizar la aspereza de los días tristes del proscrito.

Así fuese pequeñita, tu hermana ya estaba saturada de las auras amorosas de la tierra patria. Un susurro de aire adormecido en la felpa sedosa del solitario frailejón, se había aposentado en sus oídos inocentes. El lejano destello de la nieve que sirve de corona a la empinada Sierra, había llegado hasta su absorta mirada. Agua humilde, limpia y clara del Albarregas —hay ya una promesa de sonora blancura en el nombre del río— había lustrado la rosa delicada de su carne. Leche pura y tibia de vacas apacentadas en prados de espejeante verdura, le había comunicado la fuerza nutricia de la tierra natal. Tenía María Guadalupe —Guadalupe por la maravillosa Patrona de nuestra sufrida América, María como tu madre— apenas pocos meses, pero, sobre la gracia venezolana de la

sangre que corre por sus venas, ya se había fijado en ella la potencia del paisaje nacional y la potencia oculta y poderosa de la tierra, vieja y niña a un mismo tiempo, de la Patria sagrada.

Tú, en cambio, naciste fuera de los patrios aleros. Tú has sido inscrita en el libro sombrío donde figuran los nombres de quienes no podemos —por imperio arbitrario de otros hombres— gozar la gracia de vivir en el suelo de nuestros padres. Tenéis los niños derecho pleno a comenzar a soñar al abrigo de las nubes que divagan en la atmósfera natal. Cuando yo contaba apenas breves años, mi madre me explicaba en tono de milagrosa ternura el curso de las altas y misteriosas nubes. Para mí eran entonces las nubes manera de cuerpos con vida, a quienes mi fantasía buscaba semejanza con los animales conocidos. Se me decía que las nubes beben, como los caballos, agua en los cercanos ríos. Supe que las nubes estaban formadas del agua vaporosa que subía de la tierra, mas ignoraba que su estructura leve era como la sublimación poética del río, de las quebradas y de los manantiales que rodeaban a mi ciudad natal. Menos podía intuir que en alguna de esas brillantes remotas, majestuosas nubes pudieran estar sublimadas, también, las gotas de rocío que durmieron entre la nítida copa de los lirios y, menos aún, las lágrimas copiosas que rodaron por el rostro de la gente que sufre.

Al amor de las nubes de nuestro pueblo nativo pareciera que se soñase mejor. Viajan ellas de uno a otro confín celeste. Algunas vienen de muy lejos. Empero, se las mira implantadas en nuestro paisaje local, como si fueran encumbrada techumbre de sólo nuestro propio pueblo.

Cuando tú comiences mañana a contemplar el paisaje, te hallarás con nubes formadas de vapores levantados acá, con nubes distintas de los cúmulos y de los cirros que cubren a la Patria. Si tu madre se pusiera a enseñarte, como me enseñó la mía, el sentido de las nubes, tendría que aguzar la fuerza imaginativa para explicarte optimistamente cómo alguna de esas nubes solemnes que cruzan los cielos de la Península Ibérica, pudo ser traída por algún viento bonancible

desde nuestro reconfortante y calumniado Trópico. Te diría con palabra trémula que en esa nube lejana, luminosa, inmensa, hay vapores acuosos que se alzaron de la tierra donde tus abuelos remotos esperan la voz del Angel que los llamará a vida resurrecta. Te iría lentamente diciendo cómo es el agua que ciñe nuestras costas azulencas y cómo son las maravillosas y desiertas ensenadas, en cuyas playas, llenas de luz a la par que ensombrecidas por los tupidos cocotales, van a extender su melena de espumas las olas bravías del luminoso Caribe. Con amorosa palabra te hablaría de los ríos caudalosos que cruzan el territorio de la Patria. Te diría de la imponente majestad del Orinoco, de silenciosas y embravecidas aguas; te diría, también, del estrépito ruinoso con que bajan de las cumbres altísimas el Motatán soberbio y el Chama desafiante. Te diría de los inmensos ojos de luz que forman los grandes y pequeños lagos, donde las airosas aves contemplaron ayer en paz sus finas sombras y donde hoy la industria fabril ha sembrado —como ocurre en Maracaibo— las torres metálicas, por donde salta el diabólico licor que engendra nuestra riqueza pecaminosa. Ayer en sus playas sosegadas, donde batían su abanico las egregias palmeras, pudo anidar sus huevos el pacífico alción; hoy, en cambio, no hay playa alguna, así en el orden de las aguas, así en las fronteras de la conciencia colectiva, en que pueda empollar el ave misteriosa que guarda el secreto de la serenidad por donde cesan las tormentas. Hablaríate, también, tu madre, de las lagunas, ora perdidas en las cumbres de la Cordillera, ora puestas, como fuentes para saciar la sed voraz, en el mantel quemante de los Llanos; en éstos, las garzas de blanca o sonrosada rigidez montan guardia, como si resguardasen la pureza de sus linfas generosas; sobre aquéllas, las águilas serenas se pasean orgullosas de su dominadora soledad. Y cuando ya tu madre haya agotado la rica hidrografía de Venezuela, te diría cómo en esa nube remotísima, casi venida por milagro desde nuestra Patria prohibida, hay delicadísimos vapores alzados de las lágrimas salobres que manan diariamente de los ojos —convertidos en muertas aguas vivas— de las madres desoladas (¡ah, si también llora allá tu otra abuela!), de las esposas aflictas, de los hijos entristecidos, de las hermanas nostálgicas, de las novias mustias, a quienes hijos, esposos, padres, hermanos y novios han sido arrebatados para

echarlos a extrañas playas o para torturarlos en el silencio de las cárceles, o para cobrarles aún —así ha ocurrido en funesta hora— con la propia vida la desavenencia con el régimen vigente. Te explicaría en tal caso tu madre convertida en pedagoga de sutil dignidad cívica, cómo el dolor dignifica y ennoblece la expresión fugaz de la nube que nos trae el mensaje sublimado y amoroso de la Patria y cómo, para hacerse grande y brillante como la nube, la Patria reclama el doloroso sacrificio de sus hijos.

Junto con el líquido elemento levantado como vaho doloroso de la tierra dulce donde arraigan nuestros más caros y enhiestos valores, vendría con la nube historiada una huella ligerísima de la angustia profunda que abate a innúmeros hogares, sobre los cuales se ha cebado la crueldad de los hombres ensoberbecidos. La leve carga de humano dolor por donde la nube se hace de modo más fiel uno como retrato vagaroso de la Patria, daríale mayor expresión para ser vista como retablo veraz de la inasible realidad que nos separa del suelo amado donde vuestros mayores abrimos los ojos a la vida.

Sobre la distante y movediza geografía de la nube, tu madre os iría describiendo a ti y a tu hermanita mayor, la firme y maravillosa geografía, donde hoy debiera placenteramente discurrir vuestra existencia, si los hombres que se alzaron con el mando no tuvieran corazón de lobos y si los otros hombres, que con nosotros comparten el doloroso gentilicio venezolano, tuvieran conciencia del riesgo que corre su libertad y su decoro personal, mientras continúen autorizando con su conformidad o su silencio indiferente, el arbitrario tratamiento que los déspotas aplican a los derechos de quienes no se avienen con los crímenes cometidos contra la República.

Cierto que no es hora para que despierte al dolor vuestra alba de inocencia. Aún no es tiempo, en realidad, para que os sea explicado a ti y a tu hermanita las causas del destierro que ella sufrió en sus meses iniciales y que a ti te fue impuesto aún antes de que abrieses los ojos a la luz de la existencia. Patria dura y cruel, podríais pensar, si tuvieseis lumbre de razón. Aquí estoy veraz para deciros lo

contrario. Dulce, noble, generosa, espléndida es la Patria que nos da el derecho, hoy lleno de angustias, de ser venezolanos. La maldad, el terror, la indiferencia y la crueldad vienen de un grupo de hombres que asaltaron el Poder y que trataron a la Patria no ya como a la antigua generosa madre, sino como a tierra de ocupación y de conquista. Para nosotros jamás se confundirá ella con quienes la oprimen y traicionan. Ella es para nuestras vidas como la columna que guió el paso de los israelitas a través del árido desierto por donde ganaron la Tierra Prometida. Así esté distante de nosotros, habremos de mirarla cada día como nube luminosa y altiva que atraviesa el cielo de nuestros espíritus. Vivirá en ti y sobre ti, y vivirá en tu hermanita de cascabelera risa, como nube donde se concentran las esencias afectivas que, para rodear tu cuna apátrida, evocamos a cada instante tus abuelos y tus padres.

Así comenzamos, oh, criaturas primorosas!, la lección apropiada que abrirá camino de vuestras tiernas almas a los altos valores por donde gana dimensión de perennidad nuestra gloriosa Patria. Con nosotros ha viajado su historia como penates salvados en dolorosa odisea. En ti y en tu hermana iremos lentamente quemando, como en brasero de oro, las más finas, ricas, fragantes resinas cuajadas en el árbol frondoso de la Patria. Sabrás entonces que Venezuela, para vivir en vuestros espíritus la plenitud de la alegría, ha comenzado al borde de un dolor. Sabréis, también, que para mejor sentirla y comprenderla deben sus hijos unirse a ella tal como se unió, hasta ganar dimensión divina, el vil madero al buen Jesús. Cuando los clavos desgarraban sus fibras insensibles, daban a la Cruz la gracia de participar en el misterio de la Redención. Sabréis, también, que para hacer grande y vigoroso el destino de la Patria, precisa borrar de su faz dolorosa, por medio de la comprensión y del perdón, los odios infecundos y vergonzosos que destrozan la vida de sus hombres y que desfiguran su rostro de nación. Sabréis, también, cómo, para seguir viviendo en paz, es necesario apagar con el olvido innúmeras memorias...

Madrid, 15 de septiembre de 1956.

PEQUEÑO ANECDOTARIO TRUJILLANO (1957)*

(*) Reproducido de la 1ra. edición. Caracas: Ediciones Edime, 1957. 202 p.

La circunstancia de mi larga permanencia en España, vecino a los Archivos de Sevilla y de Simancas, pudo hacer pensar que la utilizaría para proseguir la obra investigadora de los orígenes de Trujillo, en la cual tomé parte ayer, junto con los historiadores Amílcar Fonseca y Américo Briceño Valero. Personalmente dispendioso calculé el esfuerzo que representaba la búsqueda y acopio de papeles, que a otros, en cambio, se hiciera fácil realizar.

Como escritor preocupado desde mis primeros escarceos por las cosas de mi tierra, me sentí, no obstante, obligado a divulgar una vez más el pasado de Trujillo, precisamente en momentos en que retoñan fervorosos recuerdos, al aprestarse la ciudad para festejar su cuarto centenario. Junto con el ensayo, donde se examina la dimensión formativa que ha de acompañar a estos hechos, quise llevar al papel parte de la historia pequeña, sutil, huidiza, que escapa a toda fina rebusca entre polvosos papeles de archivos y que apenas vive como fresco aire de lejanía en la memoria de los hombres fieles al latido maternal de la tierra. Alejando de Simancas y de Sevilla, he consultado el archivo personal de mis recuerdos, para escribir cosas de aparente intrascendencia sobre el pasado de mi pueblo, pero que, en cambio, hallan suelo en la conciencia devota de quienes sentimos el palpitar de la Historia como ímpetu de víscera ardorosa. A mis amigos de Trujillo nada nuevo ofrezco. En estas desmirriadas líneas doy apenas forma a sencillos incidentes y a ligeros apuntes que viven en la memoria de quienes sabemos paladear el vino capitoso de la tradición. Retienen estos relatos una

suerte de aroma mortecina, como de flores guardadas en álbumes antiguos, pero que más allá del tono desfalleciente que es como substancia de las cosas viejas, mantienen un saudoso sentido, propicio para hacer renacer la fuerza inmortal de la pequeña historia de la Patria.

En estas líneas yo no envío ningún nuevo recado de cultura a quienes en Trujillo atienden con cariño mi palabra. Por el contrario, van ellas a decirles cómo conmigo anda Trujillo y con Trujillo Venezuela, a través de mi peregrinaje por los forzados caminos de Auropa. No porque España llame a la recordación histórica he recalentado acá mi devoción por las cosas viejas de la Patria. Bajo el sol estival de Castilla apenas maduran frutos cuya sazón arranca de la raíz profunda que mi vida tiene enterrada en el estrecho valle de Mucas. De haber tenido medios para hacerlo, habría examinado el meandro de la historia colonial de la región cuycas, para así saber mejor cómo fue el discurso de su vida en los siglos gestantes de la autonomía. Me limito en estas páginas a devolver a Trujillo el recuerdo de hechos —en su mayor número cargados de excelente ejemplaridad— que viven conmigo en el cascabullo de la memoria.

He escogido el tema sencillo y simple de la anécdota para en ella apoyar el esfumino propio a dibujar rostros que quedaron grabados en la memoria emocional del pueblo. La anécdota tiene valor de documento moral. Por su sentido etimológico pareciera referirse a cosas secretas. Su ámbito es, en verdad, de alcance reducido. Más que en la Historia, puede decirse que ella está implantada en el terreno de la subhistoria. La anécdota no se mueve en planos de dramatismo impresionante. En su campo no suena el clarín de los heraldos. Mantiénese en tono más bien secreto, que la hace confinar con la inedición y con el olvido consiguiente. Sin embargo, Lytton Strachey, padre de la moderna biografía, halla en determinadas anécdotas valor fundamental para la interpretación de un carácter. Cuando corresponde directamente a la realidad expresiva del sujeto, es manera de refucil que define la interioridad o como acto fallido que acusa un pensamiento secreto; cuando el apunte o la anécdota ha sido construido por el grupo que circundó al personaje,

la escena o el dicho fue siempre elaborado con contornos de retrato o como silueta de contraste, por donde se hace fácil intuir rasgos precisos de la personalidad del sujeto. (Estas circunstancias precisa tomarlas muy en cuenta cuando se trata de dar valor a referencias arbitrarias presentadas como anécdotas de algún personaje histórico).

La mayoría de las anécdotas, escenas y dichos aquí agrupados apuntan a la presentación ejemplar de hombres que pueden seguir enseñando conducta. Algunas miran al mero gracejo del momento o a la aguda intención de los sujetos. Ninguna, en cambio, rezuma empeño de mordacidad o menosprecio hacia las personas puestas en tinglado.

Yo aprendí a gustar la pequeña historia de mi pueblo desde años juveniles, cuando ponía atención devota a la palabra reposada de los viejos. El trato familiar con el historiador Américo Briceño Valero, más que deudo maestro mío, y la amistad cordialísima con que me favoreció Amílcar Fonseca —ambos inolvidables al hacer el recuento de los historiadores de Trujillo—, me abrieron el mundo amoroso de los anales de la ciudad. Con ellos aprendí la vieja lengua de los timoto-cuycas, con ellos aprendí a clasificar restos arqueológicos, con ellos aprendí a leer borrosos papeles coloniales, con ellos aprendí a distinguir ese espíritu sutil, inaprehensible, de difícil definición, que no se alza del sueño de los papeles, sino que vive como un aura moral, sublimada, etérea, en el espíritu del pueblo que siente la realidad de la Patria como mandato impostergable.

He tenido la fortuna de haber podido confirmar la muletilla cronológica y de haber refrescado algunos nombres, por medio de la consulta de los "Orígenes Trujillanos", del viejo Fonseca, en buena hora echados a la luz por la dedicación cariñosa de su hijo, el íntegro caballero y digno ciudadano don José Amílcar Fonseca.

Estos apuntes, cargados de afecto hacia la gente de mi tierra, pudieron haber sido mucho más extensos si hubiera tenido posibilidad de consultar mis distantes archivos personales y si

hubiera gozado de medios expeditivos para comunicar con mis amigos de Trujillo. Si pluguiese, en cambio, el tema, bien podrían escritores trujillanos residentes en la tierra recoger las numerosas anécdotas que vuelan en labios de gente memoriosa y formar un mejor centón, para ilustración y solaz de las actuales generaciones. El perímetro de esta colección ha sido, también, intencionalmente reducido a la función ejemplar que he buscado para la mayoría de los relatos. No cabrían aquí, pese a lo festivo del lance, casos como el del Cura de San Miguel, que ordenó al sacristán enterrar la hermosa talla iluminada del Patrono del pueblo, por cuanto de noche, al recogerse con algún alegre pecadillo dentro del pecho, no podía resistir, a su paso por la sacristía, la amenazadora mirada del Diablo yacente a los pies del arcángel victorioso. Puede mover a risa esta suerte de apuntes; en cambio, no promueven la reflexión útil que suscita la conducta de la mayoría de los personajes cuyo esbozo intento en estas páginas.

Mi propósito se encamina a esa finalidad educativa. Quizás el mejor homenaje que los hombres de hoy podemos hacer a los hombres de ayer es traerlos a nueva vida en la dinámica social. Nada valen sus luminosos retratos en las vistosas galerías. Importa, por el contrario, exprimir de ellos su valor social, su ejemplo útil, su lección digna. Yo he intentado en forma amena y sencilla poner en acto algunos de los hombres que forman la substancia de nuestro pueblo antiguo. A nuevas palabras, he preferido airear su recuerdo y hacer que una vez más caminen los egregios varones que ilustran con su decoro o distraen con su alegría, los pasos antiguos de nuestra historia de ciudad. Modestas y sencillas, en estas páginas alumbra, sin embargo, la luz de una historia que sólo podemos recoger quienes sentimos con ardor creativo la permanencia umbilical de afectos que ni se improvisan ni se mercan.

Hora es ya de callar lo mío para dejar al lector que me atiende generoso con las sombras amables de los viejos trujillanos, que aún pueden enseñar acciones nobles.

M. B. I.

Madrid, 15 de septiembre de 1956.

Era el año 1560. Andaba la ciudad de Trujillo por términos de Burate o Boconó. Ejercía funciones de Alcalde el capitán fundador don Diego de la Peña. Alguien anunció que por la ruta que venía del Nuevo Reino de Granada se divisaba un golpe de caballeros armados. Don Diego hizo enjaezar su cabalgadura y, acompañado del Alférez Mayor y de los alguaciles reales, salió a las afueras para esperar a los visitantes. Luego, estuvieron en términos de Trujillo los viajeros procedentes del Reino. Se saludaron cortésmente y el Juez, don Alonso de Esperanza, se adelantó a poner en manos del Alcalde trujillano una rogatoria para la entrega de la persona del capitán Juan Rodríguez Suárez, por sus émulos hecho preso en Santa Fe, de cuya cárcel logro escapar y

Allegóse a la encomienda
do lo esperaba Román,
—Román, apréstame el potro,
mi potro el de guerrear.
—¡Aquí lo tenéis, señor!
—Aquí lo tenéis, don Juan.
Aprestados he también
los arreos de batallar.

Con Rodríguez Suárez había llegado a Trujillo el fundador Juan Román, en unión de ocho oficiales y cosa de veinte indios. A la gente de la Nueva Trujillo era por demás grata la presencia entre ella del valiente conquistador, sumado al número de quienes

porfiaban por dar asiento fijo a la andariega ciudad. Demás de esto, los trujillanos no estaban dispuestos a hacer suyo el espíritu de venganza que inspiraba a los reinosos.

Don Diego de la Peña recibió de manos del juez Esperanza el escrito que firmaban los jueces de la Audiencia de Santa Fe. Puso sobre sus renglones la mirada atenta y huraña, para volverlo a plegar y devolverlo al estirado juez.

—Pues mire su merced, señor letrado, esto que me dice respeto a don Juan Rodríguez, non va a ser de concedello, por cuanto aquí en esta cibdad de Trujillo non sabemos leer si non es el *Ave María* e si non leer, non podemos entregar al mentado reo don Juan Rodríguez.

Fina, piadosa respuesta que aseguró al perseguido su pacífica residencia en Trujillo. El Nuevo Reino de Granada y la Gobernación de Venezuela, en cuyos términos entraba la provincia de los cuycas, eran, en realidad, dominios comunes de la distante España, pero ya los fundadores tenían claro sentido del alcance de las jurisdicciones. Los acuerdos de la Audiencia santafereña no se cumplían por sí solos en el distrito judicial de Santo Domingo, de que formaba parte Venezuela, y para abultar aún la imposibilidad de cumplirlos, el Alcalde de la Peña recurrió al arbitrio sencillo de declarar que sólo el *Ave María* sabían leer los trujillanos.

En nombre de una ignorancia iluminada de piedad cristiana, las autoridades de Trujillo resistieron el primer requerimiento de entregar a una víctima de los odios partidistas. La genealogía del hermoso, noble, humano uso del asilo, que prestigia el derecho internacional americano, tiene, pues, su más viejo abolengo en la conducta generosa y entera de la ciudad de Trujillo para el perseguido Juan Rodríguez Suárez.

Tal vez en una esquina de Trujillo un bronce simbólico podría perpetuar esta sublime anécdota del modesto, piadoso, humilde Alcalde don Diego de la Peña. Con recordar la figura borrosa del cristiano funcionario se renovaría la memoria del más encumbrado

acto con que se abren los anales cívicos de Trujillo, verdadera piedra miliar en el itinerario moral de Trujillo, este hecho es raíz y símbolo promisorio de lo que en 1820 sería la concordia que puso fin a la guerra a muerte. Uno y otro hecho constituyen los pergaminos de hidalguía que aseguran a la ciudad el título de *Ciudad pacífica.* No en vano sobre las alas del *Ave María* inició su ruta el institucionalismo trujillano...

Cuando el pirata Grammont de la Mote visitó a Trujillo el año 1668, puso fin a la primera gran etapa de la "ciudad portátil", según llamó a Trujillo en su proceroso estilo el historiador Oviedo y Baños. Hasta aquella fecha la ciudad ocupaba en el cuadro de las ciudades venezolanas puesto que seguía al de Caracas. Sus lujosas mansiones, la riqueza de sus vecinos, su clima estupendo, las delgadas aguas de sus quebradas y su río, hacían de ella un lugar placentero y seguro. Su fama, justamente, abrió la codicia de los piratas, quienes esperaban lucrar con sus afamadas riquezas. No convenido, por excesivamente alto, el rescate pedido por el audaz corsario, la ciudad fue entregada al pillaje y a las llamas. Con la tarde del 16 de septiembre —trágica fecha en la cronología trujillana— un piquete de corsarios se dirigió a la parte alta de la ciudad. Entre los mejores edificios, estaba el Convento de la recolección franciscana, con título de San Antonio de Padua. Se corrieron voces de que al cuidado de los frailes y cubiertos de la inmunidad del lugar sagrado, se guardaban en él valiosos tesoros de los vecinos ausentes. A la puerta del Convento se detuvieron los fieros corsarios. En el claustro sólo había silencio y soledad. Los frailes se habían ido a las vecinas encomiendas. El recinto había quedado a la inválida guarda de un añoso fraile, que en su juventud había sido —según dice la leyenda recogida por Fonseca— hombre de trajines en el hampa de los puertos de Francia. En religión tomó el nombre de Benito de la Cueva. En su viejo mundo de crímenes, llamábase Francisco Teodoro Wasseur. Pícaro y picardo a la vez, el viejo fraile conocía el

caló de los piratas. A su mesa estuvo, entre tragos y mujeres, cuando los fieros aventureros regresaban a Marsella o a Burdeos. Sabía, también, que una deformada fe religiosa subyacía en los socavones entenebrecidos de estos hombres, acostumbrados a obrar como si para ellos no existiese ni Dios ni Santa María. Como hombres de guerra, los fieros piratas franceses habían borrado todo sentimiento de piedad, pero se inclinaban con ciego fanatismo ante el nombre del gran rey, que unió cruz y espada para la cruzada por la fe. Esto lo sabía el anciano fraile, y cuando los corsarios forzaron las puertas del Convento y penetraron en son de pillaje, avanzó hacia ellos y con voz autorizada les mostró una imagen del rey San Luis, patrono de los Terciarios franciscanos, y les ordenó con imperio: Rendid las armas, oh fieles franceses, ante el rey que murió en Túnez por Dios y por la Patria...

Después de arrodillados, ya los piratas sólo tuvieron tiempo para gustar la charla picaresca del hermano desertor...

En Santiago de Chile nació por 1590 Fray Alonso Briceño. Después de haber profesado Teología y Filosofía en Lima, fue promovido a la silla episcopal de Nicaragua. Al ocurrir la vacante de la Mitra de Caracas, por muerte del Ilustrísimo Sr. Fray Mauro de Tovar, el Obispo Briceño fue trasladado a ella. Tomó posesión de su cargo en la ciudad de Maracaybo y de allí se patió a Trujillo, donde permaneció hasta su muerte, en 1668, sin haber jamás ocupado el solio de su Catedral caraqueña. Explicaba José Domingo Tejera que el apego del Obispo a Trujillo derivaba de la complacencia de hallarse entre sus deudos Briceños. El argumento explica poco el caso, para el cual creo haber hallado solución en el hecho de que Briceño, al llegar a Maracaybo, debió de haber tenido informes de las rencillas que entre la Mitra y la Orden de San Francisco, de la cual era hijo el Obispo, dejó sembradas su antecesor, el tremebundo Obispo Tovar. En cambio, en Trujillo tenía paz, clima, comodidad y la ayuda de los frailes de su benemérita Orden.

Hombre de grandes saberes, había editado en España dos volúmenes de "Controversias", sobre temas metafísico-teológicos, cuya traducción y comentario ha hecho recientemente el ilustre Profesor Juan David García Bacca. Amigo del deporte y arte venatorio, posiblemente tras alguna lapa o un ágil venado de Monay atrapase la fiebre que le redujo al lecho de donde lo levantaron para la sepultura. Todo lo posible se hizo por salvar a su Ilustrísima. El médico de cabecera le propinó lo que a mano tuvo: sumo de

mastuerzo; palomines abiertos sobre el vientre; piedra bezoar en vaso de plata dorada, traída especialmente de Santa Fe del Nuevo Reino; plantillas de piel de gato y hasta el auxilio milagroso de un dedo de San Francisco Solano, en pectoral puesto sobre el ilustre enfermo. Mas todo fue en vano, y con gran dolor los deudos y familiares del Obispo lo vieron un día cerrar los ojos para siempre. Fastuosos preparativos se habían hecho para las pompas fúnebres, primeras de un Obispo que iba a presenciar la pacífica ciudad de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo. Se encargaron de levantar y vestir el cadáver el sobrino del Obispo, Fray Diego de Briceño, y su Tesorero, el Padre Gamboa. Cuál sería la sorpresa de estos buenos clérigos cuando hallaron bajo el colchón donde expiró el prelado una serie de ídolos indígenas. Hecha la investigación del caso, súpose que un fiel indiecito, de la servidumbre del Obispo, había colocado los diabólicos cacharros en el lecho del enfermo. Procedieron los clérigos a exorcizar el cadáver y al castigo condigno del embrujado criado. Fue éste conducido para la azotaina hasta la piedra mónica, situada a inmediaciones del templo parroquial.

—Yo no lo hice por daño —gritaba el aterrado indiecito—. Yo quería que mi amo el Obispo se curara la calentura.

Todavía cuando era yo niño corría en Trujillo la conseja de que, para evitar que el moho las dañase, don Jacopo Antonio Roth hacía asolear las cuantiosas peluconas que guardaba en sus bien guarnecidas arcas. A fines del siglo XVIII fue a montar casa en la pacífica Trujillo este atildado caraqueño, en quien resaltaba la alegre seriedad de su ancestro escocés. Gran señor, fuelo siempre en el salón, en el estrado público, en el fundo agrícola, en el cuartel patriota. Dueño de ricas haciendas de cacao y de tupidas vegas de añil y de tabaco, pensó don Jacobo sumar al prestigio de su cuna, de su cultura y de su riqueza el aditamento de un título de nobleza, por donde le subiera aún más el prestigio que gozaba en Trujillo. Dirigidos memoriales a Madrid y tras la oportuna gestión de los Procuradores en la Corte, Carlos IV tuvo a bien conceder al ilustre caballero título de Marqués de Butaque, previo el Vizcondado de Mucuche, con lo cual se ennoblecían, también, los así llamados ricos fundos agrícolas del nuevo Marqués.

Pero las cosas de Palacio siempre van despacio. Acá midieron y pesaron bien el añil y el cacao con que don Jacobo pagaba los derechos de Chancillería por su estirado título; en cambio, los pendolistas retardaron un poco, o dos pocos, la confección de los iluminados pergaminos. Corrieron los años, y en América crecía el ímpetu autonómico. Caracas constituyó en abril de 1810 su Junta de Gobierno. Ya por este tiempo, el conventículo revolucionario de la capital había aprovechado el viaje que hicieron a Trujillo, en pos de

monjas para la fundación dominica planeada en Caracas, los sacerdotes Rada y Fuenmayor, a fin de que llevaran a los trujillanos invitación de adherir a los planes autonomistas. Los comisionados trataron el caso con los hombres principales de Trujillo, entre los cuales ocupaba sitio prestante don Jacobo. Ocurridos los sucesos de Caracas, en la vieja ciudad de Nuestra Señora de la Paz se proclamó, junto con la adhesión al movimiento de Caracas, la autonomía de Trujillo y su constitución en provincia. Quedaba así roto el vínculo de dependencia que la ciudad mantenía desde 1786 con la ciudad de Maracaybo y ganaba así Trujillo el privilegio de verse representada en el septenario estelar que ilumina la bandera de la Patria. Constituida la Junta Provincial, don Jacobo fue electo Presidente. En sus manos ilustres estuvo por vez primera el bastón de la magistratura regional y de sus arcas cuantiosas salieron gruesos donativos para mantener las necesidades de la guerra de independencia. La peluca empolvada y los relucientes alamares del viejo régimen cedieron el paso al atuendo modesto de la ciudadanía. El noble empingorotado se tornó en el republicano fervoroso y llano. El acaudalado propietario descendió a la modesta condición del prócer que, no teniendo ya onzas de oro que asolear, exhibía con orgullo las huellas que en sus pies había dejado el grillete de preso por la causa de la libertad. Buenos, hermosos, ejemplares tiempos en que los hombres sacrificaban salud y fortuna al servicio de la República. Fortuna y salud perdió el egregio patricio en la aventura de ganar la independencia de la Patria. Retirado a la paz del hogar; rodeado del afecto de larga familia, llamada a ser decoro de Venezuela; visto por la gente de Trujillo como venerable patriarca, alguien habló en alguna ocasión a don Jacobo del fallido Marquesado.

—No llegué a usarlo —dijo— porque no me vino en tiempo. Dios me concedió, en cambio, la gracia de llegar a ser ciudadano de una República libre. Nada valen honores y riquezas ante el orgullo de sentirse obrero de la libertad y del decoro de un pueblo...

Hombre recio, altivo, dominante, el español don José de Gabaldón dejó memoria de ahincado godo. Era nativo de la Península, y en Trujillo había casado con doña Nicolasa Llavaneras, descendiente de los fundadores de la ciudad. Ejerció en ésta altas funciones públicas don José y sostuvo en ella con dignidad de español castizo los fueros de la Monarquía frente al arrollador movimiento republicano. En sus frecuentes querellas por motivos de gobierno o por razones de tierras, don José jamás cedió lo que creyó de su derecho o privilegio. El destino le planteó, en cambio, un problema hogareño de solución dura, ante la cual hubo de rendir su indomable entereza.

La lucha que dividió a la sociedad venezolana tuvo, como era lógico, su repercusión en los propios hogares. Aun en la encumbrada familia de los Bolívar hubo corrientes contrincantes. La férrea María Antonia fue entusiasta amiga de los realistas, y a la hora de la emigración del año 14, el Libertador la hizo embarcar a la fuerza en el puerto de La Guayra. Ganada la independencia, María Antonia volvió los ojos hacia el hermano glorioso y se tornó republicana, en el fondo un poco tarada por el godismo cantonalista que llevó a Caracas a fomentar el divisionismo, por donde se deshizo la unión colombiana, soñada por Bolívar como seguro de la independencia y garantía de respeto internacional para la nueva República. También en el seno de su familia, don José de Gabaldón se enfrentó con la división partidista. Era él cuñado nada menos que del inspirado

poeta Juan Llavaneras. Este altivo patriota es en los anales de Trujillo una suerte de personaje medio mítico, apenas evocado como expresión del ingenio literario puesto al servicio de la Patria. Poeta satírico, a él se atribuye la paternidad de décimas y octavillas inflamadas de ardor patriótico, no sólo puestas a circular mientras el tiempo era propicio a la expresión entusiasta de la fe republicana. Cuando la reconquista española sometió de nuevo a Venezuela a recia servidumbre, y fue a Trujillo a sustituir a las autoridades republicanas el coronel Pedro Fernández, cruel hasta ganarse el remoquete de "Terremoto de Trujillo", tuvo el poeta Llavaneras, pese a la carga de años, tiempo aún para hacer circular agresivas letrillas.

A la Patria el Rey ofrece
humillación y cadena,
por eso en el pueblo crece
el hambre, el dolor, la pena.

¿Suyos serán estos versos, repetidos aun por labios de vieja gente trujillana cuando yo era niño apenas?.

Si por las calles de Trujillo circulaban entre fiestas los versos del anciano poeta, en el seno del hogar de don José de Gabaldón debieron de sonar cual crepitante fuego, cuando los repetían los hijos del severo partidario del Rey. En ellos se hacía sentir América por el imperio de la sangre materna y por la voz amorosa del paisaje natal. Los jóvenes Gabaldones vieron con dolor salir hacia las prisiones de San Carlos y Puerto Cabello a los egregios patriotas que habían encendido en Trujillo la llama de la libertad. Unos a pie, en flacas bestias otros, la cuerda de presos impresionó vivamente el ánimo de los discretos patriotas que los miraban salir de la cárcel. Iban en calidad de criminales Fray Ignacio de Alvarez, el Presbítero José Ignacio Briceño, el Presbítero Enrique Salas, el Presbítero José Antonio Rendón, don Jacobo Antonio Roth, don Manuel Felipe Pimentel, don Antonio María, don Pedro, don Braulio y don Miguel Ignacio Briceño y tantos otros patriotas que habían sido apresados por la venganza goda. Entre los presos no se vio salir al viejo poeta

Llavaneras. Luego, por la ciudad atónita y confusa corrió una voz sombría. El anciano patriota prefirió la muerte inmediata a la humillación de bóvedas y pontones. Ahorcado en el camastro donde echaba los huesos, fue hallado su cadáver a la hora de la partida de los presos. Sus manos decrépitas tuvieron fuerza, como su lengua, hasta el último momento. Con ellas pudo apretar el nudo voluntario con que apagó la vida...

En el espíritu de los sobrinos, el ejemplo del viejo poeta debió de ayudar al fermento de los ímpetus rebeldes. Su padre era de España y España era para ellos la esclavitud y la tiranía; la libertad estaba en el campo atrevido de la guerra. A la voz de que por los lados de Betijoque se habían formado unas guerrillas patriotas, dos o tres de los jóvenes Gabaldones abandonaron el paterno alero y fuéronse a ayudar la causa de la República. La noticia debió de herir profundamente el corazón de don José. Sin embargo, el viejo hidalgo hizo fuerza para lucir una vez más la reciedumbre de su casta.

—Son ellos de América y tienen derecho a buscar la libertad de su Patria. Lejos de enfadarme, me siento orgulloso de la conducta de tales hijos...

Antonio Nicolás Briceño no fue llamado "el Diablo" por maldad congénita, sino en razón de haber hecho repetidas veces el papel de Satanás en autos sacramentales en los Seminarios de Mérida y Caracas, donde fue educado. Por lo contrario, Antonio Nicolás era de natural apacible y reflexivo. Que metodizara en forma monstruosa la lamentable guerra a muerte, por el propio Bolívar proclamada después en Trujillo, nada significa como testimonio de una primitiva naturaleza diabólica. La circunstancia hace al hombre y los hechos funesto de 1812 desviaron hacia la locura, más o menos prolongada, la mente lúcida de los más egregios Padres de la Patria. La historia de Antonio Nicolás Briceño está harto divulgada; la interpretación de su conducta acabo de hacerla en ensayo encaminado a probar cómo Briceño fue víctima de una extremada y fervorosa dedicación a la República (*). Consciente, al declinar su locura, de la proyección de sus actos, dejó constancia, tanto de su entereza frente a la responsabilidad asumida en el plano histórico, como de su bondad natural, cuando de rodillas pidió perdón para sus cómplices. El 15 de junio de 1813 fue conducido ante el pelotón encargado en Barinas de cumplir la sentencia de muerte contra él proferida por sus jueces. Había escrito ya una tierna carta a su desgraciada esposa; había explicado las sutiles razones, de ascendencia bíblica, que le movieron a la guerra sin cuartel; había confesado sus gruesos pecados con el piadoso sacerdote. Ya no era Antonio Nicolás Briceño hombre expuesto a los vaivenes de este

(*) "Lección y sentido de Antonio Nicolás Briceño". Zaragoza, 1956.

mundo. Lo separaban, en cambio, de la seguridad eterna apenas brevísimos minutos; sin embargo, como silbo en la noche para espantar el miedo a las sombras cercanas, Briceño volvió momentáneamente a su antiguo espíritu festivo:

—¡Qué más da! Es justo que en mí sea castigada, también, la sangre presuntuosa de mi estirpe española.

La estada que el Libertador hizo en la ciudad de Trujillo el año 1820 se prolongó por algunas semanas. Como iba en plan de paz, las atenciones del Cuartel General le concedían tiempo vaco para hacer largas caminatas, ora por las calles de la ciudad, ora por los aledaños de la Mesa de Triana y el Pazguate, ora por las Araujas y San Jacinto. Ya no se apoyaba Bolívar sobre el refucil de la guerra, como en el fatídico año 13. Traía ahora de báculo admirable un gajo de pacífico olivo, como compensación para Trujillo del trágico prestigio que otorgóle la proclama de la guerra a muerte. En unión de Pedro Briceño Méndez caminaba Bolívar cierta mañana por la vía que conduce a las Araujas. Sobre el húmedo y blando verde de las vegas destacaban su fronda encendida los rojos bucares. El río de mansas y serenas aguas plateaba el contorno de los alegres sembrados. El aire traía de la vecina montaña pureza y frescura virginales. El espíritu de Bolívar se sintió dilatado al goce de la clara, apacible, festiva mañana trujillana, cuando no se sabe si es el río, o son los pájaros, o es el aire, o son las ramas de los árboles, quien da la nota más pura en el concierto que entona la Naturaleza. El buen humor de Bolívar, frecuente en chanzas con su fiel secretario, avanzó a dirigirse a un humilde labriego que conducía a la ciudad dos pacientes asnos, cargados de fresca hierba para el forraje de las bestias.

—Oiga, amigo Briceño, ¿a qué precio vende el pasto? —díjole Bolívar.

Luego, el campesino estuvo en presencia de los señores, y Briceño Méndez, al preguntarle el nombre, supo que en verdad el campesino se llamaba Marco Briceño. Cerró el trato Bolívar, con la consiguiente liberalidad en la paga, y mientras proseguía el paseo, al averiguarle Briceño Méndez por qué había llamado por su apellido al labriego, el Libertador le respondió:

—Lo he llamado por el mismo apellido de usted, porque ésta es la tierra de los Briceños, y a buen seguro que si me rasco el pellejo, también a mí me aparece el Briceño.*

(*) No erraba Bolívar al bromear de Briceño, por cuanto entre sus abuelos figura el conquistador don Sancho Briceño. Sin embargo, el relato, transmitido por don Caracciolo Parra a don Tulio Febres Cordero, lo publica éste con alguna variante en su magnífica compilación "Archivo de Historia y Variedades".

Cuando el Libertador estuvo en Maracaybo el año 1821 visitó en su casa de habitación al Licenciado Domingo Briceño y Briceño, quien, por su extraordinario esfuerzo en pro de que la ciudad del Lago se sumase a la independencia, llegó a ser llamado el Libertador de Maracaybo. Don Domingo era hermano de Antonio Nicolás, de sobrenombre "el Diablo", y como éste, había nacido en la población de Mendoza a fines del siglo XVIII. Fue hombre de extraordinaria prestancia en la vida pública de Venezuela. En 1834, después de haber dirigido la "Gaceta de Venezuela", fundó en Caracas "El Nacional", periódico que intervino en acaloradas cuestiones políticas. Don Domingo figura como uno de los primeros publicistas del país y según críticos exigentes es el primer escritor que dio Trujillo en el siglo XIX. Su prosa es elegante, directa y acertada en el juicio.

Con don Domingo vivía en aquel tiempo su hermana Narcisana, mujer de corte varonil, que había ayudado al hermano con fuego y decisión en su empresa de llevar a Maracaybo la revolución. En la sala principal, donde era objeto el Libertador de los obsequios de los señores de la casa, lucía un retrato del hermano sacrificado por Tiscar en Barinas el año 1813. Sobre el óleo mantuvo largo tiempo la mirada atenta el glorioso Bolívar. Después, en voz un tanto lenta, dijo:

—Fue una lástima que los españoles hubieran fusilado a Antonio Nicolás. Con su valor y su arrojo nos hubiera ayudado mucho. Pero

a veces, sin embargo, pienso que Tiscar me evitó acaso el haberme visto con Antonio en la misma dolorosa situación en que me puso Piar.

—¿Y no ha pensado Su Excelencia —le respondió doña Narcisana— que él también hubiera podido fusilar al General Bolívar?...

A consecuencia de los graves sucesos del año 1826, el Dr. Cristóbal Mendoza fue obligado a abandonar a Venezuela. Pese a la esencia violenta de los hechos, el austero repúblico se había compuesto con el régimen faccioso de Páez, en espera de que la situación provocada en Valencia llegase a tener una solución provechosa a la unidad de Colombia y a los planes de Bolívar. Sin embargo, el ilustre varón, a quien había correspondido en 1811 el primer turno de ejercicio del Poder Ejecutivo Nacional, se vio obligado a abandonar por la fuerza el territorio patrio. Hablar de Mendoza es caer una vez más en el elogio que de sus extraordinarias virtudes de repúblico hace permanentemente la historia nacional. Sin afán alguno, saltan las frases más encumbradas para la exaltación del egregio patricio que tanto lustre da a su región trujillana. Cuando se acercaba a la tumba, Bolívar adelantóse al elogio definitivo. "Usted retiene o se lleva el modelo de la virtud y de la bondad útil", escribióle con palabras impregnadas de justicia y tomadas del vaticinio el Libertador de América. ¿Adivinó, acaso, Bolívar, el declinar doloroso de la bondad pública? ¿Intuyó de algún modo el grande hombre que para lo venidero sería horro el ejemplo de desprendimiento, de abnegación y de sacrificio que dio Mendoza a la causa de la República? ¿La herencia del grande magistrado no habría de ser inventariada, a juicio de Bolívar, en lo valioso de sus actos, para sólo tomar de su recuerdo el laurel llamado a marchitarse sin el riego de la acción imitativa?...

Mendoza, junto con Peñalver, encabezaron el dolor de la tragedia espantosa que esperaba a la ley en Venezuela. El principismo no los cegó hasta desconocer la dolorosa filosofía del hecho cumplido. Se empeñaron ambos en ganar a largo plazo la batalla del derecho sobre los hombres de la violencia. Prefirieron dar momentánea aquiescencia al error del caudillo, en espera de que las buenas razones ganasen la victoria final. El caso fue al contrario. Peñalver huyó en septiembre hacia Trujillo, para librarse de los desmanes de Páez. Mendoza fue obligado a embarcarse hacia Santomas en noviembre siguiente. Mientras hacía el camino de La Guayra el precoz anciano, cuyo físico mostraba tanto el agravio de la agitada vida como la inmediatez de la muerte, dijo lleno de dolor a uno de los fieles amigos que le acompañaban:

—Primero fui echado de mi Patria en razón de los odios desatados por Monteverde y Boves. Era ley de la guerra. Al destierro fui con fe para seguir luchando contra los feroces enemigos de Venezuela. Hoy, son los mismos patriotas quienes me privan del dulce alivio de vivir en ella. Es doloroso ver cómo hemos hecho Patria para que de ella nos arrojen los enemigos de la ley y la justicia. Por este despeñadero llegarán los violentos a echar de Venezuela al propio Libertador. No lo vean mis ojos, hechos a contemplar la contradicción de los hombres...

El doctor Ricardo Labastida, representante en el Congreso que instaló por tercera vez la República de Venezuela, fue grande orador, profundo jurista, pulcro escritor, inspirado poeta y probo ciudadano que supo dar lustre a la República. Poco es lo que se conserva de la cosecha literaria de este gran trujillano, mas ello no empece para que su nombre haya llegado entero a las nuevas generaciones, como testimonio de altivez, de decoro y de dedicación al servicio público.

Cuando en 1831 se organizó el gobierno autónomo de la Provincia de Trujillo, al doctor Labastida tocó asumirlo y reinstalar sus servicios. No hubo durante su larga existencia hecho alguno de nuestra vida pública en que no apareciera el nombre respetable de este inolvidable varón. En la Convención de Valencia, su verbo, junto con el de Fermín Toro y Eloy Paredes, tuvo misión ductora y a su pericia confió el cuerpo legislativo delicada misión cerca del agente inglés instalado en Santomas, para tratar acerca del enojoso caso del bloqueo provocado por el arbitrario cumplimiento pedido por Inglaterra para el famoso Protocolo Urrutia.

El fuerte del doctor Labastida fue la ciencia del derecho. En Trujillo y fuera del ámbito geográfico regional, su nombre era tomado como prenda de autoridad para el dictamen y de éxito feliz para el litigio. Como abogado defensor lo vemos aparecer al lado del reo Pedro Carujo, cuando vencida la Revolución de las Reformas se siguió

juicio en Valencia al audaz cabecilla, quien, pese a su valor y cualidades personales, no ha tenido historiador que se atreva a revisarlo, por el disfavor que le hacen tanto la noche septembrina como el manotazo feroz contra el civilismo personificado en la egregia figura del doctor José Vargas.

No logró el doctor Labastida la absolución de quien, por la gravedad del hecho, tenía que recibir la máxima pena, que entonces llegaba al extremo de la muerte. (Si es duro y controvertido el aplicarla en crímenes horrendos, más inhumano y absurdo es imponerla como castigo de hechos delictuosos que el éxito pudo, en cambio, revestir de gloria, si el fracaso no hubiera acompañado a los reos). Las pasiones políticas tomaron la coyuntura de la defensa para atacar al doctor Labastida como simpatizante de la causa de Carujo. Más hubiera acertado quien callase este comentario cuando el doctor Labastida regresó a la paz de su hogar de Valera. Decírselo y convocar una reunión de amigos en su casa, so pretexto de un ambigú, fueron cosas inmediatas. Los invitados no se hicieron esperar. Era tomado como verdadero honor alternar con persona de la calidad del doctor Labastida. Se iniciaron los saludos, se cruzaron las preguntas diligentes de la amistad, rieron amables las amigas, sirvieron los criados solícitos el gustoso refresco y los finos pastelillos. Todo era risa y amabilidad, cuando el doctor Labastida pidió silencio para dirigir la palabra a los amigos.

Los presentes se hicieron todo oídos para no perder ninguna de las palabras que dijera el anfitrión ilustre. Este se insinuó con una amable sonrisa y más o menos díjoles:

—Mis queridos amigos: Apenas regresé a mi hogar tuve noticia de que se me moteja de simpatía con los reformistas por mi defensa del desgraciado Pedro Carujo. Creo que bien se me conoce en la Provincia y fuera de ella. Yo no he defendido a un amigo, sino a un reo. Las leyes aseguran al acusado el derecho de estar asistido de un defensor. En el caso de Pedro Carujo se excusaron de defenderlo abogados que eran sus amigos personales y, tal vez, sus cómplices. Yo he defendido a un rendido, sobre quien tenía que caer el peso

inexorable de la ley. Yo he defendido a un ciudadano que tenía derecho a la asistencia de la justicia. Sin la presencia de un abogado, la sentencia de muerte, que no llegó a cumplirse por el fallecimiento natural del reo, hubiera sido un asesinato. Yo he servido a la justicia invocada por el reo y a la justicia invocada por la República. Sin la regularidad de estos juicios, no habría sanción, sino venganza. ¡Desgraciada la hora en que los gobiernos castiguen a los políticos sin antes oírles en estrados! Y por encima de esto, he servido a un caído, que a la hora definitiva no vio de sus viejos amigos sino las anchas espaldas. Ricardo Labastida no deshonra ni a la estirpe que le dio vida y nombre, ni a la Universidad que le dio letras y le marcó una conducta...

Así hablaban entonces nuestros grandes varones.

Con ocasión de los sucesos políticos que ensangrentaron a la Nueva Granada después de la disolución de Colombia, fue a residir en la ciudad de Trujillo el Coronel de Ingenieros Sebastián de Osses, persona de gran cultura, que ayudó mucho al General Cruz Carrillo en la ingente labor de progreso que llevó a cabo el ilustre prócer durante el tiempo que ejerció el cargo de Gobernador de la Provincia. Amante de las letras, el Coronel Osses se empeñó en comunicar sus conocimientos a los trujillanos, y de su pasión por las lenguas vivas y muertas derivó las bases de su cultura políglota al famoso sabio don Rafael María Urrecheaga.

La biblioteca del Coronel Osses estaba llena de libros en extrañas lenguas, cuya constante lectura constituía para él su más cara diversión, en medio del tedio y del aislamiento en que discurría la vida del viejo Trujillo. No dejó familia legal, mas hijos suyos fueron el Ilmo. Sr. Antonio María Durán, Obispo de Guayana, y el valiente General Manuel Durán, de brioso recuerdo en la historia de nuestras constantes guerras.

Cuentan que ya muy metido en años porfiaba el Coronel Osses en declinar en alta voz el *der, die, das* de la gramática alemana y que a un amigo extrañado del empeño que ponía el anciano en aprender aquella nueva lengua, le respondió con voz autorizada:

—La estudio para hablar con Federico el Grande en el Valle de Josafat.

Cuando en 1947 se cumplía el centenario de la muerte del Padre Francisco Antonio Rosario, fue celebrado en Mendoza un Cabildo abierto, con asistencia del Gobernador del Estado y del Arzobispo de la Provincia, en el cual se acordó iniciar la causa canónica para la beatificación del extraordinario levita. En aquella reunión se me encomendó armar la historia del varón insigne, cuyos méritos fue primero en divulgar el conocido Padre Enrique Castro.

En el largo recuento de próceres que dio Trujillo a la causa de la Independencia nacional, el Padre Rosario tiene lugar prestante. Sirvió de Capellán al ejército libertador y ofreció gruesas contribuciones para los gastos de la guerra. En las inmediaciones de la pacífica Mendoza, tenía su hacienda "Carmania" el apuesto levita. Rico en cañas, en añil y en café era el espléndido fundo, en cuya severa mansión hizo noche Bolívar, cuando desde los ventisqueros andinos descendió sobre Trujillo con las sienes ardorosas por el fuego de la gestante proclama de la guerra a muerte. En aquel tiempo el Padre Rosario era, también, hombre de holgorios y licencias, que contradecían la severidad obligada de la vida sacerdotal. Lejos de enseñar con el ejemplo de la doctrina cristiana, dañaba a sus feligreses de Mendoza y de La Puerta con el cuadro disipado de sus costumbres.

Los años corrían y el Padre Rosario insistía en su vida libertina. Por 1827 y 28 visitaba a una barragana cerca de La Puerta, con la naturalidad de quien toma reposo en honesta posada. Cierta noche

venía de regreso hacia Mendoza el liviano levita, cuando al llegar a un sitio, desde entonces llamado "Zanjón del Diablo", la fina mula lo echó a tierra, por el susto que al bruto también ocasionó la presencia relampagueante y terrífica del propio Demonio. En el suelo, rendido por el golpe fugaz del Engañador, el Padre Rosario, como Saulo, escuchó el reclamo amoroso del Altísimo, que prometióle la salvación del alma a trueco de vida penitente y reglada. Recobrado del asombro, voló la pierna a la mula fiel y siguió espantado el camino hacia Mendoza (*). En lo sucesivo, lágrimas ardientes sustituyeron la alegría malsana de los vicios. Libertó a los numerosos esclavos. Recogió los suntuosos manteles donde banqueteaba la gula. Repartió entre los pobres su fastuosa fortuna. La mesa suya sería en lo sucesivo una simple tabla, sobre la cual ponía su nota de monorrítmica alegría el rojo tiesto donde refrescaba el agua penitente. No hubo más cama muelle, con finas sábanas de holanda. Su lecho de dormir fue el suelo duro y su almohada de descanso una piedra aspérrima. De todos sus esclavos, dejó, sin embargo, uno el Padre Rosario. No para que le ayudase cuando calzaba las hermosas espuelas de plata, ni para que le escanciara, como antes, en fina copa el vino capitoso. Este esclavo sólo tuvo la misión de azotarle las espaldas con agresivo rebenque. Cuando el Padre quería aumentar la penitencia, echaba sobre sus hombros cruz igual en tamaño a la que llevó al Calvario el Divino Redentor, y con ella a cuestas ganaba en la noche el camino hacia Escuque, con cuyo Vicario iba a confesar los pecados antiguos.

De esta maravillosa vida penitente fue testigo la población sencilla de Mendoza, quien en el Padre Rosario miraba la presencia casi divina de los legendarios anacoretas. Más que un hombre, en el añoso levita, macerado por ayunos y penitencias, veía una huella humana del Crucificado. Tanto fue el deseo de humillarse que animó la vida penitente del Padre Rosario, que le ocurría algunos sábados salir junto con los pordioseros a suplicar un mendrugo. Tras

(*) La dramática versión de este encuentro del Padre Rosario con el Diablo, la escuché después de haber acogido la que dice que el tránsito espiritual del sacerdote ocurrió en la ocasión de una grave enfermedad.

los andrajosos mendigos entró el santo sacerdote en cierta ocasión a una rica casa de Mendoza, cuya señora salió llena de dicha a saludarle.

—Adelante, Padre; siéntese un momento, que en seguida vuelvo —díjole.

De inmediato regresó la dama y encontró al Padre parado en la mera puerta.

—Pase, Padre, y siéntese —le insinuó con halago y alegría la señora.

—Yo no vengo a hacer visita, sino a pedir limosna —díjole mostrando la escudilla en que solía recibirla.

—Sí, Padre; aquí le traigo la limosna —agregó la dama, mientras ofrecía al Padre una onza de oro.

—No, señora. El oro que tuve, yo lo distribuí entre los pobres. Para mí sólo necesito hoy un pedazo de pan con que saciar las necesidades del día. Esa moneda distribúyala entre los necesitados de Mendoza, a quien buena falta les hace la caridad de los poderosos.

Cuando fui a Mérida, en 1918, a proseguir los estudios universitarios, di con una leyenda grotesca sobre la personalidad del ilustre prócer trujillano General Cruz Carrillo. ¿De dónde arrancaba? Pues de un frívolo entretenimiento de viejos estudiantes, a quienes incitara a la chota intrascendente el continuo recuerdo del "abuelo Cruz" que hacía el excelente director de la antigua y modesta imprenta universitaria, don Lisímaco Carrillo Monreal. Cuando hoy la Universidad de Mérida, gracias a la iniciativa de Miguel Angel Burelli Rivas, cuenta con uno de los mejores talleres tipográficos de Venezuela, suena a extraño la pobreza de aquella pequeña imprenta de tipos, que amorosamente dirigía don Lisímaco. La vieja "Gaceta Universitaria" y las conferencias y libros de Diego Carbonell —uno de los mejores rectores que han tenido en este siglo las Universidades venezolanas— eran compuestos con benedictina paciencia por el experto tipógrafo, enmarcado aún en la tradición de los viejos maestros que, con pupila complutense, ayudaban a corregir las pruebas a los propios autores. Cristiano varón, algunas veces el bueno de don Lisímaco acudía en consulta cerca del grande Obispo Silva, para borrar escrúpulos levantados de la composición de algún texto herético del travieso Carbonell. Para molestar a don Lisímaco, un grupo de escritores de Mérida formaron un truculento memorial sobre las extrañas andanzas, usos, costumbres y maneras del General Cruz Carrillo. La pluma brillante y el ingenio fácil de Humberto Tejera, de Juan Antonio Gonzalo Salas, de Pedro José Godoy, de Roberto y de Eduardo Picón Lares, de Raúl Chuecos

Picón, de Ulises Picón Rivas aprovecharon aquella coyuntura para hacer versos festivos y urdir fantásticas relaciones, en las cuales era presentado nuestro héroe como una manera de Goliat analfabeto, que a golpes de su espada descomunal había destrozado el propio puente de Boyacá. Ganó espacio y consistencia la festiva leyenda, cimentada sobre la justa fama de forzudo y de audaz que prestigiaba a nuestro prócer, por donde en el propio Trujillo llegó a ser repetida incautamente la travesura de los alegres escritores que en Mérida se empeñaban en molestar a don Lisímaco.

Fornido y sin miedo había sido, en realidad, el ilustre prócer que durante las largas veladas familiares recordaba con orgullo las cargas de Boyacá y de Carabobo, y para quien en sus últimos años no había deleite más subido que evocar la memoria solemne de Bolívar. Bravo y atrevido se le imagina sólo por saberlo General de la guerra emancipadora. Eran tiempos aquellos en que el más modesto de los grados militares se tomaba por prenda de auténtico valor personal. En cambio, no se recuerda cuanto es debido la labor desarrollada por el ilustre prócer en el orden civil y en el campo de la educación del pueblo. Se olvidan los grillos que soportó por haberse puesto en armas para defender al Congreso ultrajado por Monagas y se olvida, también, la ceguera con que de la Cárcel regresó a su vieja ciudad natal. A nuestras abuelas, los trujillanos maduros recordamos haber oído alabar la memoria de la honorable matrona doña Josefa Grajales de Dupuy, invitada por el General Carrillo para ir desde Maracaybo a Trujillo a regentar la primera escuela de niñas, donde, con las letras, se enseñaba música clásica y se educaba el gusto literario por medio de finas representaciones de sainetes y entremeses.

Se esmeró el General Carrillo en la organización de las rentas públicas. Era celoso de su recaudación y vigilante como Argos de la inversión que de ellas se hiciera. En Trujillo es recordada comúnmente su actitud con motivo de la construcción del puente que a la entrada de la ciudad salva el molesto paso de la quebrada de los Cedros. Pero el General Carrillo tenía por los términos de la Otra Banda —también llamada en aquellos tiempos Mesa de Triana—

una casa de recreo, adonde iba con bastante frecuencia. Los enemigos del Gobernador la dieron en decir que el puente tenía por objeto facilitar los alegres paseos del General Carrillo. La cruda especie llegó a oídos del celoso y pulcro gobernante, quien al día siguiente enteró en las cajas provinciales la cantidad de trescientos cincuenta pesos que había costado la obra.

—Por ahí dice la gente que yo mandé hacer el puente llevado de la mera utilidad personal. Pues quede el puente por mío y úselo el pueblo en mi nombre —dijo el administrador.

La furia de cambiar denominaciones que ha hecho presa en las nuevas autoridades ha respetado el ilustre apellido Carrillo, que aún ostenta el puente centenario. Falta en Trujillo digno monumento que recuerde al ínclito varón. El puente, en cambio, guarda, como noble pieza heráldica, junto con la memoria del prócer aguerrido, un testimonio parlante de su rectitud personal y del nunca exagerado distingo que a toda hora supo hacer entre el Erario y su peculio privado...

Uno de los más inquietantes personajes trujillanos del siglo XIX, fue, sin duda alguna, el doctor José Emigdio González, quien al aceptar en 1863 el hecho cumplido del triunfo federal en Venezuela, aconsejó a sus correligionarios oligarcas —Araujos y Baptistas—, arriar el pabellón godo y sumar la provincia al movimiento universalmente victorioso. Una concepción muy personal de la lealtad, hizo que Baptistas y Araujos resistiesen la insinuación del doctor González, mientras éste daba pasos hacia la pacífica proclamación del federalismo. La iniciativa de González libró a nuestra región de una guerra feroz, que hubiera destruido su saneada economía. Mirando a buenas luces la realidad histórica, la riqueza antigua y la abundancia que hicieron de Trujillo y de la Cordillera, en general, un verdadero emporio, arranca de esta medida altamente previsora del doctor José Emigdio González, para quien el ágil historiador R. A. Rondón Márquez pidió, por dicha causa, un homenaje de la Cordillera.

La alianza del avisado político con los liberales vencedores, presentados, por cierto aspecto anticlerical, como hombres endemoniados, ayudó a formar la leyenda satánica que rodeó la vida del doctor González. Los godos llegaron a imputarle tratos directos con el Diablo, y como para abonar imputaciones, el doctor González era hombre valiente y agresivo, su figura, más que respetada, llegó a ser temida, tanto cuando ejercía el mando como cuando pleiteaba en los tribunales. En cambio, los alumnos del Colegio de 1a. Categoría,

donde profesaba Cátedra de Derecho Público, tenían muy a menudo motivos de fiesta con las hirientes y atinadas interpretaciones que el brioso y marrullero político doblado en catedrático, ofrecía a sus discípulos.

A sus ideas liberales, les dio siempre respaldo con su conducta llana y tolerante, que solía llegar a puntos como el de la ocurrencia que anoto, por mí escuchada de labios del venerable doctor Juan Nepomuceno Urdaneta, deudo del doctor González.

Por 1859 era Gobernador de Trujillo nuestro célebre personaje. Cierta mañana amaneció la ciudad casi empapelada con una hoja en que se denunciaban tropelías y robos imputados al doctor González. Los que madrugaron con la noticia, esperaron durante el día la violenta reacción del gobernante, puesto que en la ciudad se sospechaba quiénes fueran los hombres del ataque. En el día no salió de su casa de la Calle Abajo el temido gobernante. A la tarde se hizo enjaezar su fina mula y, como era costumbre en Trujillo, salió solo a dar su habitual paseo por la ciudad. Pero, mientras el doctor González subía y bajaba las tediosas calles de Trujillo, varios agentes de policía se ocupaban en repartir un Boletín Oficial, que reproducía la hoja mañanera, ahora con agudo estrambote, que decía: "Reprodúzcase de orden del señor Gobernador de la Provincia. El Secretario de Gobierno".

Así el doctor González destruía por la tarde el ataque de sus enemigos y daba a la vez ejemplo extraordinario del respeto que los magistrados deben a los ciudadanos que avanzan a criticar sus actos públicos.

Hombre verdaderamente temido por sus singulares condiciones de carácter, influencia y sagacidad, y rodeado, al mismo tiempo, por el halo satánico que le fabricaron los godos, sin embargo, por donde pasaba, algún ahijado saltaba a pedirle la bendición. En cierta oportunidad alguien aludió en su presencia a la gran cantidad de ahijados que contaba, y con gesto reído respondióle:

—Los que me temen y no pueden acabar conmigo, me hacen compadre.

Fina lección, que muchos debieran poner en práctica como buen sistema para crear saludables compromisos, que sirvan de prenda a la paz y a la concordia.

Don Fabricio Gabaldón era nieto del célebre don José de Gabaldón, recio caballero peninsular, establecido en Venezuela a fines del siglo XVIII y quien casado con la honorable dama trujillana doña Nicolasa Llavaneras dio origen a la distinguida estirpe de los Gabaldones, de limpia y gallarda actuación en la política, en la guerra, en las letras, en el comercio, en las ciencias y en la sociedad venezolana. Hombres severos e inflexibles, los Gabaldones han ganado fama de hidalguía y de bravura, que les ha asegurado la consideración pública. Don Fabricio, como sus padres y sus hermanos, era fundamentalmente agricultor, mas en aquellos tiempos Cincinato se veía precisado a ceñir la espada del guerrero. Cuando se inició la lucha federal, don Fabricio formaba parte de la colectividad política que, encabezada por Araujos y Baptistas en unión del doctor José Emigdio González, mantenía en la provincia los intereses de la oligarquía. En Trujillo se guerreó poco; sin embargo, los federalistas buscaban penetrar en la Provincia para ganar las vastas posibilidades que ofrecía la riqueza de la región, por donde algunas veces lograron traspasar los límites provinciales. En una de estas ocasiones, a don Fabricio fue dado el mando de un cuerpo de ejército destinado a detener la columna del Comandante Pablo Chirinos, que había penetrado por los lados de Guanare sobre la población de Boconó. Cuando Gabaldón llegó con sus hombres cansados hubo de enfrentarse con gente fresca y bien atrincherada, cuya derrota logró después de encarnizada lucha, en la cual quedó prisionero y mal herido el Comandante Chirinos. Don Fabricio, a la

ley de caballero, ordenó el inmediato traslado del jefe rendido a una casa de familia, donde le fueron prestados los cuidados que requería su grave estado. La atención del enfermo fue vigilada personalmente por el propio Comandante Gabaldón, quien al pronto advirtió el desagradable efecto que hacía al moribundo la vista de la roja divisa oligarca que aquél ostentaba. Inmediatamente don Fabricio se desvistió sus agresivos adornos y ordenó a uno de los ayudantes que saliese a buscar algún retrato de Zamora o de Falcón, para que su vista reconfortase al moribundo.

—Una cosa —dijo a sus compañeros— es la enemistad política, que desgraciadamente nos lleva a matarnos en el campo de la guerra, otra cosa es el respeto y la atención que debemos al enemigo rendido.

Así procedían aquellos caballeros doblados en capitanes.

"Nadie escribe mejor que Carrasquero, y muy pocos lo igualan. El tiene un sol, la libertad; un Dios, Bolívar; un amor venerable, eterno y puro, sus hijas; una pasión divina, las letras". Son palabras del gran Cecilio Acosta para exaltar la personalidad del insigne trujillano don Manuel María Carrasquero.*

No era poca cosa este hombre magro y altivo, que con dignidad espartana ejerció la Gobernación de la Provincia de Trujillo el año 1858. Antes de la República, sus mayores firmaban Fernández Carrasquero. Para acomodarse con la llaneza de las nuevas costumbres cívicas, eliminaron el Fernández, del mismo modo como los Hurtado de Mendoza se llamaron Mendoza simplemente, los Rodríguez Picón sólo fueron Picón, los Valcárcel Pimentel sólo Pimentel y los Rodríguez del Toro firmaron Toro apenas. Su educación la hizo en el Seminario caraqueño de Santa Rosa de Santa María, donde latines y buena gramática le dieron un estilo directo, claro y elegante. Era hermano uterino del egregio repúblico doctor Ricardo Labastida, y como éste, fue orador elocuente y consumado polemista. Si sabía gobernar pensamientos y estilo, también sabía gobernar hombres, hasta ganar solo metido en su austera casaca de magistrado civil, arrogancia que puede parearse —para superarla por la pureza de la intención— con la bélica postura que distinguió al montañés antiguo. Los cuerpos políticos oyeron su vibrante

(*) Amílcar Fonseca: "Orígenes Trujillanos", pág. 737.

palabra admonitoria. La polémica altiva y decorosa supo de la reciedumbre de sus argumentos y del veneno de sus dardos. La amistad lucró siempre con su consejo certero y desinteresado.

El recuerdo de don Manuel María Carrasquero quedó fuertemente vinculado a la historia del institucionalismo trujillano, por medio de un acto que pinta tanto su carácter férreo como el sentido de respeto que los hombres de cuartel tenían en aquel tiempo para los principios del derecho público. El General Ramón Soto, que actuaba como jefe de operaciones de Occidente, destacó hacia Trujillo un cuerpo militar al mando del Comandante Juan Vejarano. En Trujillo reinaba la quietud social y la razón del envío de la tropa tenía mucho que hacer con la práctica de echar emprestitos sobre comerciantes y agricultores, a que eran muy aficionados los militares. Para que legalmente entrase en la región el cuerpo de marras, era requerida la autorización del Gobernador de la Provincia, quien no sólo la negó, sino que avanzó a resistir la pretensión del General Soto. Don Manuel María era hombre inconmovible ante el cumplimiento del deber. Al penetrar en territorio de su jurisdicción el Comandante Vejarano, el Gobernador le dirigió un Oficio con la orden siguiente: "Como magistrado de esta provincia, a quien está subordinada toda fuerza armada que en ella exista, prevengo a usted que inmediatamente y sin pérdida de un instante se ponga usted en marcha con las fuerzas de su mando a la provincia de Barquisimeto".

Suena a luminosa epopeya civil el recuerdo de estos gestos altivos, con que la Historia nos prueba cómo un valioso fermento adobó en lo antiguo los caldos de la dignidad republicana. Hombre de letras como don Manuel María, era el ilustre patricio merideño don Juan de Dios Picón, quien sin enfado alguno ganó en el Congreso de 1830 la ley que suprimió el fuero de los militares. Digno de subida loa es el espectáculo del Diputado Picón, abogando por los derechos de la civilidad en medio de un coro altivo de leones cargados de bélicos laureles. Propicios eran los tiempos para estos admirables ejemplos. Nutrida en ellos, la altivez basáltica del magistrado trujillano avanzó en nombre sólo de la ley, no ya a obligar al Comandante Vejarano a

que se retirase de la Provincia, sino a enseñarle cómo "lo que importa es respetar los derechos del pueblo, porque su causa es la nuestra; lo que importa es que no lo ultrajemos con la fuerza armada, que es para protegerlo; lo que importa es que no llevemos torpemente con nuestras propias manos al poder personal a un individuo, con mengua y escarnio de los santos principios que hemos proclamado".

Más que un ejército aguerrido vale la actitud solitaria y ejemplar de este terrible guardián de las instituciones republicanas. Suya es la gloria del lauro ganado con sólo la palabra al agresivo portador del arma destructora; también, en estricta justicia, precisa reconocer el mérito de la obediencia que decoró a los fieros administradores del recurso violento de la fuerza. Sabían éstos, como última instancia de sus actos, que sobre el empuje de las bayonetas estaba la fuerza de las instituciones civiles, seguro de la República y prenda de la paz y de la justicia.

Quien conozca la energía del prócer frente a los hombres armados, ya tiene medida para calcular a dónde llegaba la rigidez y el empuje de su carácter. En Trujillo su pluma era temida por la fina manera de herir y por el respaldo de su moral inquebrantable. Alerta siempre sobre cualquier terreno donde se le pretendiera ofender, su palabra estaba presta a desnudar y a devolver intenciones. Aun cuando estuvo bien entrado en años, no faltó causa noble que estimulara su vena polémica. En determinada ocasión mantenía disputa don Manuel María con cierto periodista maracaibero, que avanzó a estampar un agresivo artículo, cuya lectura ocasionó justa repulsa en Valera, donde vivía el anciano. Madrugó cerca de éste, para comunicarle la llegada del libelo, uno de esos viscosos amigos que a nadie falta y de quien don Manuel María sabía que acostumbraba criticarle a distancia. Tras las frases de pena por la agresión, expresadas con fingido calor por el falso amigo, don Manuel María le devolvió el periódico, diciéndole:

—Evítame buscar los espejuelos. Léeme tú el artículo y así lo saborearás una vez más.

El 24 de noviembre de 1871 doblegó las resistencias de los defensores de la ciudad de Trujillo el aguerrido ejército del valiente General Rafael Pulgar, destinado desde Maracaybo para ir a castigar a los caudillos trujillanos, opuestos a reconocer el triunfo de la Regeneración guzmancista. Hacia los páramos ganó con las reliquias de su ejército el General Juan Bautista Araujo, mientras los invasores se entregaban al pillaje de la ciudad y a la destrucción de los emblemas nobiliarios que aún lucían en los antiguos portales. (Sólo se salvó de ser borrado el escudo de la antigua casa del Alférez don Feliciano Cegarra de Guzmán, que entonces formaba parte del Monasterio dominicano de las Reginas y la cual ocupan hoy las oficinas de la Sanidad Nacional). A la gente vencedora servíale de Capellán un sacerdote de apellido Román, de despreocupado y alegre genio. Estos Capellanes acompañaban a las tropas en campaña con el propósito de prestar auxilios religiosos a los moribundos de uno y otro bando. Muchas veces, desoído el mandato piadoso que circunscribía su función al orden de la asistencia religiosa, los Capellanes sumaron la acción de su brazo a la lucha fratricida. Hecho explicable, en medio del vértigo bélico que fogueaba a la bestia durmiente tras el hombre educado. El Padre Román quiso celebrar en tono cristiano el triunfo de las huestes liberales y pensó en cantar un *Te Deum* en la Iglesia Matriz. Hizo al efecto buscar al Padre Miguel Ignacio Urdaneta, y se le informó que el Vicario había salido de bautizos y matrimonios a los campos cercanos; intentó ponerse al habla con el Sacristán, y le dijeron que

era tonto y se había escondido al oír los primeros disparos; fuese entonces el Capellán donde una beata a quien el Vicario dizque daba a guardar la gran llave de oro del Jueves Santo, y la beata se negó a recibirlo, porque venía con gente "lagartija".* Indignado el sacerdote, a quien sus compañeros de armas habían convidado con algunas copas de aguardiente, hizo abrir en cualquier forma la puerta de la Iglesia y ordenó que la tropa formase para adorar al Santísimo Sacramento, mientras se cantaba el *Te Deum Laudamus*, y puñal en mano se acercó al altar y forzó la cerradura del Sagrario.

—Tuve que hacerlo así —dijo— porque en Trujillo hasta el Santísimo es "poncho" y hay que hacerle entender que las cosas están cambiando.

(*) Lagartijos eran llamados en Trujillo los liberales, y ponchos, los conservadores.

De altiva montaña trasladada al corazón endurecido y mezquino de la política capitalina, fue sin hipérbole forzada el papel que jugó la recia figura del doctor Eusebio Baptista en los abigarrados, sumisos, presuntuosos Congresos del guzmancismo. Nacido en Trujillo alrededor de 1825, se trasladó en temprana edad con su familia a la provincia de Mérida, cuya representación ostentó repetidas veces en el Parlamento. Los propios enemigos políticos de Baptista estuvieron a toda hora en actitud de reconocer las singulares virtudes de patriotismo y desprendimiento que caracterizaban al egregio Senador. Con ingenuidad que pide por pueril la excusa, González Guinán le pone tilde en razón de carecer de la flexibilidad que distinguía a Vicente Amengual. Eran, en realidad, los polos opuestos de la política. Amengual fue el hábil y oportuno componedor de situaciones. Baptista fue el violento repúblico empeñado en desbaratar las componendas. De estructura espartana, no tuvo otra meta que la moralidad de la acción pública. Sus adversarios lo llamaron sistemático oposicionista, sin pensar que era el Gobierno el que tenía por sistema atropellar los fueros de la República. La pulcritud de su conducta cívica le daba autoridad para asumir la enérgica postura que tuvo frente al ímpetu incontenido de Guzmán Blanco. Para enfrentarse al poderoso y altivo dictador, se necesitaba poseer las condiciones extraordinarias que hicieron de Eusebio Baptista una voz de tremebunda ejemplaridad. Implacable en la liza, durante su primera actuación parlamentaria de 1865, fue sancionado por el Senado en razón del

acorralamiento a que sometió a sus colegas, cuando éstos vieron la incompatibilidad de su laxa conducta con la austeridad proclamada por Baptista. ¿Había razón para sancionar al varón integérrimo que acusaba la debilidad de su adversario? Si la mayoría tenía razón, ¿por qué no silenciaba con la elocuencia las falsas imputaciones del contendor? Pero el caso era muy diverso. Baptista no fue un obcecado cualquiera, a quien moviese vano afán de exhibir su caudal oratorio y su recia contextura de hombre. Baptista fue una conciencia en marcha. Baptista fue la personificación austera y sacrificada de un deber. Para los que miden la política por el éxito de la combinación personalista y por la monta secreta de las cuentas bancarias, Eusebio Baptista sólo fue un fracasado, a quien el ejercicio de la función pública apenas dio ocasión de continuas molestias. Hubiera él abajado la cérviz ante Guzmán Blanco y habría participado en pingües negociaciones y habría escalado en el orden ejecutivo posiciones rectoras. Baptista, en cambio, no usaba la aritmética en sus planes de político. No buscaba, tampoco, halagos ni complacencias personales. En tal forma le animaba el leal propósito de ser útil a la República, que el brillo de su figura de político hace olvidadizo cualquier error de ámbito privado.

Cuando hablaba en la tribuna del Senado, las barras gritaban tomadas del entusiasmo patriótico. Sin ser un demagogo a la husma de las palmas del pueblo, los gritos y los aplausos de las barras eran su sola recompensa. Al escucharlos, comprendía cómo su voz estaba expresando una angustia y un anhelo fuertemente enraizados en la conciencia traicionada del pueblo. Se sabía solitario, pero sentía que su soledad era la soledad altiva de la Patria burlada por quienes se llaman pomposamente sus servidores. En medio de la feria de las conciencias, él comprendía el valor de su entereza personal. No tuvo éxito inmediato el ejemplo de su lucha ciclópea contra el mandatario ensoberbecido. Atado a la roca de la agresiva realidad, vio bajar sobre sí los mismos buitres feroces que se regalaron con las entrañas de Prometeo. En la historia de Venezuela vale, sin embargo, su memoria como ejemplo tónico para quienes no miden el valor de la política por la gordura del hartazgo, y vale también, como luz alentadora que indica la prosecución de una briosa actitud frente a

la insolencia de la fuerza triunfadora. Eslabón áureo de la oculta cadena de voluntades altivas, nobles, abnegadas que han sabido enfrentarse a los desmanes de los poderosos, Eusebio Baptista ocupa sitio de excelencia en el cuadro de los Vargas, los Toro, los Morales Marcano, los Juan de Dios Picón, los Cecilio Acosta, los Manuel María Carrasquero, los Caracciolo Parra, los Jáuregui Moreno, los Arévalo González, los Pedro María Parra y tantos otros callados varones que desecharon las jugosas lentejas para salvar el decoro de la primogenitura cívica.

La lucha de Baptista frente a Guzmán Blanco culminó en la célebre ocurrencia de abril de 1881. El mismo hombre de 1878, cuando ejerció la Presidencia del Congreso, aparece en los estrados parlamentarios del 81. Si algún cambio podía advertirse en él, derivaba de la veteranía lograda en el recio combate por las libertades públicas y por el decoro de las instituciones. Enconada había sido la lucha del año anterior, cuando tomó la palabra, no para defender la causa del traidor Revollo, sino para censurar el ensañamiento puesto en infamar a quien —según palabras del Fiscal Pulido— estaba amparado por el derecho de gentes, a que se había acogido el rebelde cuando capituló frente al Gobierno. Ahora el Parlamento discutía uno de esos peliagudos contratos en que fue fecunda la administración del Ilustre Americano. Solían los pacíficos caraqueños de la época hacer tertulia en la esquina de San Francisco, donde ya lucía su esbeltez quinceañera la ceiba maravillosa. La vanidad del Ilustre ha debido, además, sentirse atraída por el sitio donde su estatua de saludante era testimonio de cómo la vergonzosa lisonja termina por envenenar el ánimo de los gobernantes, hasta hacerles caer en el pecado de considerarse cabeza de una nueva historia, sin prever, ¡oh , ¡ilusos!, la hora en que la justicia del pueblo derrumba las estatuas y borra los nombres hinchados por el humo transitorio de los incensarios alquilados. Platicaba Guzmán Blanco con sus amigos el doctor Antonio Parejo y los generales Juan de Mata Guzmán, Joaquín Crespo, Federico Uslar y Rafael Quesada. Al ver que se acercaba por la acera de enfrente el Senador Baptista, el Ilustre levantó el tono de su imperiosa voz y habló en forma agresiva contra los parlamentarios que adversaban

el contrato que daba la explotación de una mina de carbón a un señor Viale Rigo. El doctor Baptista acortó el paso y se detuvo con gesto altivo en la esquina. Si Guzmán Blanco tenía imponencia física, no le iba en zaga la que adornaba a nuestro ilustre conterráneo. Su rostro barbudo y enérgico, sus ojos relampagueantes y negros, su talante esbelto, dábanle un halo de imperio y de respeto. Guzmán Blanco no resistía siquiera el nombre de Eusebio Baptista. El repúblico insigne era por sí sólo como la encarnación de todas las voces admonitorias de sus enemigos. Los tiranos dicen no temer a papeles ni a palabras. Sin embargo, nada es tan eficaz para sacar de quicio la serenidad de los déspotas como el mero nombre de quienes les adversan con el verbo o con la pluma. Guzmán Blanco aquel día estaba frente a frente con su odiado enemigo. Sólo estaba Baptista, pero su soledad daba mayor volumen al reto que en él veía el autócrata. No pudo reprimir la voz el Presidente y avanzó a dirigir la palabra al Senador.

—¿Qué hace usted ahí? —le interrogó en tono insolente—. ¿Es una amenaza, acaso?.

El doctor Eusebio Baptista conservó su genial aplomo y se limitó a responderle:

—Oigo simplemente lo que usted dice, para responderle en el Senado.

En la mecánica del autoritarismo, aquella actitud reposada, altiva, modesta del Senador oposicionista, fue tomada como un irrespeto al magistrado, por donde éste, perdiendo las casillas, ordenó a uno de sus edecanes que arrestase al doctor Baptista. Este no hizo resistencia alguna, mas de inmediato el doctor Parejo advirtió al Presidente encolerizado, que el Senador gozaba de inmunidad. Dada contraorden al edecán y puesto en libertad, el doctor Baptista regresó al mismo sitio para seguir serenamente escuchando la perorata del Presidente enardecido.

Tal fue en síntesis el famoso incidente de San Francisco. Tranquilo en su altivez, sencillo en su energía, silencioso en el ataque, el

doctor Eusebio Baptista incitó la ira del déspota hasta hacerle perder el sentido de la dimensión de sí mismo. Eran la verdad frente a la farsa, la honestidad frente a la licencia, el decoro cívico frente a la soberbia congraciada en ofender la dignidad de los ciudadanos.*

(*) Este hecho ocasionó una de las más absurdas y violentas reacciones de Guzmán Blanco, a quien ocurrió dirigir al Senado una querella contra Baptista, con la atrabiliaria solicitud del allanamiento del Senador. Aún en el caso negado de una presunta ofensa al magistrado, la instancia carecía de proporciones lógicas. El allanamiento de los miembros del Parlamento no puede, en estricta lógica, tener relación con una mera conducta política, por cuanto la inmunidad tiene por fin evitar toda traba de ese tipo con que se pretenda impedir la debida libertad de los representantes. Si fue un verdadero desplante solicitar el allanamiento del Senador Baptista, su acuerdo por el Senado es un hecho tan vergonzoso como la reconstitución de las Cámaras el 25 de enero de 1848. Espanta pensar que así obrara un cuerpo donde figuraban políticos de innegables luces y de decorosas condiciones cívicas.

La gente vieja de Trujillo —entre la cual lamentablemente figuro yo—, suele hablar de la esquina del Padre Miguel. Los jóvenes preguntan cuál es ella y precisa explicarles que así se llamaba la que, yendo hacia arriba, por la calle de la Regularización, queda después de la esquina de los Mendoza o del Tutilimundi, en la Plaza Bolívar. (A lo mejor, como ocurre en la Mérida actual, estos saudosos nombres han sido sustituidos por una nueva numeración sin pies ni cabeza, pero cuya imposición ha debido reportar algún beneficio financiero al inventor de la idea).

La esquina del Padre Miguel tomó nombre del doctor Miguel Ignacio Urdaneta, virtuoso levita que ejerció la Vicaría y Cura de almas de Trujillo desde 1859 hasta 1885 y quien, por sus excepcionales dotes de caridad, de ilustración y de entereza, fue querido y respetado por el pueblo de Trujillo, que lo cuenta entre los mejores de sus hijos.

Hombre templado para la acción cívica, la cual jamás miró desarticulada de su deber espiritual de sacerdote, el Padre Miguel hizo acto de presencia en todo momento en que fue necesario defender la dignidad de Trujillo y de sus hombres.

En cierta oportunidad, el jefe de la policía de la ciudad puso mano violentamente en la respetable persona de don Pedro Pou, por haberse negado éste a vender cierta excesiva cantidad de veneno para matar perros. Don Pedro era natural de España y en Trujillo

había fundado con doña Dominga Barroeta un apreciabilísimo hogar, que si bien careció de hijos, prohijó a los huérfanos Carnevali Monreal. Don Pedro regentaba la vieja botica de Trujillo que, de dueño en dueño, ha llegado a ser hoy propiedad del excelente trujillano don Julio Carrillo Rojas. A don Pedro Pou se le estimó por sus dotes de cultura y por su afán de progreso, tanto como por su espíritu de servicio y su fina caballerosidad. A los muchachos de mi tiempo nos era familiar el recuerdo del viejo boticario, por aquello de

—Pelón, pelado,
¿quién te peló?
—Don Pedro Pou,
que ni orejas me dejó.

con que se aludía a la calva de don Pedro, bien cubierta siempre de undosa peluca. Pues violentamente fue arrancado cierto día de su botica el venerable anciano por la fuerza arbitraria de la policía, justamente en momentos en que el Padre Miguel salía de la Iglesia. Averiguó el caso el enérgico sacerdote, habló de inmediato con el atrabiliario jefe y, ante su negativa, regresó al templo y ordenó al sacristán que tocase a rebato las campanas. En un santiamén la gente de Trujillo se reunió a las puertas de la Matriz, en pos de información sobre la causa de la alarma. Allí aguardaba el Padre Miguel a sus feligreses. A la voz de "¿qué pasa, Padre?", el activo sacerdote, respondióles:

—No se trata de ningún incendio. Se trata, simplemente, de un ultraje que la policía acaba de irrogar a nuestro respetado y querido amigo don Pedro Pou, y como a mí la policía no me ha hecho caso, he querido que vayamos todos juntos a pedir la inmediata libertad del ofendido y a protestar por la salvaje conducta de los agentes del orden público.

Entre las personas acudidas a la voz alarmada de las campanas estaba nada menos que el General Víctor de Jesús González, a la sazón Presidente del Estado y poco amigo con don Pedro y con el

Padre. El Presidente se acercó al Vicario para decirle que hubiera sido más expedita la vía de hablarle a él directamente sobre el caso.

—Sí, señor General, tiene usted razón, pero a todos juntos se oye mejor que al Cura del pueblo.

Abunda decir que un rato después había buena tertulia en la botica y que el Padre Miguel y don Pedro Pou se complacían en la buena lección que habían recibido el Presidente y su arbitraria policía.*

(*) Este mancomunamiento de los trujillanos para defenderse de las arbitrariedades del gobierno fue puesto de resalto en forma casi semejante y también por problema de perros, cuando a fines del siglo XIX, siendo Comandante de Armas el Coronel Otero Vigas, se imputó al buenazo de don Pancho Romano, italiano que tenía una fragua por los lados del Callejón de las Trincheras, en la Cruz Verde, el envenenamiento de un hermoso perro del engreído militar. Sabido del público que el Coronel Otero Vigas se proponía vejar a don Pancho, el Padre Carrillo invitó a los señores principales de Trujillo para trasladarse a la fragua del honesto hombre de trabajo. Ante aquella cortina de amistad y de solidaridad, tuvo que deponer su empeño primitivo el bárbaro militar, quien, tomando el caso como testimonio colectivo del repudio que le ofrecía la población, armó bártulos y a poco dejó la ciudad de Trujillo. Se recuerda, además, otro caso semejante ocurrido en 1899, cuando un agente de Policía intentó vejar al entonces jovencito Martín José Márquez, padre del distinguido oficial de Estado Mayor Martín Márquez Añez. La casa del viejo Martín Márquez Bustillos, padre de Martín José, se vio colmada de amigos, prestos a resistir cualquier ataque de las autoridades hostiles. Había, en realidad, un sentido correcto del valor de la amistad y de la solidaridad. Hoy, este juntarse los amigos y aún los propios parientes, ha quedado confinado para la hora de ir a compartir la fiesta con quien convida a la cuchipanda o para la hora —a menudo en lo interior celebrada— de caminar tras el muerto al cementerio.

Del mismo modo como su ilustre paisano el doctor José Emigdio González hizo el tránsito de oligarca a federal desde la Gobernación de la provincia de Trujillo, así, también, el doctor Juan de Dios Monzón lió los trastos de oligarca y reconoció el hecho cumplido del triunfo de la Federación, desde la severa curul de Gobernador de la Provincia de Coro, cuya capital resistió hasta 1863 los recios empujes de las huestes de Falcón.

Nacido en San Lázaro de Trujillo alrededor de 1824, el doctor Monzón se trasladó desde niño a la ciudad de Coro, de donde sus padres le enviaron a Caracas a seguir los estudios de Medicina. Hecho profesional, alternó sus labores de médico con el ejercicio de la política. Al frente de la Gobernación provincial de Coro se encontraba el año 1863, cuando era una realidad elocuente el dominio que ejercían los ejércitos federales sobre casi toda la República. Honrosamente, el doctor Monzón resistió en su puesto de defensor de la ciudad, hasta rendirla por medio de una capitulación dignísima.

Sumado a la causa del liberalismo, el doctor Monzón llegó a ocupar en sus filas sitio prestante, para lo cual dábanle respaldo sus condiciones de probidad y el peso de sus conocimientos científicos y literarios. Desempeñó con brillo la presidencia del Estado Falcón y el Ministerio de Crédito Público, y a la hora de su muerte, ocurrida en 1884, ocupaba interinamente la Presidencia de la República, en

razón de haberse ausentado Guzmán Blanco hacia el Interior, en una de sus brillantes y aparatosas giras políticas.

Después de presidir los actos diputados para el recibimiento del Ilustre Americano —a quien los organismos oficiales y las corporaciones caraqueñas ofrecían una clamorosa adhesión, tanto por sus éxitos políticos en el Interior como por su debatido triunfo sobre quienes contrariaron su discurso inaugural de la Academia Venezolana—, el doctor Monzón regresó a su casa de familia, aún decorado con los signos de la Magistratura. Todavía no se había quitado la casaca, cuando cayó fulminado por una angina de pecho.

La muerte del ilustre y correcto ciudadano fue motivo de solemnes manifestaciones de duelo y, también, para que los enemigos de Guzmán Blanco tejiesen anécdotas en relación con el carácter de una víctima más de la "adoración perpetua", como quisieron presentar al insigne desaparecido. Finos pudieron ser los apuntes que se hicieron con motivo de la fulminante muerte del Presidente interino, en cambio, en el cuadro general de la política guzmancista, ya de suyo era grande y sorpresiva anécdota poderse decir que el doctor Monzón, el día de su súbito fallecimiento, contaba por todo capital una simple, lustrosa, modesta onza de oro.

Pulcro en todos los actos de su vida, desprendido de sueldos oficiales y de honorarios profesionales, fue el ciudadano cabal, que supo ajustar la existencia a los más exigentes reclamos de la moral cívica. Si en el orden corriente de la política guzmancista aquella justiniana pobreza hacía contraste con las fortunas atropelladas que amanecían en las casas de los llamados hábiles políticos, en el cuadro general de la ética pública el inventario de bienes del doctor Monzón puede y debe exhibirse como ejemplo honroso de una conducta. Supo el venerable varón morir a lo Bolívar, sin camisa de repuesto. Con apoyo en su ejemplo austero se pueden edificar con éxito normas de genuino bolivarianismo. Si bien sobre su apacible existencia no se alcanza a dibujar la sonrisa y el ejemplo de un apunte oportuno, su muerte puede ser exhibida como la anécdota silenciosa de quien atravesó la administración pública sin afán alguno de apoderarse de

los caudales de la nación. Desde su sitio de muerto, el doctor Juan de Dios Monzón ilumina la trayectoria de su vida. En el área acaudalada de la política guzmancista, su pobreza sonreía a manera de chiste ejemplar.

Para aconsejar buenas maneras de que aumenten las posturas de las aves, el refranero español cita la gallina de Monzón. Para enseñar a los hombres públicos decorosa conducta, bien vendría recordarles la onza de Monzón.

En el cuadro caudillesco de la Cordillera, pocos personajes lograron la prestancia del General Juan Bautista Araujo, llamado por su bravura, su altivez y su prestigio, el León de los Andes. En los viejos negocios mercantiles de la región se veía, junto con las de Bolívar, Cavour y Garibaldi, la hermosa litografía que representaba al temido patriarca de la barba bellida.

Cuando ocurrió el reconocimiento del triunfo federal, Araujo se retiró a sus páramos de Jajó a trabajar la tierra con la fiel peonada. Surgido el movimiento que en 1870 llevó a Guzmán Blanco al poder, Araujo se enfrentó una vez más a las huestes liberales y salió a pelear en Lara a los ejércitos triunfantes. Ocurría entretanto la invasión de Trujillo por el General Daboín y el establecimiento del Gobierno liberal del General Inocencio Carvallo. De regreso al Estado, Araujo derrotó al régimen liberal y se hizo fuerte en la capital, lo cual obligó a que Guzmán Blanco ordenase al General Venancio Pulgar el envío de una fuerza que peleara a los conservadores trujillanos y que castigase al Estado por su crimen conservador. Después de haber opuesto una feroz resistencia, Araujo se batió en retirada hasta la ciudad de Trujillo, a la cual puso sitio el ejército de Pulgar, quien entró en ella el 24 de noviembre de 1871, a tiempo que Araujo ganaba la vía de los páramos, desde donde buscó camino hacia Colombia.

En Chinácota vivía su destierro el vencido Caudillo, cuando ocurrió el tremendo terremoto de 18 de mayo de 1875, que redujo a ruinas la floreciente ciudad de San José de Cúcuta. En los días aflictivos que

sufrió la aterrada población, Araujo observó una conducta ejemplar en colaboración con las autoridades, que buscaban auxilio y seguridad para las víctimas. La labor más difícil era contener la acción de los bandoleros dedicados al pillaje, al saqueo y a la matanza. A punto estuvo Araujo de ser asesinado por uno de estos bandidos, cuyo sometimiento, en cambio, le abrió los caminos del prestigio entre los propios bandidos sin jefe y las vías de la confianza del Gobierno colombiano, quien le otorgó en seguida la jefatura de la campaña pacificadora de la región y le hizo incontinente General efectivo del ejército de Colombia.

Ni ciego ni tonto, Guzmán Blanco comprendió a cortos lances el peligro que el crecedero prestigio del flamante General colombiano entrañaba para el régimen, y a fin de evitar una posible invasión fronteriza, le envió de comisionado al General Santana Saavedra, para que le ofreciese una reconciliación y el gobierno del grande Estado de Los Andes, cuya creación entraba en los planes de "política suiza" del imponente caudillo liberal. (Lo suizo estaba representado por la nominal autonomía de las nueve grandes regiones federales en que fueron agrupados los viejos Estados o provincias; mas, el respeto democrático que forma la esencia del sistema de la maravillosa República helvética, quedó como buen tema de conversación para los ideólogos).

A fin de halagar más aún a su viejo contendor, Guzmán Blanco pidió al Congreso el grado de General en Jefe para el prestigioso caudillo de la Cordillera. El partido araujista cubrió toda la región andina y entre sus tenientes más distinguidos de la Sección Táchira, figuraron el General Cipriano Castro y el doctor Carlos Rangel Garbiras. Esta influencia partidista de los Araujo-Baptista sobre toda la región andina duró hasta 1892, cuando ocurrió la desgraciada aventura continuista del Presidente Andueza Palacio.

Correcto era prolongar el famoso período presidencial de dos años, acomodado por Guzmán Blanco para que el Poder lo alternaran sus lugartenientes; mas Andueza Palacio optó también por alargar el período en su provecho personal. Para esta aventura, el Presidente

de la República se había asegurado el apoyo del partido araujista, mas el club legitimista que en Caracas defendía la alternabilidad del poder público, ganó para sí al doctor Leopoldo Baptista, quien, a fuer de repúblico, convencióse del error de su partido montañés. Baptista se trasladó a Trujillo y a Mérida, y logró convencer a su padre, el General José Manuel Baptista, y al doctor Victorino Márquez Bustillos, Presidente de los Andes y primo del propio Presidente Andueza. En cambio, la palabra fácil y ardorosa del doctor Baptista tropezó con los oídos cerrados del viejo León de la Cordillera. Lo mismo que en 1863, frente a las razones que llevaron al doctor José Emigdio González a aceptar el hecho cumplido de la Federación, también ahora invocó el carácter sagrado de su compromiso con Andueza. La lógica personalista no desbarató, en cambio, las fuertes razones de los defensores del institucionalismo, por donde el viejo Caudillo acorralado por los doctores, concluyó diciendo: "Pues como las cosas son de leyes, que hagan Leopoldo y Victorino lo que quieran. Yo no les puedo cambiar el juicio. Los dejo libres con sus artículos constitucionales, su razón tendrán ellos; a mí déjenme solo con mi compromiso sin cumplir". Giró en seguida instrucciones a los caudillos subalternos, en las cuales les comunicaba el heroico remedio tomado: la renuncia de la jefatura del partido y la libertad para que sus tenientes siguieran el camino que creyesen más prudente. Rompió la espada de pomo de oro que le había obsequiado Andueza y se retiró a sus páramos de Tuñame, a rugir como los leones heridos. Fue así como se desmanteló el poderoso partido araujista de los Andes, pese a que en Trujillo se continuara mirando hasta la hora de la muerte en el viejo patriarca la cabeza moral de la colectividad por él formada. Desaparecido el Caudillo el año 1898, se celebró una gran Asamblea del partido en la casa de don Enrique García Yanes, en la ciudad de Trujillo. Fue mi padre el Secretario de aquel cuerpo, y en notas que al respecto dejó escritas, apuntaba la necesidad de que las colectividades políticas se estructurasen en torno a principios que le dieran continuidad y no alrededor de personajes prestigiosos.

Imponente y majestuoso, tanto por fuerza de su fama como en gracia del talante singular que le daba aspecto de Carlomagno

rústico, empero, el viejo Araujo era sencillo, bueno, afable. El gigante de las barbas bellidas sentía placer singular en alternar con los niños, para quienes era la realidad de un San Nicolás de carne y hueso, que regalábales confites y monedas. Era muy niña entonces la hoy venerable y sufrida matrona doña Adela Rivas de Burelli, cuando al acercarse al recio patriarca trujillano tuvo la ingenuidad de preguntarle si para dormir colocaba las barbas debajo o encima del cobertor. Pocos meses después volvió a hacer posada en Mendoza el prócer de las barbas fluviales y al ver a la niña, le dijo con ingenuidad infantil:

—Sabes, muchacha, que me has hecho trasnochar para averiguar cómo coloco las barbas mientras duermo...

Durante los años de 1887 a 1889 la ciudad de Trujillo fue azotada por una nueva epidemia de fiebre amarilla que, como en 1853, obligó a emigrar a gran parte de la población. Heroicamente quedó al frente de la defensa de la ciudad el doctor Diego Bustillos, secundado por Monseñor Estanislao Carrillo, Cura y Vicario de la ciudad.

Ya tenía Trujillo larga experiencia del espíritu filantrópico que adornaba al ilustre facultativo, unido a la ciudad con raíces tan firmes como si fuera hijo de ella. Para honrar su memoria, inicié por 1915, con Claudio Llavaneras Carrillo, José Félix Fonseca, José Rafael Almarza, José Ramón Sanz Febres, Carlos Briceño Altuve y Manuel María Vargas una junta encargada de recoger fondos para levantar en la ciudad un busto al egregio benefactor. Esa junta encomendó al ilustre historiador Américo Briceño Valero la redacción de una biografía del doctor Bustillos. Ambas cosas fueron llevadas a término y el busto del generoso y sabio médico se halla en el hospicio mal llamado Reverend, puesto que al ser colocado en él (el busto del doctor Bustillos) fue propósito de los gobernantes y del pueblo que dicho establecimiento benéfico se llamase Bustillos.

Dura, en cambio, en él el busto y en la memoria de Trujillo el recuerdo venerando del eximio benefactor, no sólo grato a quienes de él recibimos directamente el favor de su ciencia pero también a aquellos que sea el socorro de su caridad, han levantado escuchando

la debida alabanza del sabio, a quien el insigne Vargas tuvo por su mejor discípulo.

Era el doctor Bustillos hombre agudo y cortante en el discurso. Más fino en la ironía que su hermano el famoso don Juan Pablo, la usaba de manera tan hábil que hacía la réplica difícil, a lo cual se agregaba la inmunidad de que hallábase revestido, en gracia del respeto extraordinario y del afecto enorme que le rendía la gente de Trujillo.

Dominada el año 89 la peste amarilla, regresaron a la ciudad las numerosas familias que se habían trasladado a Boconó, a Carache, a San Lázaro y a los páramos apartados. La nueva presencia de los amigos en Trujillo fue ocasión de júbilo general y hasta de olvido de rencores antiguos y de vanas diferencias sociales. Hoy suena a falso el relato de los agresivos distingos que dividieron a Trujillo hasta años aún cercanos. Familias honorabilísimas, caballeros de limpia conducta y aún de lustre intelectual, eran repudiados hasta época reciente por la que se llamó "gente de primera".

La primacía era muchas veces de una arbitrariedad absurda, que ora se fundaba en ridiculeces genealógicas, ora en la fuerza de influencias económicas o políticas. En el cuadro de los primeros cacaos* de Trujillo figuraba la familia Bustillos, emparentada con las más floridas y excluyentes estirpes de la vieja Guanare. Parienta cercana suya era doña Nicolasa Márquez Febres de González, esposa del distinguidísimo caballero don Sinforiano González, quien por aquel tiempo acababa de reconstruir en la esquina de Las Monjas parte del edificio del viejo convento de las Reginas. Si don Sinforiano era hombre muy atildado, más lo era su esposa, quien al ilustre apellido Márquez agregaba el muy sonado de Febres, por sus campanillas y distinción casi sinónimo de mantuanismo** en toda Venezuela y de modo especial en Occidente.

(*) Cacao se llamó por el pueblo a los criollos que ganaron títulos venales, por ser el cacao el mayor soporte de la riqueza del país.

(**) Mantuano vale por aristócrata u oligarca.

Para agasajar al doctor Diego Bustillos organizó la gente de Trujillo un gran baile en la magnífica casa de los esposos González-Márquez Febres. El dolor y la angustia de la peste habían limado no poco las agrias asperezas sociales y en el cuadro de los invitados entraban muchas distinguidas personas que no "figuraban" antes en los cerrados círculos de la alcurnia trujillana. A la hora de ofrecer el festejo, lo hizo con verbo fácil el gran tribuno Angel Carnevali Monreal, figura ya con justo prestigio entre la valiosa intelectualidad trujillana. El doctor Bustillos agradeció el agasajo con palabras emocionadas, que eran interrumpidas con aplausos cariñosos, los cuales no tuvieron cómo acabar, cuando al final del discurso, en tono mesurado, el homenajeado dijo más o menos lo siguiente:

—Yo agradezco por lo que a mí y a mi familia toca el generoso obsequio que nos hacéis. Nada heroico realicé para que la fiebre se acabase. Como médico me limité a asistir a los enfermos que requerían mis consejos. Mas comprendo vuestra alegría al veros de nuevo juntos en la querida ciudad que nos cobija bajo sus mansos aleros. La mía es doble, al mirar el conjunto que muestra la inteligencia que ahora reina como prenda de concordia en la sociedad trujillana. Festejemos, pues, señoras y señores, que en Trujillo hayan terminado juntamente la fiebre y los *febres*.

Es de suponer que los parientes Márquez-Febres del doctor Bustillos no aplaudieran la salida oportuna del gran médico, para quien el contacto con el dolor y la miseria había sido excelente cátedra de igualdad humana.

En la ciudad de Mérida casó el trujillano don Gabriel Briceño con la distinguida dama doña Berenice Picón Grillet, quien, a su celebrada belleza unía el cultivo intelectual que en su espíritu había dirigido su ilustre padre, el Maestro don Juan de Dios Picón, decoro del procerato civil venezolano. Doña Berenice, por su ensayo dramático "La Flor del Cabriolé", tiene derecho a figurar entre las primeras mujeres que en Venezuela cultivaron las letras. Del matrimonio de don Gabriel y doña Berenice vino al mundo, entre otros insignes varones, el doctor Gabriel Briceño Picón, de grata memoria en los anales de Trujillo.

Cuanto estaba en pleno curso de Medicina el fogoso estudiante, se sumó al movimiento liberal guzmancista y salió al campo de batalla, donde luego prestó valiosos servicios en los hospitales de sangre. Graduado ya, regresó a la Cordillera, para pronto hacer famoso su nombre de médico tinoso y abnegado.

Algunos profesores explican el llamado "ojo clínico" como una aguzada memoria. Así ha de ser, por cuanto el diagnóstico de una enfermedad sólo puede hacerlo quien lleve en el recuerdo la imagen clara de cuadros sintomáticos correspondientes al del caso presente. Sin embargo, el ojo del doctor Briceño Picón, o del doctor Gabriel, como se le llamaba en el Estado Trujillo, rebasaba esta explicación. Su pupila tenía la intuición certera de la vida o de la muerte. Paciente a quien él diese prenda de salud, podía estar seguro de no

cargar dentro del cuerpo ningún peligro de fallecimiento; por el contrario, cuando desahuciaba un caso, no había medicina ni temperamento que desautorizase la sentencia. Era yo muchacho cuando oí referir lo ocurrido al doctor Gabriel con un rico comerciante de Trujillo, de quien solicitó en préstamo cierta suma a principios de un diciembre. El comerciante le negó el favor y, enfadado el doctor Briceño, comentó el caso con unos amigos, a quienes dijo: "Muchos hombres enajenan buenas amistades porque el amor desmedido al dinero les hace ver riesgo en facilitar alguna suma a los amigos. El infeliz de Fulano, creyendo cuidar el dinero que dentro de poco le sobrará, se ha negado a prestarme diez morocotas, sin saber el pobre que no se comerá las hallacas de la Nochebuena". El 16 del propio mes moría repentinamente el señor esclavo de sus dineros.

Este don maravilloso de ver por anticipado la muerte llegó a constituir una manera de rémora para la clientela del doctor Briceño. Gente tonta y aprensiva, prefería ignorar las enfermedades graves antes de que le fuese anunciada la necesidad de redoblar el cuidado de la salud. A esto se sumaba el modo franco y brusco con que el famoso médico anunciaba la inminencia de la muerte, ya aconsejando la fábrica de la urna, ya insinuando al paciente la necesidad de hacer testamento o de acercarse al tribunal de la Penitencia. Era él espontáneamente Briceño en eso de no usar rodeos ni disimulos para expresar ideas y sentimientos que pudieran molestar aún a aquellas personas a quien quería servir. Mas, como el doctor Briceño no cobraba a los pobres, el zaguán de su casa era una especie de antesala de hospital, donde los enfermos esperaban la hora de recibir su consejo.

Cuéntase que en cierta oportunidad llegó a su casa de Valera un rico hacendado, que ya había consultado sin éxito a los otros médicos de la ciudad. El enfermo temía que el doctor Gabriel le anunciara la muerte y, al efecto, se acorazó ante el riesgo, de una manera que creyó práctica.

—Mira, Gabriel —le dijo—, yo me siento enfermo y vengo a pagarte dobles tus honorarios, pero a condición de que si me voy a morir no me lo digas a mí, sino a mi mujer.

Al sibilino prestigio de asegurar la muerte o la salud, el doctor Briceño Picón agregaba una rica gracia de la gente y una simpatía natural, en parte sostenida sobre su gallarda figura humana. Lo conocí cuando ya estaba bien entrado en años. Alegre, nervioso, conversador, donde él estaba era figura central del grupo. Las damas, ahora encanecidas como él, ponderaban con un poco de nostalgia el atractivo que lo distinguió en la juventud. Viejo aún, no se había apagado la luminosidad de los hermosos ojos que supieron heredarle hijas, nietas y bisnietas...

Por 1906 ocurrió en la ciudad de Trujillo un sangriento alzamiento de presos, que fue rápidamente sometido con sólo la presencia del Presidente del Estado, General Pedro Araujo Briceño, quien, con la impavidez que le hizo uno de los más valientes y audaces generales de la época, se presentó, pistola en mano, a las puertas de la cárcel con voces de rendición a los alzados.

Pero entre el comienzo de la insubordinación y la presencia arrolladora del enérgico gobernante, medió un buen espacio, dentro del cual los disparos de fusilería alarmaron a los habitantes de la ciudad, entregados plácidamente a la siesta de mediodía.

Una calle más arriba de la cárcel, es decir, en la esquina de los Carrillos, estaba situada la casa de la honorabilísima matrona doña Alcira Maya de Urdaneta, madre de los doctores Enrique y Jesús Urdaneta Maya, abogados y políticos de larga actuación en Venezuela, recordados en Trujillo con respeto y con cariño; del doctor Octaviano Urdaneta Maya, médico de luces extraordinarias, y de don Ezequiel Urdaneta Maya, quien, por haber tenido que asumir la administración familiar a la muerte del padre, dejó trunca la carrera, mas, por sus luces, su juicio y su don de consejo, mirado en Trujillo como una de las mejores cabezas de la ciudad. Era doña Alcira dama distinguidísima, de inteligencia vivaz y de recio carácter, de modales cultos y severos, de talante imponente y de fina y graciosa palabra. Al oír los disparos, doña Alcira voló a la

celosía de la ventana que miraba a la calle de la Independencia, en momentos en que atinaba a pasar con paso menudo y rápido el bachiller Manuel Fernando Mendoza.

Grato en extremo me es evocar la memoria de este abnegado cultor de las letras. Lleno de amor por Trujillo y así sintiera el orgullo de su preclara estirpe, se mantuvo siempre en un plano de sencillez y de humildad que le hacía aún más apreciable. Hombre de pluma, manejaba periódicos, escribía crónicas históricas, arrancaba notas a la lira poética. Por aquel tiempo se había enfrascado desde las columnas de "Industria y Letras" en una agria disputa con los poetas de Mérida, Juan Antonio Gonzalo Salas y José Domingo Tejera (este último nativo de Valera), la cual terminó en desafío fantástico para vaciarse los revólveres en el alto del Páramo de Timotes. Manuel Fernando Mendoza ejerció, también, el Magisterio y al frente de él estuvo hasta avanzados años en escuelas rurales del Distrito Federal.

Detuvo doña Alcira a Mendoza y, al saber de éste la causa de los disparos, fuése a la habitación donde dormía el hijo Octaviano.

—Octaviano, Octaviano, despierta, que en la cárcel hay heridos y te pueden necesitar. Acaba de pasar el poeta, lívido, y me lo dijo.

El doctor Urdaneta se puso en pie medio dormido y preguntó a doña Alcira:

—¿Y quién es el poeta lívido, mamá?.

—Pues quién va a ser sino Manuel Fernando —respondió con naturalidad la gran dama.

Era, en realidad, Mendoza el poeta por antonomasia. Así le llamaban cariñosamente los amigos. Así lo llamaba el pueblo todo. Mas, cuando el doctor Urdaneta refirió a los amigos el lance de la siesta interrumpida, Manuel Fernando Mendoza pasó a ser el poeta lívido.*

(*) Entre nosotros es corriente el uso de lívido por pálido. La palidez en hombre tan blanco como Mendoza debió de ser profunda.

Hijos de viejos amigos, estuvieron permanentemente distanciados en política, pero siempre cultivaron la amistad personal los doctores y generales Leopoldo Baptista y Rafael González Pacheco. Antes de 1863, sus padres, el General José Manuel Baptista y el doctor José Emigdio González, militaron bajo las mismas banderas. El divorcio que creó las opuestas banderías ocurrió el año del triunfo del federalismo. Baptista y Araujo entraron a representar el conservadurismo, los González la tendencia liberal; pero en el fondo, los unos no eran más conservadores, ni eran más liberales los otros. Apenas un ligero tinte de anticlericalismo y quizá una leve llaneza popular acreditaba a la gente llamada liberal. Esto no impedía para que los jerarcas llamados conservadores tomasen muy en poco el propio contenido de los programas, puesto que por 1886 la gente de Araujo y de Baptista se llamaba "Partido liberal guzmancista araujista". Un galimatías para que lo entendiese el Diablo. No valía, tampoco, como elemento para el encuadramiento partidista, los orígenes familiares de los hombres. De haber sido así, hubieran tenido sitio puntero en la colectividad conservadora los valientes generales Paredes Pimentel, vinculados a las empingorotadas estirpes de los Paredes, Fernández Peña, Valcarce Pimentel y Roth Briceño. Aun cuando se realizó la invasión del Estado por las fuerzas continuistas, los Paredes Pimentel estuvieron contra el gran caudillo liberal Joaquín Crespo, en cambio, sostenido en Trujillo por los Baptistas. En el fondo, como he dicho, era más lucha de hombres y de intereses grupales que pugna principista lo que dividía a nuestros partidos

locales. Sus hombres eran personalmente amigos y compartían la sal y el vino sobre los manteles de la cordialidad. Mi padre, anticontinuista, no fue hecho preso en la Mocotí, porque el General Pedro Paredes Pimentel le franqueó los medios de trasladarse a Valera. Ocurrida la toma de Trujillo el 20 de septiembre de 1899, el doctor y General Rafael González Pacheco, jefe de la situación, se acercó a la casa del Padre Carrillo, donde estaba oculto don Benigno Araujo, para hacerle saber que huyera esa noche de la ciudad, pues lo podían buscar sus oficiales. Amigos eran todos, que luchaban a ley de gallardía.

Flor de ambos bandos fueron los doctores González Pacheco y Baptista. Hasta el porte garrido les ayudaba para ganar imponencia y simpatías. Hijos de la Universidad, no olvidaron las letras, y cuando fueron a pelear sobre el campo de batalla, miraron la guerra, al igual que los *condottieri* del Renacimiento, como una verdadera obra de arte. Ambos representaban a fines del siglo XIX el verdadero caudillismo trujillano. Sus figuras prestantes se levantaban sobre el cuadro de oficiales aguerridos y de plumarios ilustres, como auténticos dueños de voluntades. En la fuerza de su espada y de su verbo estaba representada la fuerza de Trujillo. En la década del 890 al 900 alguien intentó hacer práctica la unión de ambos caudillos, en una concentración política que asegurase a Trujillo la prepotencia en Occidente. Hubo conversaciones, fracasadas ante la intransigencia personalista de exaltados de uno y otro bando.

Divididos estaban los dos grupos cuando ocurrió la invasión del General Cipriano Castro, el 23 de mayo de 1899. El flamante gobierno de Trujillo, separado en enero de dicho año de la unidad andina, lo presidía el progresista repúblico don Juan Bautista Carrillo Guerra, quien, como agente del titubeante General Ignacio Andrade, desconfiaba de los jefes trujillanos. Primero dio encargo de levantar un cuerpo de ejército al General González Pacheco, el que, mal pertrechado, sufrió grave quebranto en Tovar, hasta donde fue a detener al ejército invasor. En seguida, el gobierno Carrillo Guerra encomendó al doctor Leopoldo Baptista rechazar a Castro a su llegada al Estado. La situación del ejército de Baptista no

permitíale atacar y se parapetó en el pie de la mesa de Carvajal para impedir el paso de Castro; mas, cuando Baptista aguardaba en sus trincheras a Castro, los espías le avisaron que éste había hecho una diversión en Motatán y que, lejos de subir a Pie de Sabana, había salido por el Turagual, para ganar por los lados de Pampán el camino nacional. Esta operación ha servido para que quienes no conocen el pormenor de los hechos, hayan dicho que Baptista "dejó" pasar a Castro, sin hacer cuenta de que sus efectivos sólo le permitían pelear en terreno propio y no avanzar a destruir al enemigo.

Pasó, pues, el General Castro por el Estado Trujillo sin que ninguno de los jefes locales hubiera podido hacer lo que era preciso para detener su marcha victoriosa. Luego, Castro llegó al Capitolio con la cabeza realmente llena de buenas ideas. No es del caso evocar el sistema de que se valió la permanente camarilla caraqueña para hacerse a la voluntad del recio caudillo, contra quien en breve pusieron en pie un fuerte ejército los representantes de los intereses golpeados por la revolución restauradora. Cuando ocurrió este gran movimiento, llamado por su fuerza a destruir al gobierno, ambos generales —González Pacheco y Baptista— tenían compromisos con Castro. Podría extrañar esta actitud, mas es congruente con el tipo de política general que existió en Venezuela hasta fecha reciente. Los caudillos y los dirigentes tenían por norte "estar con el gobierno", sin distinguir la diferencia que existe entre esta situación semipasiva y la correcta finalidad de "estar en funciones de gobierno".*

La supervivencia de tal concepto gozoso de la política, explica tanto la situación abarrancada de quienes subordinan al beneficio inmediato la razón de una conducta, como la alegre opinión de

(*) También explica el mancomunamiento de los caudillos de la Cordillera en dicha ocasión, el carácter antinacional que tuvo la llamada revolución libertadora, gestada como una acción de repudio contra los hombres de los Andes más que contra el régimen castrista. Esta errónea actitud revanchista de los viejos caudillos desplazados, engendró como contravalor el pseudo mesianismo andinista o tachirensista, que tan funesto ha sido en la historia del País.

quienes miran por habilidad gozar a cualquier precio del favor de quienes abren a los "amigos" las posibilidades de medro.

A la hora de defender su gobierno, Castro llamó a González Pacheco y a Baptista. Cada cual en su respectivo cuerpo de ejército, supo estar a la altura de su prestigio y de su tradición guerrera. A Baptista cupo el mérito de la famosa operación Copey, que aseguró el triunfo de La Victoria y, con él, la victoria definitiva del castrismo.

Después de estos sucesos, atinaron ambos jefes en coincidir en Caracas en el recordado Hotel Saint Amand, posada obligada de los jefes políticos del interior. Al ir a tomar el desayuno, González invitó al doctor Baptista para que le acompañase a la mesa.

—Leopoldo, quién hubiera dicho el 99 que tú y yo íbamos algún día a ayudar a Castro, cuando juntos habríamos podido obligarlo a regresar a Capacho.

—También lo he pensado yo, y a la vez he recordado lo favorable que hubiera sido para el país la concentración de nuestras fuerzas, respondió Baptista.

—Sí señor, nuestra desunión del 99 dio paso a Castro, nuestra unión de hoy contribuye poderosamente a sostenerlo, agregó el doctor González.

—Castro es un caudillo de verdad, no podemos avergonzarnos como militares de estar bajo sus órdenes; pero, después de Castro, convéncete, que el perrito más sarnoso aprovechará nuestras discordias, comentó Baptista.

Rieron ambos caudillos y al separarse, González dijo a Baptista con amarga sonrisa:

—Pues a cuidarnos del perrito, Leopoldo.

Y el perrito les resultó nada menos ni nada más que el General Juan Vicente Gómez.

Perdida su obra, desconocido de las nuevas generaciones el extraordinario esfuerzo cultural realizado en silencio y soledad por el bachiller Rafael María Urrecheaga, su nombre, medio misterioso y secreto, es, sin embargo, evocado en Trujillo con orgullo y con veneración. Formado en el viejo Colegio Federal de Trujillo, sólo ganó el grado de Bachiller en Filosofía, cuando este título era prenda de serios conocimientos humanísticos. Su periplo se desarrolló entre la Mesa de Esnujaque, donde nació alrededor de 1826, y la ciudad de Trujillo, donde vivió hasta la muerte en 1907. Frente al propio Colegio tenía su casa de habitación, por donde se hacía fácil conducirle a la parihuela hasta su cátedra, cuando ya la baldadura impedíale caminar. Su cultura abarcó las letras, las matemáticas, las ciencias naturales, la filosofía, el derecho. Cuando yo estudiaba matemáticas con el doctor Luis Ugueto, mostré a este ilustre profesor un texto francés de Cálculo infinitesimal. El texto tenía varias fórmulas corregidas y mejoradas. Ugueto me preguntó el origen de las notas. Le dije que ese libro había pertenecido a la biblioteca de nuestro sabio, y al punto respondió: "Urrecheaga podía hacer eso y mucho más". A la muerte de don Rafael María sus libros fueron vendidos por las calles de Trujillo, en las mismas espuertas en que se suele vender el amasijo. Mi padre adquirió algunos volúmenes. De éstos llegaron a mis manos las obras de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Al margen de varios trabajos, tropecé con notas en que don Rafael corregía al gran polígrafo español. Las matemáticas y las lenguas fueron el fuerte de

Urrecheaga. Sin conocer el mar, estudió las mareas y calculó la posibilidad de utilizar la fuerza de las olas como potencial industrial. Los planos que al efecto levantó, fueron enviados al Ministerio de Fomento para su protección. Del Ministerio desaparecieron y es fama que alguien los patentó en Estados Unidos. Su mayor placer eran las traducciones. En el Colegio profesaba griego y latín. El alemán lo aprendió solo y avanzó a traducciones de mérito, que en parte se guardan entre los papeles de don Arístides Rojas, conservados por la Academia Nacional de la Historia. Cuando el gran polígrafo caraqueño residió en el Estado Trujillo, anudó amistad con Urrecheaga, también devoto, como él, de las investigaciones etnográficas. En el archivo de Rojas se halla el primer vocabulario de lengua timotocuycas, recogido por don Rafael María, y en el cual apoyaron sus estudios sobre la lengua de nuestros naturales, los ilustres investigadores Amílcar Fonseca, Alfredo Jahn y Américo Briceño Valero.

Cuando la escuela donde aprendí primeras letras fue llevada provisionalmente al amplio local del Colegio Federal, admiré de cerca la venerable y casi mitológica figura del anciano sabio, de quien me queda en la memoria el recuerdo de la bola de nieve que formaban sus cabellos y su barba victorhuguiana. A su muerte, oí hablar de él a la gente mayor como de un ser extraordinario, en cuyos labios había respuesta para las más difíciles preguntas. Sin embargo, las personas que lo admiraban y que influían en la sociedad y en el gobierno, nada hicieron por salvar la unidad de su riquísima biblioteca y de sus valiosísimos trabajos literarios. Nada queda hoy de Urrecheaga, fuera de su memoria estimulante y del recuerdo de su dedicación a la cultura. También se le memora por la rectitud de su conducta y por la aspereza de su genio, muy bien heredado de sus antecesores vascos. Indomable, como el mejor acero bilbaíno, lo presenta la anécdota que escuché en Caracas de labios del doctor Antonio Febres Cordero.

Finalizaba el siglo XIX. La planta del Colegio Federal no sólo comprendía lo que hoy ocupa el edificio escolar allí levantado durante el gobierno del General Isaías Medina Angarita. Se

extendía el Colegio fuera de las viejas bardas, hasta dar frontería al Hospital de Caridad y a la Iglesia Parroquial de la Chiquinquirá. La extensión no cubierta, y que había sido la huerta del antiguo Convento franciscano de San Antonio de Padua, estaba rodeada de paredes terrosas y en ella solían jugar los estudiantes. Una mañana se hizo gran alboroto porque éstos, armados de barras, resolvieron echar abajo las tapias, para dejar al público el solar del Colegio. Intervino la autoridad, cesó el derrumbe y los estudiantes fueron hechos presos. En seguida, Urrecheaga habló con el Gobernador del Estado y le reclamó de la prisión de los alumnos, en tono altivo que no se ajustó a la sensibilidad del gobernante, por donde don Rafael fue detenido y llevado a la Policía.

Corrida voz de la prisión del bachiller Urrecheaga, se reunieron el Padre Carrillo, don Juan Bautista Carrillo Guerra, el doctor Diego Bustillos, don Juancho Briceño, don Sinforiano González, don Juan Pablo Bustillos, el doctor Juan Nepomuceno Urdaneta, el doctor Enrique Urdaneta Maya y demás autorizados personajes de Trujillo, y fueron en cuerpo a pedir al Magistrado la libertad del irrespetado maestro.

Para corresponder con gentileza a la demanda de libertad, el gobernante pidió a su propio Secretario que se trasladase a la Policía para dar por libre a don Rafael. Tal vez por creer hacerlo mejor, el Secretario dijo al brioso anciano que el Gobernador había dispuesto concederle la libertad.

¡Mal haya la hora en que tuvo tal ocurrencia el Secretario! Don Rafael se levantó airado, como si le hubiese picado una serpiente.

—¡Conque el bárbaro me concede la libertad! —exclamó don Rafael—. ¿Sabe usted lo que está diciendo? ¿Ha medido usted acaso el alcance de sus palabras? No, mi amigo. No hay ser humano que pueda concederme lo que me pertenece por don divino. Yo soy libre, porque Dios me dio la libertad, no porque me la conceda ningún hombre. Diga a su jefe que se declare en falta y que ordene a

los gendarmes que me dejen libre como corresponde a mi dignidad de hombre.

Mas, con el Secretario habían ido a recibir al anciano los preocupados amigos, quienes después de reconocer la justeza de sus argumentos, lo persuadieron a que abandonase el local donde estaba detenido. *¡O tempora, o mores!*.

El año 1834 se instaló el Colegio Federal de Varones, en el antiguo convento de la Recolección franciscana de San Antonio de Padua, ubicado en la parte alta de la ciudad. El convento fue fundado alrededor de 1575 por Fray Francisco de Fuenlabrada y tuvo vida religiosa hasta la clausura decretada por la legislación colombiana, en razón de haber quedado materialmente despoblado a causa de la guerra. El Colegio llegó a tener categoría de Universidad y después de haber formado brillantes generaciones de profesionales, tuvo un largo eclipse, del cual ha convalecido en parte durante los últimos veinticinco años.

Al lado del Convento, hacia la esquina aún llamada de San Francisco, se levantaba el hermoso templo, adornado de primorosos altares estofados y de óleos y esculturas de gran calidad. En la Iglesia Matriz se conserva aún una primorosa talla de poco tamaño, que representa al Serafín de Asís, y la cual, sobre ser de Montañés o de Cano, es a juicio de autorizados críticos, la más preciada joya imaginera que se conserva en Venezuela.

El año 1894 la ciudad de Trujillo y sus alrededores sufrieron continuos y fuertes temblores, que obligaron a las familias a hacer vida de beduinos, en toldos de palma, improvisados en la Otra Banda y las Araujas. En esta ocasión el templo franciscano sufrió graves averías, que lo pusieron fuera de culto y que obligaron a trasladar a sitio seguro las imágenes. Conforme con el espíritu de

abandono que fue típico del trujillano en esto de reconstruir templos —ejemplo, el desmantelamiento, por temor a ruina, de la Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria, en la parte baja de la ciudad— no se puso empeño por acondicionar el sagrado sitio y sólo por 1908, año en que comencé el Curso Preparatorio en el viejo Colegio, se reanudaron los trabajos de reconstrucción. Las obras fueron encomendadas al experto Maestro de obras don Lucas Simón Montani, nativo de Italia y hábil y entendido constructor, aún recordado con grande cariño en la ciudad de Trujillo. Sobre la cúpula del presbiterio, don Lucas montó una pequeña estatua de San Francisco, que daba airoso aspecto a la construcción. Mas, se pensó que la Iglesia podría servir ahora para la propia Parroquia, pues la Ermita de la Chiquinquirá era más pequeña y estaba también amenazando ruina. Resuelto en principio el traslado de la Parroquia a la capilla en reconstrucción, alguien aconsejó que en lugar de San Francisco fuera colocada la imagen de la Virgen de Chiquinquirá, titular de la Parroquia. Así se le dijo al Maestro Montani. Pocos días después, los estudiantes que seguíamos los pormenores de la obra, advertimos cómo don Lucas afeitaba a San Francisco y le ponía corona para simular a la Reina de los Angeles, al mismo tiempo que un divertido poeta hacía la siguiente estrofa:

Don Lucas Montani con hoja barbera
a San Francisco apeó la chivita,
y del Santo Patriarca, de buena manera,
*hízonos una muy linda "Chiquita".**

(*) De tuerce estaban la Virgen y San Francisco, puesto que las obras de reconstrucción no prosiguieron, , y por 1925, cuando llegó a Trujillo de Presidente el General Vincencio Pérez Soto —entonces en el apogeo de su fervor masónico— obtuvo que le fueran cedidas las ruinas para levantar sobre ellas un teatro. Las autoridades eclesiásticas intervinieron en defensa de su derecho sobre las ruinas de la antigua iglesia, mas una arbitraria disposición del Gobierno Federal accedió a los deseos de Pérez Soto. Se levantó el teatro, contra el querer de los buenos trujillanos, y en pie permaneció hasta que en 1943 se logró sacar del viejo edificio del Convento a la tropa de línea, que había desalojado en 1913 el Colegio de Varones, y en todo lo que fue templo y convento se construyó un edificio escolar. A estas alturas el Colegio no tiene aún local propio, pese a haber gozado por 1870 de un capital de más de cien mil venezolanos. Aquí, desgraciadamente, hubiera tenido que decir Quintiliano: *Cedan las togas a las armas y sea el lauren trofeo de la violencia.*

Juan José Márquez Bustillos, cariñosamente llamado en Trujillo Juanchito Márquez, fue persona generalmente querida en la ciudad. Muerto en diciembre de 1907, le aguó las Pascuas a todos los trujillanos. Comerciante, agricultor e industrial inteligente, llegó a amasar una buena fortuna. En la finca de "El Molino", rebautizada "Miraflores", por la diversidad de flores en ella cultivadas, funcionaban la destilación, la molienda de harina, el horno, el trapiche y el ordeño. En Trujillo tenía comercio de víveres y telas. En diversos y distantes sitios, estaban las haciendas de café y las vegas de pastos. Voz potente entre el cuadro de comerciantes, Juanchito Márquez hablaba más alto a virtud del aprecio y del cariño que le profesaba la población. Su negocio era banco para quien tenía pequeñas sumas y su caja era una especie de monte de piedad para los necesitados. Daba y recibía dinero a premio, como cualquier mesa de banquero, mas con lo que daba mirando al rédito, iba lo que daba sin esperanza de recobro. Mientras en Trujillo vivió Juanchito Márquez, las viudas y los huérfanos tuvieron seguro el pan. Proverbial era su espíritu de caridad y su blandura para ceder al reclamo de quien solicitábale una ayuda.

Hombre amable, obsequioso y alegre, a las puertas de su establecimiento comercial, próximo a la esquina de "Los Muñecos", se reunía una selecta peña, a la cual asistían los señores principales de la ciudad. Era yo muy niño y recuerdo en la tertulia de Juanchito Márquez a la gente más conspicua de aquellos felices tiempos.

Cuando Leopoldo Baptista era Presidente, por 1903, le vi llegar allí, montado en alegre caballería y luciendo un rojo sombrero de velludo, que de él recibí en suerte, al rendirse a la burla de quienes le hicieron destocarse el atuendo partidista. Habituales tertulianos eran el doctor Inocente Quevedo, por lo regular siempre montando finísimos caballos; don Francisco María Casas, don Diego Ignacio Rodríguez y don Francisco María Araujo, comerciantes, también como Juanchito, y caballeros de ejecutorias nobilísimas; Manuel Ceballos Delgado, correcto farmacéutico, que entonces regentaba la vieja botica de don Pedro Pou; don Rafael Ruedas, rico propietario y hombre de grandes negocios agrícolas; Nicolás Márquez, bueno y generoso como el hermano Juanchito; el viejo Antonio Briceño, mirado como el patriarca de la familia Briceño Pimentel, alto y gallardo, a quien daba respetable aspecto la larga barba en flor. Concurrían a la tertulia Melquíades Parra, altivo y caballeroso, y los chispeantes y agudos hermanos Anzola Añez: Enrique, Edmundo, Eloy, Carlos Pío, Froilán y Heraclio. Era muy niño yo para que pueda recordar a los hombres de Trujillo que se reunían en aquella constante y alegre tertulia vespertina, a la cual acostumbraban también acercarse los señores que vivían más allá de la Plaza Bolívar, como don Ezequiel Urdaneta Maya, el doctor Antonio Araujo, el tío Andrés Iragorry.

La anécdota que aquí recojo la escuché de labios de don Pancho Araujo, el año 1921, cuando yo, hecho ya abogado, tome parte en la misma vieja peña, ahora sostenida por el doctor Inocente Quevedo y don Diego Ignacio Rodríguez, en quienes vivía la tradición de aquellos martes por Paulo Briceño Iturrieta, Carlos de Lima Sierraalta, Augusto Dubuc Arias, Julio Carrillo Rojas, Joaquín Gabaldón, Rafael Antonio Pernalete, Ismael Barreto y algunos jóvenes que de niños allí estuvimos, llevados de la mano de nuestros padres. Refería don Pancho cómo cierta tarde Juanchito Márquez vio venir por los lados del Matacho a una persona de quien sospechaba "un cuero de tigre".* Rápidamente fuése al interior del establecimiento y pidió que dijeran al visitante que él había salido.

(*) Echar un cuero de tigre vale por pegar un petardo.

Pero no pudiendo resistir el deseo de charlar, resolvió al rato reaparecer en la tertulia.

—Don Juanchito, yo vine a hablar un asuntico con usted, le dijo el presunto sablista.

—Pase, pase no más, le respondió el ya resignado señor.

Luego regresaron ambos a la peña. El visitante se despidió con alegre cara y Juanchito, frotándose nerviosamente las manos, dijo a los amigos:

—Me fregué en él. Venía por cincuenta pesos y sólo le di veinte.

Huelga decir que los presentes rieron hasta desternillarse de la manera de "fregar" a la gente que se gastaba Juanchito Márquez.

* * *

Juanchito Márquez echó, como buen trujillano, su cuarto a espadas en la política, y en cierta ocasión atinó a ofenderlo por la prensa un quidam a quien él había favorecido multitud de veces con dádivas menores, para atender gastos de la vida cuotidiana. Airada más que él la esposa de Juanchito preguntóle si no guardaba los papelitos suplicatorios del desvergonzado libelista.

—De nada valen para el caso —respondió el generoso caballero—. Si yo publicara aquellos viejos favores, me bajaría al mismo nivel del malagradecido que ha creído ofenderme con su baba.

Esto explica que a la hora de la muerte, su fortuna sólo fueran acreencias sin mano oportuna que las recogiese en beneficio de los huérfanos, sacrificados, en cambio, a la voracidad de las personas a quienes debía Juanchito Márquez.

Numerosos son los trujillanos que abandonaron los lares nativos para ir a sembrar semilla de saberes en otras regiones del país. En el Táchira se recuerda la memoria del doctor José Abel Montilla, educador insigne, y la egregia y ductora de Monseñor José Manuel Jáuregui Moreno; en Lara, dejó brillante recuerdo el ilustre doctor Ramón Briceño, olvidado trujillano que está pidiendo la justa valoración de su obra; en Monagas se recuerda aún al doctor Gabriel Matheus, abnegado formador de juventudes. Francisco Pimentel Roth, el doctor José Gregorio Hernández, el doctor Carlos León, el doctor Antonio Justo Silva, el Bachiller Rafael Rangel, ocuparon la cátedra y el laboratorio en Mérida y Caracas para dar lustre al gentilicio provinciano. Entre todos se destaca, sin embargo, de modo singular el doctor Caracciolo Parra, por haberle tocado desempeñar el magisterio en la Universidad de Mérida desde 1844, a través de una época azarosa y erizada de dificultades para el egregio instituto andino, en lucha con las propias autoridades centrales y con la indiferencia del ambiente. Parece mentira, pero los sueldos que la Universidad, desprovista de rentas por el erróneo sistema fiscal guzmancista, quedó a deberle, alcanzaron a la suma enorme de ochenta mil bolívares. Si la renuncia de esta fortuna sirve de baremo finísimo para medir el sacrificio exterior, puede con él medirse el esfuerzo moral que representó mantener en pie al venerable instituto. Su dedicación a la Universidad, sus esfuerzos por evitar su ruina, su empeño por el acrecentamiento de su lustre, parean la acción en Mérida del doctor Caracciolo Parra con la

realizada en la Universidad de Caracas por el gran Vargas. Son, en realidad, los rectores más meritorios que han tenido las Universidades venezolanas. Pero el infatigable trujillano era hombre nacido para las grandes empresas de la cultura. La energía que otros varones pusieron en la brega política y guerrera, él la consagró a la ciencia y a las letras. Sabía que la Universidad es fragua donde se forman los hombres y donde se ilumina la inteligencia. Por un momento no descansó en su empeño de luces. A la palabra ágil del Profesor que explica en la cátedra, quiso sumar la permanente y muda lección de los libros. Era hombre de ideas progresistas. Así una leyenda negra lo pinte como cerrado oligarca, tenía, al contrario, el pensamiento aireado por la constante renovación promovida por la cultura. Muchos le imaginaron un mohoso caballero de apetencia feudal, por ignorar cómo él, por medida principalísima para mejorar la economía rural, solicitaba libertad para la tierra, sometida a un sistema de explotación que aún hace del labriego un esclavo del propietario. Su discurso en la Junta de Fomento Agrícola de Mérida, sería leído hoy con asombro por esos pacatos de la justicia del pueblo, que miran como reflejo comunista toda idea que beneficie a los desheredados. Para que ese progreso no se detuviera en su obra benéfica, el doctor Parra quiso poner al día la vieja biblioteca universitaria, cuyos fondos más valiosos eran los libros forrados en pergamino y cordobán, que a fines del siglo XVIII llevó a Mérida el grande obispo Torrijos. Dio arreglo material a los volúmenes y abrió la librería universitaria en los salones situados a la izquierda del zaguán del viejo instituto. ¡Ah, cuán grata y reconfortante impresión recibíamos los estudiantes al tropezar a la entrada de la venerable casona con aquel hermoso, sencillo, profundo letrero de "Farmacia del alma", que coronaba la puerta de la biblioteca universitaria! Todo un mundo de imágenes afluía a la mente ante el tinoso aviso. ¡Farmacia para los enfermos del alma! Ningún diagnóstico más preciso del mal de los hombres. Enfermos del espíritu son, en realidad, quienes viven entre las sombras de la ignorancia. Desbastar estas sombras es misión de la cultura. Carecía de fondos el instituto merideño para renovar su biblioteca. El doctor Parra tuvo una idea singular. El miraba en la Universidad la universalidad de una idea. Como centro emanador de la cultura, la

Universidad era para él un superorganismo colocado más allá del particularismo nacional. Su visión ecuménica de la Universidad lo hacía pensar en la hora espléndida de Bolonia, de París, de Oxford, de Salamanca, de Coimbra, de Lovaina. No olvidaba que el claustro de Salamanca gozaba el extraño privilegio de jurar al Rey como corporación autónoma y de comunicar libremente con el Papa de Roma. Para el doctor Parra, la Universidad era una República autónoma en el mundo libre de la cultura universal. Llevado de este noble pensamiento, se dirigió a los Jefes de Estado extranjeros en demanda de libros para su biblioteca. Rompió las líneas del protocolo oficial, y se acogió —*sub specie universalitatis*— a las franquicias de la inteligencia. Mal andaban por aquel tiempo nuestras cosas con la Gran Bretaña, empeñada en tomarse nuestra rica Guayana. La prensa caraqueña descalificó el acto de dirigirse el doctor Parra a la Reina Victoria y el Ministro de Instrucción le llamó la atención en forma pública. El doctor Parra explicó su propósito y aceptó con dignidad la reprimenda ministerial, tras la cual se movían intereses antirregionalistas. Pero la aceptación de su falta, implicaba la renuncia del cargo, que fue al Ministro junto con la respuesta del Rector.

La Universidad de Mérida tenía entonces en su seno un brillante grupo de estudiantes, que no sólo expresaron en noble escrito sus sentimientos de adhesión al venerable Rector, sino que en el momento de resignar el alto cargo, formáronle hermosa guardia de honor que lo llevó solemnemente entre vítores a su casa solariega. Conmovido y con los ojos húmedos por la emoción, el anciano ilustre dijo más o menos a los nobles muchachos:

—Me habéis hecho sentir que no he dejado de ser vuestro Rector. Ante la adhesión de quienes sois el futuro de la Patria, nada vale el desacuerdo con los hombres que la gobiernan. Mi función de Rector ha mirado al futuro. En vosotros seguirán creciendo mis anhelos por una hora mejor de la República.

Más tarde, el heroico Rector regresó a los viejos claustros de San Buenaventura, para seguir la intensa campaña librada, como

sangrienta batalla, contra un opresivo espíritu que quiso destruir en su raíz el brasero de la cultura de Occidente. ¿No suenan a leyenda las palabras que en 1900 dirigió al Ministro, para decirle que al separarse definitivamente de la Universidad, después de servirla durante cincuenta largos años, el instituto quedaba a deberle cuantiosa suma, ya que él había desempeñado Rectorado y Cátedras sin sueldo, y aun con el sacrificio de su propio peculio? ¿El testamento moral del doctor Parra no recuerda el testamento, pecaminosamente olvidado, del benemérito General Rafael Urdaneta? ¿Estos hombres no piden, acaso, que se les presente al pueblo como ejemplos tónicos y como estímulo eficaz para actos semejantes?...

En su marcha hacia el Centro, el General Cipriano Castro hizo escala en Valera, donde organizó su ejército y estudió los medios de evadir el encuentro con el doctor y General Leopoldo Baptista, quien, con gente fresca y bien preparada para la resistencia, lo aguardaba en Pie de Sabana.

La población de Valera recibió con simpatía al General Castro y algunos viejos oficiales liberales le prestaron eficaz ayuda. Entre éstos figuraba el General Ignacio Paredes, quien, como su hermano el bizarro General Pedro Paredes Pimentel, había ganado lauros en las filas del liberalismo. Gente de Paredes ayudó a Castro a hacer camino por la pica del Turagual, diversión por medio de la cual desviaba el paso donde Baptista seguramente habría destrozado al ejército restaurador.

Castro guardó simpatía por Valera y, al reorganizar los Estados, trasladó la capital de Trujillo a la floreciente ciudad del Motatán, cosa que entonces y en años posteriores, fue perseguida con entusiasmo por los valeranos, quienes creyeron durante algún tiempo que Valera, para llegar a ser lo que es y lo que le espera en el orden del progreso regional, necesitaba ser asiento de los poderes públicos regionales, los cuales, por gravedad de Historia y por la propia estructura económica que la une con el burocratismo, han de permanecer en la vieja ciudad de García de Paredes. A principios de siglo el General Juan Ignacio Montilla, como Gobernador de

Distrito, daba remate al gracioso Palacio de Gobierno de Valera, en cuyo salón principal habría de funcionar el Concejo Distrital. En la pared cabecera del salón fue colocada una artística lápida de mármol, con la proclama dictada por el General Castro a su paso por Valera. Las palabras encendidas del Invicto, tuvieron allí carácter de *palladium* de la ciudad. Valera, en realidad, fue una ciudad sinceramente castrista, que, con la transitoria capitalidad, recibió favores directos del Gobierno nacional.

Desaparecido de la escena pública el General Castro, la gente comenzó la obra provechosa de "descastrizarse". Los retratos del Caudillo que lucían de cuerpo entero, sobre recio cartón, en las oficinas públicas, pasaron a ser juguete de los muchachos y los señores que se habían esforzado en probar al Cabito férvida adhesión hasta la víspera de su partida del país, mudaron de parecer y ofrecían al General Juan Vicente Gómez la ofrenda de su afecto. En alguna parte he escrito que entre nosotros, en la concepción primitiva de la relación de los ciudadanos con el Poder funciona un poco cierta supervivencia de viejos valores coloniales, cuando el eje de la vida pública lo constituía la gracia del Rey. Nosotros, en nuestra lucha contra el pasado, hemos puesto empeño en destruir lo que pudo ayudarnos para el día de hoy, mientras hemos permanecido colectivamente fieles a ciertas formas disvaliosas, entre éstas el vergonzoso sentido personalista que hemos dado al Poder. La convicción se sustituyó corrientemente por el provecho que asegure una mejor situación. Al rey muerto el rey puesto que garantiza lo mismo. Valdría tal vez la pena hacer un estudio a fondo de lo que el pueblo ha llamado "situación". La manera corriente de definir la actitud política de un sujeto no mira a la atribución de amistad o de enemiga con el gobierno, ni tampoco a calificar el grupo de ideas que lo encuadren dentro de la lucha partidista. Se dice simplemente que una persona está o no está con la "situación". El que es enemigo del régimen imperante no está en la "situación", es decir, no está situado, tanto como imputarle una posición fuera de sitio, desgravitada, desorbitada. La órbita, la gravedad, el *situs* lo determina la gracia del poderoso. Las palabras, como reflejo de actitudes psicológicas, guardan el secreto de la vida de los pueblos.

En la interpretación de la política venezolana, la palabra situación tiene una extraña jerarquía ontológica, que merece un escudriñamiento cabal.

Me excusará el lector paciente esta digresión del tema, aunque, en realidad, no me he salido del campo de mi historia. En 1911, cuando llegaba al centenario de la República, Valera preparó con gran entusiasmo los actos conmemorativos de la declaración de Independencia. Se pensó en una sesión solemne del Concejo, entonces presidido por el correcto, fino, amable caballero y entusiasta valerano, don Ernesto Spinetti. Alguien, después de hablar de lo peligroso de un acto en el mero sitio donde se exhibía la proclama del abandonado y renegado Caudillo, aconsejó la destrucción de la lápida. Don Ernesto, sin mayor esfuerzo y luciendo su permanente y bondadosa sonrisa, se limitó a agregar:

—Con la misma pica que se rompa la lápida precisaría ir a destruir la caja del acueducto que Castro dio a Valera.

El primer lance personal lo tuvo Víctor Rosa Martínez para cobrar la falsificación que alguien hizo de su firma en una hoja de adhesión pública a un gobernante. Desde entonces firmó con la mano izquierda, para hacer más difícil cualquier nueva tentativa de abuso. Hombre de armas tomar, Víctor Rosa se hizo temido por el robusto soporte que en su brazo tuvo siempre su palabra agresiva y cortante.

De raza le venía la devoción por las letras. Los Martínez de Trujillo cuentan con nombres prestigiosos de humanistas, de profesores, de letrados y de educadores. Ilustran la estirpe el célebre Licenciado don Francisco de Paula Martínez, el doctor Pedro Martínez, el bachiller Luis Martínez Salas, el doctor Trino Baptista Martínez, el profesor don Tobías Valera Martínez, el bachiller Juan Agustín Martínez. Hombres todos devotos del estudio y de chispeante y ágil inteligencia.

Víctor Rosa Martínez —como su hermano Wenceslao—, cultivó el derecho y las musas. Don Wenceslao era más latino; Víctor Rosa más moderno. Un tanto atormentado, en su espíritu hallaba buen eco el dolor trashumante de los "poetas malditos". Hombre raro, los muchachos curioseábamos en la Valera de 1911 sus frecuentes excentricidades y admirábamos el dardo certero de sus apuntes. Por sus ideas libres y su conducta llana, estuvo agrupado en las filas políticas que antiguamente comandó el doctor y General Rafael

González Pacheco. Mas, así estuviese afiliado a dicha colectividad política, Víctor Rosa era ácrata indomable. Ferozmente individualista, prefería a todo trance el señorío de sí mismo y la libertad de criticar a los demás. Alguien le motejaba en cierta oportunidad de enemigo sistemático contra todos los gobiernos. El no rechazó la tilde, por el contrario, adelantó a explicarla:

—Como enemigo del gobierno corro el riesgo de pasar un poco de hambre y de que me lleven a la cárcel; en cambio, en el gobierno, aunque no se prevarique, de todos modos se corre el riesgo de servir de comparsa a ladrones y a asesinos.

* * *

En cierta oportunidad tropezó Víctor Rosa con un su amigo, que, como Gobernador del Distrito, había tenido quehacer en una multa a aquél impuesta. El funcionario avanzó a querer explicar en tono amistoso las causas de la sanción, y al dirigirle la palabra en tuteo, el quisquilloso Víctor Rosa lo detuvo en los siguientes términos:

—El tú es para lo privado de los amigos. Las cosas de gobierno y de política reclaman otro tipo de interlocutor. Entre nosotros el tú ha servido siempre para relajar las cosas serias. Háble me de usted si quiere que le atienda. Si no, quédese con su tú para otra ocasión.

A cortos atisbos se adivina por qué Víctor Rosa Martínez era hombre de pocos amigos.

La figura amable de don Juan Pablo Bustillos es aún recordada con cariño en la ciudad de Trujillo. Baja la estatura, abultado el vientre, anchas las espaldas y enmarcado el risueño rostro en la blanca barba victorhuguesca, la gente se descubría con respeto a su paso. Al comedio del siglo XIX asentó casa en Trujillo, donde terminó por mirársele como genuino hijo de la ciudad. Alternó en la política y en la administración pública, ocupó encumbrados sitios como la Gobernación del Estado y la Secretaría General, pero su principal campo de acción fueron las letras. Don Juan Pablo Bustillos era un humanista de la vieja escuela. La historia, la filosofía y las lenguas eran su deleite. Polemista fogoso y mordaz, terció en acaloradas disputas. Enamorado del bien decir, consagró largos estudios a la preceptiva literaria y a las disciplinas gramaticales. En aquellos buenos y apacibles tiempos, don Juan Pablo mantenía asidua correspondencia con don Antonio Ignacio Picón, quien en Mérida se preocupaba igualmente por los problemas de la gramática. A la vista tengo una carta del año 1898, dirigida por don Juan Pablo al viejo Picón, en la cual le decía: "Respecto a la opción de *lo* para el acusativo masculino singular y *la* para el femenino, yo he sido y soy de su propio parecer, en modo de creer que si la Academia y los señores Salvá, Bello, Cuervo, etc., etc., no han fijado ese uso dogmáticamente, ha sido por miramientos a clásicos recomendables, que indistintamente han empleado el *le* y el *lo*". Nadie negará el saudoso sabor de estas viejas misivas, escritas posiblemente a la luz parpadeante de una pobre candela esteárica, en el recato de una silenciosa alcoba de trabajo, en medio de la quietud maravillosa del

manso Trujillo finisecular. A los amigos distantes les preocupaban los problemas del correcto decir, con mayor interés aún que el hoy puesto por los problemas de la técnica. En don Juan Pablo la gramática y la preceptiva llegaron a convertirse en una verdadera obcecación. No conforme con cuidarlas en su forma personal, se empeñaba por transmitirlas a los jóvenes. Frisaba con los ochenta años, cuando un grupo de muchachos la dimos en 1912 por ser literatos desde las columnas de diversas hojitas, aparecidas como órganos de los estudiantes del Colegio de Trujillo y del Colegio Santo Tomás, de Valera. Nuestras prosas buscaban imitar el estilo de Vargas Vila y nuestras poesías intentaban falsos moldes rubendarianos. El viejo Juan Pablo miraba todo aquello como una petulante herejía, de la cual, en cambio, se sentía orgullosa nuestra ignorancia juvenil. Mal día para su humor era el de la salida del periodiquín plagado de extravagancias modernistas, que tanto ofendían su buen gusto. Al releer aquellos escarceos, he medido la reacción que con justicia tenían que provocar en el ánimo del celoso gramático, a quien ofendía el desenfado con que nos dábamos a la publicación de tales esperpentos. "Estudie primero, me dijo un día que tropezó conmigo en la casa de la abuela, y después de haber estudiado, escriba. Le voy a enviar unos libros que bastante falta le hacen. Y no olvide usted que sin gramática no llegaremos jamás a distinguir las cosas, las cualidades y las acciones y sus correspondientes modos, tiempos y circunstancias de ser y de obrar". Yo tragué gordo y en la tarde recibí una "Gramática", de Bello, los "Diálogos", de Coll y Vehí y los "Anales", de Tácito. En mis manos el anciano generoso ponía buenos maestros y con ellos las llaves, también, de las que serían mis disciplinas preferidas, en las cuales, tal vez habría logrado buen éxito si hubiese oído a tiempo sus tinosos consejos.

Pero don Juan Pablo tenía, junto con las letras, pasión por el estudio de los astros. De él se guarda en algunas bibliotecas trujillanas una "Cartilla Astronómica", que llegó a darle fama de conocedor de los misterios del cielo.

A la gente común admiraban más las noticias de los astros que el viejo Juan Pablo perseguía, que sus profundos conocimientos de

letras. Sobre la "Cartilla" cayó la conversación en la peña que solía reunirse en la esquina del Sol y a la cual acostumbraba acercarse don Juan Pablo. Cierta tarde a un conocido comprador de café, de quien se decía que usaba báscula infiel en sus tratos con los campesinos, ocurrió preguntar con sorna al viejo Bustillos, si era cierto que él, por trasnochar para mirar las estrellas, había descuidado y perdido su hacienda de "El Pazguate". El quidam olvidó hasta dónde sabía morder el atildado gramático doblado en astrónomo, cuando se trataba de agredir.

—Puede ser así, si así se lo contaron, pero sepa usted que siempre he de preferir perder mi café, por contemplar las estrellas, que engordar mi hacienda a costa del café que sudan los campesinos engañados...

Hablaban en cierta oportunidad cerca de don Juan Pablo Bustillos de un libelista que en esos días había recurrido a la hoja suelta para injuriar en forma descomedida a cierto distinguido personaje de Trujillo. El tono vulgar del escrito hizo que éste hubiese tenido que ir a imprimirse en Barquisimeto, puesto que no hubo tipos de imprenta en el Estado para que el libelo fuese compuesto. Don Juan Pablo al oír calificar de escritor y de periodista al autor de la hoja malhadada, se volvió hacia quienes llevaban la palabra y díjoles:

—¿Qué mal les han hecho a ustedes los periodistas para que así los ofendan? ¿Cómo se atreven a calificar de periodista a un miserable que alquila su pluma para insultar a un hombre honesto? Llámenle agudo o desvergonzado libelista o como quieran, pero reserven el nombre de periodista para quien toma la pluma con dignidad y respeto. El periodismo es un sacerdocio en el cual, por desgracia, se dan casos de sacristanes viles que se atreven a revestirse con los sagrados ornamentos. Eso son, en realidad, los falsos periodistas: sacristanes disfrazados de ministros, gente del hampa vestida con traje ajeno.

Duro era, en verdad, desafiar la lengua acerada del anciano festivo, que a la sonrisa del rostro venerable, agregaba en sus últimos años

la alegría del ramo de flores, cortadas en su propio jardín, con que solía en las tardes regalar a las damas que asomaban el milagro de su belleza tras las rejas de los ventanales trujillanos.

Del destierro regresaba apoteósicamente Monseñor José Manuel Jáuregui Moreno. Valera le daba un respetuoso y solemne recibimiento. Entre la muchedumbre agolpada para rendirle homenaje silencioso, yo tenía mi puesto, más de muchacho curioso, que de entendido ciudadano. No llegaba a la ciudad sobre gruesa mula, según solían hacerlo en aquel tiempo los señores. Venía el levita calmosamente conducido sobre devotos hombros.

Por Valera pasaba el sacerdote insigne, camino de Mucuchíes. Su verticalidad antigua había sido rendida por la muerte, y en la severa caja dormía su sueño verdadero. Entre las voces que hacían el panegírico del sacerdote extraordinario, unas hablaban de su celo parroquial en la encumbrada ciudad de las heladas ventiscas, otras de la recia labor educativa cumplida frente a su Colegio de La Grita, otras de la crueldad del dictador Cipriano Castro, a cuyos odios fue sacrificada la seguridad de quien en el Táchira había sido una efectiva columna de luz. Me sonaba a extraño el relato de que la maldad de los gobernantes pudiera arrojar de la Patria a sus mejores servidores, en razón de discrepar en las ideas.

A mis doce o trece años no había aún estado frente al cadáver de un gran personaje. Me tocaba iniciar la vista de los caídos ante el odio feroz de la política, con la grave presencia de la caja donde descansaba definitivamente el sacerdote ejemplar, a quien para hacer digno paralelo con la leonina bravura del General Juan Bautista Araujo, podría llamársele el Aguila de la cordillera andina.

Monseñor Jáuregui Moreno es, en realidad, el personaje que con mayores títulos podría ser mirado como el signo de la unión de la Cordillera, que ni pudo hacer la espada de Araujo, ni menos pudieron realizar los planes políticos de Guzmán Blanco, ni aún la hegemonía del poder nacional ejercido por hombres del Táchira. Una disparidad histórico-social, con sólo la continuidad que le transfiere, dentro del orden poderoso y unitivo de lo venezolano, el marco particular de las altivas montañas —campo ayer donde se desarrolló una economía uniforme—, ha tenido, en cambio, su sola gravedad para el enlace regional en la Universidad de Mérida y en la aportación de luces que han encendido en una y otra región de los nativos de las diversas porciones. El Estado Trujillo singularmente ha sido favorecido con el mérito de poder memorar la misión magnífica que en el Táchira cumplieron el insigne Vicario de Rubio, don Justo Pastor Arias; el doctor José Abel Montilla, educador ilustre; don Rafael Quintero, abnegado propulsor de la imprenta en la ciudad de San Cristóbal; mientras en Mérida, los doctores Caracciolo Parra, José Domingo Hernández Bello y Antonio Justo Silva, dejaban grabados hechos singulares en su proceso educativo. Creadores de cultura, compensan con sobra de merecimientos el recuerdo desagradable de las guerrillas trujillanas que pudieron haber entrado a saco, según era ley de la guerra, en pueblos de Mérida y del Táchira, al igual, también, de cómo gente del Táchira pillaba e incendiaba poblaciones trujillanas y merideñas. Jáuregui Moreno une en forma profundamente significativa los sentimientos más nobles y constructivos de los hombres de la Cordillera. Nació en Niquitao de Trujillo, dio su fruto magistral en La Grita del Táchira, reposan sus despojos en el altivo Mucuchíes de sus desvelos parroquiales. Andino integral, Monseñor Jáuregui Moreno es la síntesis del servicio que da benemerencia a los hombres. A la hora del mando nacional de los andinos fue, sin embargo, paradójicamente encarcelado y echado del país el varón insigne. Había él desaconsejado a Cipriano Castro la campaña del Centro, por creerla condenada al fracaso y causa, en cambio, de un inútil derramamiento de sangre fraternal. El engreído vencedor no perdonó al levita la duda de su éxito y en 1900 ordenó su apresamiento en el sombrío castillo de San Carlos y, luego, su extrañamiento de la Patria.

Fuera del país creció aún más la figura de aquel recio forjador de hombres, vinculado de manera perdurable a la historia cultural de Occidente. El discipulazgo de Jáuregui pasó a ser título de orgullo entre los numerosos tachirenses favorecidos por las luces que en ellos sembrara el educador ejemplar, sacrificado a la implacable pasión política. Nada importaron sus méritos, nada pesó el valor de su acción educadora. Amarrado salió del Táchira para la ciudad de Maracaybo. Sobre flaca mula, custodiado por un piquete de esbirros, hizo el camino que lo llevó a la estación ferrocarrilera. Entre policías fue desembarcado en la ilustre ciudad de Baralt y de Yepes, para de allí ser trasladado al islote inhóspito, donde el viejo castillo que servía de seguro a la barra del Lago, levantaba sus muros para recibir a los ciudadanos que resistían con dignidad los desmanes del déspota. Como paliativo al furor vengativo de Castro, los amigos del levita obtuvieron que el calabozo hermético se convirtiese en abierto y duro destierro.

Jáuregui Moreno fue perseguido por su amor a la paz y a la concordia nacional. En 1899 a él no le interesaba sino la tranquilidad de Venezuela. La aventura de Castro la miró como una nueva ocasión de ser ensangrentado el suelo de la Patria. El sosiego que destrozaba la guerra, disminuía fatalmente la posibilidad de que el pueblo recibiese el riego cultural que era su empeño. El dictador, sin mirar a la suerte del país, confundió a Monseñor Jáuregui Moreno con un vulgar político, y vuelto contra él, cobróle el consejo probo, mirado como activo servicio a los intereses del bando contrario.

Si Castro pudo originalmente haber tenido miras favorables a la República, su conducta frente al egregio educador andino fue signo elocuente de su primitiva concepción del Poder. Como un vulgar malhechor fue tratado el abnegado levita. En él se ofendía a la Iglesia y a la ciudadanía. Apoyados en la manida muletilla de aceptar el mal menor para evitar una persecución en forma, la Jerarquía terminó por avenirse con el crimen cometido contra el sacerdote que tantos beneficios prestaba a la Iglesia y a la comunidad. ¿Los ciudadanos? ¿Cuándo ha existido en Venezuela verdadero espíritu de solidaridad cívica? ¿Y cuándo solidaridad con

un hombre de sotana? De esos viejos polvos se formó el lodo espeso que ha trabado la marcha del carro de la República. La indiferencia con que se vio echar del suelo patrio a uno de sus varones más esclarecidos, indica con sombríos colores la falta de sentido comunitario que permite al engreído gobernante hacer lo que le viene en gana, mientras humilladamente los demás esperan el precio de su silencioso conformismo. Para así entenderlo y para juzgarlo y condenarlo así, no se requiere gozar la gracia de sentirse cada quien inmune de responsabilidad en la tragedia permanente del país. En nuestro caso no habría boca autorizada para criticar el error inveterado que detiene el progreso de las instituciones. La indiferencia colectiva hace colectiva, a la vez, la responsabilidad ante el crimen cometido contra la República. Sin embargo, precisa romper el círculo vicioso, con cuyo fruto lucran tanto los vivos, que con sus pésimas artes consideran ganada la partida, cuanto los tímidos, que escurren entre la niebla de vagas teorías la desgana de actos positivos, con que creen evadir el peso que les toca como grises mentores de los hombres de gobierno.

* * *

En 1878 asistió el Padre Jáuregui a las sesiones del Congreso, cuando se trató de la demolición de las estatuas de Guzmán Blanco. Un parlamentario guzmancista imprudentemente avanzó a insinuarle que no sumara su voto a los de los iconoclastas, con lo cual podría ganar la Mitra de Mérida, entonces vacante. El recio levita irguió toda su talla moral y respondióle en el acto:

—¡Sí, yo estoy también por la demolición, y sepa usted que no vine aquí para aspirar Mitras, lo que en todo tiempo me fuera indigno, sino para cumplir mis obligaciones con la Patria.

Cuando el Padre Jáuregui regentaba su Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en La Grita, castigó fuertemente, sobre falsos informes, al futuro Padre José Escolástico Duque, apóstol en ciernes de la caridad y de las buenas obras a través de toda la Arquidiócesis emeritense. ¿Dónde no se recuerda la bondad pedigüeña del abnegado levita,

que supo dejar su nombre fuertemente grabado en el muro de los templos y de los hospitales erigidos por su ahincado empeño de servir a cristo?... Horas más tarde del castigo impuesto a Duque, el Rector descubrió el error de las informaciones que sirvieron para condenar al colegial y mandó llamar éste al rectorado. Cuando Duque entró, el doctor Jáuregui se puso ante él de rodillas y le dijo:

—Ahijado, perdóneme, porque he sido injusto con usted.

Ante la inesperada escena, Duque sólo atinó a ponerse también de rodillas, mientras rompía a llorar de la emoción.

Estos hechos pintan al propio la monolítica entereza de quien sabía arrodillarse a la voz de la justicia quebrantada por su culpa. Dulce, tierno, tímido en su mundo interior de cristiano sabía negarse a sí mismo para afirmarse en Cristo. Recio, basáltico, dominador, en cambio, para todo aquello que miraba a la dignidad exterior del ciudadano que se sentía obligado a servir, también, en la fábrica de la ciudad terrena. Cuando el vacío inmediato hace más grande y más angustiosa su memoria, precisa evocarlo como sombra tutelar...

No a fuer de acaudalado propietario ni de entusiasta propulsor del progreso regional, tampoco por el peso de su influencia en el orden social del Estado, impuso su nombre el benemérito trujillano don Juan Bautista Carrillo Guerra. Su arma principal fue la cultura. Cultura de sí mismo y cultura que se empeñó en regar por todo el ámbito regional. El caso de don Juan Bautista Carrillo Guerra pareciera digno de singular atención. No fue él educado en centros superiores, ni creció en hogares de estiradas ínfulas. Las letras iniciales fueron escasas, sus recursos originales por demás modestos. Sin embargo, don Juan se hizo a sí mismo para triunfar en culto. Sus maneras, sus hábitos, sus modales acusaban al gran señor. Quien lo veía lucir el extraordinario señorío, se sentía obligado a inquirir la razón que dio a Carrillo Guerra el disfrute de tan subida gracia social. Un examen cabal del caso conduce a invertir el razonamiento. ¿Cómo pudo lograr el cumplido señor hacer que los suyos, no sólo heredaran sus caudales materiales, sino la distinción y el tono que les han dado sitio prestante en la sociedad? Don Juan Bautista Carrillo Guerra se esforzó en alumbrar su mente por medio de abundosa y útil lectura. Sus modales, en cambio, eran los modales comunes de Trujillo. Pareciera exótico el estilo social de Carrillo Guerra, por cuanto en él lucía más a causa de la expectación de su figura pública y por cuanto perduró en él hasta una época en que ya declinaban las buenas maneras. Pero, ¿no fueron tan atildados como él el doctor Mateo Troconis, don Pedro Pou, don Antonio Braschi, don Sinforiano González, el doctor

Diego Bustillos? ¿No admiramos ayer no más el señorío del doctor Victorino Márquez Bustillos, del doctor Juan Nepomuceno Urdaneta, del doctor Pedro Martínez, del doctor Alfredo Carrillo? Parezca extraño, mas ese comportamiento era norma social en una época en que los modales formaban parte de la personalidad del hombre. No se afincaba la hombradía en "escupir por el colmillo" y en "jugar vara o cabeza". La cultura, así se nos haya tratado de bárbaros pegados a la selva por ombligo de bejuco, buscaba, muy al contrario, injertarse por medio de signos exteriores en el orden social. No bastaban las ciencias y el bien decir. Precisaba que las reglas convencionales de la caballerosidad estuvieran siempre presentes.

Que Carrillo Guerra hubiese adquirido delicadas maneras sociales, no es de extrañar cuando se piensa que formaban ellas parte del pan diario de la vieja sociedad trujillana, educada en el gran estilo de don Cristóbal Hurtado de Mendoza, del viejo Antonio Nicolás Briceño, de don Antonio Valcarce Pimentel, de don Jacobo Antonio Roth, del doctor Ricardo Labastida, del viejo prócer Juan Nepomuceno Urdaneta. El mérito de don Juan estuvo en el empeño que puso por hacer de su hogar un testimonio de permanente señorío. En lograr que sus hijos, junto con la fortuna material, heredasen las maneras y las costumbres que hacen a los señores. ¿Frivolidad? Muchos, tal vez, así piensan respecto al valor de la urbanidad. Por 1942 escribí acerca de la crisis profunda de las buenas maneras en Venezuela. Juan Vicente González declaró que matar a los congresantes, como ocurrió en 1848, era una falta de educación. Exhibirse como hábil ladrón, oportuno traidor o áulico refinado, es, en realidad, una muestra efectiva de pésima educación. El político, como el sacerdote, como el profesor, necesitan la muletilla de la urbanidad para no irse por caminos desbarrancados. Don Juan Bautista Carrillo Guerra en todo momento procuró ceñir su conducta pública a las buenas maneras. Sabía él que las virtudes sociales son el mejor adorno de los políticos.

Su conducta de ciudadano buscaba ajustarla don Juan al digno cumplimiento de los deberes sociales. Así, en cierta ocasión en que

era perseguido el General Juan Bautista Araujo, don Juan ofrecióle el seguro de su hogar. Al pronto se presentó a las puertas de la casa el comandante de un piquete de fuerza nacional, quien avanzó hacia Carrillo Guerra en los términos siguientes:

—Si usted me entrega al General Araujo no le allano el hogar.

—Y si usted fuera mi huésped —preguntó Carrillo Guerra—, ¿qué concepto se formaría de mí si lo entregase a la tropa?.

La hidalguía de don Juan, a quien se conminó prisión inmediata, fue correspondida con igual moneda por el León de la Cordillera, quien al oír la voz de arresto dada a su hospedante, salió al portal y, dirigiéndose al agresivo militar, le dijo en tono imperioso:

—Suelte usted a don Juan, y fusíleme si quiere.

En mayo de 1913 se vio obligado a abandonar a Venezuela el egregio doctor Leopoldo Baptista, quien en 1908, con su prestigio y su inteligencia, ayudó al General Juan Vicente Gómez a realizar la evolución política que le aseguró la presidencia de la República. Habían sido amigos íntimos y eran hasta compadres ambos políticos. Durante el régimen del General Cipriano Castro iniciaron en Aragua negocios comunes de tierras y ganados. Al ocurrir la ausencia de Castro, el doctor Baptista asumió la Secretaría General de Gómez y dirigió la política de armonía y rectificación, que hizo de los primeros años del gomecismo una época de paz, de seguridad y de justicia. Baptista tenía condiciones superiores a las de los políticos "de gallinero" que rodearon de inmediato al General Gómez y que, mirando a sólo su problema personal, se aliaron sucesivamente con el Jefe del Estado, para ir acabando con los otros políticos, hasta dejar a Gómez por único Jefe y Caudillo de la República. (Al General Gómez complacía referirse a este hábil proceso de eliminación de émulos).

La primera víctima de la política de barrida de cabezas fue el propio doctor Baptista, quien burlando espías y celadas logró trasladarse a Curazao en el mentado año. Cuéntase que la vigilancia sobre el doctor Baptista llegó a tal estado de publicidad, que cierta tarde en que el perseguido político iba a tomar en la estación de Santa Inés el tren que lo dejaba en su quinta de Carapita, al advertir a su lado la presencia de uno de los espías de costumbre, pidió dos billetes en la taquilla y dirigiéndose al agente, díjole con gran naturalidad:

—Ya compré su pase, mi amigo. Tómelo y sígame.

* * *

Desde la isla, que en un tiempo fue amable abrigo para los venezolanos perseguidos, el doctor Baptista escribió al General Gómez una digna carta, en la cual le hablaba de que no eran revolucionarios sino de pacífica espera sus propósitos. "Desde que entré en la vida pública —escribía— jamás he puesto en la balanza de mi conducta política las cuentas que a mí o a los míos hayan abierto amigos o enemigos". De simple expectativa ante el próximo período eleccionario era, en realidad, la conducta del último gran caudillo trujillano. Creyó él que ocurriera una salida cívica en el orden de la sucesión presidencial y esperó confiado los acontecimientos, que, en seguida, precipitaron los hábiles "artistas", a quienes se confió la ruptura de la constitucionalidad, por donde quedaba sin efecto la norma que impedía la reelección.

Ocurridos los hechos que trajeron por consecuencia la suspensión de las garantías y el cambio del orden institucional, se produjo, como era natural, la definitiva ruptura entre el doctor Baptista y el General Gómez. Pero, si de un plumazo pudo destruir el íntegro político trujillano sus vínculos políticos con el viejo amigo, en cambio, la liquidación de sus negocios personales reclamaba una vía inteligente. Para hablar con Gómez, Baptista comisionó a su anciano padre.

Don José Manuel Baptista andaba ya por los ochenta años, o muy cerca de ellos. Era superviviente del cuadro de caudillos que dieron cuerpo a la vieja agrupación conservadora de Trujillo, encabezada por su padre, el prócer Juan Baptista, e integrado su primer comando por sus hermanos los comandantes Francisco Baptista y Juan Bautista Araujo, y por el célebre político doctor José Emigdio González, quien se separó del grupo cuando fue necesario virar la política con el triunfo de la Federación. Don Manuel, como los caudillos antiguos de Venezuela, tenía más amor por el campo agrícola que por los campos de batalla. En sus fundos "San José" y

"La Esperanza", de Valera, hacía verdadera vida patriarcal: de todos atendido y respetado y por todos visto como legítimo testimonio de la entereza antigua de la tierra. La sola presencia del venerable anciano infundía un respeto amable. Austero, sencillo, de sobrias palabras, fácilmente se le rendían las voluntades. En Maracay fue recibido el patriarca trujillano por el severo dictador. El General Gómez era hombre de amables palabras y frente al anciano inició una plática sencilla y precisa sobre los problemas económicos que iba a tratarle el viejo Baptista. La conversación fue realmente corta y de resultados definitivos. Para terminar la charla, el General Gómez dijo a don Manuel:

—Ajá, ya ve como nos hemos entendido. Siempre tuve gran aprecio al compadre Leopoldo y mucho sentí que no me hubiera sido leal.

El viejo Baptista, ya de pies y con la diestra de Gómez entre la suya, le replicó con energía:

—Se equivoca, General. Si en el negocio de la política, entre usted y Leopoldo hubo traición, fue usted quien faltó a sus compromisos con mi hijo.

Se dieron ambos mutuamente la espalda y el General Gómez, dirigiéndose a Ezequiel Vivas, que presenciaba la conversación, le dijo sin enfado:

—Hay que respetar las "malacrianzas" de los viejos.

Si don José Manuel Baptista probó entereza de carácter, el General Gómez mostró que su rigor tenía límites y que en su rudeza de primitivo alumbraba el señorío transmitido por el valor, el carácter y el dominio propio que hace la personalidad de los caudillos.

El General José María García fue enviado por el General Gómez al Estado de Trujillo el año 1913, con el fin de desarmar a los Generales Víctor Baptista y Juan Bautista Araujo, quienes, puestos en plan bélico, desencadenaron la infeliz aventura que dio fin a la fuerza de los viejos partidos regionales. García era hombre enérgico y valiente. Menudo, alegre, culto, se hacía apreciar con facilidad. Apretaba con mano enguantada y, hasta donde érale posible, detenía la acción punitiva. Pese a haber llevado a Trujillo una misión funesta contra los hombres del Estado, supo hacerse agradable y conquistar amigos. En sus manos puede decirse que quedó destrozada, con fina espada, la antigua hegemonía caudillesca de Trujillo. Los jefes que no pudieron salir al Exterior se remontaron a sus predios rústicos, como el General Juan Araujo, y otros, como Federico, se fueron al quilombo de los páramos solitarios e inaccesibles.* Muchos fueron hechos presos y remitidos a San Carlos.

Entre el grupo de trujillanos fieles al baptistismo, se produjo un estado mortal de desaliento, el cual curaba en parte con la noticia, siempre falsa, de la inminente invasión de los caudillos, que en el Exterior comenzaban a planear el derrocamiento del General Gómez, mantenido en el mando, tanto por la fortaleza del régimen y

(*) Quilombo es palabra negra. que significa sitio oculto. Queda en la región como recuerdo de los escondites de los negros cimarrones.

la saneada economía de la República, cuanto por la desavenencia que reinó entre el valioso grupo de sus opositores, quienes, cuando lograron unirse en 1935 para una acción seria que comandaría el General Régulo Olivares, tuvieron la sorpresa de la "prematura" muerte del viejo Caudillo de Diciembre, según se escribió en alguna crónica por 1936.

Amigo entusiasta de los Baptista era el periodista y poeta Víctor Castillo Rocha, alegre y travieso hacedor de chistes, a quien miraba con simpatía toda la gente de Trujillo. No sé en realidad el móvil que le empujó a la arriesgada jugarreta, pero es lo cierto que un día el General García recibió un telegrama del General Gómez, en que el Caudillo transcribía, junto con la orden de prisión, un mensaje de Castillo Rocha concebido en estos términos:

"General Juan Vicente Gómez.— Maracay.— Mane. Tecel. Fares. Víctor Castillo Rocha".

Cuando el General García citó a Castillo, éste le explicó el sentido del aviso fatídico dado a Baltasar, con el cual, a la vez, él quería anunciar a Gómez su ruina inminente. García rió del apunte y dijo al General Gómez que no creía de ninguna utilidad castigar al festivo arúspice. En libertad quedó Castillo y García con la satisfacción de temperar el rigor del régimen. Era él hombre valiente que, lejos de hacer mérito con la persecución de los enemigos del gobierno, entendía que servía mejor al Jefe restándole enemigos.

Una de las más claras presencias trujillanas en el orden de la cultura nacional la representa el doctor José Gregorio Hernández, de fugaz actuación en el Estado Trujillo. Sabio eminente, su nombre quedó unido a la historia médica de Venezuela, por haber sido quien primero explicara en la Universidad de Caracas Histología normal y Bacteriología. Escritor atildado y profundo cristiano, dejó un texto de Filosofía ajustado a las normas de la "filosofía perenne". Un día se sintió más de Dios que del mundo y abandonó a Caracas para venirse al Viejo Mundo, ya no en pos de ciencia humana, sino del silencio de la Cartuja. Sin embargo, no era su vocación, a prueba dos veces, para religioso de hábito sino para religioso seglar, y a poco Caracas lo tuvo de nuevo a la cabeza de su numerosa clientela y la Universidad al frente de su vieja Cátedra. Los pobres, sobre todo, debieron de celebrar el regreso de Hernández, pues éste para ellos fue, más que médico, un verdadero padre, que les dejaba junto con el récipe, las monedas para adquirir la medicina. Hombre verdaderamente cristiano, ejerció la religión del amor al prójimo en forma absoluta y el menosprecio a sí mismo hasta promover la burla de su persona, por medio del uso de trajes de colores un tanto ridículos. Su ciencia le valió el elevado respeto de sus colegas y su virtud la admiración del pueblo entero. Cuando murió en 1919, el pueblo le ofreció un homenaje que anunciaba la suerte futura de su nombre. Las candelas que la gente humilde prendió para acompañar al féretro, eran anticipo de las velas litúrgicas que iluminarían su imagen en el altar cristiano, a donde lo lleva la causa de beatificación ya introducida canónicamente.

Cultivaba el doctor Hernández el trato social. Su presencia era recibida en los severos hogares de su tiempo como timbre de honor. Había todavía en la vieja Caracas la costumbre de hacer visitas. Se hacía aún vida de hogar, en aquellos buenos tiempos en que las familias no habían trasladado a la mesa verde y a la cantina del club o a la alegre piscina pública o privada, el eje de la vida hogareña. En cierta oportunidad visitaba el doctor Hernández el hogar de una distinguida familia caraqueña, donde era malquerido el régimen gubernamental, y el ataque al General Gómez avanzó hasta convertirse en ataque para los hombres de la región andina. Cuando se habían dicho ya cosas tremendas contra la gente de la Cordillera, una de las señoras cayó en la cuenta de la oriundez trujillana del doctor Hernández y le pidió, muy avergonzada, excusas por el ataque irrogado a los andinos. El doctor Hernández le respondió:

—Puede seguir usted libremente, señora. Ya yo me dejé de eso.

* * *

Cuentan que un mal estudiante aplazado en los exámenes de fin de año, se atrevió a amenazar al doctor Hernández con darle de palos. El ilustre profesor se limitó a decirle:

—Me haré el cargo de que pasó por encima de mis huesos un carro de basura.

* * *

Sin embargo, entre las anécdotas atribuidas a nuestro sabio y santo conterráneo, corre una que me refirió en 1925 el doctor José Vicente López Rodríguez, médico ilustre y caballero correcto, quien recibió lecciones del profesor inolvidable. Esta anécdota se aleja aparentemente de la sencillez y de la humildad que le eran geniales, mas apunta a un plano educativo que le da relieve singular. En función profesoral él estaba obligado a mostrar hasta dónde poseía recursos de ciencia y de letras. Es el caso de que mientras explicaba su

lección de Bacteriología, un muchacho atrasado y de modales poco correctos, lo interrumpió para preguntarle por que pronuncia Pasteur con fonética española, debiendo decirse *Paster*. No le respondió Hernández y pronto volvió a decir Pasteur con la más clara dicción castellana. Tornó el impertinente a hacer la misma pregunta; entonces el doctor Hernández, después de mirarle con profunda atención, dirigió la vista hacia el grupo curioso de estudiantes y prosiguió la lección en el más claro, fluente, sonoro francés...

Discípulo aprovechado y predilecto del doctor José Gregorio Hernández, su conterráneo el betijoqueño Bachiller Rafael Rangel superó con creces en el mundo secreto de los microbios la mirada rapaz del Maestro. Sin haber concluido la facultad médica, los experimentos científicos de Rangel diéronle fama extraordinaria. En el silencio del laboratorio perseguía el sabio precoz los microorganismos que disminuían el potencial vital de los hombres y de los animales en Venezuela. Para él eran problemas igualmente graves la "himbombera", que atacaba a los seres humanos, como la "derrengadera", que enfermaba a los bovinos. Con la misma devoción científica investigaba la peste bubónica que el "grito" de los chivos. Su preocupación fundamental era servir a la ciencia universal y a la sanidad de Venezuela. Mas, a medida que crecía la fama del sabio, se ponía en resalto la enemiga de sus émulos. El campo técnico de Caracas era estrecho para las ansias de investigación que animaban a Rangel. Poco le importaba el doctorado. Más le interesaba atesorar ciencia. Hernández andaba por Europa, a causa de su aventura mística. Entre sus colegas aumentaba la inquina y la envidia, opuestas a que creciera la figura del humilde sabio. Se le destinaba a cargos subalternos y se le negaban medios para salir a centros mejores, donde la experiencia científica le permitiera ampliar el campo de su investigación. Su anhelo no era París ni Londres. Su meta fija era Calcuta, donde funcionaban acreditadísimos laboratorios dedicados al estudio de las enfermedades tropicales. Todas sus gestiones estaban encaminadas a ganar una beca que le permitiese trasladarse a la lejana India.

Era de origen pobre el Bachiller Rangel, y, a más de pobre, era de color. En Venezuela ha ocurrido un caso esperanzado y alegre de superación racial. Buen descendiente de españoles, el criollo venezolano no se ha desdeñado de alternar ni de mezclarse con el negro. Nuestra llaneza ha llegado a producir un fenómeno psicológico cargado de optimismo: los negros se sienten blancos. Nuestra trama histórica está formada por las acciones entrelazadas de los criollos, de los mestizos y de los pardos. Quien pacientemente estudie el enredo genealógico de muchas de nuestras más grandes figuras políticas e intelectuales, encontrará raíces hundidas en el obscuro dolor de los viejos esclavos. Sin embargo, no han faltado momentos en que la lucha personal ha puesto a flor de ataque los orígenes negros de muchos hombres. Cuando se ha tratado de zaherir a personas de recia estructura psíquica y de superado juicio social, el denuesto se ha deshecho como vana burbuja contra roqueño muro. El caso de Rangel fue muy diverso. A su pobreza económica, agregaba pobreza física. La vida se le hacía difícil, tanto por carecer de los debidos recursos como por sentirse agobiado por la tuberculosis, para soportar las exigencias del trabajo. Este nivel de insuficiencia material se reflejó en su espíritu en forma de complejo que lo agotó para la lucha. La hostilidad de sus enemigos lo puso en condiciones de aplanamiento. Las desviaciones interiores, al ganar constancia e intensidad, terminaron por destruirle las resistencias morales. El se sentía ya moralmente perseguido y menospreciado, cuando un grupo de amigos pidió al Congreso de 1909 que le fuera concedida una beca para seguir estudios en Universidades extranjeras. La enemiga contra el gran sabio se hizo sentir en el seno del Parlamento. Una voz sombría, egoísta, inhumana comentó que no era airoso para el país estar representado en el Exterior por un negro. La inhumana, egoísta, sombría voz del parlamentario llegó hasta el ánimo decrépito de Rangel. Ya no pudo resistir más, y en el silencio del laboratorio una inyección concentrada de sublimado de mercurio puso fin a su vida extraordinaria.

La tragedia de Rangel sirvió de tema para el fino y olvidado drama "La sombra", del también olvidado y fino escritor Salustio González

Rincones. Nombre, en verdad, simbólico de la tragedia tenebrosa que se ha cernido sobre numerosos valores venezolanos, en quienes ha hecho presa el encono agresivo de los que sienten tristeza del bien ajeno.

Cuando el sabio Hernández —padre científico de Rangel— comentaba el fin doloroso del discípulo, anunció la hora de la reparación inútil.

—Me duele por su alma y por lo que pudo dar —decía el Maestro—; pero, a pesar de que lo persiguieron por negro, día llegará en que su figura en blanco mármol mantendrá entre las futuras generaciones el recuerdo de la luz que derramó sobre la ciencia patria...

No es de extrañar que esta historieta salte entre dos caballeros con toda la barba. En el Centro aún se alude a los barbudos trujillanos. Epoca existió en que la barba fue una manera de rito entre la gente de Trujillo y pueblos hubo, también, donde jamás las personas se afeitaban. Así, cuéntase que al llegar en cierto tiempo antiguo un viajero alemán a algún lejano pueblo del Distrito Boconó, cayó en la cuenta de haber dejado en la capital su magnífica navaja barbera. Pidió al posadero las señas de algún fígaro y luego encontróse frente al rústico barbero, quien para rasurarle le hizo echar boca arriba sobre una mesa. Al concluir la operación, el alemán preguntó al maestro la razón de aquel sistema de horizontal acomodamiento. Con la mayor sencillez, el barbero respondióle que en aquel pueblo sólo se afeitaba a los muertos y que, por consiguiente, no tenía práctica de rasurar gente sentada. El apunte cae bien cuando se trata de hablar de dos barbudos de la región, así uno de ellos no fuese trujillano, aunque tuviera sangre de Trujillo por sus ascendientes Briceños. El otro era trujillano físico, como allá suele expresarse la autenticidad, así el apellido Urdaneta indique la inmediata oriundez marabina. El doctor Juan Nepomuceno Urdaneta era hijo del prócer Juan N. Urdaneta y de doña Ignacia Valcarce Pimentel, hija del también prócer don Manuel Felipe Pimentel. Figura ilustre del Foro de Trujillo, el doctor Urdaneta alcanzó a ostentar, por sus altos años, el título de decano de los abogados de Venezuela. En 1886 ocupó la presidencia del grande Estado Los Andes. En Trujillo profesó distintas cátedras en el

extinguido Colegio de primera categoría y presidió frecuentemente el Poder Judicial. A principios del presente siglo, la figura del doctor Urdaneta ponía cuotidianamente una extraña nota en el paisaje urbano de Trujillo. Apegado a las antiguas modas, vestía media levita, se tocaba con el sombrero de copa recortado, llamado "Reforma", y se ataviaba siempre con vistosos chalecos de velludo. Su figura enjuta y larga, con el rostro hecho más largo aún por la barba en punta, le daba un extraordinario parecido con don Quijote. Todas las mañanas bajaba desde su casa, situada en la calle Independencia, entre las esquinas de los Duranes y San Francisco, hasta su viejo establecimiento mercantil, ubicado en la calle del Matacho. Era éste una vieja tienda de telas, ya sin movimiento alguno, fuera de la venta que a bien tuviera hacer el doctor Urdaneta, cuando le iba en gana interrumpir el trabajo de escritorio, pues esto más que todo era, en realidad, aquel penumbroso lugar, donde por consunción agonizaba un desatendido comercio. Al llegar a su antiguo fondo mercantil, el doctor Urdaneta cambiaba el levitón por una negra americana de alpaca y los lustrosos botines por cómodas pantuflas de velludo, bordadas de hilo de oro, mientras se cubría con el viejo birrete de lo mismo, recamado de palmas doradas y con roja borla pendiente a un lado. Era aquél el atuendo íntimo de los doctores. La borla roja o amarilla fue signo de altísima distinción ante las miradas del pueblo, cuando merecía tanto el ser doctor. Muchacho de cortos años, tenía que pasar con frecuencia al lado del severo anciano. ¡Ah, cómo me tentaba la idea de poder ganarme el derecho de llevar sobre la cabeza un birrete igual al del viejo don Juan!.

Por ahora memoro un pequeño episodio ocurrido alrededor de 1915, cuando presidía los destinos del Estado el recio General Timoleón Omaña, hombre fuerte, cuya actuación precisa varios ángulos para ser juzgada con equidad. Fue duro en la persecución de los viejos políticos del Estado, pues autorizó los desmanes de los cuerpos llamados "sagradas", que el Gobierno nacional destacó para apresar y castigar a los jefes y oficiales araujistas y baptisteros. En el campo del orden social, tuvo el mérito de haber impuesto el respeto debido a la autoridad y de haber acabado con el pavoroso sistema del "tiro

de cachito",* tan en boga pocos años antes. Durante el gobierno de Omaña, los muchachos transitábamos de noche los solitarios caminos del Estado. En el terreno del progreso material, si bien de valor subalterno para juzgar la eficacia de un régimen, inició Omaña los grandes avances de las carreteras, el alumbrado eléctrico, el acueducto, el arreglo de puentes y la liquidación tenaz de la plaga de langosta, que había invadido al Estado desde 1912. Amigos entusiastas y enemigos feroces suscitó la conducta de Omaña. Algunos coinciden en reconocerle un saldo favorable en lo que dice a orden y progreso material; otros lo consideran duramente por su rigor contra el enemigo y su menosprecio por la dignidad humana.

Pese al severo talante, Omaña era hombre de trato ameno y un si era o no inclinado a lances de humor entre los íntimos. La distinción natural de su físico acrecía en gracia a una bien cuidada "boulanger" de tono castaño, en la que saltaba una que otra cana, y a las doradas gafas, tras las cuales apuntaba la mirada penetrante de los ojos azulencos. Conversador alegre, tuvo el buen gusto de hacer su tertulia habitual en la Plaza Bolívar, frente al Palacio de Gobierno y a su casa de habitación, bajo la umbrosa fronda de las verdes guaduas, que entonces sombreaban en nuestra Plaza principal. El doctor Urdaneta solía pasar frente a la tertulia de Omaña y a veces se detenía para saludar de mano al Presidente. Estaba tomado el patriarca de nuestro Foro de un asma cardiaca, que le impedía caminar libremente. Si lo hacía, era sólo en razón de la voluntad inquebrantable que le acompañaba. Lentamente se le veía subir o bajar las empinadas calles de la ciudad. En el silencio de Trujillo, desde el interior de las casas se percibía el jadeo angustioso del doctor Urdaneta.

Por el tiempo de este apunte, ejercía la Presidencia Provisional de la República el doctor Victorino Márquez Bustillos, con quien el doctor Urdaneta mantenía una vieja enemiga desde el siglo anterior. Al acercarse a la tertulia de Omaña el doctor Urdaneta, el Presidente

(*) Tiro de cachito vale por tiro a mansalva.

dijo a los presentes: "Ya verán cómo hago que a don Juan se le calme el aceceo".

Presente ya el ilustre abogado y cruzados los saludos de rigor, el General Omaña le dijo:

—Aquí estamos, doctor Urdaneta, con la gran pena de la muerte repentina del doctor Márquez Bustillos.

—Bueno, y ¿cuándo vino la noticia? —preguntó con calma, y tomando asiento el ya sosegado enfermo.

El doctor Santiago Fontiveros vino desde el Táchira a Trujillo a fines del siglo XIX. Se arraigó en tal forma en tierra trujillana, que se le miró siempre como hijo de la región, al igual del doctor Victorino Márquez Bustillos, del doctor José Antonio Tagliaferro, de don Rafael Gallegos Celis. En las viejas contiendas bélicas del Estado intervino como aguerrido oficial de línea y, fuera de él, salió en compañía de los grandes caudillos trujillanos. En La Victoria, donde Leopoldo Baptista salvó al Gobierno con su audaz asalto al cerro del Copey, el doctor Fontiveros era Jefe del Estado Mayor.

De carácter ríspido, se temieron siempre sus contundentes respuestas. De conducta reservada, cultivaba poco la relación social. Su círculo era muy pequeño, pues entre su persona y el público se extendía una fría cortina de respeto y de temor. Su rectitud como funcionario fue proverbial en Venezuela. Durante el gobierno del General Cipriano Castro ejercía la administración de la Aduana de Maracaybo, cuando desembarcó en cierta ocasión con un gran equipaje, traído de Curazao, doña Nieves Castro de Parra, hermana del General Castro. Al anunciarle el Interventor la presencia de los bultos, el doctor Fontiveros ordenó que fuesen examinados escrupulosamente. La señora protestó y se quejó al hermano, a quien ya el doctor Fontiveros había anunciado el comiso del cuantioso contrabando. Castro respondió con la aprobación de la conducta del severo funcionario. Durante el gobierno del General Gómez desempeñó la cartera de Fomento, a la cual renunció por

cuanto en la Cámara fue improbado un contrato sobre una concesión de línea telefónica por él celebrado, esto a pesar de no tener carácter parlamentario nuestro sistema ministerial. De 1919 a 1924 ejerció la Presidencia del Estado Trujillo. Se esmeró por el funcionamiento del Poder Judicial y porque los jueces aplicasen penas severas a los criminales. No intervenía el doctor Fontiveros en el curso de los tribunales, así se atribuyese funciones patriarcales que excedían los propios alcances del Código de Policía. En busca de la prontitud de la justicia, él se abocaba al conocimiento de una serie de cuestiones que correspondían a las autoridades ejecutivas subalternas, a las cuales recomendaba el arreglo de las controversias, previo estudio y consulta que hacía con personas entendidas. Su casa se veía siempre vacía de áulicos, mas llena de infelices que iban hasta él en pos de solución para sus diferencias. El aspecto patriarcal que le daba la huguesca barba de espuma, la sencillez de su vestir, la pobreza del ajuar que le rodeaba, más hacían pensar al verle en un viejo y hosco dueño de hacienda que en un jefe político. Alumbrado de un rapaz sentido de la justicia y empujado por su vocación de implacable rectitud, las sentencias proferidas por el doctor Fontiveros eran inapelables, no en razón del poder discrecional que en aquel tiempo era reconocido a los gobernantes, sino por el acierto que las acompañaba.

Antes de haber sido Presidente del Estado, el doctor Fontiveros había ejercido la Secretaría General de Gobierno y la Tesorería General del Estado. Este cargo lo desempeñaba por 1906, cuando ejercía la Presidencia del Estado el General Pedro Araujo. Figuraba entonces en el Presupuesto de Gastos de la Administración un capítulo llamado "Imprevistos", contra el cual giraba libremente el Presidente, para el pago de las llamadas "comisiones del servicio público". En cierta oportunidad, el General Araujo, o el General Pedro, como cariñosamente le decían en Trujillo, urgido de fondos para avituallar una tropa que, de orden de Castro, enviaba a Barquisimeto, acordó un pago que sobrepasaba las disponibilidades del capítulo, y el doctor Fontiveros negó su efectividad. Volvió de nuevo el empleado de la Presidencia con la instancia del pago, a lo que el doctor Fontiveros dijo al recadero: "Diga usted al General

Araujo que me señale el artículo de la ley por el cual estoy autorizado para hacer dicho pago". De nuevo se presentó el emisario del Presidente con el siguiente recado: "Le manda a decir el General Pedro que él necesita dinero para la tropa, y que si no paga el recibo, le envíe la renuncia de la Tesorería". Sin enfado alguno y más abultado el tropiezo de lengua que le era característico, respondió al enviado del Presidente: "Dígale al General Araujo que ni pago la orden ni renuncio la Tesorería; que si quiere tumbarme, que me tumbe de su cuenta".

Ese era el modo áspero y recto de obrar aquel singular personaje, recordado en nuestra historia política por su indesviable apego a la ley y al orden, en medio de un sistema que en general los contradecía. Político de sangre, prefirió, sin embargo, el trabajo de la tierra, que no dirigía gritando desde el lomo de las bestias, sino pareado sencillamente con el paciente conuquero o con el rudo cortador de cañas. De liquiliqui, sombrero de cogollo y humildes alpargatas, recibía a sus relaciones sociales, con la misma naturalidad y desenvoltura con que vestía el frac o la levita en la severa función pública.

Inolvidable en la memoria de la ciudad de Valera es el recuerdo de doña María Dolores Mannucci de Araujo. Consagró esta ilustre matrona los mejores años de su vida a la educación de la mujer valerana. Mujer de temple entero, a toda hora mostró el nexo de sangre que la unía con el prócer don Vicente de la Torre y con su corajuda hija, la guerrillera doña Bárbara. Esta probó su vocación de servir a la Patria asumiendo el mando de intrépidos soldados, aquélla sirvió en las filas de la educación pública. Con doña Carmela Sánchez de Jelambi y las Alvarez de Lugo forman el foco que marcó las buenas luces para la formación de la Valera de principios de siglo.

El colegio de doña María Dolores contaba, además, con la aportación valiosísima de sus hijas Ana y Pepita, hoy señoras de Abreu y de González Pacheco, respectivamente, ambas educadas en la fría Bogotá y poseedoras, con el fino adorno de las buenas letras, del mismo señorío de la gran madre.

Altiva e imperiosa, doña María Dolores se hacía respetar no sólo de sus jóvenes alumnas, pero además de todos quienes valoraban su meritísima labor en beneficio de la comunidad valerana. Servir los intereses del colegio por ella regentado era un deber que bien lo medían los valeranos, empeñados siempre en contribuir al mejoramiento de la localidad. Había, en realidad, un sentido cívico que llevaba a apreciar en su justa dimensión el mérito de los

institutos educativos. Tenían los valeranos empeño por que lucieran el Colegio de San Tomás, el Colegio de Niñas, las escuelas primarias, los periódicos y las demás empresas culturales que animaban sus hombres dirigentes, a cuya cabeza estaban Monseñor Miguel Antonio Mejía, Américo Briceño Valero, José Antonio Tagliaferro, don Federico Vetancourt, Pompeyo A. Oliva, Juan Ignacio Montilla, Wenceslao Martínez Aldana, José Amando Mejía, Francisco Sánchez, Rafael Terán, Jesús Briceño Casas, Víctor Rosa Martínez, José Luis Faure.

Los exámenes que pasaban las niñas del Colegio de doña María Dolores eran por demás fuertes y con frecuencia se repetían los años. Al final de curso, fue suspendida en segunda ocasión una chica, cuyos padres estaban por demás interesados en que ganase buenas calificaciones. No haciendo el debido discernimiento del caso, el padre de la suspensa fue a reclamar a la directora en términos bruscos e irrespetuosos por lo ocurrido a la hija. Doña María Dolores no se inmutó ante la andanada de denuestos que le prodigaba el irritado pulpero de "El Bolo", y cuando éste hubo callado, se limitó a responderle:

—Mire, señor. Su hija no estudia ni tiene maneras. Yo quiero que ella vuelva durante uno o dos años más, para que pierda la brusquedad y los malos modales que usted le enseña en razón de su carencia de cultura. Yo le disimulo a usted sus palabras irrespetuosas, porque es usted un ignorante; en cambio, aspiro a que su hija no tenga mañana necesidad de que le disculpen la incultura.

Así, doña María Dolores de Araujo, como Monseñor Mejía, como las Alvarez de Lugo, educaban a la par a jóvenes y viejos.

Si Venezuela es un país de escritores inacabados, Trujillo es región donde se abulta esta dolorosa circunstancia. Sin mirar a las figuras semifrustráneas de mediados del siglo XIX, basta recordar a las que apuntaban con signos de madurez cuando comenzó el siglo XX, entre quienes, ya segada prematuramente la extraordinaria promesa de Pedro José Saavedra, se destacan Rafael García González, Angel Carnevali Monreal, Julio Helvecio Sánchez, Rafael Colina Montilla e Inocente de Jesús Quevedo. Saavedra, muerto en la flor de la juventud, ocupó precozmente el Ministerio de Relaciones Exteriores y recibió, cuando hizo colación del doctorado en la Universidad de Caracas, espléndido homenaje de Guzmán Blanco, siempre dispuesto a presidir los grados universitarios. Rafael García González, orador, abogado y escritor finísimo, es aún recordado como una de las más brillantes cabezas que ha producido el Estado. De él escuché a Gil Borges los más encumbrados elogios. "Entre mis compañeros de Universidad, no recuerdo ninguno que igualara en claridad y brillo a García González", me decía el Maestro en cierta ocasión. De Angel Carnevali Monreal tenía a boca de imprenta una dificultuosamente lograda colección de sus trabajos cuando abandoné a Venezuela. Se le alaba, aún sin conocerse la plenitud de su obra, en razón de la fama que ganó como hablista y como orador, ayer exaltada por plumas de la autoridad literaria de César Zumeta y de Rufino Blanco Fombona. De corte cervantino, Carnevali labró estilo y tejió ideas. De la vieja escuela de Eduardo Calcaño, su verbo poseía el don incandescente del relámpago y el

brillo sereno de los crepúsculos otoñales. Julio Helvecio Sánchez fue grande abogado, profundo pensador y orador admirable. Era feo de sobra, mas en la tribuna su rostro se iluminaba como si hubiera sido tocado de luces píticas. Rafael Colina Montilla dejó el recuerdo de una pluma fulgurante y de un talento extraordinario.

Inocente de Jesús Quevedo comenzó a mostrar la vocación literaria cuando cursaba estudios de leyes en la Universidad andina. La tribuna y la lira le ofrecieron ocasión y notas propicias para exhibir sus dotes singulares de orador y para derramar la alta inspiración de su numen. Preocupado por los problemas de la política, escribió artículos brillantes, que le destacaron como una de las plumas más vigorosas para el combate cívico. Eran tiempos en que la Cordillera se veía azotada por las fuerzas del Centro, a quienes, más que funciones de orden, parecía encomendado algún encargo punitivo. Venezuela vivía un momento ausente de gravedad nacional, por donde se hacía fácil destituir al brioso oficial que castigó en El Dorado a los invasores ingleses. La periferia de la nación necesitaba hacer sentir su fuerza desde la propia capital. Cuando Cipriano Castro iba hacia Caracas, Inocente Quevedo sintetizó la parte positiva de aquella jornada en frase memorable y cargada de un sentido de unidad nacional: "Al golpear con el pomo de su espada victoriosa las puertas de bronce del Capitolio Nacional, el General Cipriano Castro hará sentir que Caracas no es Venezuela". Como entusiasta de la Restauración, Quevedo fue en 1900 a Trujillo con el cargo de Jefe Civil y Militar, en seguida tornado en el de Presidente Provisional. Dejada la función pública, Quevedo ejerció la abogacía y cultivó la tierra. Más tarde, fue Secretario de Gobierno en Trujillo, Diputado a las Cámaras y Ministro de la Corte Federal, cargo en cuyo ejercicio murió el año 1926.

En alguna oportunidad evoqué al doctor Quevedo tal como lo veía cuando yo era niño y caracoleaba él por las calles de Trujillo su nervioso caballo plateado, pues fue justamente tenido por uno de los hombres de mejor montar de la región. Bridas y pluma eran en sus ágiles manos instrumentos dóciles. A caballo se sentía como en pedestal de mando. Era él hombre para las alturas. No se le

recuerda fácilmente al ras de la tierra. Para bien imaginarlo hay que darle su tribuna de estupendo orador o ponerlo sobre el altivo lomo de las briosas bestias. Aun a pie, Quevedo estaba siempre en gesto de tribuna. La voz de módulos autorizados y sonoros, el talante imperioso, el impecable atuendo, el gallardo porte, el rostro noble, llamaban sobre él la atención de los presentes. Su aspecto imponía a la distancia, mas su trato íntimo era amable, generoso, insinuante. Gocé el privilegio de su amistad, y antes de morir me regalaba con gratas pláticas nocturnas, ya en su casa de Candilito, ya en la mía de Castán. Heredaba la amistad que le unió a mi padre y que al suyo unió con mis abuelos, y que en mí se ha prolongado hacia sus apreciables hijos.

Por 1915, el doctor Quevedo era Presidente de la Corte Suprema del Estado Trujillo. Su viejo amigo Ezequiel Vivas, Secretario del General Gómez, lo invitaba a Caracas, pero él prefería la vida de provincia. En cierta oportunidad en que Quevedo asistía a la tertulia que el Presidente Omaña mantenía bajo el boscaje de guaduas de la Plaza Bolívar, el Presidente hizo que le leyeran la proclama de entrada de siglo, dirigida por Quevedo, como gobernante del Estado, a los habitantes de Trujillo. La proclama estaba escrita en la literatura rococó de fines del siglo XIX y cargada de epítetos laudatorios para el Caudillo de la Restauración. El propósito de Omaña era molestar al doctor Quevedo con el recuerdo de su castrismo, en una época en que era por demás peligroso decirse amigo del "Invicto", ora vencido. Pero Quevedo no era hombre de poco, y con el garbo que dábale carácter respondió a la sonrisa velada de los contertulios más o menos lo siguiente:

—Hoy, seguramente, la hubiera escrito en mejor prosa, pero la amistad que en ella expreso hacia el General Cipriano Castro, en nada me sonroja. Fui su amigo y su colaborador en Trujillo, justamente cuando iniciaba él una gran política que frustraron los permanentes intereses de la oligarquía. Negar yo mi vieja amistad con Castro sería como sustraerme una vértebra de la espina dorsal. Para andar entero y poder con la cabeza alta pregonar mi hombría,

necesito la integridad de la propia memoria, cuyo cultivo evaden los traidores.

—Esperaba yo que así hablase usted, doctor Quevedo —le dijo amablemente Timoleón Omaña.

La personalidad del Padre José María Graterol comenzó a hacerse historia el año 1917, cuando en su carácter de Cura Párroco de la población de Pampán consagró solemnes honras fúnebres al alma de Rubén Darío, en la oportunidad del aniversario de la muerte del gran poeta que, con escándalo de los pseudoclásicos, había realizado una transformación profunda en la poética castellana. Para los ortodoxos a ultranza, Rubén Darío era un hereje, con categoría paralela en el orden de las letras a la que en el campo teológico distingue a los reformadores del siglo XVI. Nuestros oídos juveniles estaban fatigados de los denuestos contra la revolución rubendariana y contra las formas poéticas de Lugones, que en la cátedra de preceptiva literaria habíamos oído de nuestro gran Maestro, el futuro Monseñor Mejía. La forma literaria nueva se consideró reñida aún con la dignidad de las letras católicas. Un himno eucarístico en estilo rubendariano hubiera sido en aquel tiempo un exabrupto semejante a una misa actual con compases de mambo. Para cierta epidermis ultratradicionalista, las honras fúnebres ofrecidas a Rubén Darío por el Padre Graterol tuvieron la misma dimensión de escándalo que provocaría hoy el homenaje de una academia tomista a la memoria del filósofo liberal José Ortega y Gasset.

Graterol tenía por entonces pocos años de ordenado. Se le vio siempre como hombre inteligente, pero se le pusieron tildes relacionadas con cierta libertad en sus hábitos. Más tarde paso a la

Cura de almas de la Parroquia Chiquinquirá, donde se hizo al aprecio de Trujillo, en razón de su espíritu chispeante y de su extraordinario gracejo. Entre sus feligreses ganó fama de liberal y de endiablado, y a poco su confesionario se vio poco frecuentado de doncellas; en cambio, a él acudían hombres y mujeres caídos, con menos temor que a los sordos oídos del virtuosísimo Padre Carrillo, tan conocedor de la vida de sus feligreses que, sin confesar los pecados, él recordaba a los penitentes las recientes caídas.

Pese a una fonética desaliñada, Graterol gozaba la auténtica gracia de la gente; con un medio mejor y con mayores recursos, habría lucido como uno de esos finos abates renacentistas, que sabían jugar con las rosas y las espinas de la vida. Lentamente Graterol fue perdiendo a temprana edad la vista, pero a medida que le faltaba la luz de fuera, su palabra se fue haciendo más fina, más cortante, más alegre.

Alguien debe de haber recogido en Trujillo el largo anecdotario de este curioso personaje, denigrado por algunos, exaltado en su bondad por otros. Yo lo miré siempre como un doloroso caso de hombre inacabado y destruido en parte por el propio medio. Sobre cualquier desenfado censurable en su discurso, admiré el profundo sentido de humana, real, desgarrada filosofía que animaba sus apuntes y sus chistes. Murió lleno de dolor, en la absoluta ceguez. Jamás perdió la alegría, y como consuelo que compensara su tiniebla, decía con frecuencia: "Ahora, en la obscuridad, veo mejor. Ya ni percibo la sombra de mi sotana".

Alguien refirióme que en los buenos tiempos en que Graterol concurría a riñas de gallos, a las cuales era afecto a ley de trujillano, miraba atentamente la operación corriente de superponer espolones metálicos a las protuberancias bélicas de los briosos plumíferos, a fin de que los naturales instrumentos de agresión adquiriesen mayor eficacia. Graterol se dirigió al amigo del lado y en tono compasivo le comentó:

—Llegó el momento de *humanizar* a los pobres gallos.

Mordaz, objetiva, discreta definición de lo que en realidad son los instrumentos inventados por el hombre civilizado para aumentar su natural capacidad de agredir y repeler.

Bueno, sencillo, generoso, el doctor Antonio Justo Silva fue respetado y querido por todos los estudiantes que frecuentamos las viejas aulas de la Universidad de Mérida. Un poco bajo, dos pocos regordete, pausado en el andar, sonreído siempre, en la mano el grueso bastón, tocado del clásico bombín, la figura del viejo Silva era familiar en las calles de la Mérida olorosa a pino y vestida de niebla, que ha dado lentamente paso a la nueva Mérida, impregnada de los acres olores de la gasolina y diluida en una inútil, complicada y, ¿por qué no?, estúpida numeración urbana. Desde temprana edad había dejado la nativa tierra trujillana, para ir a establecer casa en Mérida y dedicarse a la enseñanza en sus ramas secundaria y mayor. Saludó con buen éxito diversas Facultades, y así lucía borlas de Medicina, de Derecho y de Cánones, que le permitían profesar asignaturas varias.

Hombre de fe basáltica, se preocupaba intensamente por los problemas eclesiásticos, y cuando en Mérida ocurrió el año 1913 la ardorosa guerra teológica que dividió a la población, el doctor Silva tomó partido en el bando que censuraba el apoyo que el grande obispo Silva daba a la causa del Padre Evaristo Ramírez. No se limitó Silva a opinar en conventículos, empero avanzó a calzar con su firma una enérgica protesta que hería la dignidad del Prelado. Se produjo la consiguiente excomunión, con aparato de cedulones y lúgubres tañidos de campana. Era hombre de temor religioso, y para las prácticas devotas del doctor Silva, aquello repercutió como una

catástrofe moral. El buen cristiano, no pudiendo resignarse a vivir fuera de los sacramentos de la Iglesia, se humilló en seguida y pidió la suspensión de la pena. La guerra eclesiástica quedó sin vencedores. Apenas tuvo la lección dolorosa de la humilde sujeción de Silva al peso de las sanciones eclesiásticas. Pasaron los años. El Obispo Silva —porque entre Silvas fue el pleito— cumplió sus bodas de plata episcopales y entre quienes lo cumplimentaron estuvo su contrito tocayo. El prelado fue hecho Arzobispo más tarde. Creció su fama y también creció la carga de los años y aumentó la debilidad de la vejez. En julio de 1927, el gran Arzobispo sintió la cercanía de la muerte. De pies se preparó para recibir los últimos auxilios de la Religión. Se hizo revestir de pontifical para el Santo Viático. Entre las personas invitadas al acto figuraba el doctor Antonio Justo Silva, con ardorosa candela en la diestra. De rodillas estaban los presentes, cuando el moribundo, clavando sus ojos profundos y luminosos sobre la robusta humanidad de don Antonio Justo, le pidió perdón por la violencia con que lo tratara en 1913. Hasta la hora de morir mostró su extraordinario carácter el Obispo insigne. Otros creen probar dignidad por medio del insolente despotismo. Silva, cuando celebró los veinticinco años de Obispo, había confesado desde el púlpito su propensión a la soberbia; al morir, se inclinó humildemente ante el católico ejemplar que habíale criticado con escándalo un error de gobierno.

Terminado el acto extraordinario, alguien se acercó al doctor Silva con palabras congratulatorias. El noble, cristiano, piadoso viejo le respondió con humildad:

—Yo me felicito por la entereza del Obispo, no porque me haya pedido excusas en público. Si de algo pudiera sentirme feliz, sería de haber resistido la prueba antigua que me llevó a humillarme ante él, cuando fui excomulgado por haber querido servir los intereses vulnerados de la Iglesia.

La gente joven de la ciudad de Trujillo no atina en determinar la esquina de los Muñecos. Cuando yo era niño vi demoler la vieja casa, sobre cuyo portal dicen que estaban representados dos hombres en actitud de riña. Muñecos en pugna o viejas figuras heráldicas, lo cierto es que aquella representación dio nombre a la esquina, donde después don Diego Ignacio Rodríguez edificó la casa de dos plantas que hoy es hogar de la estimable familia Cols-Rodríguez. En 1813 la ocupaba el Regidor don José de Gabaldón. En la casa paredaña vivía don José Félix Fonseca.

Don José Félix era abuelo del ilustre historiador trujillano doctor Amílcar Fonseca, a cuya devoción tanto deben los anales de la ciudad. Ciudadano honesto, abogado sin tacha, caballero ejemplar, el doctor Amílcar Fonseca ganó puntos de excelencia en el afecto de la gente de Trujillo. Cultivó su espíritu para el ejercicio de las Letras y del Derecho, sin descuidar el aderezo indispensable de las virtudes personales. Buen amigo, no le hace sombra el recuerdo paradigmático de Melquíades Parra; juez probo, no lo empalidece la memoria austera de Nemesio Sáez; tinoso en el consejo, no se le adelanta la fama que aureola el nombre de don Ezequiel Urdaneta Maya; humilde y servicial nada le gana Neptalí Valera Hurtado. De mediana estatura, grueso de vientre, rostro siempre rasurado y sonriente, cabello prematuramente blanco y tocado al plato, airoso y pausero en el andar, grave y fino de palabra, su figura, de cerca o de lejos, imponíase al respeto. En la ciudad de Trujillo fue de todos

querido el pulcro caballero, para quien la mayor satisfacción era el cumplimiento del deber. En causas abarrancadas pudo haber tenido oportunidad de labrarse una fortuna. En cambio, miró la pobreza como veste honrosa, la cual no tomó empeño en desvestirse. Buen filósofo, sabía de la riña secreta que mantienen el decoro y la abundancia, y para no traicionar sus compromisos con la rectitud honesta, prefirió sacrificar a su libertad el falso provecho de una holgada hacienda.

El hogar del doctor Fonseca fue para mí una prolongación de mi propia casa. Por 1914 hacía vida de viudo con sus hijos José Félix, José María y José Amílcar. José Félix y yo estábamos metidos en empresas literarias. Con Saúl Moreno, Carlos Briceño Altuve, Manuel María Vargas López Méndez, Manasés Capriles y Claudio Llavaneras sacábamos el periodiquín "Ariel", que por 1916 convirtióse en revista de tiros largos. Nuestra mesa de redacción era el propio escritorio del viejo Fonseca, entusiasta consejero, a la par del doctor Julio Helvecio Sánchez, de nuestras primeras andanzas literarias.

Por aquel tiempo, el doctor Fonseca vivía en la calle de la Independencia, entre las esquinas de la Cárcel y los Carrillos. (¿Se llamarán aún así estas saudosas esquinas?). Al lado de la casa de Fonseca tenía su casa de familia el doctor Fabricio Gabaldón, por entonces Registrador Principal del Estado y depositario de los viejos archivos coloniales, de donde Fonseca extraía las ricas noticias en que abundan sus papeles. La tertulia de Fonseca y Gabaldón era en realidad una Academia de historia trujillana. Al dato de los viejos papeles, Gabaldón sumaba la noticia de su implacable memoria, y para cuando alguno fallara, quedaba el vecino recurso del Procurador Nicolás Monreal Paredes, quien hacía vida misteriosa y huraña en el Callejón de los Carrillos. Nicolás Monreal era por sí solo un archivo cargado de secretos trujillanos, y en conversaciones de entendidos se decía que guardaba sigilosamente el famoso Libro Becerro del Municipio, cuyo paradero se buscaba con Tomás Carrillo Márquez, en Caracas, y con el propio Leopoldo Baptista, en Nueva York.

Con el doctor Gabaldón vivía su tía doña Josefa Gabaldón de Bustillos, anciana venerable, que, sobre honrar la estirpe, daba lùstre, también, al recuerdo de su esposo, el inolvidable doctor Diego Bustillos. Todavía a crecida edad, doña Pepa cultivaba el buen humor y la fina chispa, que hicieron de ella una de las más admiradas y brillantes matronas de Trujillo.

—Hace un siglo —decía doña Pepa, refiriéndose a Amílcar y a Fabricio— los bisabuelos vivieron vecinos y fueron muy amigos. Ahora, también los nietos son vecinos. "Dios los cría y el Diablo los junta". Un Gabaldón, fogoso y de malas pulgas, y un Fonseca, moderado y apacible.*

(*) Amílcar Fonseca: "Orígenes Trujillanos", pág. 829.

Juan Francisco Bustillos, abogado ilustre y generoso amigo, llegó a ocupar en la magistratura judicial el alto sitio de Presidente de la Corte Federal y de Casación. Muy joven, desempeñó la Secretaría de su deudo el Presidente Andueza Palacio. Cultivó las letras con donosura y gracia. Más de un relato suyo recuerdo haber leído en la prensa con referencia a finas anécdotas de que fue testigo, por si no sujeto. De la ciudad de Trujillo se ausentó en 1914, cuando el sistema de las "sagradas" azotaba al Estado, y él, desde la Secretaría de Gobierno, se sentía inválido para atemperar el rigor de las persecuciones hechas a viejos amigos personales.

Familiarmente se le llamaba el "chingo Bustillos", por la prudencia con que la naturaleza le dotó de aquella parte tan importante del rostro. Lo sin gracia del aspecto, el doctor Bustillos suplíalo, en cambio, con sus finas maneras, su discreto humor y su trato brillante y agraciado.

Solía referir hazañas, cuya parte peor recaía sobre su propia persona, por donde hacíaselo fácil que los otros, llegado el caso, aceptasen sin protesta el estilete de su burla. Buen hijo del doctor Diego Bustillos, no se olvidaba de ser largo con los menesterosos.

Más de una vez oíle contar el caso que le ocurrió con una pordiosera, que frecuentemente acudía a su casa de la Candelaria en pos de la locha o del centavo. La viejecita, cuando recibía la moneda que en sus manos dejaba el doctor Bustillos, le decía invariablemente:

—Dios se lo pague, mi dotor, y le conserve la vista.

Un día el doctor Bustillos avanzó a preguntar la razón del voto permanente que la mendigante hacía por sus ojos, y la pobre, entre sonreída y tímida, le dijo:

—Andá, dotor, ¿y usted no se ha "dao" cuenta "entoavía" de que no tiene donde ponerse anteojos?...

La imprenta entró en el Estado Trujillo el año 1864, por patriótica iniciativa de don Juan Bautista Carrillo Guerra, quien luego fundó el famoso semanario "El Trujillano", de gratísimo recuerdo en los anales de la cultural regional.* A principios del siglo XX la imprenta estaba harto difundida en el Estado, y aún pueblos como Tostós tenían su pequeño taller, donde eran impresos programas y novenas. Clausurada la imprenta de don Juan Carrillo Guerra, en Trujillo funcionaban la Imprenta del Estado y la Imprenta Santana. Este taller hogareño lo manejaba el Bachiller José Rafael Almarza, con la amorosa colaboración de sus hermanas. La del Estado dependía del Ejecutivo, y la manejaban alternativamente Andrés Rosales, Aparicio Lugo, Manuel Fernando Mendoza, Joaquín Cegarra, José Eusebio Noveli, abnegados, pacientes, modestos maestros en el noble arte de componer tipos y de imprimir papeles, que de manera silenciosa ayudaron a la expansión del pensamiento trujillano. En Boconó, los talleres de "El Renacimiento" guardaban el recuerdo del brillante movimiento intelectual, dirigido por el doctor Benito Andueza, el doctor Rafael García González, el doctor Marcelino Perdomo Andrade, el doctor Alfredo Baptista Quevedo, el doctor Alejandro Villasmil, prestantes figuras entre el grupo de valiosos intelectuales que dieron vida de luces al antiguo Boconó, y

(*) Antes de 1864 había en Trujillo las pequeñas imprentas llamadas de camino, hábiles apenas para moldear tarjetas e imprimir cedulones, avisos, programas y boletines de pequeño formato.

que supieron mantener el entusiasmo sembrado por la vieja Sociedad "Recreativa y de Progreso", tan útil a los intereses culturales de la región. En Mendoza de abajo, el inquieto periodista Manuel María Matheus editaba su periódico "El Avance", rebelde y agresivo frente al propio Gobierno. En Betijoque y en Escuque modestas imprentas servían de órganos idóneos para la divulgación del pensamiento noble y la expresión de los anhelos locales. ¿Quién no recuerda con cariño la modesta imprenta que don Fernando Segnini regentaba en la población de Pampán? No había entonces en el pequeño burgo trujillano bombas de gasolina ni agencias de "Coca-Cola". El pueblo por donde pasó Trujillo durante su protohistoria andariega vivía de la industria pecuaria. Buenos quesos, sazonadas cecinas y bien curtidos cueros eran los renglones que enriquecían a los vecinos, pero, junto con estas rudas manifestaciones de plenitud económica, lucía, como encendida maceta, el brasero de la pequeña imprenta del viejo Segnini, de la cual se servían escritores de distintas partes del Estado.

Fue en Valera, en cambio, donde alcanzó su máximo desarrollo la imprenta. El espíritu de iniciativa y de progreso que siempre ha distinguido a esta floreciente población, tenía que hacerse sentir de manera notoria en el orden de la publicidad. Ya en el siglo pasado Valera había comenzado a experimentar los beneficios que derivaba de su situación intermedia entre el Estado Mérida y la estación ferroviaria de Sabana de Mendoza, primero, y de Motatán, después. Tuvo desde entonces imprenta y periódicos, como "La Voz de Valera", que reflejaba su crecedera inquietud. Mas estaba reservado al "Centro Industrial" marcar la culminación de la técnica tipográfica de la época. Revistas inolvidables como "Cosmos", órgano del "Ateneo de Valera"; "El Castillo", vocero del pensamiento ductor de Monseñor Miguel A. Mejía, y "Páginas", del inquieto y talentudo periodista José Poggioli, tuvieron su hogar en los talleres de dicha Empresa. Pero el "Centro Industrial" no era una mera reunión de chibaletes, máquinas y mesas de imposición. Era, sobre todo, la voluntad de un hombre consagrado con extraordinaria dedicación al arte de la imprenta y a la misión de hacer luces en el ámbito social. Más que provecho material,

Pompeyo A. Oliva buscaba la satisfacción de ser útil al progreso de la comunidad, por medio de obras de efectiva cultura. Valera lo recordará siempre por su tesonero empeño de servir. Los que le conocimos y lucramos con su generosa amistad, tendremos siempre de él, junto con la memoria de su vida bondadosa, el grato recuerdo de su modesta humanidad. Mediano de estatura; un poco enjuto, pese a su amplia complexión; de rostro un tanto asiático, por su vecina ascendencia indígena; de paso lento; con la cabeza siempre gacha y los espejuelos rodados sobre la punta de la discreta nariz, al caminar parecía que buscase algo en el suelo. En Valera, grandes y pequeños rendían el debido homenaje de respeto al modesto, enérgico, abnegado servidor. Esto no empece, cierto día en que hacía el acostumbrado camino de la empresa a su casa de habitación, ambas esquineras con la Plaza Bolívar, en la calle del Comercio, un rapazuelo, movido por la voz del festivo apunte callejero, se le acercó diciéndole con grande ingenuidad:

—Don Pompeyo, ¿quiere que le ayude a buscarlo?.

—¿A buscar qué?, interrogó con sencillez el cabizbajo caballero.

—Pues, el mediecito que se le perdió, agregó tranquilamente el chico.*

(*) Medio se llama la pequeña pieza de plata de veinticinco céntimos de bolívar.

El doctor Victorino Márquez Bustillos nació en Guanare alrededor de 1858 y en razón de la Guerra Federal su familia emigró a Boconó de Trujillo, donde pasó sus primeros años e inició su existencia de trujillano castizo. Cuando en Caracas se recibió de doctor en Ciencias Políticas por el año 1884, era ya Diputado al Congreso. Su carrera política fue rápida y feliz. Durante el bienio de Rojas Paúl, fue Secretario General del Estado Los Andes; en el período siguiente, ejerció la Presidencia. Comprometido con el movimiento legalista, lanzó la proclama de la insurrección contra el Gobierno que, al vulnerar la consigna anticontinuista, iba contra un principio de que se mostraba celoso y preocupado el pueblo venezolano. Después del triunfo de Crespo, Márquez Bustillos fue nombrado Jefe Civil y Militar de Los Andes, cargo que dejó para asumir el Rectorado del Colegio de Primera Categoría del Estado, en el cual explicó Derecho Civil.

Cuando se trata de anécdotas, no está demás ensartar alguna cuyo sujeto no sea propiamente el personaje de mérito. En el caso que incluyo, el sujeto es el buenazo de Martín "Callao". Mucha gente de Trujillo recuerda aún la extraña figura del Bachiller Martín Briceño (apodado "Callao" por su poca palabra), caballero en flaco rocín, regularmente vestido de negro y siempre tocado de sombrero de bomba. Cierto día de clase, el doctor Márquez Bustillos interrogó al Bachiller Briceño sobre los derechos del feto. El interpelado manifestó no haber estudiado la materia, y ante el reclamo del

profesor, el pobre estudiante, entre las risas de los compañeros, declaró: "Doctor, no estudié eso, porque me pareció inmoral". Demás está decir que hasta aquí llegó la aventura jurídica de Martín "Callao", para lo sucesivo concretado a regentar escuelas de primeras letras en los campos de Trujillo.

El doctor Márquez Bustillos alternaba la cátedra con el ejercicio profesional, cuando no ocupaba algún alto cargo público. En Trujillo fue respetado y querido por la gracia de la gente que le era peculiar, por su habilidad de pleitista, por el decoro de su vida privada. Pese a lo pequeño de su estatura, Márquez Bustillos tenía talante autorizado. El tono de la voz, la discreción y oportunidad de la palabra, el buen sentido que acompañaba a sus juicios, le daban en los hechos el tamaño que faltaba a sus huesos. En Trujillo fue figura prestante y puntera de la colectividad araujo-baptistera, y como tal acompañó en 1903 a Leopoldo y en 1908 a Trino en la Secretaría General de Gobierno. Ocurrido el tránsito de Castro a Gómez, con el ascenso del doctor Leopoldo Baptista a funciones, más que de Secretario, de verdadero coopresidente, Márquez Bustillos se consideró defraudado en las aspiraciones que comunicó a su compadre Leopoldo, y al concurrir al Congreso el año 1910 como Senador por Trujillo, reconoció al General Juan Vicente Gómez como "Jefe Unico" y, en unión del General Juan Bautista Araujo, formó una agrupación en Trujillo, que restó fuerza al viejo partido de Araujos y Baptistas. En seguida Márquez Bustillos fue nombrado Gobernador de Caracas y en 1913 Ministro de Guerra y Marina, despacho desde el cual colaboró en el proceso que rompió la constitucionalidad y autorizó una reforma de la Carta Fundamental, por donde fue posible la inmediata reelección del Presidente Gómez. Márquez Bustillos fue electo en el ínterin Presidente para sólo un año, mientras en seguida se eligió para un período de siete años al General Gómez. Hábilmente permaneció ocho años Márquez Bustillos al frente del gobierno civil, ya que las armas las comandaba, por nombramiento del Congreso, el propio General Gómez. Se atribuye a Gil Fortoul la frase que dice cómo en Venezuela lo único que dura es lo provisional. Desde 1922 hasta 1935 Márquez Bustillos estuvo separado de la administración. A la

muerte del Caudillo, el General Eleazar López Contreras lo designó Secretario de la Presidencia, mas, ante las reservas y objeciones que opuso el público en el primer momento, por ver en Márquez Bustillos el más genuino representante del pasado gomecista, el viejo político declinó el encargo y se vino a pasar algún tiempo en Europa.

La extraordinaria habilidad personal para granjearse voluntades, la puso en resalto Márquez Bustillos en los últimos años de su vida. Había sido denostado por gomecista y luego su casa fue tertulia animada, a la cual concurrían sus viejos amigos políticos, los antiguos desafectos de su actuación personal y los que le denigraron cuando ejerció la Presidencia Provisional. Hombres de acción como Elbano Mibelli, Félix Galavís y León Jurado, que habían estado distanciados de él, lo rodearon en forma tan decidida y entusiasta, que a la hora de su muerte —enero de 1941— se le veía en Caracas como centro de un presunto movimiento dirigido a imponerlo como candidato para el período 1941-46.

En el cuadro de nuestra vieja política personalista, en la cual descollaron Angel Quintero, Diego Bautista Urbaneja, Vicente Amengual, José Antonio Velutini, la figura de Márquez Bustillos ocupa sitio principalísimo. Era hombre fino, prudente, de reacción lenta, de palabra comedida, de mirada rapaz, a quien caía de perlas la definición del agudo Roberto Vargas: "El viejo Márquez —decía— muerde con la boca cerrada". Hombre formado en los pasos de la antigua política, en un cuadro semiprimitivo como el nuestro, ganaba mucho con la palabra oportuna y con la oportuna paciencia. En cierta ocasión, cuando aún ejercía la Presidencia de la República, le ve escuchar silenciosamente de tres personas distintas el mismo relato. "Tiene usted sobra de paciencia para oír", díjele. "Es necesario hacerlo, me respondió; en primer lugar, para saber dónde está lo cierto; después, para no dejar con las cajas destempladas al que cree ganar albricias con la noticia. En cambio, cuando apenas barrunto algo que pueda estar ocurriendo, manifiesto estar en el secreto, para que me refieran lo que deseo saber".

Más que hombre de humor, Márquez Bustillos era hombre de fina ironía. Sobrino del doctor Diego Bustillos y del célebre polemista y gramático don Juan Pablo, era acertado en las respuestas. No sé si Eduardo Carreño llegó a recoger las siguientes anécdotas, que a él comuniqué.

Cuando ardía la famosa campaña desatada alrededor de 1937 contra los antigomecistas que habían retornado al país, se imputaron veleidades comunistas al doctor Carlos León, brillante político y tratadista trujillano y compañero de juventud de Márquez Bustillos. Hombre ampliamente apreciado por su formación universitaria y por las enseñanzas de su texto y cátedra de Sociología, el doctor León se había mantenido en el Exterior en contacto con gente de extrema izquierda, lo cual se invocó como expediente para obstruir un supuesto nombramiento para Plenipotenciario en el Brasil. Acosado por los ataques que a diario se le hacían, Carlos León dijo un día a Márquez Bustillos:

—Ve, Victorino, qué puedes hacer cerca de López contra esta infamia de llamárseme comunista.

—No te preocupes, Carlos, le respondió Márquez Bustillos. La gente es muy desconsiderada. Mira cómo a mí me llaman gomecista.

* * *

Uno de los viejos enemigos que llegó a estrechar mayor amistad con el doctor Márquez, fue el grande escritor y polemista Rufino Blanco Fombona, quien en libros y panfletos había denostado la persona de Márquez Bustillos. Rufino era asiduo asistente a las tertulias de la casa del hábil político. En cierta ocasión, Blanco Fombona dijo al viejo Márquez:

—Los hombres vivimos de rectificaciones. Me apena recordar los ataques que sin conocerle personalmente hice a usted en mis libros.

—Olvídese de eso, Rufino. Yo nunca leí ninguno de sus libros —fue la respuesta mordaz y consoladora del astuto político.

Muchos al verlo tan serio y tan gravemente decorado por la lustrosa calva, no atinaban a adivinar el fino espíritu burlón que adornaba al doctor José Tomás Carrillo Márquez, digno hijo del famoso repúblico don Juan Bautista Carrillo Guerra. Abogado de vasta cultura, el doctor Carrillo Márquez ejerció con brillo su profesión y desempeñó uno que otro cargo público. Hombre enchapado a la antigua, el doctor Carrillo Márquez vivía en Caracas por 1930 del mismo modo como vivía en Trujillo el año 900. El tiempo, con las modas y las costumbres, no hacían mella en su recia personalidad de provinciano. Como tipo humano, el doctor Tomás, según solían llamarle cariñosamente en su tierra natal, era de una macicez extraordinaria. Carácter de una sola pieza, siempre se mantuvo leal a sí mismo. En los estrados, en el salón diplomático, en el bufete abogadil, en la antesala bancaria, en el recibo familiar, se le veía siempre fino, reído, discreto en el decir, agudo en la frase que certeramente caía sin ofensa sobre el tema que quería atacar, amable tanto con el grande como con el pequeño.

Sus modales, más que aprendidos, veníanle como esencia del propio hogar donde pontificaba el señorío del viejo don Juan y donde brillaba la gracia austera de doña Rosario. Si en él era más recia la gravedad y estaba en él más marcado el apego a las viejas costumbres, en todos los suyos —damas y caballeros— apunta el mismo tono de singular distinción, que ha hecho de la familia Carrillo Márquez una de las más apreciadas estirpes trujillanas.

No empece, como he dicho, a su seriedad, el doctor Tomás era dado a la fina ironía y a la burla ligera. Así, refiérese que en cierta ocasión en que se celebraba en Trujillo un Consejo de Guerra, integrado por tres generales ayunos de letras, uno de éstos fuese donde el doctor Carrillo Márquez para que le ilustrase algunos lugares dudosos del Código Militar. Instruyó al efecto el asesor al indocto consultante, mas al tropezar con el artículo donde se ordenaba que los jueces debían estar cubiertos durante la audiencia, explicóles Carrillo Márquez la necesidad de envolverse en una cobija mientras estuvieran en funciones. Al día siguiente, bajo un sol canicular, el doctor Carrillo Márquez reía a mandíbula batiente ante el espectáculo de los generales cubiertos con tupidas "burreras".*

(*). Burrera es nombre dado en Trujillo a una manta de lana, fabricada en primitivos telares por la gente de la tierra fría.

Entre las más densas figuras trujillanas del siglo XX figura la de Monseñor Miguel A. Mejía, insigne Vicario de Valera e ilustre Obispo de guayana. Bastante se ha escrito acerca de la fecunda obra educadora por él realizada en la ciudad de Valera, orgullosa siempre de hijo tan preclaro. Mucho se han ponderado las virtudes de su carácter, resuelto y valiente para todo lo que significase justicia y dignidad cívica, suave y dócil en lo que decía a súplicas de necesitados o a insinuaciones pontificias. Nunca prelado más atento a lo que fuese recomendado como mandato del Pontífice, jamás voluntad tan rendida cuando se trataba de servir a alguien que llamase a las puertas de su corazón. En cambio, se le juzgaba de carácter inflexible por el modo de su voz y por lo imponente de su talante. En el fondo realizaba la contradicción de la nuez: un áspero exterior ocultando un secreto de mieles. Cargó Monseñor Mejía con el desapropiado remoquete de General Mejía, por cuanto el público, que sólo veía la fachada de su imperiosa humanidad, no adivinaba la mansedumbre interior, ni midió, tampoco, el sentido y el origen de la atribución. El realizaba la inversa de la figura usada para pintar a quienes, tras apariencia de bondad, saben ocultar un natural malévolo. Era la oveja vestida con la piel medrosa del lobo.

Jamás a Monseñor Mejía arredró el peligro cuando fue necesario cumplir con su deber de hombre y con su obligación de sacerdote. Valera fue testigo permanente de sus querellas con la autoridad civil cuando ésta torcía el rumbo de la justicia. Escudo del pueblo frente a

la arbitrariedad gubernamental, se le vio intervenir en todo caso en que fuera solicitado el apoyo de su extraordinaria autoridad moral. Cuando se le creó Obispo en 1924, al ser trasladado a la Silla de Cumaná el señor Sixto Sosa, Monseñor Mejía fue a presentar sus saludos al Jefe del Estado. El General Gómez lo recibió con las buenas maneras que le distinguían y, como era de rigor, le hizo el cumplido de ponerse a las órdenes del nuevo Obispo.

—Pues, General, vengo precisamente a pedirle un gran regalo, que a usted le es fácil concederme, le dijo el Obispo en tono autorizado.

—¿De qué se trata, Monseñor, para complacerlo?, interrogó el viejo Gómez.

—Simplemente de que ponga en libertad al General Román Delgado Chalbaud.

Monseñor Mejía había avanzado a pedir al General Gómez la libertad de un preso cuyo nombre no se atrevían los áulicos a pronunciar. El caudillo se inmutó y respondió con su clásico "ajá" Cuando el Obispo salió, dijo a los presentes:

—Pues sí, señores, este Obispo nos va a resultar un nuevo General.

Tal vez Monseñor Mejía estaba seguro de que fracasaría su primera gestión a favor del amigo encarcelado, por cuya libertad prosiguió haciendo diligencias. Al asumir la plenitud de su función pastoral, se sentía él moralmente obligado a intervenir en favor de los numerosos compatriotas que sufrían la pérdida de sus derechos humanos. No hacer algo en beneficio de los ciudadanos que padecían arbitraria prisión, lo juzgó una traición a su deber de Obispo cristiano. No le arredraba el que a Gómez le desagradase el tema. A él le interesaba solamente cumplir su deber de buen pastor. Cuando en 1945 reaparecieron en nuestra política las prisiones políticas, él vino a Caracas a pedir, no sólo la libertad de su hermano Alfonso, sino también la de los demás detenidos.

—Sabe usted, dijo al Comandante Carlos Delgado Chalbaud, entonces Ministro de Defensa y miembro del Gobierno revolucionario —que tengo autoridad moral para solicitar la libertad de los presos políticos, pues yo pedí a Gómez la libertad de su padre, cuando los cobardes no se atrevían a pronunciar su nombre.

Trino Baptista ocupó sitio prestante en la colectividad política encabezada en Trujillo por sus mayores. En la Universidad de Caracas alcanzó grado de doctor en Ciencias Políticas y en estrados y Congresos dio pruebas de su fácil talento y de su noble palabra. En Trujillo ejerció, primero, la Secretaría General y en el último período de castrismo, la Presidencia del Estado. En los primeros años de la Rehabilitación ejerció con lujo de aciertos el Ministerio de Instrucción Pública, del cual se retiró, tras una fructífera labor, para ocupar un escaño en la Cámara.

Por 1913 se planteaban en el plano de la política nacional graves problemas. El General Gómez aspiraba la reelección, prohibida por la letra constitucional. Reivindicación hondamente sentida del pueblo venezolano, la alternabilidad era y sigue siendo, más que la elección directa, lo que ha anhelado el país con mayor vehemencia. Aspiración no sólo del pueblo de Venezuela, también la alternabilidad del Poder ha constituido empresa fundamental en los demás países de la América Española, como acaba de apuntarlo en certera nota sobre política argentina "Le Monde", de París. Para romper la constitucionalidad, precisaba quebrantar previamente la fuerza del Consejo de Gobierno y silenciar al Congreso. La ocasión para ambos efectos la ofreció la firma y discusión del Protocolo Franco-Venezolano, por el cual se comprometió el país a pagar una suma no determinada de bolívares. El Consejo hizo crisis y luego en el Parlamento el examen del Protocolo adquirió carácter de duelo

irregular. Frente a una mayoría encabezada nada menos que por Gil Fortoul, una minoría que integraban Trino Baptista, Pedro María Parra, José Eustaquio Machado y Ramón Ayala, hijo. Con las voces de estos altivos patriotas, silenció la oposición política en los Congresos del gomecismo, en lo sucesivo convertidos en palestra para la discusión de sólo temas de derecho ordinario y de cuestiones administrativas. Aquella minoría, en cambio, asumió una responsabilidad que precisa memorarla como ejemplo de altivez republicana. Con la seguridad de su abatimiento por las fuerzas poderosas de la mayoría gubernamental, supieron hacer honor a sus ideas. Como su paisano don Eusebio Baptista, Trino se sabía obligado a librar una lucha desigual. David esta vez fue aplastado por Goliat, y luego, disfrazado de capuchino, dejó a Caracas el doctor Baptista, para ir a hacer miserable vida de proscrito en Curazao y las Antillas. Antes de la muerte del General Gómez, Trino Baptista se acogió a una de las efectivas amnistías que daba el viejo Caudillo y fue a hacer vida callada en Caracas.

Durante la época que antecedió a su salida de Venezuela, el doctor Baptista vio la defección de los amigos. En especial chocó a sus ojos la actitud huidiza asumida por un joven político caraqueño que, cuando fue Ministro, lo visitaba frecuentemente, con la boca llena de promesas de adhesión, y quien se decía, a la vez, entusiasta admirador del doctor Leopoldo Baptista. Atinó el joven a tropezar con Trino en la esquina del Padre Sierra, sin que le fuera posible evitar saludarle. El doctor Baptista se prodigó en palabras de cariño para el escurrido amigo y procurando hablar en tono que permitiera a los transeúntes oír sus palabras, dijo al aprendiz de tránsfuga:

—Donde Leopoldo hemos hablado mucho de usted en estos días y él está esperándole siempre.

El joven empalideció hasta la anemia absoluta y acercándose a Baptista, le interrumpió con palabra temblorosa:

—Doctor, cuídese, que hay muchos espías.

—Antes que de los espías, mi amigo, cuídese de usted mismo, le agregó, dándole la espalda, el doctor Baptista.

* * *

A la muerte del General Gómez, el Gobierno del Estado Trujillo nos comisionó al doctor Victorino Márquez Bustillos y a mí para representarle en el sepelio del anciano Dictador y para colocar una corona de inmortales sobre su tumba. Cuando envié a Trujillo la nota por el valor de la corona, ya estaba de Secretario del gobierno presidido por Federico Araujo, el doctor Trino Baptista. La respuesta no se hizo esperar.

—Ningún dinero mejor empleado por el Estado Trujillo que el destinado para ofrendar coronas a Gómez muerto. Lo lamentable del caso es lo tardío de la ocasión.

El General Federico Araujo, muerto en años recientes, fue ejemplo típico del viejo caudillo rural, que a las virtudes del valor personal unía la austeridad y la sencillez del labriego. Hombre de pocas palabras, enemigo de la bambolla y de los alegres compromisos, se le miró por persona huraña y retraída. En el comercio de la amistad era afable y generoso. Contar con la palabra de Federico Araujo era contar con el apoyo de un hombre íntegro. Las luces que dan las letras sabía sustituirlas por las luces que salen del corazón. Por bueno, caritativo y oportuno lo quisieron sus amigos. Durante el gobierno del General Gómez, Araujo sufrió persecuciones a consecuencia de la oposición que el doctor Leopoldo Baptista —caudillo principal del grupo— hacía a la política rehabilitadora. Remontado estuvo en los páramos de Trujillo, hasta que una efectiva amnistía permitió a los enemigos del régimen retornar a sus hogares. Reconciliado con el General Gómez, éste le devolvió la vieja amistad, la cual Araujo usó en beneficio de los amigos presos. Cuando Araujo iba a Caracas y Maracay se sabía que algún preso estaba por medio. Tal fue la fama que ganó Araujo por esta generosa causa, que en cierta oportunidad en que estuvo en la Capital, el Arzobispo Castillo, entonces Obispo de Coro, me pidió que lo pusiera en relación con aquél, pues pensaba pedirle que influyera en el ánimo del General Gómez a favor del estudiante Elías Aponte, entonces preso y enfermo en Coro. (Como Araujo había ya regresado a Trujillo, la gestión a favor de Aponte la realizó el Arzobispo Rincón González, veterano en lides de sacar presos

políticos y de aliviar la suerte de los perseguidos). Durante el régimen gubernamental presidido por el General Eleazar López Contreras, el General Araujo presidió la administración pública del Estado. Su gobierno estuvo enmarcado en las líneas del grupo conservador que se oponía a las corrientes progresistas del movimiento democrático, mas ajustado al respeto a la ley y ceñido a las normas de la mayor honradez en lo que dice al manejo de los fondos públicos. Cuando ocurrió el golpe de Estado que echó por el suelo la progresista y democrática administración del General Isaías Medina Angarita, el General Araujo entró a formar en la multicolor oposición hecha al régimen imperante.

En cierta ocasión un fogoso conspirador visitó al General Araujo en su habitual residencia de Valera y le expuso minuciosamente los preparativos de una conspiración en marcha. El taciturno caudillo era todo ojos y oídos, se retorcía de vez en vez el espeso bigote, y entre dientes, como solía hablar, lanzaba uno que otro ajá de inteligencia. Al terminar el semimonólogo, se puso de pies el conspirador y estrechando la recia mano del veterano caudillo, le dijo con entusiasmo:

—Bueno, pues, mi General, ya usted conoce el plan preparado hasta hoy. Si ocurriese alguna variación, yo enviaré a mi mujer para que le informe.

—Eso varía un poco, mi amigo. Si la cuestión es con mujeres, más vale hablar con Porcia.*

(*) Doña Porcia, dignísima compañera del General Araujo.

La familia Almarza Prato era oriunda de Mérida. En 1892 se trasladó a Trujillo, donde las mujeres —Mercedes, Amalia y Tula— se dedicaron a la enseñanza y los hombres —Ramón y José Rafael— al ejercicio de su profesión. De abogado el primero; de tipógrafo y oficinista José Rafael.

El presente apunte está dedicado a recordar al abogado Ramón, con quien, como con todos los suyos, me unió una cordial amistad, heredada de mis buenos padres. El doctor Ramón Almarza era hombre de figura desaliñada, y más que desaliñada, abandonada. Como el célebre doctor Víctor Antonio Zerpa, no se cuidaba de lucir en la fachada, sino de vestir muy bien el interior. El destino le premió otorgándole una hija —Rosario—, tenida como flor de santidad.

Ejercía Almarza la profesión cuando no ocupaba algún cargo en el Poder Judicial. Tenía marcada pasión por los papeles impresos. Si aún existe en Trujillo, acaso sea la mejor fuente de estudio para su historia contemporánea, la riquísima colección de revistas, periódicos, programas, laudatorias, avisos, carteles, etc., que llegó a formar Almarza. Como abogado, juez o fiscal, su fama de honorabilidad y rectitud le daba aureola respetable. En un medio interferido por las influencias de los mandamás, Almarza, en forma discretísima, supo mantenerse en un plano marginado de componendas que viciaran la justicia. Prefirió el hambre honrosa al compromiso deshonesto.

Sencillo, humilde, vestido como bien o mal podía, Almarza desafiaba los vendavales de la manera más discreta y digna, sin que el infortunio le hiciera doblegar la altiva conducta.

En cierta oportunidad, Almarza ocupaba un cargo en la administración de justicia del Estado y de su dictamen dependía el curso de determinada causa, en la cual estaba interesado un influyente político, a quien le fue fácil llamar a aquél para conferenciar sobre el juicio de mérito. Cuando el interesado insistió en conocer la opinión de Almarza, éste le dijo:

—Doctor, usted sabe que mi deber me obliga a no externar opinión alguna sobre el proceso.

—Sí, pero usted debe saber, también, que yo tengo interés en el juicio y que estoy dispuesto a corresponder debidamente al buen comportamiento del amigo —le agregó el abogado interesado.

—Se equivoca usted, doctor, si me cree igual a los abogados y testigos que usted maneja a su antojo. Yo soy hombre de conducta limpia.

El contrariado litigante perdió las casillas y le dijo en tono insolente:

—Usted no es sino un hombre sucio, doctor Almarza.

—Sí, señor doctor. Yo puedo llevar sucio por fuera. Otros, en cambio, lo llevan por dentro —fue la sencilla, altiva, edificante respuesta del honesto funcionario.

El recuerdo del Padre Carrillo, como continuó llamándole el pueblo, a pesar del monseñorato anejo al título pontificio que le fue otorgado en 1912, está tan fresco y fijo en la memoria de los trujillanos, como en los tiempos en que su figura desmedrada y pobre se paseaba por las calles de la ciudad. Sobra toda frase enderezada a ponderar sus virtudes de levita. No era él ni elocuente, ni persuasivo de palabra, ni docto en letras humanas. Sin embargo, era una lección ambulante de bondad, de simpleza, de caridad, de pureza, de la cual se nutrían sus feligreses. Cargado de deudas vivió siempre, puesto que lo suyo lo distribuyó entre los pobres y los estipendios del curato corrientemente quedaban en la bolsa de quienes debieran satisfacerlos. Trujillo lo amó como se ama a un padre bondadoso y Trujillo lo respetó como se respeta a quien ostenta legítima autoridad.

Junto a esa exquisita bondad, el Padre Carrillo cultivó la ironía. En su periodiquito "El Perro" escribía finas cosas, apenas entendidas por quienes conocían la gracia de la gente con que lo adornó la naturaleza. Grandes y pequeños escuchaban con atención las palabras que salían pesadamente de sus labios inelocuentes. Cuando afilaba sus dichos, buscaba confundir la vanidad de los grandes, jamás herir a los pequeños. Se complacía especialmente en ponerse como el hombre chasqueado y perdido, para así tirar mejor de la atención ajena.

El Padre Carrillo fue invitado a aceptar la coadjutoría de Monseñor Antonio María Durán, Obispo de Guayana, mas se opuso a recibir la Mitra. Jamás dio un paso para alcanzar un obispado y por ser esto de todos sabido, montó por 1922 la escena que aquí se recuerda.

En la Ley de División Territorial Eclesiástica promulgada en dicho año, se crearon los obispados de San Cristóbal, Coro, Valencia y Cumaná, a tiempo que era anunciada la creación de Coadjutores para los ancianos prelados de Mérida y de Barquisimeto. Como es natural, sonaban nombres de ilustres sacerdotes para las nuevas dignidades —entre ellos el de dos afamados clérigos trujillanos: Mejía y Dubuc—, pero con aquéllos se mentaban sacerdotes sin lustre ni virtudes, que pretendían vestir la desnudez con torcidas influencias políticas. Era costumbre reunir en la ciudad de Trujillo la tanda de sacerdotes regionales a quien tocaba hacer ejercicios espirituales y atinó a coincidir dicha reunión con el alboroto de las mitras. A los postres del almuerzo final de los ejercitantes, el Padre Carrillo insinuó un relato acerca de un sueño tenido en la madrugada.

—Pues, bien —fueron más o menos sus palabras—, hoy desperté sobresaltado por un mal sueño que me deparó el Señor. Soñé que estaba en mi escritorio leyendo, cuando un criado me anunció que había comenzado una lluvia con mitras. Salí a la puerta y vi a muchos Padres que se echaban al agua en espera de la suya. ¿Por qué no yo?, me pregunté a mí mismo y me eché a la calle a esperar la gracia de Dios, pero todas las que a mí se acercaban venían de punta. No me resignaba, e insistí en atrapar la mía, hasta que resolví apartarme de la lluvia, temeroso de que me viniese a encajar algún vaso de cama.

Es de imaginar la carcajada que siguió a esta áspera, certera crítica que el virtuoso sacerdote hacía de los buscadores de obispados.

* * *

Para mejor aleccionar, solía el Padre Carrillo usar de este impresionante sistema, cuya carga de gracia aumentaba en razón de

ser él quien pagaba el pato en los apólogos. Tal actitud de permanente ironía cualquiera podía mirarla en desacoplo con su genial caridad, mas ha sido de Santos —incluso de San Francisco y San Felipe Neri— el usar figuras paradójicas para poner en resalto las debilidades urgidas de remedio. Cuando fundó su periodiquito "El Perro", alguien le preguntó la razón de tan extraño nombre en publicación de un sacerdote.

—Pues —le dijo al interrogante—, el nombre me vino a la sesera cuando decía Misa en el altar de San Roque. ¡Quién tuviera un perrito como el Santo afortunado!, pensé entre mí. El perrito fue para San Roque mejor amigo que los hombres. ¿No se ha dado cuenta usted de que el perro podría servir de modelo a muchos caballeros? Pues yo quiero que mis feligreses piensen mucho en las virtudes del perro y aprendan a ser buenos.

* * *

Preguntaba alguien en cierta ocasión al Padre Carrillo qué edad contaba, y el festivo interpelado respondió calmosamente, como solía hablar:

—Cuando yo era niño de escasos años ya era tan feo como al presente me ven; pero las amigas, para consolar a mi afligida madre, le aseguraban que al llegar a los quince yo daría la vuelta y cambiaría de cara. Como ustedes pueden comprobarlo fácilmente, ando por los catorce todavía.

* * *

El campo más conocido del Padre Carrillo fue el de la caridad para los menesterosos. Su casa era una especie de hospicio, donde cualquiera conseguía un bocado. La asistencia pública en su tiempo era una verdadera lástima y por las calles de Trujillo pululaban los pobres en pos de la escasa limosna. Ancianos caquécticos, palúdicos llagosos, hombre con espundia, ciegos llorosos, viejecitas tembloro-

sas, visitaban los zaguanes con el plañidero reclamo de "una limosna por el amor de Dios". A alguien ocurrió que no era espectáculo digno de una ciudad moderna y progresista aquella harapienta teoría de pordioseros. En realidad, aquello no tenía gracia alguna. Aquello era desagradable desde el punto de vista de la estética urbana. A las autoridades no se les ocurrió subir los impuestos, a fin de que los ricos, ya que no lo hacían de grado, cargasen en esa forma indirecta con el peso de las necesidades de los hambrientos. Hubo bando prohibitivo de la mendicidad callejera y luego la policía se dedicó a la heroica tarea de espantar a los pordioseros. Cuatro o cinco de ellos se acogieron al abrigo del viejo altozano de la Matriz, donde recibían las escasas monedas que pudieran darles los transeúntes o las personas piadosas que asistían al culto. La inmunidad eclesiástica no fue respetada como refugio protector de los indigentes, y los personeros del orden público arremetieron contra los inválidos que habían hecho posada permanente a la puerta de la casa del Señor. Cuando el Padre Carrillo supo que la policía molestaba a sus pobres, fuése al gobierno y en voz mansa y certera argumentó:

—En la calle pueden hacer ustedes las arbitrariedades que deseen. En la puerta de la Iglesia mando yo en nombre de Cristo. Si a ustedes les molesta ver tanto pobre por las calles, busquen los medios de que los pobres no tengan que recurrir a la caridad pública. Si hay pobres es porque hay ricos. Si hubiera menos avaros, habría menos pobres. Mis pobres me los dejan pedir su limosna a las puertas de la Iglesia, y no olviden que cuando Nuestro Señor baje al mundo otra vez, no vendrá vestido de doctor ni de general, sino de pordiosero. Si partieran la manta, como San Martín, la ciudad se vería limpia de menesterosos.

¿Hubo o no razón para que Trujillo llorase la muerte de Monseñor Estanislao Carrillo como la de un auténtico padre del pueblo?...

Cuando murió físicamente, después de doblar los noventa años, hacía ya mucho tiempo que Monseñor José Clemente Mejía vivía en el mundo de las sombras. Boconés por todos los costados, llegó a echar en Mérida profundas raíces afectivas, hasta ser una verdadera institución merideña, como las torres de la Catedral o como los airosos pinos que sombreaban las aceras de la calle donde estaba ubicada su propia casa. Al frente del deanazgo de la Catedral, el virtuoso levita cumplió una amorosa labor de celo por su limpieza, sus adornos, sus imágenes, su culto esplendoroso.

No era hombre de muchas luces, mas la parvedad de letras la compensaba con una extraordinaria voluntad de servir y con un celo, por demás ingenuo, en lo que dice a devoción y costumbres religiosas. En mi época de estudiante universitario, Monseñor Mejía, que aún no había recibido el protonotariado, representaba, con el Padre Caputti, el ala extrema de la derecha clerical; Monseñor Enrique María Dubuc, entonces Rector del Seminario Conciliar, representaba a la vez la izquierda liberal. Los jóvenes rodeábamos a Dubuc, mientras veíamos en el buen Deán una manera de Torquemada rústico, para quien era ofensa todo lo que oliese a modernidad o progreso. A la enemiga para aquello que pareciese estar desencajado de las líneas de la ortodoxia, unía Monseñor Mejía unas maneras rudas y bruscas, que no dejaban que el extraño graduase las delicadas virtudes de generosidad, de simpleza y de bondad que llenaban su espíritu magnífico. Severo

enemigo de las modernas y ligeras modas femeninas, libró en la Catedral verdaderas batallas, que si no llegaron al extremo del escándalo ocurrido entre el Padre José Asunción Contreras y el iracundo doctor Eusebio Baptista, hicieron terribles sus reprimendas. De haber podido, Monseñor Mejía habría impuesto a las damas de Mérida el traje monjil. La curva de un codo desnudo o de una altiva pantorrilla, le ofendía como si se tratase de una visión mesalinesca. Austero, duro, se le vio siempre luchar por la moralidad y las buenas costumbres. A los concubinarios no daba el saludo. A los fornicarios escandalosos miraba como apestados.

Deudo cercano del grande Obispo Miguel Antonio Mejía, se dejó convencer por éste cuando el Prelado de Guayana vino (1) a la primera visita *ad limina*. El asombro del viejo Mejía ante la majestad en la Basílica de San Pedro no tuvo par, como tampoco su pavor cuando visitó el Museo Vaticano. Los desnudos de óleos y esculturas terminaron por sacarle de quicio y cuando llegaron ambos Prelados al patio Velvedere, ya no pudo resistir nuestro hombre, quien tomando del brazo al Obispo, le dijo con imperio:

—Miguel, vámonos de aquí, pues con razón en Roma se han perdido tantos Papas.

---

(1) Recuérdese que Briceño Iragorry escribió este *Anecdotario* en España. Desde esa perspectiva refiere la visita a Roma y, por ende, escribe "vino" en lugar de "fue". (Nota del Comité Editorial de las *Obras Completas*).

EXPLICIT

Si en realidad estas páginas constituyen apenas una modesta aportación al anecdotario de Trujillo, me han servido, a la vez, de adecuado proscenio para mostrar a las generaciones actuales algunos de los muchos personajes que ganaron representación excelente en el orden de la ciudad y de la República. Como ya expliqué, sus dimensiones han sido reducidas forzadamente por las circunstancias que limitan los actuales contornos de mi actividad literaria. ¡Cómo me hubiera agradado poner en escena a tantos trujillanos que decoran con su nombre y sus acciones la historia nacional y el ámbito de la Patria chica! Enumerar los que faltan sería en realidad una labor harto difícil, puesto que apenas en un exhaustivo diccionario biográfico cabrían los nombres de los trujillanos cuyas acciones reclaman la recordación útil. Tal vez por achaques de oficio literario me duela de modo muy especial no haber tenido elementos para la digna presentación de figuras ilustres como el doctor Ramón Briceño, Francisco Boccaranda, los licenciados Francisco de Paula Vázquez y Francisco de Paula Martínez, Pedro José Saavedra, Wenceslao Martínez Aldana, Julio Helvecio Sánchez, Rafael García González, Benito Andueza, José Rafael Pacheco, Blas Ignacio Chuecos, el Padre Zoilo Troconis, Luis Martínez Salas, Rafael Colina Montilla, Angel Carnevali Monreal, Carlos León, Jesús Briceño Casas, Lorenzo Valero, Rafael Terán, José Domingo Tejera, Alfredo Baptista Quevedo, Rafael Barroeta,

José Felipe Márquez, Pedro Pablo Maldonado, Benjamín Pineda, José Félix Fonseca, Jesús Antonio Llavaneras Carrillo, y de los viejos maestros de primeras letras don Eugenio Salas Ochoa, bachiller Rafael Quevedo Urbina, bachiller Indalecio Domínguez, don José de Jesús Salas, don Juan Agustín Martínez, don Tobías Valera Martínez y bachiller Rafael María Altuve, en cuyos escaños nos sentamos los hombres de la ciudad de Trujillo, que oscilamos hoy alrededor de los sesenta años. La frase laudatoria y la palabra de cariño que faltan en estas páginas para los viejos trujillanos muertos, nada significa como expresión de un culpable intento de silencio. Bastante es la prueba que abona mi conducta de hombre propenso a pecar por cartas de más en esto de exaltar méritos extraños. Jamás he profesado la mezquina filosofía de quienes quieren sobresalir a costa del empequeñecimiento de los vecinos. Entiendo que sobre el mérito de las personas está el merecimiento de la colectividad que nos ha nutrido con su savia fecunda y entiendo, también, que mientras mayores sean las virtudes y los triunfos del pueblo, más es el tamaño que nos transfiere la dignidad del gentilicio. Libre me siento, además, de cualquier tilde con que quiera descalificarse mi obra de fervoroso trujillano. A la hora presente yo citaría a pruebas a quien me negase el derecho a ser tenido como angustiado heraldo de la venezolanidad integral. Pues, bien, ese privilegio y ese deber de ser venezolano tienen sus legítimas raíces en mi trujillanidad indeclinable. Proceso admirable que va de lo particular a lo universal, comienza la Patria a la sombra del alero familiar, hasta crecer y fundirse con los valores extraordinarios que dan sentido común a nuestra vida. El patriotismo es una forma entrañable y romántica de la mancomunidad por donde gana validez práctica la propia existencia. Patria celestial se llama en lenguaje piadoso a la vida perdurable. A la comunión de los Santos se le señala el señuelo de una nueva Patria, a manera de símbolo perfecto de las más subidas y caras complacencias. Todas estas cosas que hacen los valores de la Patria, muchos las miran sólo en el futuro de las obras sociales; otros nos esforzamos, además, en buscar y en regar sus raíces cargadas de tiempo. Las dos posiciones, lejos de excluirse, se complementan admirablemente. Un recto sentido histórico enseña a mirar cómo los procesos actuales

influyen retrospectivamente en el pasado, del mismo modo como los hechos ya cumplidos determinan el curso de los sucesos por venir. Ni se vive de espaldas al pasado ni podemos asegurar nuestro destino apenas con el merecimiento que alcanzaron los mayores. Sobre el momento actual, como en abrevadero a donde acuden en tropel animales sedientos, se inclinan tanto el pasado como el futuro. Beben y derraman ambos su agua de temporalidad creadora y fulgurante, para unirse misteriosamente en lo profundo de una eternidad que hace continuas y las mismas a las tinieblas que se van para dar paso a la luz mañanera y a la claridad que declina para abrir camino a las sombras nocturnas.

A crear ese sentido de móvil permanencia de la ciudad como remanso humano, ha de tender la obra de las generaciones. Bien ciertos de nuestra transitoriedad, luchar, servir y trabajar como si fuésemos a vivir siempre. En realidad, caerán en la tumba nuestros huesos, mas en la trama histórica tan presente y vivos quedan los hombres que supieron cumplir su deber, como los que hoy trabajan con éxito y como los que en el secreto del germen esperan el llamado del tiempo. Para el buen ciudadano no hay temporalidad inválida sino luminosa permanencia en el área de la acción. A mantener en viva eficacia el recuerdo de los trujillanos de ayer, se encaminan devotamente estas páginas.

La presente explicación sirva, pues, de disculpa por las notables omisiones cometidas en el escogimiento de los personajes que aquí he puesto a caminar de nuevo. Abóneme, en cambio, el buen deseo de servir siempre los intereses de mi distante patria chica.

LAUS DEO

Madrid y septiembre 30 de 1956.

POR LA CIUDAD, HACIA EL MUNDO
(Pregón y sentido de las fiestas de Trujillo)

(1957)*

(*) Reproducido de la 1ra. edición. Madrid: Artes Gráficas "El Noticiero", 1957. 71 p.

PREGON

Por 1951, ante un grupo de trujillanos reunidos en Caracas, en la Casa del Escritor, expuse la necesidad de adelantar pasos para la digna celebración del IV Centenario de Trujillo. La fecha en perspectiva la miré como oportunidad de conmemorar tanto el nacimiento de la vieja ciudad, como la erección, el 9 de octubre de 1810, de la antigua Provincia autónoma de Trujillo. Para abonar esta circunstancia conjugante, ofrece la ciudad el hecho feliz de una protohistoria ambulante a través de casi todo el territorio del Estado: en Escuque, en Burate, en Sabanalarga, en Motatán y en Pampán plantaron su tienda los andariegos y díscolos fundadores, hasta asentar de paz en el vallecito de Mucas. Pensé que el IV Centenario, más que data para festejar la venerable metrópoli, sería propicia coyuntura para que las hijas de ella surgidas en el curso de los siglos, anudasen sus vivos sentimientos de noble solidaridad.

Ante el Municipio de Trujillo expresé, después, esa misma idea de aglutinación regional, por donde fecha y ciudad ganarían una dimensión mayor en el orden educativo. Alejado más tarde de la Patria, perdí todo contacto con la junta que me honré en presidir durante sus pasos iniciales; en cambio, mi pensamiento, vuelto sobre sí mismo, ha estado aún más fuertemente asido a la amable memoria de mi ciudad natal.

En alas del recuerdo enhebré algunas anécdotas de gente de Trujillo, como apoyo para pintar recios caracteres y acciones ejemplares, mezcladas éstas con el gracejo de quienes también supieron mostrar devoción por la sana alegría. Mi "Pequeño anecdotario trujillano", junto a la sal del festivo apunte, persigue poner en acto la figura de egregios varones que fueron prez y orgullo de la región.

El presente ensayo se enmarca en un plano de literatura y de doctrina. De vivir en Venezuela, mi voz se haría presente en los solemnes actos conmemorativos. La oración que en el distante Trujillo natal podría pronunciar frente a mi bravo pueblo, la he sustituido por este pregón entusiasta y severo, cuyo pie inicial buscó estribera en la Trujillo extremeña, donde con savia de piedra nutrió la voluntad magnífica el fundador Diego García de Paredes.

Una vez más abordo en estas líneas el tema, tantas veces por mí tratado, del valor de la Historia como fuerza creadora de los pueblos. Espíritus ligeros me han motejado de infecundo romanticismo, por tanto insistir yo acerca de la necesidad de afincar nuestra visión del futuro en el suelo del pasado. Ni vieja ni arbitraria es la posición por mí indicada en relación con los supuestos históricos. He pedido al pueblo volver la mirada vigilante hacia los anales de donde arranca su autenticidad, con la misma autoridad didáctica de quienes, desde Sócrates hasta Freud, pasando por San Agustín y San Ignacio, han recomendado la eficacia del análisis de los umbrales inferiores de la conciencia personal. En un orden de filosofía existencial, puede y debe decirse que sin la definición de un "permanente ontológico" el hombre está incapacitado para contraer compromiso alguno que lo impulse a trascender, que le permita "saltar" hacia adelante, según la clásica expresión de Kierkegaard. El "permanente ontológico" de los pueblos se anuda con su conciencia histórica. Para renovarla, para superarla, para perfeccionarla, precisa sentir su existencia como una realidad implantada en nosotros mismos. Para que los pueblos crezcan en su propio valor y ganen sucesivas etapas de mejoramiento, han de vivir una experiencia de angustia, que les

asegure permanentemente la posibilidad de defenderse de las actitudes negativas.

Más que emoción romántica frente al pasado, la Historia es existencia ininterrumpida, vida que al pasar y al venir, se junta y se confunde en el "angor" que anuda para el relieve de la hora lo que fue con lo que será, tanto el "futuro sido" como el ser y el tiempo que esperan la hora de preterir. Cuando se siente la Historia con pasión de vida, comprendemos cómo en mirando hacia los anales del pasado renovamos soleras valentísimas que ayudan a dar tono a los caldos frescos. Nada de bíblica mujer convertida en estatua de sal; nada de telaraña que entorpece la mirada hacia el porvenir. Sin Historia no hay pueblo. Sin Historia las colectividades carecen de "comunidad" que las dé sentido por donde puedan superar lo disvalioso de la lucha instintiva. Habrá factoría, habrá empresa, habrá edificios y haciendas y caminos y puentes, pero no habrá nación, ni ciudad, ni pueblo, ni hombres, ni espíritus.

Mi perseverancia tediosa sobre estos temas mira hacia la creación de conceptos que ayuden a entender el propio sentido de la nacionalidad y que sirvan de clave, a la vez, para la comprensión de las voces angustiadas del pueblo. Al escribir sobre los cuatrocientos años de Trujillo, mi palabra forzadamente ha de estar cargada de tiempo, mas esa carga no la impide el vuelo rápido y audaz hacia el futuro. Para saltar alto se necesita el apropiado trampolín. Sin base histórica robusta, las naciones podrán progresar en casas, en puentes, en canales y en caminos, pero no crecerán jamás hasta ser comunidades densas en el orden de la cultura humana. También insisto una vez más en sostener cómo la afirmación de los valores nacionales, lejos de impedir la integración del hombre en el orden universal, ayuda a hacer más recia la sillería del edificio donde se insertan para una mayor justicia y para una mejor comprensión, las aspiraciones de los pueblos. Para hacer efectivo y vigoroso lo internacional, precisa la existencia clara, definida y consciente de los grupos nacionales. Desde la torre más alta del protector castillo, mejor funcionan las señales que avisan a las ciudades distantes la firme alianza que las une. Cuando la ciudad es más fuerte y está

más segura de sí misma, de mejor manera participa en el diálogo anfictiónico. Destruir el valor de las ciudades y reducir la fuerza de las nacionalidades, es negar el sentido personal de los pueblos y prepararlos para el fácil sometimiento al absorbente imperio.

Una vez más yo digo a mi pueblo mi palabra de afecto. Lejos de Trujillo, me siento tan unido a su vida como en los días felices de mi infancia lejana. Cuando se apresta a celebrar la ciudad su cuadrigentésimo cumpleaños, mi voz henchida de fe, de dolor y de experiencia, se anticipa a la alegría de la fiesta, a manera de los voceadores llamados ya pregones en Castilla, desde los legendarios días en que, con alardes y promesas, Mío Cid Ruy Díaz de Vivar convocaba a los cristianos para la conquista de la gentil Valencia.

El calor y el tono que falten a mi flaca palabra, habrá de ganarlos seguramente cuando en la voz de mis amigos distantes sean animadas por el aire generoso de la tierra natal.

M. B. I.

Madrid y enero de 1957

Si te olvidare, Jerusalén, púdrase mi diestra. Adhiérase mi lengua al paladar, si no te recordare y si a Jerusalén yo no pusiere por cima de mi alegria. *Salmos*. 136. 5-6.

En el aire la tribuna desde la cual pudiera hablar a mi nativa Trujillo en la oportunidad de su IV Centenario de ciudad, me he venido Historia arriba, hasta la propia pila bautismal donde recibió las aguas lustrales el intrépido fundador Diego García de Paredes. En la penumbra acogedora de la antigua iglesia de Santa María la Mayor, he sentido el palpitar de una gesta solemne y audaz que, saltando sobre el océano bravío, ganó nuevos y más anchos horizontes en la América recién incorporada a los cuadros de la cultura universal.

Reverso de la mía, esta vieja ciudad de Trujillo domina el maravilloso contorno extremeño desde la eminencia de un aspérrimo monte granítico. Si la geografía influye en el carácter de los hombres, fácil es descubrir la profunda relación que enlaza la substancia pétrea de la altiva Trujillo con el ánimo bravío de sus hijos.

Si fueres a Trujillo
por donde entrares,
hallarás una legua
de berrocales,

dice la copla, tantas veces repetida por quienes escriben de la severa ciudad, de incierto origen, donde nació el fundador de la Nueva

Trujillo. En cambio, como la mía, esta Trujillo materna es de curso reptante y de ámbito escaso. Tiene anales gloriosos que la vinculan a la lucha feroz del cristiano contra el moro y tiene raíces más largas aún, que enredan su historia con la conquista romana. Pequeña la ciudad, a su escasa dimensión geográfica pareciera referirse la forma ibérica *Turgiela* o *Turgala* de donde arranca su nombre actual, desvinculado así de la cuna semántica, que en latín de Plinio lo hace derivar de la *Turris-Julia* o *Castra-Julia*, donde ganaban descanso las legiones en su marcha de *Emérita Augusta* a *Caesar Augusta*, de Mérida a Zaragoza, en lengua de los nuevos cristianos. Al valor y sentido de paz que he invocado para mi Trujillo natal, viénele mejor esta genealogía lingüística, por donde se evoca la pequeñez de su ámbito con primacía sobre el recuerdo de la aventura castrense. Llamarse pacífica y pequeña es atribución más favorable para el sentido de la ciudad, que evocar con su nombre el recuerdo de torres destinadas al ejercicio guerrero y que memorar acciones señaladas por el inhumano derramamiento de fraterna sangre.

En la vieja Trujillo, junto al cuenco pétreo que el Sansón de Extremadura sacó a la puerta del templo para que la madre se signase la frente con el agua bendita, he recogido este dato de alcance moral. La Trujillo materna, como la hija venezolana, no evoca con su nombre una hazaña bélica que diérale agresivo lustre; empero, con laudable humildad, se abaja a recordar lo reducido de sus primitivos muros.

* * *

Desde Pampán se partieron al Poniente los conquistadores divididos por el empeño de mudar la ciudad. Los sombrosos cedros, las aguas delgadas y los tiernos aires, invitaron a la tropa aguerrida a quedarse de asiento en el abrigado zanjón de Mucas y a dar así reposo a la andariega ciudad por Diego García de Paredes fundada en la atalaya de Escuque, y acreedora —por la semejanza de plano geográfico— tanto a memorar la nativa Trujillo de Cáceres, como a evocar la Mirabel amable, donde los Reyes Católicos habían hecho

reedificar el hermoso palacio en que hacían posada cuando peregrinaban al santuario milagroso de la Guadalupe. Trujillo, Mirabel, Salamanca, Medellín, el Collado. ¡Cuántos nombres para designar la trashumante ciudad, también de incierta data! ¡Cuántos sitios recorridos, hasta sosegar en el estrecho valle, donde ahora celebra cuatrocientos años de cívica existencia!

La ciudad nueva ha venido conmigo en este amoroso paseo al viejo poblado donde nació su altivo fundador. Si ayer viajó en germen sobre el hombro de los conquistadores y de los indios, ahora viaja íntegra conmigo, para recogerse en el silencio ruinoso de la vetusta iglesia, donde duerme el padre forzudo del bravo fundador y donde duran las losas cargadas de signos sobre las cuales dobló la rodilla en acto devoto el joven Diego García de Paredes.

Para hablar de Trujillo paréceme buen arrimo esta vieja iglesia, fuertemente vinculada, por los laudes que entonan sus severas lápidas, a las recias familias que dieron audaces y fieros capitanes para la obra de colonizar a las Indias. En el silencio de este templo, hoy muerto al culto, siento la inmediatez de América. Mi imaginación absuelve la distancia que llenan las ásperas aguas oceánicas y me siento en tierra propia, me considero deambulando sobre mi vieja Patria distante. ¡Si el corazón me saltó de gozo al topar sobre la blanca y luminosa pared de una estación caminera con el aviso que indicábame estar Trujillo a veinte kilómetros y Mérida a ciento diez! ¡Si estoy en tierra propia, si ando por mis viejos senderos familiares! Condenen los enemigos de la tradición la fuerza milagrosa de la evocación romántica, que yo, en cambio, estoy de plácemes por saberme dueño y señor de mientes prontas para hacer blando a mis pisadas el roquedal de la vieja Trujillo y dulce, fresco, familiar este aire abrasador del verano extremeño.

Estoy en la materna Trujillo, "cabe las cisternas", que ya no cantan su clara canción en la plazuela de Santa María. Las hubo en tiempo antiguo y a su vera se reunió muchas veces el Concejo de la ciudad. Yo las reconstruyo en la imaginación y para poblarlas, como entonces, evoco, no los muertos que descansan bajo las losas

historiadas del templo venerable, sino los grandes muertos que dieron vida a la Nueva Trujillo.

* * *

La función de las conmemoraciones centenarias es revivir el pasado valioso de los pueblos. Los hombres nuevos, para dar tono continuo y poner sello que distinga a la vida presente de la ciudad, se acercan a los odres del pasado, como el experto en cabeceo de vinos a las viejas cubas donde se guardan las soleras que precisa agregar a los caldos frescos. Ni son, tampoco, invención de gente nueva, que vocearа los siglos para ganar fama a caballo de inválidos prestigios de vetustez. Estos altos seculares en la vida de las ciudades tienen larga genealogía, ilustrada de alegres festejos y de severas reflexiones, con raíces hundidas en el propio pensamiento universalista del pueblo romano. Augusto, para fortificar los cimientos del Imperio, revivió los antiguos *Ludi Seacularis* y ordenó extraordinarias ceremonias en el templo de Apolo Palatino, donde se celebraba la memoria de los fundadores de Roma, por Virgilio llevados a la niebla del mito. En ellas Horacio oyó su *Carmen Seaculare* sostenido en la gaya voz de jóvenes hermosos, que cantaban la grandeza de una ciudad destinada —cuando muriera el Imperio— a ser eterna en los destinos del mundo. Allí mismo, las briosas legiones caldearon su fuerza para ir con mayor ímpetu a la conquista de lejas tierras. No es, pues, una fiesta vana la ocasión de un nuevo centenario de la ciudad. Muy a la inversa, es oportunidad de cala y de inventario. Los pueblos no son edificios, ni plazas, ni silos, ni caminos. Los pueblos son hombres. Puede desaparecer el viejo alero donde anidaba la golondrina que alegró las tardes apacibles de la abuela, pero el pueblo permanecerá íntegro en su dimensión humana si los hombres han sabido ser fieles a la tradición creadora de la ciudad.

En el orden nacional, la ciudad de Trujillo marca uno de los más viejos hitos en el proceso formativo de la Patria. Por 1557 no existía Caracas ni había sido repoblada la Cumaná de Ocampo y Castellón. En la vieja Gobernación de Venezuela con sólo los dedos de una

mano se contaban las ciudades existentes: Santa Ana de Coro, La Purísima Concepción de El Tocuyo, Nueva Segovia de Barquisimeto, Nueva Valencia del Rey. Para salir a la mar, habían fundado los conquistadores al puerto de Borburata. Tiene, pues, nuestra ciudad prestancia histórica dentro del cuadro de la colonización hispánica en suelo venezolano. Quinto descanso en la marcha delirante de los buscadores de El Dorado, en Trujillo asentó una conciencia urgida de dar forma de república a la tropa aguerrida, que recorría en plan de albricias el territorio virgen de los indios. Cuando el intrépido Diego García de Paredes se alejó de El Tocuyo hacia la provincia de los cuycas, ya el mero encargo de fundar una ciudad daba líneas nuevas a la aventura de correr la tierra. Los españoles tenían buenas noticias de la rica región donde Diego Ruiz Vallejo había hallado templos suntuosos consagrados a la benevolente Icaque. Se sabía que la región abundaba en maíz y en algodón, no sólo aprovechados por los naturales para su propio consumo, pero también para trocarlos con sal y pescado en negociaciones frecuentes con los caribes que dominaban la laguna de Maracaybo. Pastos naturales, que la humedad mantenía en verde frescura todo el año, incitaban el espíritu industrioso de quienes —como Francisco Camacho— pensaban replantar las ricas dehesas de Andalucía y de Zamora. Había, sobre todo, tierra sana y generosa, donde el espíritu laborioso del pueblo español iba a ganar sentido de dominio.

Hubo hidalgos y segundones ilustres en las jornadas de América, pero junto con éstos y en mayor número, iba el pueblo bajo, veterano ya en la lucha contra los decrépitos señores. Desde Juan II se había iniciado un *capitis deminutio* en el poderío de los hidalgos. El pueblo pedía derechos y el Rey comenzó a mirarlo como una tercera fuerza entre los declinantes señores feudales y la poderosa monarquía. Ese pueblo inquieto llenó el grueso de las expediciones conquistadoras. Con el arruinado aristócrata iba el labriego fornido. Junto al plumaje del engreído señor que soñaba con repulir la hidalguía, caminaba el hombre sufrido del pueblo, buscador de paz y de abundancia. Algunos no hacen cuenta de esta favorable circunstancia. El sentido igualitario, en cambio, que el criollo echó a

andar en América tiene mucho que hacer con esta conjunción favorable de segundones sin fortuna y de labriegos con ánimo de enseñorear, de clerigos severos y alegres filósofos que ocultaban hábilmente inclinaciones erasmistas.

La vanidad de los hombres no se ha resignado jamás, si no es para fingimientos poéticos, al precio saludable de lo rústico. Porfíase por compensar, en cambio, con las encumbradas acciones de los muertos el mérito que no ha podido ser labrado con las manos activas del tiempo presente. No era, sin embargo, venal la hidalguía antigua, puesto que derivaba principalmente de acciones heroicas, realizadas al servicio de la religión o de los reyes. Con sentido justo de la trascendencia de la empresa, Felipe II sancionó su Cédula de 13 de julio de 1573, por la cual constituyó en hijosdalgo de solar conocido a los pobladores de las Indias. El proceso legal de nuestra democracia americana comienza en esta igualdad que establece el rey Felipe entre los rancios caballeros y los plebeyos trocados en hidalgos. Discutirán entre sí la antigüedad de sus datas, pero el distingo añejo quedó absuelto para el sentido conjugante de la dinámica social. La realidad que había igualado al segundón cargado de inválida hidalguía con el modesto labriego que en Castilla vivió en tierras enfeudadas a beneficio de los caballeros, ganó aprobación legal con la ennoblecedora disposición filipina. Ser poblador constituyó por sí solo un título de benemerencia. No importaba en América llevar sangre de encumbrados linajes; valía el mérito desnudo y áspero de haber abierto caminos en la selva y de haber abierto surcos profundos para la sillería de la ciudad nueva. La España dominadora que se extendía en el continente colombino comenzaba por hacerse igualitaria. El deprimido labriego, el soldado sin paga, el artesano sufrido, el díscolo cohibido, ganaron en nuestro mundo la integridad de su persona humana. Era el pueblo de la España perpetua que se remozaba para una grande empresa.

* * *

Popular fue la obra de la población y colonización de las Indias. Dirigió la Corona la política seguidera y así la iniciativa privada fue

estimulada por el señuelo de los cargos perpetuos, de la composición de tierras, de la encomienda de indígenas, de las gobernaciones de las nuevas provincias. No fue el noble engreído a alardear su soberbia sobre indios y esclavos sufridos o sobre el peninsular de estado llano. A la limpieza de sangre rastreada en sombrosas sacristías medievales, se pareó el desnudo mérito de la empresa, donde el número de antiguos labradores, soldados y artesanos copaba la influencia de los infatuados capitanes. El pueblo antiguo se hacía joven para comenzar una nueva historia. En América iban a tener su desquite las clases que soportaron acá el peso de las ínfulas de los presuntuosos señores.

¡Y qué pueblo el pueblo que se echó en las naos intrépidas de los conquistadores! Acá dura a lo largo de los caminos solitarios de Castilla, de Andalucía, de Asturias, de Extremadura, de Aragón, doblado, ora sobre el reseco paño de tierra; ora sentado a la sombra de árbol amoroso, que sírvele de atalaya y abrigo mientras pace el rebaño; subido ora sobre el carro lento que lleva los frutos al mercado próximo; paciente siempre en la siega, en la parva, en la molienda, en el ordeño, en la vendimia, el labrador español es testimonio vivo de una voluntad que ni la tempestad asusta, ni el pedrisco quebranta, ni el frío arredra, ni la canícula derrite. Voluntad fortalecida en la larga paciencia de mirar indiferentemente el tiempo que el cielo le depara y en esperar lo que jamás le llega, este hombre extraño de la España de siempre y, también, de la "España de nunca", como cantó Machado, tiene verdadera función de muro en el resistente edificio nacional. Ya Calderón decía

que no hubiera un capitán
si no hubiera un labrador.

Tres siglos más de Historia dan plenitud de prueba a la firmeza maravillosa del hombre llano español, sobre quien descansa el peso de hacer producir no ya la vega o el collado de verdegueante excelencia, empero la mesa árida y el berrocal estéril, donde el olivo asoma la mano atormentada de sus ramas promisorias de paz y luz,

y donde la vieja parra, para regalarse en vinos, lucha con un suelo, ora cargado de piedras vivas, ora rico en basas y capiteles de templos griegos o de arábigas mezquitas. Sobre el vigor de ese maravilloso hombre resignado y luchador, descansó ayer y descansa hoy la fuerza poderosa de la nación española. Sobre el vigor de ese mismo maravilloso hombre, que de acá fue como fuste poderoso de las expediciones colonizadoras, descansó durante el medioevo colonial la fuerza del pueblo nuevo que en América se empinó para ganar la autonomía y la libertad.

A ese hombre llano, que en las Indias se hizo a sí mismo sobre el mérito de sus recias acciones, precisa mirar tanto como al prestigio de los altivos señores, que de acá fueron con la mente poblada de sueños dominadores. El proceso de nuestra formación nacional apunta tanto a la disímil conjunción de la nueva gente implantada en nuestro rico suelo, cuanto al valor del aborigen resignado a la pérdida del viejo señorío. Ya está cerrado por lo que dice a nuestros anales hispánicos, el diálogo aspérrimo que a boca del Siglo XVI mantuvieron Antón de Montesinos, Bartolomé de las Casas y Francisco de Vitoria con el imperialista Ginés de Sepúlveda y demás sostenedores del derecho de los pueblos fuertes sobre las comunidades menores. Puede que haya quienes intenten dar aún vigencia a temas que, demás de superados en su realidad social, carecen de ámbito positivo en la indagación histórica. La mayoría de quienes serenaron la mirada crítica, están hoy de acuerdo en buscar los signos formativos de nuestras nacionalidades hispanoamericanas en el ayer renegado proceso colonial. Ya nadie cree en el milagro de un nuevo pueblo surgido a vida por la palabra iluminada de los Padres de la Independencia. Por lo contrario, un razonamiento ajustado a los reclamos de la lógica obliga a mirar a la generación de 1810 como producto de la evolución del pueblo antiguo.

Más complicado que en otras porciones americanas, fue en Venezuela el proceso social de donde surgió la República. Gracias a nuestra posición en el mediterráneo Caribe, estuvo nuestro suelo abierto con facilidad mayor a la penetración de fuera. Teatro, en vísperas del Descubrimiento, de las luchas de aruacos y caribes;

faltas de densidad cultural las más avanzadas de nuestras tribus arcaicas; abundante y rápidamente difundido el contingente de esclavos africanos trasladados a nuestras provincias; accesibles nuestros puertos a la aventura del extranjero inquieto, coincidieron en nuestro país circunstancias especialísimas para configurar un tipo humano que, al recibir todas las influencias étnicas de los grupos confluyentes y al adaptarse a los beneficios del marco geográfico, mantuvo en sí un tono de impetuosidad creadora, que lo llevó a definirse como genuino exponente del nuevo hombre que en América, a los valores del ancestro peninsular, agregaba el fino trascendido, que, con ojo rapaz, descubrió en el nativo de las Indias el doctor Juan de Cardenas, y la resistencia paciente y el vuelo soñador del sufrido africano y del indio abatido. Los racistas y antitropicalistas se empeñan en desmejorar la calidad del tipo americano, sin advertir que de la calumniada incidencia de las disímiles sangres y al calor benéfico del sol en plenitud radiante, surgieron magníficos ejemplares humanos, donde la propia alma española, con sus atributos ancestrales, floreció a manera de maceta milagrosa. ¿Después del Cid, quién guerreó como Bolívar? ¿Después de Nebrija, quién caló más hondo en el campo normativo de la lengua castellana que nuestro grande Andrés Bello? ¿Después de Garcilaso y de San Juan de la Cruz, quién subió el Parnaso con pie más seguro que Darío? ¿Cuál en el Siglo XIX escribió con más temple, más tono y mayor lucimiento que Montalvo? ¿Quién, después de Ortega y Gasset, ha sumado en nuestro tiempo matices más logrados a la lengua castellana sino es Alfonso Reyes? ¿Quién, después de Baroja, se enseñorea de novelista sino es Rómulo Gallegos? ¿Mestizos no fueron Morelos y Juárez? ¿Mulato no era el extraordinario Maceo, a quien los cubanos honran como a uno de los mayores Padres de la Patria? ¿Mulato, también, no fue el Rangel nuestro, a quien parece que Pasteur favoreciera con el codicilo de su rapacísima pupila?.

A quienes subordinan los procesos de la cultura a un rendimiento histórico variable, relacionado con los valores biológicos, América está dando un elocuente mentís, pese a las recaídas en formas primitivas que han sufrido nuestros cuadros políticos. Si fuéramos a

deducir la cultura cívica de las promesas sanguíneas, no sé dónde colocaríamos a los pueblos de Europa, que llegaron recientemente hasta la pesadilla de las cámaras letales. En cambio, si entre nosotros se han mantenido en vigor actitudes desgravitadas, que aparentemente niegan posibilidades al pueblo mestizo, precisa buscar su causa en la traición de grupos de densidad cultural, lamentablemente empeñados en la subestimación de las masas que mejor representan al hombre americano, y en la insistencia con que los países imperialistas suscitan y mantienen la discordia entre nuestros grupos nacionales.

La raíz de ese nuevo hombre americano se rastrea y se abona por medio de la evocación tónica que promueven las conmemoraciones centenarias de los pueblos. No se llama a las nuevas generaciones para que aplaudan brillantes discursos, ni para que sean testigos de la inauguración de suntuosas obras de material progreso. Estas ocasiones que sucesivamente depara el tiempo, tienen función de cita para el inventario colectivo de la conducta. Lo que en el orden común de la filosofía inquiere el hombre respecto de su propio valor existencial, en el campo de la Historia compete también averiguarlo a los pueblos. ¿Qué somos? ¿Cuál, en razón de ese ser, es nuestro deber común? ¿Qué hemos de hacer para llegar a la raíz antigua que ha de proyectarse en lo porvenir?...

* * *

Poseen los pueblos un tono moral que los eleva sobre el plano común de las reacciones de los grupos primitivos. Guía a las naciones un sentido de defensa, de unidad y de permanencia, cuyas razones profundas se hunden en el suelo de la Historia. A la dimensión geográfica y a la medida actual de su densidad humana, los pueblos suman, para su proyección determinante, una serie de valores imponderables, vigorosamente enlazados con su tradición cultural y cuya presencia se hace sentir a la manera de ondas cargadas de energía espiritual. Pueden progresar velozmente las naciones en el campo de la materialidad exterior, sin embargo, si ese progreso no se acopla con la robustez de los módulos que definen la

personalidad popular y con el empeño de superar los niveles espirituales, ocurre el riesgo de la delicuescencia fatal de los valores que definen la existencia intrínseca de las colectividades y que, sobre el vigor de dicha definición, constituyen una manera de presencia sagrada.

No a humos de inválido romanticismo se ha hablado y se seguirá hablando de los sentimientos patrióticos que unen al hombre con el suelo histórico de donde arranca su vida de relación. El patriotismo, que en el orden de la política moderna se llama también nacionalismo, está constituido por una trama emocional cargada de vivencias humanas. Tanto en el aspecto afectivo como en su forma política, el patriotismo es una actitud que funciona en relación de grupo. No se es patriota por sólo lo que mira a nuestros nexos individuales con la región nativa. Se es patriota en cuanto nos sentimos insertos de un grupo humano vinculado históricamente con un pedazo de geografía. La relación que nos ata con los hombres que viven con nosotros bajo el mismo cielo y sobre la misma tierra, define el grado y la fuerza de ese sentimiento social. Tanto más enérgicos y beneficiosos serán sus frutos, cuanto más penetrantes sean los ligámenes que nos hacen unos y comunes con los demás participantes de iguales condiciones. La potencia de esa unión la gradúan muchos con apoyo sólo en el interés pasajero de una comunidad de bienestar presente; otros la miden en un plano moral, como continuidad de pasiones, de afectos y de intereses que trascienden la realidad de los posibles transitorios. Para aquéllos, la Patria es una mera aventura gozosa, en que la autenticidad y la bastardía juegan papeles semejantes; para éstos la Patria es un complejo de actividades que tanto miran a la seguridad y a la complacencia del momento como al sentido de permanente creación enraizado en la propia substancia moral, sobre la cual gravitan los imponderables que le dan personalidad fisonómica y le señalan finalidad moral.

Nuestro nacionalismo hispanoamericano actúa al presente como movimiento defensivo de los valores que caracterizan a los diversos pueblos surgidos de la antigua matriz colonial de España. Se ha

pretendido presentarlo como actitud agresiva frente a otros grupos y no han faltado escritores que hayan avanzado a definirlo como dolencia que corroe la entraña de nuestras naciones.

Aún se ha llegado a más. Lo mismo que hoy se hace para descalificar el nacionalismo defensivo de los pueblos árabes —hasta ayer sometidos a la explotación inhumana de ciertas potencias humanas— se ha hecho, también, desde ángulos interesados, para dañar el justo valor de nuestro pacífico y humano nacionalismo. Confundiendo en un concepto global nuestra precaución nacionalista con los contravalores del nazismo —ya como expresión política de un materialismo biológico, ya como pretensión nacionalista por donde Hitler se lanzó a la conquista de Europa—, se ha pretendido negar curso a la posición de pueblos que sólo buscan la lógica, natural, sencilla defensa de su personalidad. La animadversión que ayer concitó la postura antihumana de aquellos que irrespetaron a las pequeñas comunidades europeas, quieren hacerla recaer las potencias sobre la opuesta actitud, ya seguida por países que, como los árabes, han buscado liberarse de la opresión colonialista, ya aconsejada por escritores hispanoamericanos, empeñados en denunciar el peligro representado para el porvenir de nuestras naciones por las formas neocolonialistas aplicadas en la explotación de nuestras riquezas.

Descalifíquese así el patriotismo o el nacionalismo, en cambio, sin su presencia en el campo formativo de las comunidades, éstas carecerán de ímpetu vital. Lo que en el cuadro de las familias representan la atracción sanguínea y los intereses afectivos, en el área del pueblo lo constituye aquel sentimiento, ora motejado de vano romanticismo, ora atacado como expresión de una actitud negada a la expansión de los valores ecuménicos, ora tomado como valla para la creación de una conciencia humana, moral y jurídica por donde se facilite la relación internacional. Para mí el patriotismo y el nacionalismo son meras versiones de una misma conducta del individuo en relación con el grupo social donde tiene apoyatura su existencia. Se es patriota por sentimientos vinculados a la propia razón de ser de las personas. Se es nacionalista como reflejo positivo

de la posición de la persona en el cuadro de la realidad política. "Animal político" llamó Aristóteles al hombre. Esa dimensión inseparable de la propia naturaleza humana, le fija al individuo una línea de conducta dentro del grupo en que discurre su existencia. Con fino sentido poético Tennyson intuyó la estrecha conexión que existe entre ser patriota y ser universal. Como testimonio de una actividad extravertida hacia el grupo de que se forma parte, el patriotismo representa una suma de valores que superan el llamado exclusivista e indiferente de quienes gobiernan su conducta sin cuidarse de la proyección de ésta en el ambiente próximo. El patriotismo, en su aspecto emocional, lo mismo que el nacionalismo en su visión política, corresponden a una misma realidad personal que busca expresarse de modo comunitario. Son testimonios ambas formas de una conciencia que mira a desplazar su radio de actividad y de provecho en un campo de cooperación humana, que contradice abiertamente el apotegma pascaliano, según el cual el hombre vive y muere solo. "That man's the best cosmopolite, who loves his native country best" sentenciaba Tennyson. Para sentir el valor conjugante de lo humano en el campo universal, el hombre ha de empezar por amar a su propia Patria. Para amar a la nación, precisa haber comenzado a la vez por amar el reducto regional, y para amar de verdad a la ciudad y a la provincia, el individuo tuvo que iniciarse en la acendrada devoción hacia el íntimo cuadro familiar. Expansión progresiva de la propia personalidad, en el pueblo comienza la Patria y en la Patria afirma su arco poderoso la parábola que mira a abarcar en una sola unidad de intereses morales los intereses de los pueblos y de los hombres todos.

Una recta visión nacional, encaminada a lograr estructuras mayores en el orden de la cooperación de las naciones, gana eficaz soporte en la revisión substancial de los anales de la ciudad. Para entender a Venezuela como unidad moral y como cuadro de realidades económicas, precisa remontar el tiempo en que se formaron los antiguos grupos donde la tropa conquistadora adquirió forma y densidad cívica. No es mero problema de retórica la evocación centenaria de la fundación de los pueblos. Menos se trata de poner a flor de presencia un concepto cadavérico de la Historia. Es, por el

contrario, empresa de viva reflexión y alegre cita con nuestro propio deber de hombres. El mismo proceso socrático a que están obligados individualmente los hombres para crecer en el campo moral, rige, también, en la pedagogía de las ciudades. Estas conmemoraciones históricas, más que vanas ferias, son manera de altos que los pueblos hacen en su camino de lucha, a fin de calibrar el mérito de la obra realizada y de planear la labor seguidera. Encuentro regocijado con nosotros mismos. apenas descogidos los tapices que labró el tiempo, está ya viva la lección que indica cómo fue la conducta antigua de donde derivó el buen éxito o de dónde arrancó la práctica funesta. Reniéguese así el valor de la voz con que nos estimula o admonita el pasado, sin tal recuerdo y sin avisos tales, quedamos expuestos como pueblos al riesgo aluvional que hoy constituye la inconsulta apertura de puertas y la fiesta de un progreso realizado sin calcular el meollo de autenticidad del pueblo antiguo, por donde han venido a quedar rendidos y falseados los más finos, sutiles, altivos, preciosos valores de la nacionalidad.

Con la evocación histórica no se intenta clavar nuestro proceso social con hierros poderosos sobre los muros rígidos del tiempo, a la manera como se clavan en los museos las mariposas polícromas. Es absolutamente incierto que un constante llamado a la revisión de los hechos antiguos sea tanto como una profesión de fe en sólo el valor de la Historia. Con angustioso acento he insistido acerca del deber de mantenernos fieles a nuestra tradición moral, por cuanto estamos viendo y palpando cómo el país se diluye en formas sin arraigo, que concluirán por desnaturalizarle totalmente su carácter. Jamás he intentado defender como lo único valioso el cuadro de la ciudad antigua, donde aposentó su sueño idealista la primera República. Para una visión total y justa de la realidad nacional, he procurado mirar hacia todos los vientos. Con palabras de Laín Entralgo puedo decir que la visión tuerta de quienes miran con un solo ojo, he procurado mejorarla con una visión binocular, que me permita ver lo cerca y lo lejos de la perspectiva donde se insiere la realidad de la nación. Para entender la raíz del pueblo, me he esforzado en formar el viejo esquema que sirvió de arrimo y plano a los Padres de la Independencia. Sobre la reciedumbre de conciencia por él lograda

durante la gestación colonial, cuajó una nacionalidad, cuyos símbolos diferenciales precisa mirarlos en el cuadro de los años que antecedieron a la autonomía. Doble proceso de lucha, sobre el cual descansa nuestra marca de pueblo. Desde el alba de la colonización comenzó a crearse un nuevo tipo moral de hombre, que mientras defendía su substancia diferencial frente a las fuerzas contrarias al imperio español, pugnaba con este mismo en pos de una categoría propia, que definiese su nueva estructura entitativa. Hecho el trasplante de los pueblos y realizada la mezcla de las sangres confluentes, en el orden general de la hispanidad de las Indias surgió un tipo que, si bien difería de los módulos característicos del español de Europa, se diferenciaba, también, de los hombres de la otra América, en proporción semejante a como difería el peninsular español del insular británico.

* * *

Sobre el sello que distinguía al venezolano de 1810 tanto del hombre de la España europea como del hombre de la América del Norte, se fijaron lentamente durante el curso del Siglo XIX valores nuevos que, como las partículas metálicas en los procesos galvanoplásticos, fueron aumentando el resalto de la medalla cuyo lustre perseguía la cultura. Aquella aportación tuvo justo valor de disolución creadora en el medio nacional. Llegaron al país durante el pasado siglo numerosos inmigrantes que sumaron su fe, su técnica, su fuerza, sus letras, su esperanza al venezolano que buscaba un nivel de mayor superación. Llegaron ellos con el presentimiento de una nueva ciudadanía vinculada al hecho de residir para siempre en nuestra tierra y, como los hombres de la conquista y de la colonización antigua, quemaron las naves del regreso y colgaron las amarras de su destino en los garfios poderosos de la nueva Patria. Las familias que arrancan de aquellas viejas cepas implantadas en el suelo patrio, sienten hoy en su plasma moral la plena gravedad de nuestra historia. Por lo que a Trujillo dice, solera venezolana tan rancia y poderosa como la de los viejos apellidos Pacheco, Paredes, Labastida, Briceño, Villegas, Terán, Vázquez, Carrillo, Urdaneta,

Márquez, Gabaldón y Mejía, tienen hoy los apellidos de los inmigrantes que empezaron a arraigar en el Estado hace cien años. Tan trujillano y tan venezolano es un Carrillo, un Briceño, un Paredes, un Mendoza y un Villegas, como lo es un Braschi, un Berti, un Carnevali, un Parilli o un Burelli. La semántica indica procedencia diversa al tronco de las viejas familias venezolanas, mas el ímpetu, la conducta, el tono, en fin, que sirve de plasma fisonómico a los hombres, tienen el mismo tuétano de autenticidad venezolana. El paisaje y la Historia tomaron el alma del generoso inmigrante y ya el hijo —bien de absoluta sangre extranjera, bien de sangre mezclada con criolla—, al sorber la substancia nutricia de la Patria nueva, sintió sobre sus espaldas el peso de un destino por nada diferente del destino de las viejas familias entroncadas con los "padres peregrinos" de la nacionalidad venezolana.

Lo que se dice de Trujillo puede predicarse igualmente de las otras regiones venezolanas, donde ayer asentaron extranjeros con ánimo de fijar en el Nuevo Mundo la nueva Patria definitiva. Venía gente joven y distante a sumar a la nuestra su visión particular de la vida y a luchar junto con nosotros para la formación de la riqueza colectiva. Lejos de disolverse a su contacto la vieja noción de Patria, sumaba a la nuestra su presencia un concepto nuevo y vigoroso de la vida. Nada le quitaron aquellos inmigrantes a nuestra Patria vieja; en cambio, le agregaron un pálpito más fresco y añadieron una nueva ventana a la torre de los antiguos sueños.

¿Puede discurrirse lo mismo en relación a lo que hoy ocurre con extranjeros que llegan a nuestras playas provistos del pasaje de retorno? Ayer asentaron en Venezuela, y en grato número en nuestra región trujillana, valiosos inmigrantes que fueron en plan de ganar sosiego y bienestar. Las circunstancias reinantes en Europa y la propia lentitud de los transportes determinaban una actitud de permanencia en el ánimo del extranjero. A este elemento conformador de la voluntad, se agregaba el tipo de actividad que el inmigrante desarrollaba para ganar fortuna. Era Venezuela un país de sedentarismo agrícola, que imponía una conciencia de aguante y de reposo. Bien en el plano rústico, bien en el menester urbano del

comercio, el forastero comenzó por hacerse al nuevo paisaje. Algunos vinieron con hogar formado en la patria lejana, otros lo hicieron con mujeres criollas. En el hogar, con el fuego amoroso, se sembró la raíz que a manera de áncora detuvo el vuelo del regreso. Una generación más y los descendientes de don Angel Carnevali y los descendientes de don Bartolo Braschi, digamos por caso, hablaron de sus abuelos Francisco de La Bastida y Sancho Briceño, con mayor calor del que ponían cuando evocaban a los altivos abuelos nacidos en Italia. Fue aquella una corriente migratoria que llegó a nuestro suelo con voluntad de arraigo y con sentido de hacer suyos los valores de la patria nueva.

¿Es posible pensar lo mismo, digo una vez más, en relación con el nuevo tipo de inmigrante que acude a Venezuela? ¿Tiene acaso nuestro mundo el mismo reducido tamaño de antaño? ¿Pensó el viajero de 1850 en regresar a fines de año a su patria de origen, para retornar después de Navidad a proseguir su trabajo en Venezuela? ¿Van los hombres de la aventura de hogaño con intención de sumar su voluntad al destino de una patria nueva? Todo ha variado. El reposo antiguo ha sido reemplazado por una prisa de retornar a los lares de origen, con la bolsa repleta de buen dinero, para deslumbrar al vecino pobre, que mira absorto la edificación del abigarrado palacio del nuevo rico. La clase de negocios de hoy es muy diversa del trabajo a que ayer dedicó sus energías el diligente extranjero que supo sumar hasta sus huesos a nuestra economía telúrica. Venezuela dejó de ser un manso país agrícola para convertirse en una festinada nación minera. Sobre las cartas geográficas, nuestros caminos han sido solicitados en plan de aventura, como ayer se buscó en California el oro tentador y en el Transvaal el diamante luminoso. Nosotros hemos ofrecido a la codicia del mundo nuestro petróleo, nuestro hierro, nuestro oro, nuestros diamantes, nuestra extraordinaria capacidad para comprar todo lo que sobra en los países industrializados y, lo que es peor, nuestra ingenuidad ante el aventurero que hoy se inmiscuye arteramente en los propios negocios de la política y en la misma suerte de Venezuela. La fiebre de la búsqueda se convirtió en delirio de riqueza, que hizo presa aún en el ánimo decrépito del criollo

asociado incautamente a la aventura de los nuevos piratas. Hay dinero en abundancia para destruir hasta las más firmes resistencias morales y, como resultado, la seguridad que presidió el lento y accidentado proceso del pueblo antiguo, fue reemplazada por una trepidante conciencia, que trasladó al orden de la interioridad el mismo ruido desgarrador de las barras mecánicas que destruyen para la obra nueva el afirmado de las ciudades.

No se niega el progreso ni se aboga por el cierre de nuestras puertas al aire y a la gente del mundo. ¿Cómo desconocer la obra admirable que están realizando en Venezuela profesores, escritores, profesionales y hombres de empresa, que han ido con el firme y honesto empeño de devolver al país la generosa hospitalidad? ¿Cómo negar la valiosa aportación del trabajador modesto, que va a ocupar en el campo el sitio que desertó el nacional vendido al ocio de la capital? No es caso ingrimo el de los Phelps, los Dolge, los Pi Suñer, los García Bacca, los Pérez Pisanty, los Pardo Gayoso, los Pittier, los Nieto Caicedo, los Zamorani, los De Bellard, los Crema, los Rosenblat. Cuando pongo en paralelo lo que fue nuestra antigua inmigración con lo que hoy es la aventura del ambicioso extranjero, que sólo va con la mira de hacer pronta fortuna para regresar de inmediato a sus nativos lares o para permanecer allá en calidad de aventurero distinguido, no pido que se detenga el favorable contingente de nuevas luces y de nuevas fuerzas para el debido progreso de un país semidesértico, pido una vez más que antes el criollo piense en Venezuela con sentido de permanencia y de unidad. Para que el tableteo de las máquinas que edifican la nueva ciudad no falsee los muros de la ciudad antigua, urge, antes de comenzar la edificación moderna, calar la fuerza y la resistencia de las bases viejas. No se trata de defender las paredes de adobe y las rojas tejas de los techos que dieron tipicidad al pueblo antiguo. Se trata de defender la estructura concencial del hombre venezolano. Cuando hablo de la ciudad antigua no expreso, tampoco, un mero concepto arquitectónico. Me refiero a la ciudad moral, donde aún deben tener vigencia y derecho de vida Alonso Andrea de Ledesma, Juan Francisco de León, José María España, Simón Bolívar, José Vargas, Fermín Toro, Juan Vicente González y Cecilio Acosta. No

pido aldabas ni cerrojos para puerta alguna. Apenas reclamo suficiente agua lustral para el bautizo del forastero que va a sumar al nuestro su esfuerzo creador. Sin resistencia en el territorio de los valores que definen la particularidad de lo venezolano, nos exponemos, como ya acontece, a que el sentido de lo nuestro se diluya en una mezcla inválida, por donde nos hacemos semejantes a la población pululante en los muelles de los grandes puertos internacionales. Dejaremos de ser unidad propicia a la recia relación internacional, para ser mera provincia donde prospera la aventura disolvente y agresiva de los imperios.

* * *

Sé que algunos, para adversar esta justa posición patriótica y nacionalista, invocan derechos legitimados por su arraigo en la zona de los altos valores de la humanidad y de la cultura; mas las fórmulas que usan al respecto carecen de dimensiones lógicas. Defender la integridad de las comunidades nacionales, no atenta, en cambio fortalece, los fines universales de la cultura. Manera de células en el complejo organismo de un mundo que busca unirse por medio de pactos y de compromisos, la salud de la deseable integridad ecuménica guarda relación de intimidad con la salud y con la resistencia de las unidades primarias que forman las bases donde tiene apoyatura el edificio internacional.

La realización del verdadero sentido universal del pensamiento del hombre no está reñida con el crecimiento de los grupos nacionales. El nacionalismo en su verdadera concepción ontológica no implica una posición antihumanista, así se intente confundirlo con las formas agresivas del nazismo alemán. El verdadero nacionalismo, como expresión de humanidad, reclama que se le mire *sub specie universalitatis*. El nacionalismo, y vale repetirlo una vez más, representa en el plano de la valoración colectiva un modo de obrar la personalidad de los pueblos. Actitud vigilante y pacífica, el nacionalismo constituye la proyección exterior de la propia existencia de la comunidad. Es una forma de obrar la conciencia

multánime de los grupos sociales. A mí se me ha motejado de obscuro y cerril tradicionalismo, por el empeño que pongo en defender los valores substantivos del pueblo venezolano. No ha faltado quienes hayan pretendido colocar mi actitud en plano semejante a la de los tradicionalistas españoles que defendieron a ultranza los valores del Siglo XVII frente al movimiento progresista del Siglo XIX. Yo no defiendo meras formas de pensar, destinadas a ser superadas por mejores formas nuevas; de lo contrario, he dado sobradas pruebas de un empeño tenaz por revisar la cuenta de las generaciones anteriores y nada me complace tanto como ver la actitud de jóvenes preocupados por el porvenir del país, que avanzan a reclamar, en veces de una manera dura, por los errores en que hemos caído los hombres de mi tiempo. Yo defiendo el meollo de una actitud cívica que mantenga en pie la osamenta de Venezuela y que asegure, junto con la robustez de los huesos, la constante sanguínea por donde sea compensada la anemia de los hombres débiles. No he pretendido jamás que se dé exclusiva función rectora al pensamiento de Vargas o de Fermín Toro. Insisto, en cambio, en recomendar la urgencia de que el venezolano evite que se le derrita la conciencia que le ha sido señalada por su diferencial destino histórico dentro del cuadro conjugante de la cultura. Antes de seguir la aventura forastera, he pedido que se haga un alto en la marcha vertiginosa que nos empuja a la devaluación de lo nacional y que se examine con fe, con amor, con paciencia y con humildad la raíz de nuestra vida de pueblo y el sentido espiritual de nuestra obra de hombres.

La estructura de los Estados descansa sobre diversos grupos de realidades. Junto con el valor de la geografía donde afinca el pueblo, se impone con fuerza dominadora la conducta social. Esta, en cambio, no mira sólo el ordenamiento actual sino también a la predisposición moral determinada por los imponderables hundidos en la historia y en la tradición. Ser venezolano es tanto como ser un hombre natural con un apellido social. Defender el decoro del nombre ha sido empresa mirada como fundamental en el orden de la cultura. Aquiles, Aníbal, César, Pelayo, Carlos V, Napoleón, Bolívar, junto con el ámbito y el tono de sus patrias, buscaron

acrecer los contornos y la fama de sus nombres. La Historia es la proyección en el curso del tiempo de hombres y de pueblos con apellido. Para que los pueblos entren en la Historia necesitan la marca de una palabra que los distinga, reclaman una conducta que los personalice. Esa conducta y ese apelativo no se forjan en la alegre aventura de la riqueza, ni se ganan en la carrera precipitada de un progreso sin reflexión y sin espíritu. Ese apelativo y esa conducta arrancan del ser íntimo, profundo, entrañable de las comunidades con autenticidad histórica y con vocación moral. Con los factores genéticos que en el territorio biológico trasmiten las características familiares, cooperan una suerte de genes morales que rodean a los grupos particulares. Un apellido no es una mera referencia para la identificación democrática. Un apellido anuncia por sí solo un orden de conducta trasmitido como testimonio de una gravitación histórica. Los colores cuadriculados que distinguen a los clanes de Escocia, tienen un nexo profundo con las características personales de los individuos que integran el grupo. En el orden de las naciones funcionan como fuerzas imponderables esas mismas circunstancias. No se es venezolano porque se haya nacido en un pedazo de tierra, cuyo nombre nos impone como seña policiaca aquella derivación lingüística. Se es venezolano en razón de una carga de historia venezolana que nos fue trasmitida tanto como herencia familiar cuanto como don generoso del paisaje y de la cultura donde se formó nuestra conciencia de hombres.

La gendarmería defiende los linderos geográficos; la policía política y administrativa defiende el decoro de la soberanía pública y la integridad de la riqueza territorial. En cambio, somos los escritores, los poetas, los profesores, los sacerdotes, los políticos, quienes tenemos la misión impostergable de vigilar la integridad del plasma moral que nutre la vértebra de la nacionalidad. Tirteo con su verso ayudó a la defensa de Grecia en proporciones semejantes al ímpetu bravío de sus capitanes. Si Bolívar y Páez ganaron las batallas que aseguraron la vida independiente de Venezuela, Rafael María Baralt, al dar forma a su Historia nueva, se constituyó, también, en Padre de la Patria. Como el suelo y la riqueza, la tradición y la Historia son valores eminentes en el orden de las naciones. Sin

Historia y sin tradición las comunidades no superan las etapas de la vida orgánica. Para que el país resista la afluencia de lo nuevo y asimile provechosamente las valiosas aportaciones de la técnica y del capital humano que le ofrece la inmigración, necesita poseer una fisonomía robusta y poderosa de ser trasmitida al impetuoso forastero. Nuestra población es sobrado escasa para lo que pide el marco geográfico; mas, si violentamente se le suma una inmigración que no encuentre elementos que le impongan el sentido y el sentimiento de lo nuestro, quedamos expuestos a desaparecer como unidad moral, para pasar a ser una factoría internacional, de pingüe provecho para toda suerte de aventureros y de mercaderes —ya de trastos, ya de ideas—, a quienes no preocupe la desfiguración fisonómica de Venezuela, siempre que tal proceso vaya en beneficio de su hacienda personal. Yo no aspiro a que este pequeño grupo de descastados atienda mis palabras. Hablo y escribo para que me entienda la mayoría valiosa del pueblo que lleva en la conciencia la marca indeleble de una venezolanidad no dispuesta a ser trocada con la banal satisfacción trasmitida por la riqueza que se ganó a precio de traición, de vejámenes, de engaño o de indecencia. Yo hablo en venezolano para los venezolanos que no están en actitud de mercar por unas jugosas lentejas la primogenitura que la Historia asignó ayer a nuestros Padres en los cuadros de la libertad y de la dignidad del Nuevo Mundo.

* * *

Las conmemoraciones históricas son coyunturas valiosas para hacer inventario y examen de conciencia. Al ponernos en los planos del tiempo frente los hombres antiguos, nuestra actitud no ha de asumir carácter de beatería tonta ante supuestas imágenes milagreras. Volvemos el rostro hacia el pasado no para escuchar la música saudosa de los recuerdos, ni para hacer en actitud forzada vanos y vistosos alardes de devoción a los Padres de la República, sino para recalentar los ánimos en la fragua donde los viejos vulcanos batieron el metal resistente del pueblo que ganó la libertad e hizo la República, tan maltratada —¡ay, Dios!— por los hombres

llamados a servirla. Si ayer y siempre fue aconsejable tornar al examen valorativo de las fuerzas que demoran en la noche del pasado, hoy el consejo asume dimensiones de angustioso mandato. La crisis de crecimiento que sufre nuestro pueblo amenaza con la propia destrucción de los más finos valores de la nacionalidad. Por donde se lance la mirada escrutadora asoman su sombra los peligros de una filosofía política y social saturada fuertemente por los tóxicos engendradores de la crisis. No es el tránsito de uno y otro estilo arquitectónico lo que amenaza a las viejas ciudades y a la República entera. Con el tránsito de las formas exteriores vienen las facilidades y las mejoras que asegura la técnica; en cambio, con la mudanza de conceptos, de juicios y de valores se cambia la parte substantiva donde estriba el discurso que da unidad al pueblo.

Sea así válido el axioma anotado por Toynbee, según el cual no es posible hallar un campo comprensivo para la indagación histórica dentro de un marco nacional, y sea así necesario para la recta inteligencia de la realidad enlazar "lo nuestro" con la pluralidad de los hechos generales de la civilización, ello no empece para que se mire como esencial el fenómeno interno cuando se trata de conformar el destino de una nación. Civilización y nacionalidad no son valores que se contradicen. En el campo moral de los pueblos urge, para ganar las etapas superiores de la cultura, fortalecer los supuestos que dan vigor a las categorías privativas de los grupos, en cuanto persiguen la manera de aumentar su potencial creativo. Para que en ellos insiera provechosamente el caudal que aporta lo modificativo que viene de "fuera", es requerido que exista un tono, un fuste, una marca que señale el alcance asimilativo del proceso de adopción y de trasplante de las formas nuevas.

Espantoso es el riesgo que sufre la conciencia de nuestra nación a la hora de enfrentarse a la decisiva modificación de su destino económico, geográfico y demográfico. Todo se renueva al ímpetu del progreso promovido por la gravedad de poder de su extraordinaria riqueza. Se altera el paisaje urbano y se muda el marco rural para mejor provecho de la riqueza, pero al modificar, alterar y variar el rostro físico de la República, el pueblo queda expuesto a sufrir

traumas y adulteraciones por donde se rompen sus estructuras concenciales. En buena hora venga la obra audaz que acorte distancias y aumente la extensión de los terrenos labrantíos; sea saludado con alborozo el poste altivo que soporta la línea de alta tensión eléctrica; celébrese el momento de ver las tierras feraces atravesadas por prontos caminos, con muelles los descuidados puertos, con escuelas los pueblos otrora abandonados; mas, la alegría del encandilado progreso no sea causa de que los ojos pierdan el sentido de la proporción que ha de existir entre la facilidad nueva y la durable resistencia de ánimo de los hombres. Si es meritorio y plausible aquel progreso que se dirige al acrecentamiento de la riqueza y a la divulgación de los medios de la técnica, mayor precio tienen, en cambio, los programas que persiguen poner a los hombres en el goce y dominio de su propia personalidad moral. En la aventura inconsulta de la obra material y de la riqueza madrugada sin trabajo, ocurre que el pueblo deja, sin advertirlo, jirones de su propia substancia interior. La ciudad de fuera crece y brilla y luce; mas, la ciudad de dentro, es decir, el reducto donde se recogen los hombres para medir su verdadero tamaño y para soñar sus sueños mejores, ya ni es ciudad, ni es abrigo seguro donde la persona halla el precio de su esfuerzo y la recompensa de su angustia salvadora.

* * *

La ciudad como valor moral no reclama almenas, ni fosos, ni plazas, ni avenidas, ni atalayas. La ciudad moral necesita hombres. De un sitio a otro de la provincia de los cuycas, Trujillo viajaba como ciudad en el ánimo de sus briosos fundadores. La Nueva Trujillo, Mirabel, Trujillo de Salamanca, Trujillo del Collado, Trujillo de Medellín, La Paz de Trujillo, uno, tres, seis nombres que expresan una misma voluntad y un mismo sentido de dar contornos civiles al andariego campamento. En Escuque, en Burate, en Sabanalarga, en Pampán, en Mucas, la ciudad fue siempre la misma en su dimensión comunal y en su propósito de servir de apoyo y radio a la cultura que se distendía en la selva americana. Desde Diego García de Paredes hasta hoy la ciudad es una misma, así el fundador no

pisara la blanda tierra donde sosegó en su marcha de diez años la cruz que iba marcando el rumbo a los inquietos fundadores.

Allá está la Nueva Trujillo, como una promesa resistente. Yo la sueño desde la vieja Trujillo, donde nació su fundador altivo. Para ganar mayor fuerza soñadora, me he acercado una vez más a la solemne pila donde el hijo del Sansón de Extremadura recibió las aguas bautismales. Recia y grande como la de Santa María la Mayor es, también, la pila de la iglesia de Trujillo, donde recibí la gracia del bautismo. Piedra acá, piedra allá. Dura, áspera, rebelde como una agresiva intuición, el hombre la labró hasta hacer de ella una blanda cavidad cargada de frescura. Copian las pilas el cuenco de manos que se juntasen para recoger la bendición de las aguas. Hace pensar su hondura generosa en la hora feliz en que la piedra se hubiese tornado tierna y flexible para recibir la cándida caricia de las nubes lejanas. Agua y piedra, como símbolo de fecundidad y fortaleza, se juntan en el sacramento inicial de la fe cristiana. Al borde de la piedra, como a la orilla de un dolor permanente, nos hundimos en el seno materno donde, según alegoría de viejos teólogos, somos engendrados para el mundo de Cristo. En esta pila, hoy vacía de licor sacramental, Diego García de Paredes recibió los signos de la fe cristiana. Aquí nació para la vida del espíritu el recio cruzado que dio comienzo con sus acciones heroicas a la ciudad lejana, donde se meció mi cuna y donde se mecieron las cunas de los abuelos que unen mi ser presente al ser antiguo de los hombres que acompañaron en su maravillosa aventura al intrépido capitán extremeño.

Al evocar en medio de esta suave penumbra religiosa la memoria del fundador de mi ciudad natal, mi alegre fantasía imagina un hilo de agua cristalina que saltase desde esta recia taza hasta ir a echarse, como promesa vital, en la oquedad de la piedra que labraron los viejos trujillanos para pila bautismal de la ciudad. Sobre el arco irisado de ese fantástico hilo de agua, mi espíritu ha regresado, también, a mi Trujillo distante, para vivir entre las nieblas del recuerdo una hora de libertad y señorío.

¿Con quién tropiezo? ¡Ah, son muchas las sombras que salen a mi encuentro! Hay apretujamiento de vieja gente en las estrechas y largas calles de la pacífica ciudad. Personas en trajes del Siglo XVI y personas vestidas a la moda del Siglo XX. Con el jubón del conquistador se parea la casaca del mantuano, afanado por los problemas de la autonomía. Hay indios de modesto calzón de listado y negros de azul camisola de tocuyo. Hay frailes de pardo sayal franciscano y monjas que visten el blanquinegro hábito de Santo Domingo. Tras alguna reja asoma el rostro discreto una linda deidad de ojos negros y breve sonrisa, mientras en el airoso portal una dama severa se toca de negro pañolón, para ir, con la criada sumisa que lleva la alfombra, a la función del Rosario, a que llama la grave, sonora, pesada campana. La visión se hace cada vez más nítida y precisa y en los rostros se definen los rasgos austeros de los hombres antiguos. Ocupa el primer plano la sombra de los fundadores egregios: Diego García de Paredes, Francisco Ruiz, Francisco de la Bastida, Francisco de Graterol, Francisco Camacho, Diego de la Peña, Juan de Villegas, Sancho Briceño, Alonso Pacheco, Marcos Valera, Alonso Andrea de Ledesma —¡Ledesma, el del caballo de pasos suicidas para defender el decoro y la integridad de la patria naciente!— Entre ellos y envuelto en la célebre capa escarlata que amedrenta al indígena, tiene puesto prestante Juan Rodríguez Suárez, sumado, como Juan de Trejo y Juan Román, a los primitivos fundadores, más a ley de humanidad que en razón de concertada empresa. Para ganar título de excelencia primiciera en la genealogía americana del asilo político, las autoridades de Trujillo se negaron a entregar a la venganza de los gobernantes del Nuevo Reino de Granada al famoso fundador de Mérida. Contra el odio ensoberbecido, humildemente los trujillanos invocaron el dulce nombre de María Santísima como escudo que defendiese al perseguido. Acá la concordia y el amparo sembraron fecunda semilla llamada a alcanzar categoría institucional en el mundo naciente de América. Cuando se hable de amparo, de asilo, de protección para el perseguido por la venganza de los poderosos, será necesario recordar a los fundadores de Trujillo.

Sitio amable y preferido entre el cuadro de los conquistadores, ocupan las varonas audaces, que fueron de España, bajo ley de cristianas bendiciones, a tomar sobre sí la responsabilidad del hogar que plantaban los enérgicos capitanes. Son ellas, entre otras cuyo rostro velan las sombras, doña María González, esposa de Francisco Camacho; doña Ginesa Muñoz Montes de Oca, mujer de Luis de Castro; doña Ana Gómez Cumel, compañera de Gaspar Cornieles; la altiva doña Juana Escoto, mujer de Francisco Graterol, a quien viuda desposó el portugués Tomás Davoin; doña Isabel de Cerrada, esposa de Cristóbal Gómez Carrillo; doña Ana Morales, mujer de Francisco Ruiz; doña Antonia Samaniego Cuaresma de Melo, esposa de Sancho Briceño. Se las olvida en el recuento de las acciones heroicas, mas ellas son, también, artífices insignes en la obra imponderable de forjar la nueva Patria. Tuvieron ellas a su cargo la callada catequesis de los hijos y de la servidumbre indígena, cuando de Fuente Ovejuna fue pedida la destitución de los clérigos Castillo y Fernández, más dedicados al cultivo de alegres pecados que a la formación de la conciencia de los niños y los indios. A duro golpe de hacha labraron los hombres la cruz que fue marcando el rumbo azaroso de la trashumante ciudad. Las manos, en cambio, de las recias matronas signaron con suavidad de alas sobre la frente de los pequeños la cruz que daba tono a la cultura que se expandía en la selva americana, y mientras los capitanes gobernaban a gritos a la sumisa indiada y al negro esclavizado, ellas, con voz de seda, enseñaban a indios y negros las castizas preces del culto verdadero. Si se honra a los ínclitos varones que conquistaron la tierra, estas generosas abuelas sin miedo reclaman el homenaje del pueblo, cuyos hilos vitales ganaron resistencia en la rueca amorosa de sus sueños transparentes.

Más alla de la sombra venerable de los Padres antiguos, aparece el rostro severo de los grandes criollos que, al ímpetu de la sangre altiva del conquistador, juntaron el grito imperioso de la tierra que dábales sello por donde ya la nacionalidad comenzaba a diferir de los valores absorbentes de la metrópoli lejana. Juan Pacheco Maldonado —mayor entre los primeros hombres nacidos en Trujillo— muestra el talante autorizado y venerable, que obliga a

sus paisanos a llamarle Gobernador, cuando ya no pesa sobre sus manos ni la sombra del bastón de magistrado. Rodeando la figura solemne del prócer, se miran, en grave y discreta postura, junto a los hijos altivos, a los yernos diligentes, a cuyo oído llegaron tanto la voz que pregonaba la belleza y la cultura de las damas, como la fama de las grandes riquezas del viejo Pacheco: el Marqués de Marianela, Gobernador de Venezuela, Consejero en Flandes, agraciado con el hábito de Santiago y más tarde Gobernador de Murcia y Cartagena del Levante, que desposó a doña María del Aguila; don Manuel Felipe de Tovar, sobrino del célebre obispo don Mauro, quien casó con doña Juana, viuda del Gobernador de Cartagena de Indias, don Francisco de la Torre Barreda. Acompaña, también, al egregio patriarca, su ilustre cuñado don Juan Vázquez Coronado, hijo de Salamanca y sobrino del famoso Adelantado de Costa Rica, cuya estirpe memoraba con honra los servicios que los mayores prestaron en la Corte de Felipe II. Es el otro, Cristóbal Verdugo de la Bastida, regidor de la ciudad y pacificador de Nirgua con Garci González de Silva. El de más allá es Sancho Briceño de Graterol, Teniente Gobernador en Maracaybo, Regidor Perpetuo de Trujillo y recio pacificador de la Laguna.

Imponente y airoso aparece el Capitán Juan Ramírez de Cegarra, quien, con Cervantes, acompañó a don Juan de Austria en la célebre batalla de Lepanto, y cuyas armas pétreas, sobre el ancho portal de la mansión solariega, son las únicas que aún duran en la ciudad pacífica. Aquel es Andrés Marín Granizo, alegre andaluz de inquieta vida, que acaba de desposar a doña Juana de Vilches y Narváez, nieta de Lucas Mejía y de Sancho Briceño, por donde se enreda con sangre de Trujillo el hilo genealógico del Libertador Bolívar. Más allá está Francisco Cornieles Briceño, metido todo entero en su carácter de mayorazgo de la cuantiosa hacienda, vinculada a la primogenitura de la estirpe por su padre el Capitán Francisco Gómez Cornieles, patrono de la iglesia y convento de la Candelaria, de él protegidos en forma espléndida, a razón de voto hecho, ya cuando el caballo desbocado detuvo los remos al borde del precipicio que mira hacia el Castán, ya cuando bravía res desgaritada amenazó en el mismo sitio su vida y la vida de la esposa.

vecinos que se alejaron de la ciudad y sobrada la indigencia a que fue reducida la población. Pero la constancia en el trabajo promovió el recobramiento de la antigua riqueza y luego el cacao, el tabaco, la harina y los cueros salen por Moporo y La Ceiba, para retornar en forma de útil mercancía y de abundosos doblones. A fines del Siglo XVIII, el café y el añil han venido a robustecer el poder económico de la región, y sobre él asientan su prestigio, entre otros ilustres patriarcas, el viejo Antonio Nicolás Briceño, señor de la casa grande que hace al poniente frontería con la Plaza Mayor, y a la cual se ven entrar, no sin rendir homenaje a las armas que lucen sobre la piedra de los vistosos portales, los indios que se allegan con sus problemas de tierras a pedir el amparo de su Protector General. A las márgenes del Motatán tiene tierras don Antonio Nicolás, y como él, este otro distinguido caballero que se llama don Jacobo Antonio Roth, venido de Caracas a sumarse al mantuanaje trujillano y que hoy ocupa sitio puntero en la dirección de las cosas de Trujilo. Sigue el desfile de sombras y ya don Jacobo Antonio ha abandonado la empolvada peluca y la hebilla dorada del lustroso calzado, para vestir más a tono con la sencillez de la República. Cuando sonaron las voces que clamaban por la autonomía de la región, el viejo Roth se puso a la cabeza del movimiento, y con don Manuel Felipe Valcarce Pimentel, el fraile Ignacio de Alvarez, el padre José Ignacio Briceño, el padre José de Segovia, Pedro Fermín Briceño, don Emigdio Briceño, don Juan Pablo Briceño Pacheco, don Angel Francisco Mendoza y otros patricios, ha formado la junta que se dijo representante de los derechos del pueblo. La ciudad tiene un aspecto nuevo y los rostros de la gente se ven iluminados por una sonrisa que acusa la fiesta interior de espíritus que estrenan y gustan a buen paladar el decoro y la libertad de la República. El gentilicio se estremece de gozo cuando llegan voces de Caracas con noticias de que el Congreso de la Confederación ha designado un triunvirato para ejercer el Poder Ejecutivo, cuyo primer número es el ilustre trujillano don Cristóbal Hurtado de Mendoza, quien si a fines del siglo pasado levantó minuciosa probanza del entronque de su estirpe con altivos hidalgos de la Península, ahora se apellida solamente Mendoza, para ganar el decoroso nivel de la llaneza democrática.

La gente, una generación corrida del suceso, no atina ya a fijar el riesgo que obligó la conciencia del cumplido promesero.

Suelen hacer juntos el obispo Alonso Briceño y su sobrino el fraile don Diego, el trayecto que separa el convento franciscano de la Iglesia Matriz, donde hoy tiene su catedral el estudioso Prelado. La gente se arrodilla al paso del Obispo y las señoras se santiguan al recibir su generosa bendición. Hombre de recias disciplinas filosóficas, don Alonso tiene a flor de labios temas graves, sutiles, inasibles, que rozan con los profundos e intrincados temas de la existencia, de la esencia, de la unidad y de la identidad de las cosas. ¿De qué habla el Obispo?, preguntan quienes le pillan algún final de frase, sólo comprensible para las mentes metidas en los mismos problemas de quididad, aseidad y unidad que ocupan los graves ocios episcopales. Hoy, sin embargo, no habla el Prelado de estas cosas ininteligibles; dice, en cambio, al sobrino cómo después de honda meditación, ha resuelto autorizar el culto público a la Virgen Santa María en su venezolana aparición de Coromoto a los afortunados indios cospes. "Las pruebas son muchas, declara, de que la Santísima Virgen se ha dignado bendecir con la dulce huella de sus plantas este suelo afortunado". Entre nieblas se divisa la respetabilísima figura del doctor Cristóbal Rodríguez de Espina, médico el primero que celebró asiento con los trujillanos para el cuidado de la salud, lo cual no fuele parte a que en lance de honor rindiera al enemigo, con la misma fuerza con que se enfrentaba con los temidos corsarios. Ruido de voces y agitación desusada levanta la presencia en la ciudad del Capitán Fernando Manuel Valera de Alarcón, comisionado por el Teniente Gobernador para ir con su compañía de valientes soldados a detener el avance del feroz pirata Gramont en los Llanos de Cornieles.

Para distinguir a todas estas sombras, precisaría vivir de nuevo la vida de la ciudad o gozar el privilegio de una rapaz mirada que abarcase de un atisbo el desfile solemne de los hombres antiguos. Disminuyó un tanto la densidad del pueblo cuando ocurrió el incendio destructor a que la sometió el corsario. Muchos fueron los

A los ayes lastimeros que arranca la subsiguiente caída de la República y la visión dantesca de las cárceles donde han sido reducidos los patriotas, sucede el ruido de armas y de alegres trompetas que anuncian la llegada de Bolívar. Como un relámpago amenazador ha entrado en la ciudad el genio de la guerra. En Carmania, conversando la víspera con el padre Francisco Antonio Rosario —entonces alegre levita de ligera conducta—, discutió los términos de la incendiaria proclama. La guerra será para en adelante sin piedad ni prisioneros. Si nos asomásemos al ventanal de la casa donde Bolívar tiene su cuartel general, veríamos un impresionante espectáculo. Larga ha sido la vigilia en que de nuevo el joven caudillo explicó los alcances de su terrífica declaración. Prisiones y vejámenes sufrió el presbítero José Ignacio Briceño, en razón de haber sido miembro de la junta que declaró la independencia de Trujillo. A sus oídos ha llegado la noticia de la capilla que sufre en Barinas su deudo el Diablo Briceño. Sin embargo, en un ángulo del hermoso salón donde Bolívar discurre, el levita hunde la mente en profundas reflexiones. Mientras el genio de la guerra dicta al asombrado amanuense Andrés Aldana los términos fulminantes de la célebre proclama, el padre Briceño levanta la mirada hacia el cielo y los rojos colores de la estofada madera del rico artesonado le parecen llenar de un halo sangriento el ámbito todo de la Patria. Sangre será el destino y transitorio de la sociedad venezolana. Sangre y muerte proclamadas en Trujillo como triaca acérrima para reducir la voluntad de los enemigos de la República. Tras la visión ensangrentada de la guerra sin cuartel, en la ciudad se hará una atmósfera de celeste limpidez, cuando Bolívar esté de nuevo en ella, después de reconquistada la región por las armas de la libertad. Ya no es Bolívar, como en 1813, el genio enfurecido de la venganza sino el guerrero exornado con los símbolos de la magistratura institucional. Su fuerza no está únicamente en el brazo que sostiene la fulgurante espada de la victoria, sino en la mente rápida que organiza la República. Viene hoy en plan pacífico a dar un giro nuevo a la causa nacional. El 20 de noviembre de 1820 se firman los tratados que regularizan la guerra y en los cuales España ya no trata de rebeldes a sus antiguos colonos, empero reconoce la existencia de la República de Colombia.

Si ayer en Trujillo ganó protocolos el derecho de matar, hoy, en cambio, se proclaman en su seno, frente a los sombrosos cedros de la Plaza Mayor, a dos pasos de la iglesia principal, los derechos a la paz y a la justicia que asisten a las víctimas de los odios fratricidas, y se reconoce, al mismo tiempo, por la Madre Patria la existencia de un orden institucional que hace de las viejas provincias ultramarinas del imperio español, comunidades con formas de República. Sí, aquí en Trujillo la Patria nueva celebró el primer tratado con nación contraria a los intereses irrevocables del mundo americano; aquí en Trujillo, pese a que la inmediata paz impídala el proseguir de la contienda, España dio por vez primera tratamiento de igualdad a una nación de América; si hubiera mejores ojos, se vería cómo en la ciudad de Trujillo comenzó la hispanidad que, renunciando el imperio y las influencias políticas, aseguró el imperio perpetuo de cultura, conquistado para la vieja España por los hombres ciclópeos que siguieron la ruta gloriosa de Colón. Poco tiempo corrido de estos célebres sucesos, de la iglesia Matriz sale bajo palio el ilustrísimo Obispo don Rafael Lasso de la Vega, para recibir a la entrada de la ciudad al Libertador Bolívar. Si ayer hubo desacuerdo entre la Jerarquía y la República, hoy se absuelven en Trujillo las diferencias y, arrodillado ante el Altar y el Obispo, el Padre de la Patria recibe solemnemente la bendición del Sacramento, como anuncio del patronazgo eucarístico que a la República serále concedido a boca del Siglo XX. Si ayer hubo fiesta por el armisticio con España, hoy los espíritus comprenden que un nuevo signo de paz se aposenta en la herradura heráldica de la ciudad afortunada. Bolívar, en nombre del Estado, ha avanzado a mostrar la necesidad de que reine la inteligencia entre el brazo que sirve de apoyo a las instituciones públicas y la palabra que orienta el destino religioso del pueblo. Antes que pedir humillación al Obispo, el Libertador se parea con él en el tránsito fastuoso por las calles de la ciudad, para después hincar los hinojos ante el Prelado revestido de la dignidad pontifical. Hacen los dos la dualidad delicada y difícil que, distinguiendo las respectivas órbitas, reserva a cada autoridad el tono de su altura y la libertad de su misión. Hay fiesta y regocijo en Trujillo por la doble presencia de los altos poderes del Estado. El pueblo corre toros y trepa las cucañas, de cintas y de luces

engálanse las calles, mientras austeros salones alégranse con flores y con música para el festejo de Bolívar. Las damas sonríen a los bravos capitanes que han llenado de lauros la historia de la Patria. El Libertador ágil, galante y alegre, más que homenajeado, parece amable anfitrión, empeñoso de hacer que el regocijo no decaiga un momento entre los numerosos invitados. ¿Y cómo ha de estarse sino pletóricos de júbilo ante el héroe magnífico que ha asegurado la vida de Venezuela? Si Bolívar es la Patria. Si Bolívar es América. Si Bolívar es la consubstanciación del verbo de la libertad y de la justicia de los pueblos.

Pasan las sombras como en veloz cosmorama y tras las horas regocijadas de los días de la victoria, viene la lucha dura de la República. Trujillo ha recuperado su autonomía de provincia. Gobierna en ella nada menos que el doctor Ricardo Labastida. En la región y fuera de ella el nombre de este egregio varón es prenda de sabiduría, de rectitud, de elocuencia y de justicia. Si en Labastida la dignidad cívica está asegurada por su dominio de las leyes, en Cruz Carrillo se hace paradigmática, pese a haber sido el cuartel la universidad donde formara su carácter. El viejo prócer en sus días finales de 1860 recuerda las cargas maravillosas y terribles de Boyacá y de Carabobo, como relámpagos que iluminan la noche profunda y dolorosa de su ceguera, a la par que complácese en memorar los grillos que padeció por defender las instituciones civiles. En una esquina de la ciudad platican dos eminentes ciudadanos. Don Manuel María Carrasquero acaba de hacer salir de la provincia una fuerza militar, sin su autorización de Gobernador introducida en los linderos jurisdiccionales. Carrasquero es la expresión cabal del ciudadano para quien el Poder no es sino feliz oportunidad de servir y de hacer respetar las leyes. Hombre de acero y luces, su entereza brilla como lección de decoro republicano. Sostenido en airosa muleta, su interlocutor escucha atento y complacido las palabras del honesto magistrado. Es frecuente el caso de estos caballeros lisiados en la sociedad venezolana. Son los testigos de la guerra magna, en quienes la invalidez mantiene vivo el recuerdo de la hazaña gloriosa. El coronel Juan Nepomuceno Urdaneta, cabeza de una estirpe ilustre, ha fundado en Trujillo

hogar de prez, en cuyo seno el relato de la epopeya se sostiene sobre el mismo metal de voz con que pudo Esquilo relatar la derrota de los persas.

Viven la ciudad y la provincia tiempos cargados de emoción y alumbrados por planes de progreso. La política embarga la mente de sus hombres principales y los aguerridos caudillos descansan en los campos labrantíos mientras el cuerno bélico anuncia la hora de poner la gente en pie de guerra. Mas, ésta de ahora no es la guerra que hace héroes para gloria de la Patria. Los personalismos dominan sobre los intereses de la comunidad y la sangre que se derrama en las batallas sirve de abono a los odios y no de aliento al patriotismo. Como en lucha que decidiese la propia razón de ser de la nación, se traban el General Juan Bautista Araujo y las tropas forasteras de Rafael Pulgar. Trujillo se rinde a tiempo que el leonino caudillo de la barba fluvial gana la vía de los páramos, en pos de ruta certera hacia la vecina Colombia. Ayer el sagaz magistrado José Emigdio González salvó a la región de las huestes federales. Hoy, el guzmancismo necesita doblegar y castigar la resistencia de Araujos y Baptistas, y la ciudad de Trujillo es entregada al pillaje de la fuerza de Pulgar. Hasta los viejos, amarillos, venerables archivos del Colegio Nacional son pasto del fuego destructor. Con los anales del prestigioso instituto, desaparecen los anales, también del convento que a fines del Siglo XVI fundó el reverendo Fuenlabrada, cuando los beneméritos franciscanos fueron a Tierra Firme a sembrar la semilla de la fe y de la caridad cristiana. En vano esfuerzo por borrar el ingrato recuerdo de estos hechos de barbarie, Guzmán Blanco eleva el antiguo colegio trujillano a efímera categoría de Universidad, mientras Eusebio Baptista, oyendo las voces de su pueblo vejado, se erige frente al déspota en rectilínea conciencia empeñada en el denuncio de los crímenes contra la libertad y el decoro de los ciudadanos.

Gratas imágenes, vecinas a la contemporaneidad, van apareciendo entre la niebla que vela la visión de la ciudad pacífica. Ancianos venerables, cuyos rostros se juntan con las primeras luces que en mi espíritu prendió el paisaje amoroso de Trujillo, surgen en la

memoria con contornos precisos y recios. Sombras que ayer tuvieron vida en el ambiente donde se formó mi voluntad de hombre, vienen a hablarme con la fuerza poderosa de la tierra. Larga teoría de varones ejemplares por el saber y la dignidad cívica, como don Rafael María Urrecheaga; abnegados servidores que, a luces de ciencia y a decoro cívico, unieron derramado espíritu de servicio, como el doctor Diego Bustillos; recios forjadores de riqueza, que pusieron empeño en fomentar la cultura intelectual y el adelanto material del pueblo, ya promoviendo los férreos binarios donde se desliza el ferrocarril que acerca el puerto a la montaña, ya dando impulso a la escuela popular y al ágil periódico, como don Juan Bautista Carrillo Guerra; varones santos que se despojaron de toda materialidad para enriquecer su alto espíritu por medio de la desnudez evangélica, como Monseñor Estanislao Carrillo. Acá quedaron éstos, mientras otros de egregio tamaño y ámbito fecundo, fueron a sembrar en diversas partes de la República la milagrosa semilla del saber y la bondad. Lejos de su región natal crecieron para el ejemplo perenne Caracciolo Parra, heroico Rector en Mérida; el Padre José Manuel Jáuregui Moreno, columna granítica de la cultura de Occidente; el sabio José Gregorio Hernández, cuyo birrete de doctor se esfuma bajo el halo maravilloso del Santo; Rafael Rangel, investigador insigne que ilustra, como sombría letra historiada, las páginas primeras de la Bacteriología nacional; Monseñor Miguel Antonio Mejía, quien después de haber cebado lámparas en el espíritu de la juventud de Trujillo, fuese a proseguir en Guayana la obra episcopal que dio relieve a su antecesor, el altivo trujillano don Antonio María Durán; hay políticos, hay poetas, hay sabios, hay guerreros, hay industriales, hay labriegos, que son prez y sentido de la tierra; hay pueblo humilde y sufrido y olvidado, cuyas espaldas sirvieron de soporte a la prosperidad ajena y en cuyo espíritu absorto y sencillo se recogen hoy las voces que mejor guardan el secreto valioso de la dignidad de la nación. Escuchar éstas, es caso imposible; evocar a aquéllos, sería deseable en esta hora de recordación solemne del pasado de Trujillo. Sin embargo, en parte y a través de la sonrisa festiva de la anécdota, he hecho un llamado amoroso a la grata memoria de valiosos trujillanos cuya voz precisa escuchar siempre. Para que el pueblo nuevo tenga

la visión de sus méritos, he buscado en ellos, junto con la palabra magistral, el tono suave que mejor los presente en su función de abuelos generosos. Son ellos, en realidad, suerte de patrimonio decoroso que mano alguna es capaz de arrancar de nuestro gozo perenne. Sombras ilustres que yo evoco en esta hora dolorosa de mi ausencia de la Patria, desde la altiva figura del empenachado conquistador que domeñó la rebeldía aborigen, hasta esas siluetas vagas y escurridas, cuyos pasos parece que labrasen alfombras de silencio, como la inefable Sor Florentina Castellanos —última expresión en el Trujillo del Siglo XX del Trujillo del Siglo XVII—, todas ellas, así sobradas de vigor, pálidas así como rayos de luna mortecina, me pertenecen como don preclaro y permanente.

* * *

En el orden material se me ha podido privar del disfrute de bienes que son substancia de mi propia vida. No me es dado respirar hoy el aire blando de mi ciudad natal, ni menos puedo doblar devotamente la rodilla sobre la tierra amada que protege el sueño transitorio de mis padres. Todo se me ha arrancado en apariencia, mas no ya el señorío sobre mi propio mundo cargado de sueños y tristezas. Lejos de lo que es mío por gravedad de Historia y por tígulo de angustia, me siento, en cambio, dueño de mi altivo dolor. "Podréis hacerme abdicar de mis glorias y de mi Estado, pero de mis tristezas, no", hace decir a Ricardo II el misterioso Shakespeare. Todavía soy rey de mis tristezas y de mis sueños, puedo exclamar, al igual del desafortunado personaje: mas no rey servil de una cultivada tristeza para llorar como vencido, sino señor de recio dolor que da subida claridad y lustre más intenso a la fuerza de mis sueños. Mayor limpidez así tendrá mi voz y tono más altivo alcanzarán así las palabras que dirijo a mis hermanos de Trujillo, a la hora feliz en que la ciudad que es cabeza y germen vital de la región, se acerca al peso y a la dignidad de contar cuatrocientos años de existencia.

Para hablarles en trujillano cabal, he querido entonar mi áspera voz antigua con la gravedad que le trasmite el tornavoz de las recias

bóvedas de piedra, a cuyo amor formó su espíritu de cruzado el ínclito Diego García de Paredes. Faltará a mis pies la legítima tribuna alzada junto al pedestal de Bolívar o de Mendoza; en cambio, empinado sobre el roquedal de la vieja Trujillo mi mensaje adquiere eficacia de simbólico pregón, que llama a los hijos de la región trujillana a la devota memoria de los anales fecundos del pueblo. Ningún sitio mejor para el anticipo de la voz festiva, que este altivo berrocal de donde fuele el fundador y fuele el nombre que, a través de España, de Roma y de Atenas, atan su destino moral al mundo imperecedero de Cristo.

Jamás ha sido rendido quien tuvo voluntad de vencer. Así no alcance el objetivo inmediato de su esfuerzo, tras la aparente derrota, logra, en cambio, el regusto de un triunfo mejor aquel que esperó el final de la jornada para graduar la calidad del éxito. Con divina elocuencia el Salmista dícenos cómo "cosechará entre cánticos quien abonó con lágrimas la tierra". Sobrado de miel, al goloso fatiga el panal; empero, quien sólo recibió la cera amarga, quedó por dueño y señor de la substancia de la luz. Sobre mis espaldas, pues, el zurrón de las semillas y la carga de la cera, detengo hoy el paso peregrino, para hacer alto en sitio donde mi luz se encienda para alumbrar de amorosas palabras la historia de mi ciudad natal. Por fortuna mía y para eficaz lección de fortaleza y resistencia, puedo sumar a mi voz las esencias imponderables que duermen en las mismas invariables recias piedras que sirvieron de espejo de energía y paciente aguante al egregio fundador de la Nueva Trujillo.

Desde la Trujillo extremeña, con voz que junta a un pasado lleno de descomunales hazañas, el vaticinio entusiasta surgido a la nostalgia de la patria lejana, el hijo de la Trujillo reciente se descubre ante el recuerdo de la madre distante. Superando el incendio de los odios mostrencos e inútiles, que a muchos reseca las palabras, yo saludo a mis hermanos de Trujillo con el verso esperanzado que en nuestro himno regional dícenos cómo

en la Historia Santana es Amor...

Cuando el poeta opuso al indómito valor de Ribas en Niquitao el diálogo sosegado de Bolívar y Morillo en la inmortal Santana, consignó en la tabla educativa del pueblo una valentísima intuición. Con el arrojo enderezado a fijar la realidad de la Patria independiente, pareó, y en grado de excelencia, el precio de las virtudes que dan robustez y sentido a la comunidad. A perfume derramado en la cabeza y que baja por las barbas de Aarón, compara la Escritura la existencia pacífica de los hermanos. A esa unión feliz tiende por sobre todo otro destino la ciudad. Ni la torre altiva, ni el resistente muro, ni la anchurosa plaza, ni el teatro cómodo hacen su seguridad y su ventaja. La ciudad, sobre el valor de la piedra y el peso del ladrillo, es una fornida comunidad de hombres que, sintiéndose comprometidos en una misma empresa de cultura, se esfuerzan tanto por levantar su propia conciencia de humanidad como por alzar el tono que les hace sentir y amar más vivamente la existencia misma.

Comienza su vida la ciudad en el diálogo modesto que antes que aquél partirse, mantiene el trabajador que permanece en el sembrado o junto al fuego donde cuece el tiesto primitivo, con el hermano salido a la aventura de la caza o de la pesca. Se bifurcan las actividades para satisfacer mejor las urgencias de la vida. Al uno el trabajo sedentario; al otro la conquista de lo distante. Corre aquél los caminos lejanos; teje aqueste el verso tosco, donde se apoya la memoria de los antiguos fastos. Para asegurar la distribución de los bienes que dan sosegado ritmo a la existencia, luego se someten al consejo y a la autoridad de quien, por sus nobles acciones, mejor garantiza el disfrute del suelo y la tranquilidad del sueño. Empresa de crecer para dar ámbito al espíritu, la comunidad realiza lo que a todos conviene en función de la causa final por donde la vida tiene sentido y clave. Sobre lo que le da bulto en el plano externo, gana señorío la ciudad interior, buscadora de lucimiento para los espíritus empeñosos en ganar los supremos ideales que hacen placentero el curso de la Historia.

Problema de unidad y de concordia, la ciudad, cuando no siente en sí y en su provecho la presencia creadora y alegre de todos los

hombres que constituyen su plasma cívico, son como castillos sin barbacanas y como torres sin voz. Ciudades vacías, así se mire en ellas apretujada gente; tristes ciudades, se oigan así en su recinto pífanos sonoros y altivas trompetas, aquellas donde la discordia reina y cuyas puertas fueron cerradas arbitrariamente para el regreso de los hijos ausentes.

A superar estos reatos dolorosos deben activamente enderezar su esfuerzo quienes aspiren a ver cimados de gloria los blasones que sirven de símbolo a la ciudad. Poco precio tiene la recordación de las antiguas hazañas y de los audaces gestos de los antecesores, si de ellos no se extrae una lección decorosa que ayude y beneficie el convivio nuevo. Vivir, existir, constituye una actitud que supone relación e inteligencia. No se vive solo. Se vive con seres que complementan nuestro propio sentido de la existencia. La ciudad es justamente la metodización de todos los esfuerzos enderezados a hacer fácil y segura la vida de hombres nacidos y formados bajo un mismo signo histórico. Pulir y recalentar los valores que animan a esos signos, es la función y la finalidad de las recordaciones centenarias. Con ellas gana nueva perspectiva el destino de los hombres, que ayer se juntaron para dar fecundo impulso a la cultura. No modifica al pasado la acción de los hombres presentes; empero, nuestro comportamiento, al dar vida nueva a los hechos antiguos, transfigura, hasta descubrir en ella valores insospechados, la conducta de los antecesores. El sentido optimisma de la tradición y de la Historia lleva a exprimir nuevas vivencias de las acciones de los hombres antiguos. Cuando evocamos la procera gesta y cuando reflexionamos sobre la actitud ejemplar de los grandes muertos, agregamos a nuestra conciencia actual algo de lo que en ellos no se hizo Historia.

Parezca así recoleta la finalidad de estas conmemoraciones, cuando las ciudades y las naciones se festejan a sí mismas, afirman, sobre sillares de tiempo, los valores que les dan sentido y personalidad en el cuadro general de la existencia humana. Al ser y sentirse más ciudades y más naciones, se sienten y se saben con mayor fuerza

para servir a la obra conjugante que persigue el esfuerzo universal de los hombres.

Caerán en la tumba nuestros huesos, mas en la trama histórica tan presentes y vivos quedan los hombres que supieron cumplir su deber, como los que hoy trabajan con éxito feliz y como los que en el secreto del germen esperan el llamado del tiempo. Para el buen ciudadano no hay temporalidad inválida sino luminosa permanencia en el área de la creación. Nutridos de esos fecundos, generosos, nobles sentimientos nos es fácil comprender cómo por el amor a la ciudad y a la nación, aseguramos anchos caminos para ganar el mundo. Así, también, sabremos, pese a la desgana de quienes miran en estas circunstancias mostos propicios para sólo la embriaguez romántica, como al ir al encuentro del poderoso pasado de la ciudad, ayudamos a reedificar y a fortalecer los muros de la ciudad nueva...

Trujillo de Extremadura y Madrid,
verano de 1956.

COLOFON

A cuatro años de distancia de la Patria, he escrito estas líneas con el mismo sentido de realidad nacional que me diera el vivir al amor de sus aires generosos. Al asumir una vez más el tono de alerta que desde largos años caracteriza mi palabra de escritor, siento que humildemente cumplo el deber que me marcó el destino entre los hombres de mi tiempo. Tediosamente insisto sobre la necesidad de remover los mostos del pasado para exprimir de ellos el sano y altivo espíritu que mejor nos guíe en la conquista de un futuro pleno de autenticidad y resistencia. Jamás he logrado explicarme la visión negativa y cadavérica de quienes miran la Historia como materia de museo. Para mí la Historia tiene un valor de placenta en plenitud funcional. Romper el cordón que a ella nos une es manera de suicidio moral, muy recomendado, en cambio, por quienes, a causa de no sentir la gravedad de la propia existencia, desconocen su responsabilidad en el orden del ser. Otros, a su modo, aprovechan la cuerda umbilical para estrangular a la criatura nueva y ofrecernos en su lugar un bastardo de inclusa, por donde la estirpe ganaría un falso prestigio cultural. A la alegría de las fiestas centenarias va a sumarse la gravedad de mi regocijada voz de ausente, deseoso de hacerse presente a la hora del deber. Desde la Madre Patria pienso en Trujillo como flor germinal que dio en mi región nativa vida a ciudades y pueblos, cuyos hijos ostentan con amor y orgullo el gentilicio trujillano. Desde la Trujillo materna, yo he visto a la

Nueva Trujillo como anciana venerable, rodeada de los pueblos que de ella surgieron con ímpetu maravilloso de progreso. Ese haz de ciudades, que sirve de corona a la metrópoli regional, mírolo, a la vez, como expresión reducida de la vigorosa unión de las ciudades y de los pueblos que buscan en Caracas la gravedad histórica de la venezolanidad. Impulsado por la fuerza progresiva de estos valores, me siento tanto más venezolano cuanto más advierto el impulso nutricio que me dio Trujillo, y cuanto más siento el reclamo angustioso de Venezuela, más me sé hombre de América y más obligado así a servir la causa de la libertad, de la justicia y de la igualdad que han de reinar entre todos los pueblos y todos los hombres de la tierra. No en balde la madre España nos legó la universalidad de lo cristiano. Sea mi agradecimiento para la Empresa Editorial "El Noticiero", de la muy noble y mariana ciudad de Zaragoza, donde al cuidado cariñoso de don Eduardo Berdejo se han compuesto estas páginas durante los días cargados de angustias y promesas del mes de diciembre del año de gracia de MCMLVI.

LAUS DEO

HISTORIAL BIBLIOGRAFICO DE LOS TEXTOS INCLUIDOS EN EL VOLUMEN 1

Apología de la ciudad pacífica. Caracas: Edit. Elite, 1947. 11 p.

También en: - **El Nacional.** Caracas, 1-11-1947, p. 4.
- **Obras selectas.** Caracas, Edics. Edime, 1954 (1.103 p.) pp. 1019-1032.
Presencia e imagen de Trujillo. Pról. selección y bibliografía de Rafael Ramón Castellanos. Caracas: Biblioteca de Temas y Autores Trujillanos, 5, 1981. (411 p) pp. 83-95.

"Apuntes de mi prisión", **Mario Briceño Iragorry. Su Presidencia del Congreso de la República y otros testimonios. 1945-1959.** Caracas: Edición Homenaje del Congreso de la República, 1985 (131 p.) pp. 55-68.

Incluye facsímil del manuscrito de M. Briceño Iragorry.

"Así ha sido mi vida", **Homenaje a Mario Briceño Iragorry en el sexto aniversario de su muerte (6 de junio de 1958-1964).** Arturo Uslar Pietri y Mariano Picón Salas. Caracas: Edit. Arte, 1964 (34 p.) pp. 9-22.

También en: - **Obras selectas,** 1954, pp. IX-XX. Con tit. "Prólogo general".
- **Presencia e imagen de Trujillo,** pp. 365-376.

En tono de cuento... (Elogio de la abuela para regalo de la nieta). Zaragoza: Artes Gráficas El Noticiero, 1956. 49 p.

Mi infancia y mi pueblo (Evocación de Trujillo). Caracas: Edit. Avila Gráfica, 1951. 116 p.

También en: - **Obras selectas,** 1954, pp. 737-791.
- **Presencia e imagen de Trujillo,** pp. 33-82.

Pequeño anecdotario trujillano. Caracas: Edics. Edime (Col. Temas Nacionales), 1957. 202 p.

También en: - **Presencia e imagen de Trujillo,** pp. 203-363.

Por la ciudad hacia el mundo (Pregón y sentido de las fiestas de Trujillo). Madrid: Artes Gráficas El Noticiero, 1957. 71 p.

También en: - **Presencia e imagen de Trujillo,** pp. 97-140.
Mensaje sin destino y otros ensayos. Selección de Oscar Sambrano Urdaneta. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1988 (574 p.) pp. 241-276.

Primera lección para mis nietas desterradas. Zaragoza: Artes Gráficas El Noticiero, 1956. 18 p.

INDICES DEL VOLUMEN 1

INDICE ONOMASTICO Y TOPONIMICO

Aaron, Los: 382.
Acosta, Cecilio: 45, 195, 203, 362.
Adelantado de Costa Rica: 372.
Aguerrevere, Santiago: 82.
Aguila, María del: 49, 372.
Alameda Rivas: 82.
Aldana, Andrés: 373.
Alegría de la tierra: 113.
Alfínger, Ambrosio: 48.
Almarza, Rosario: 327.
Almarza Prato, Amalia: 327.
Almarza Prato, Familia: 327.
Almarza Prato, José Rafael: 219, 307, 327.
Almarza Prato, Mercedes: 327.
Almarza Prato, Ramón: 327-328.
Almarza Prato, Tula: 327.
Almarzas, Las: 58.
Alquiza, Sancho: 48.
Altuve [Lino del Rosario]: 90.
Altuve, Rafael María: 55, 336.
Alvarado, ?: 106.
Alvarez, Ignacio de: 164, 373.
Alvarez de Lugo, Las: 289, 300.
Amengual, Vicente: 201, 313.
América: 49, 128, 129, 141, 161, 164, 165, 173, 347, 349, 350, 351, 359, 370, 376, 377, 386.

Anales de Tácito: 254.
Andalucía: 349, 351.
Andrade, Ignacio: 230.
Andrea de Ledesma, Alonso: 44, 49, 101, 111, 362, 370.
Andueza, Benito: 307, 335.
Andueza Palacio, Raimundo: 216, 217, 305.
Angarita Arvelo, Francisco: 11, 12.
Aníbal: 364.
Anzola Añez, Carlos Pío: 240.
Anzola Añez, Edmundo: 240.
Anzola Añez, Eloy: 240.
Anzola Añez, Enrique: 240.
Anzola Añez, Froylán: 240.
Anzola Añez, Heraclio: 240.
Añez, Rosario: 58.
Añez, Trina: 58.
Apolo Palatino: 348.
Aponte, Elías: 325.
Aquiles: 364.
Aragón: 359.
Aragua, Estado: 267.
Araujo, Antonio: 240.
Araujo, Benigno: 230.
Araujo, Federico: 271, 323, 325-326.
Araujo, Francisco María (Pancho): 240.
Araujo, Juan Bautista: 33, 199, 215-218, 257, 258, 265, 268, 271, 312, 378.
Araujo, Las: 58.
Araujo, Los: 66, 73.
Araujo, Porcia de: 326.
Araujo Briceño, Pedro: 227, 286, 287.
Araujo de Abreu, Ana: 289.
Araujo de González Pacheco, Pepita: 289.
Archivo de Historia y Variedades:170.
Arévalo, ?: 7, 12, 16, 17.
Arévalo González, Los: 203.
Arias, Justo Pastor: 34, 94, 258.
Aristeguieta, Jesús María: 106.
Aristóteles: 357.
Astronomía Popular: 82.
Asturias: 351.

Atenas: 120, 134, 381.
Augusto: 348.
Austria, Juan de: 372.
El Avila: 26.
Aviso a los navegantes: 110, 113.
Ayala, Ramón: 322.

Balmes, [Jaime]: 82, 114.
Banda Vásquez: 60.
Baptista, Eusebio: 201-205, 322, 334, 378.
Baptista, Francisco: 34, 94, 268.
Baptista, José Manuel: 217, 229, 268, 269.
Baptista, Juan: 268.
Baptista, Leopoldo: 33, 100, 106, 217, 229, 230, 231, 232, 240, 247, 267-269, 285, 302, 312, 322, 325.
Baptista, Victor: 271.
Baptista Martínez, Trino: 251, 312, 321-323.
Baptista Quevedo, Alfredo: 34, 307, 335.
Baralt, Rafael María: 259, 365.
Barbacoas: 113.
Barinas: 169, 173, 375.
Barquisimeto: 196, 255, 286, 330, 349.
Baroja, Pío: 353.
Barreto, Ismael: 240.
Barrios, Enrique María: 34.
Barroeta, Dominga: 208.
Barroeta, Rafael: 335.
Becerra, Delfín: 7, 11, 12, 16, 17, 18, 19.
Beethoven, Ludwig van: 88.
Bello, Andrés: 134, 253, 254, 353.
Berdejo, Eduardo: 386.
Berti, Los: 360.
Betancourt, Rómulo: 15, 20, 112.
Betijoque: 165, 308.
Biaggini, Angel: 22.
Blanco-Fombona, Rufino: 291, 314.
Bocaranda, Francisco: 33, 335.
Boconó, Distrito: 281.
Boconó: 30, 87, 153, 191, 220, 307, 311.
Bogotá: 29, 289.

Bojote de Ceniza: 86.
Bolívar, Los: 51, 163.
Bolívar, María Antonia: 163.
Bolívar, Simón: 18, 28, 31, 44, 100, 134, 163, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 181, 185, 212, 353, 362, 364, 365, 372, 375, 376, 377, 381, 382.
Bolonia: 243.
[Bonaparte], Napoleón: 364.
Borburata: 349.
Borón: 86.
Bournuf: 100.
Boves, José Tomás: 174.
Boyacá: 184, 377.
Braschi, Antonio: 263.
Braschi, Bartolo: 361.
Braschi, Los: 360.
Brasil: 80, 314.
Briceño, Alonso: 62, 67, 159, 374.
Briceño, Antonio María: 164, 240.
Briceño, Antonio Nicolás: 94, 167-168, 171, 172, 264, 373, 375.
Briceño, Asisclo: 87.
Briceño, Braulio: 164.
Briceño, Diego: 68, 160, 374.
Briceño, Emigdio: 373.
Briceño, Gabriel: 223.
Briceño, José Ignacio: 164, 373, 375.
Briceño, Juancho: 78, 235.
Briceño, Los: 50, 67, 159, 170, 281, 359, 360.
Briceño, Marco: 170.
Briceño, Martín: 311-312.
Briceño, Máximo: 90.
Briceño, Miguel Ignacio: 164.
Briceño, Pedro Fermín: 164, 373.
Briceño, Ramón: 33, 243, 335.
Briceño Altuve, Carlos: 219, 302.
Briceño Angulo, Paulo: 137.
Briceño Aranguren, Gloria de los Angeles: 132.
Briceño Capriles, Josefina: 41, 132.
Briceño Casas, Jesús: 34, 290, 335.
Briceño de Graterol, Sancho: 48, 50, 127, 170, 361, 370, 371, 372.
Briceño de Iragorry, Teresa: 120-123, 124, 128, 134, 137.

Briceño Iragorry, Mario: 5-20.
[Briceño Iragorry], Omar: 14.
Briceño Iturrieta, Pablo: 240.
Briceño Linares, Elena: 132.
Briceño Linares, Gisela: 132.
Briceño Linares, Mario Antonio: 132.
Briceño Méndez, Pedro: 169, 170.
Briceño Pacheco, Juan Pablo: 373.
Briceño Picón, Gabriel: 223, 225.
Briceño Picón, Mario José: 5, 6, 7.
Briceño Ravello, Manuel: 78, 99.
Briceño Uricoechea, Garcigonzalo: 132.
Briceño Uricoechea, María Eirene: 41, 119, 133-134.
Briceño Uricoechea, Roberto Bastida: 132.
Briceño Valero, Américo: 149, 151, 219, 234, 290.
Briceño Valero, Ceferino: 105.
Briceño Valero, Jesús: 91.
Briceño Valero, Los: 105.
Briceño Valero, Manuel: 105.
Briceño Valero, Miguel: 105.
[Briceño Valero], Pedro: 72.
Briceño y Briceño, Domingo: 33, 171.
[Briceño y Briceño], Narcisana: 171, 172.
Bruzual Bermúdez, Luis: 12.
Buenaño, ?: 7, 9, 14.
Bújay [Cumbre]: 83.
Burate: 153, 341, 368.
Burdeos: 158.
Burelli, Los: 360.
Burelli Briceño, María Adela: 141.
Burelli Briceño, María Guadalupe: 132-141.
Burelli Rivas, Miguel Angel: 185.
Bustillos, Diego: 34, 70, 218, 221, 235, 264, 303, 314, 379.
Bustillos, Familia: 220.
Bustillos, Juan Francisco: 305-306
Bustillos, Juan Pablo: 82, 220, 235, 253-255.

El caballo de Ledesma: 11, 112.
Cabrera Malo, Rafael: 108.
Calcaño, Eduardo: 291.

Calcuta: 277.
La Caldera: 78, 83.
Calderón de la Barca, Pedro: 351.
California: 361.
El Calvarito: 57.
Calle Abajo (Trujillo): 190.
Calle de la Regularización: 123, 207.
Calle del Comercio (Valera): 309.
Calle Independencia (Trujillo): 228, 282, 302.
Callejón de las Trincheras: 209.
Callejón de los Carrillos: 302.
Camacho, Francisco: 349, 370, 371.
Candilito: 293.
Cano, [Alonso]: 237.
Capacho: 232.
Capitolio Federal: 95, 175, 231, 292.
Capriles, Manasés: 302.
Carabobo, Batalla: 186. 377.
Carabobo, Estado: 21.
Caracas: 43, 44, 47, 48, 50, 64, 67, 68, 70, 87, 94, 99, 106, 108, 110, 125, 127, 133, 157, 159, 161, 162, 163, 167, 171, 211, 217, 232, 234, 243, 273, 277, 292, 293, 302, 311, 312, 315, 318, 322, 325, 348, 373, 386.
Carache: 220.
Carapita: 267.
Carbonell, Diego: 108, 185.
Cárdenas, Juan de: 353.
Carlos IV: 161.
Carlos I de España: 36.
Carlos V: 364.
Carmania: 181, 375.
Carmen Saeculare de Horacio: 348.
Carnevali, Los: 360.
Carnevali Monreal, Angel: 34, 221, 291, 335, 361.
Caro, Rodrigo: 89.
Carora: 44, 48.
Carranza, Eduardo: 99.
Carrasquero, Manuel María: 34, 195-197, 203, 377.
Carreño, Eduardo: 314.
Carrillo, Alfredo: 264.
Carrillo, Antonio J.: 16.

Carrillo Cruz: 33. 105. 181. **185-186**, *377*.
Carrillo. Etanislao: 58. 61. 96. 209. 219, 230, 235. 296, **329-331**, **379**.
Carrillo. Los: 359, 360.
Carrillo. Ricardo: 84-85.
Carrillo Guerra. Juan Bautista: 34, 230, 235, **263-265**, *307*, 315, **379**.
Carrillo Guerra. Juan José: 69.
Carrillo Márquez. Familia: 315.

Carrillo Márquez, José Tomás: 302, **315-316**.
Carrillo Monreal, Lisímaco: 185, 186.
Carrillo Rojas, Julio: 208, 240.
Cartagena: 48, 372.
Cartagena del Levante: 49, 372.
Cartilla astronómica de Juan Pablo Bustillos: 254.
Carujo, Pedro: 175-176.
Carvajal: 231.
Carvallo, Inocente: 215.
Casa León, Marqués de: 112, 113.
Casa León y su tiempo: 110, 112.
Castellanos, Sor Florentina: 79, 380.
Castilla: 123, 150, 344, 350, 351.
Castillo, [Lucas Guillermo]: 325.
Castillo Rocha, Víctor: 272.
Castro, Cipriano: 54, 55, 73, 95, 216, 230, 231, 232, **247-249**, 257, 258, 259, 267, 285, 286, 292, 293.
Castro, Enrique: 181.
Castro, Luis de: 371.
Castro de Parra, Nieves: 385.
Cavour, [Camillo]: 215.
Ceballos Delgado, Manuel: 240.
Cegarra, Joaquín: 307.
Cegarra, Las: 58.
Cegarra, Miguel: 33.
Cegarra de Guzmán, Feliciano: 96, 199.
Centro Industrial (Tipografía): 308.
Cerrada, Isabel de: 371.
Cervantes y Saavedra, Miguel de: 372.
El Cerrito: 57.
Cerro Copey: 285.
Cerros de Vichú: 78, 83.

César: 362.
Cisneros, [Francisco Jiménez de]: 66.
Cisneros, José Luis: 78.
Ciudad Bolívar: 94.
Coimbra: 245.
Cojelacalle: 86.
Colina Montilla, Rafael: 34, 291, 292, 335.
Colombia: 106, 173, 179, 215, 216, 375, 378.
Colón, Cristóbal: 127, 132, 376.
Cols, Rodríguez (flia.): 301.
Coll y Vehí, José: 254.
El Collado: 347.
Condado de San Javier: 50.
Contreras, José Asunción: 334.
Controversias de Alonso Briceño: 159.
Copey (Operación): 332.
Corbiére, [Christian]: 85.
Cornielles, Josefa de: 49.
Cornielles Briceño, Francisco: 49, 51, 372.
Coro: 28, 43, 211, 325, 330, 349.
Coronado, Las: 58.
Corrigan, [Frank P.]: 8, 9.
Crema, Los: 362.
Crespo, Joaquín: 203, 229, 311.
Cruz, San Juan de la: 353.
Cruz Verde: 209.
Cuervo, Rufino José: 253.
Cueva, Benito de la: 157.
Cuicas: 28, 29, 78, 150, 154, 349, 368.
Cumaná: 318, 330, 348.
Curazao: 267, 285, 322.

Chalbaud Cardona, Antonio: 12, 15, 16.
Chimbangle, Juan: 86.
Chinácota: 213.
Chirinos, Pablo: 191.
Chuecos, Blas Ignacio: 34, 335.
Chuecos Picón, Raúl: 185.

Da Vinci, Leonardo: 85.
Daboin, [Rafael María]: 215.

Darío, Rubén: 295, 353.
David: 322.
Davoin, Tomás: 371.
De Bellard, Los: 362.
Delgado Chalbaud, Román: 316, 319.
Delgado Chalbaud, Carlos Román: 7, 9, 10, 11, 16, 20, 319.
Depons, [Francisco]: 42.
Diálogos de José Coll y Vehí: 254.
Díaz de Vivar, Ruy: 344, 353.
Diderot: 107.
Dimensión y urgencia de la idea nacionalista: 113.
Distrito Federal: 228.
Dolge, Los: 362.
Domínguez, Indalecio: 336.
Doña Bárbara [Araujo]: 289.
Dubuc, Enrique María: 330, 333.
Dubuc Arias, Augusto: 240.
Duque, José Escolástico: 260, 261.
Durán, Antonio María: 179, 330, 379.
Durán, Manuel: 179.

La Edad de oro de José Martí: 88.
Edelmira [Tía]: 58.
El Avance: 308.
El Dorado: 292, 349.
El Eco Andino: 106.
El Heraldo: 61.
El Matacho: 82, 90, 240, 282.
El Molino (Finca) [=Miraflores]: 89, 239.
El Nacional (Siglo XIX): 171.
El Perro: 329, 331.
El Renacimiento (Talleres): 307.
El Tocuyo: 28, 48, 349.
El Trujillano: 307.
El Vergel: 81.
Embajada Americana: 8.
Emiliano "El Patón": 84.
Empresa Editorial "El Noticiero": 386.
Ernst, Adolf: 89.
Esaá, Rafael: 203.

Escoto, Juana: 371.
Escuque: 30, 60, 182, 308, 341, 346, 368.
Esnujaque: 30.
España: 30, 47, 49, 80, 129, 149, 150, 154, 165, 207, 334, 350, 351, 371, 375, 376, 381, 385.
España, José María: 362.
Esperanza, Alonso de: 153, 154.
Esquilo: 378.
Esquina de la Cárcel: 302.
Esquina de las Monjas: 220.
Esquina de los Carrillos: 227, 302.
Esquina de los Duranes: 282.
Esquina de los Mendozas: 207.
Esquina de los Muñecos: 239, 301.
Esquina de San Francisco (Caracas): 203, 204.
Esquina de San Francisco: 237, 282.
Esquina del Padre Miguel: 207.
Esquina del Padre Sierra (Caracas): 322.
Esquina del Sol: 255.
Esquina del Tutilimundi: 207.
Estado Los Andes: 95, 216, 281, 311.
Estados de la Unión: 95.
Estados Unidos de Norteamérica: 80, 234.
Europa: 87, 89, 108, 113, 126, 150, 273, 277, 313, 354, 356.
Extremadura: 351.

Falcón, Juan Crisóstomo: 194, 211.
Fantoches: 5.
Faure, José Luis: 300.
Febres Cordero, Antonio: 234.
Febres Cordero, Tulio: 170.
Federico El Grande: 181.
Felipe II; 350, 372.
Fernández, [Bartolomé]: 367.
Fernández, Pedro: 164.
Fernández Carrasquero, Los: 195.
Fernández de León, Los: 102.
Fernández de Oviedo [y Valdés, Gonzalo]: 30.
Fernández Peña, Los: 229.
Flammarion, Camilo: 82.

Florencia: *129*.
Fonseca, José Amilcar: 34, 67, 68, 149, 151, 157, 195, 234, 301, 302, 303.
Fonseca, José Félix (hijo): 302, 335.
Fonseca, José Félix: 219, 301-303.
Fonseca, José María: 302.
Fontiveros, Santiago: 285-287.
Foustel de Coulanges, Numa-Denis: 41.
Francia: *80*, *157*.
Freud, [Sigmund]: 342.
Fuenlabrada, Francisco: 237, 378.
Fuenmayor, [Emiro José]: 162.
Fundo La Esperanza: *269*.

Gabaldón, Arnoldo: 48.
Gabaldón, Fabricio: 193-194, 302, 303.
Gabaldón, José de: 163-165, 193, 301.
Gabaldón de Bustillos, Josefa: 303.
Gabaldón, Los: 164, 165, 359.
Gabaldón Márquez, Joaquín: 6, 240.
Gaceta de Venezuela: 171.
Galavís, Félix: 313.
Gallegos, Rómulo: 112, 353.
Gallegos Celis, Rafael: 285.
Gamboa, Juan de: 160.
García, José María: 19, 271-272.
García Bacca, Juan David: 159, 362.
García de Paredes, Diego: 28, 60, 247, 342, 345, 346, 347, 349, 368, 369, 370, 381.
García de Paredes, Diego (Padre): Véase Sansón de Extremadura.
García González, Rafael: 32, 291, 307, 335.
García Lorca, Federico: 122.
García Yanes, Enrique: 217.
Garibaldi, Giusseppe: 215.
Gente de ayer y de hoy: 110.
Gil Borges, Esteban: 291.
Gil Fortoul, José: 312, 322.
Gitanos: 122-123.
Gobierno Revolucionario: 15.
Godoy, Pedro José: 185.
Goethe, [Johan Wolfgang]: 126.

Golfo de Cariaco: 94.
Goliat: 322.
Gómez, Juan Vicente: 51, 52, 73, 112, 232, 248, 267, 268, 269, 271, 272, 274, 285, 293, 312, 318, 319, 322, 323, 325.
Gómez Carrillo, Cristóbal: 371.
Gómez Cornielles, Francisco: 372.
Gómez Cumel, Ana: 371.
González, José Emigdio: 33, 189-190, 193, 211, 217, 229, 268, 378.
González, Juan Vicente: 362.
González, María: 371.
González, Sinforiano: 69, 220, 235.
González, Víctor de Jesús: 71, 208.
González Cabrera, Jesús: 5.
González de Acuña, Antonio: 69, 73.
González de Silva, Garci: 372.
González Guinán, Francisco: 201.
González Márquez Febres, Los: 221.
González Pacheco, Rafael: 33, 100, 229, 230, 231, 232, 251-252.
González Rincones, Salustio: 278.
Gonzalo Salas, Juan Antonio: 185, 228.
Grajales de Dupuy, Josefa: 186.
Gramática de Andrés Bello: 254.
Grammont de la Mote, Francisco Esteban: 42, 47, 59, 66, 73, 157, 374.
Gran Bretaña: 80, 245.
Gran Estado Andino: 106.
Graterol, Francisco de: 370.
Graterol, José María: 295-297.
Graterol, Pedro de: 50.
Graterolo, Francisco: 50.
Guanaguanare: 48.
Guanare: 193, 220, 311.
Guayana: 179, 245, 317, 330, 379.
Guerra, Juan: 55.
Guerrero, Luis Beltrán: 53.
Guzmán Blanco, Antonio: 52, 201, 202, 203, 204, 205, 212, 215, 216, 258, 260, 291, 376.

Hacienda de Miraflores: 89, 239.
Hacienda El Pazguate: 81, 169, 255.
Hernández, José Gregorio: 34, 94, 243, 273-275, 277, 279, 379.

Hernández Bello, José Domingo: 34, 94, 258.
Hernández Solís, Luis: 6.
Herrera, Gustavo: 52.
El hijo de Agar: 110.
Hiroshima: 111.
Hitler, Adolfo: 111, 356.
Hobbes, [Thomas]: 88.
Homero: 88.
Horacio: 348.
Horas: 108, 110.
Hospital de Caridad: 235.
Hospital de La Chiquinquirá: 96.
Hotel Saint Amand: 330.
Hoyo Caliente: 57.
Hugo, Victor: 107.
Humboldt, [Alejandro de]: 107.
Hurtado de Mendoza, Cristóbal: 264, 373.
Hurtado de Mendoza, Los: 195.

Icaque: 349.
Imprenta Santana: 307.
India: 277.
Inglaterra: 175.
Introducción y defensa de nuestra historia: 113.
Iragorry, Amelia: 121.
Iragorry, Andrés: 137.
Iragorry, Andrés (Tío): 238.
Iragorry, Andrés María: 121, 125, 126, 137.
Iragorry, Augusto: 121.
Iragorry, Enriqueta: 121.
Iragorry, José Rafael: 121.
Iragorry, María: 121.
Iragorry, Pompeyo: 121.
Iragorry [de Márquez], Domitila: 121, 127.
Italia: 89, 238, 361.

Jahn, Alfredo: 53, 82, 234.
Jajó: 215.
Jáuregui Moreno, José Manuel: 34, 94, 203, 243, 256-260, 377.
Javor, Ladislao: 68.

Jerusalen: 245.
Jipijipi: 86.
Jovellanos, [Gaspar Melchor de]: 107, 233.
Juan II: 349.
Juanota: 86.
Juárez, Benito: 353.
Junta Provincial: 162.
Junta Revolucionaria: 8, 10, 11, 20.
Jurado, León: 313.

Kavour, Véase: Cavour, Camillo.
Kierkegaard, Soren: 342.

La Bastida, Francisco de: 361, 370.
La Ceiba: 373.
La Cristalina: 83.
La Grita: 49, 258, 260.
La Guayra: 163, 174.
La Lagartija: 86.
La Otra Banda (Trujillo): 56, 57, 69, 81, 186, 237.
La Peña del Loro: 78.
La Pira, Giorgio: 129.
La Plazuela: 65, 87.
La Puerta: 181.
La Siete Frentes: 86.
La Sulamita: 89.
La Tonta Espíritu: 86.
La Tres Plátanos: 86.
La Tuchica: 86.
La Victoria (Aragua): 232, 285.
La Voz de Valera: 308.
Labastida, Las: 359.
Labastida, Ricardo: 33, 175-177, 195, 264, 377.
Laín Entralgo, [Pedro]: 358.
Lara: 215, 243.
Las Antillas: 322.
Las Araujas: 57, 81, 169, 237.
Las Casas, Familia: 58.
Las Casas, Bartolomé de: 352.
Las Indias: 51, 347.

Las Piedras (Trujillo): 69.
Lasso de la Vega, Rafael: 31, 376.
Le Monde: 321.
Lecturas venezolanas: 111.
León, Carlos: 243, 314, 335.
León, Juan Francisco: 362.
Leoni, Raúl: 20.
Lepanto: 372.
Level de Goda, Luis: 113.
Libro becerro del Municipio: 302.
Lima: 69, 159.
Lima Sierralta, Carlos de: 240.
Linares, Andrés: 33.
Liscano, Juan: 57.
Litton, Strachey: 150.
L'Olonais: Véase Nau, Juan David.
Londres: 275.
López Centeno, Juan Pablo: 12, 15.
López Contreras, Eleazar: 5-12, 18, 52, 112, 313, 326.
López Henríquez, David: 17, 19.
López Rodríguez, José Vicente: 274.
Lorca: 49.
Los Cedros: 186.
Los Teques: 16.
Losada, Diego de: 44.
Loscher Blanco, ?: 7, 8, 18.
Lovaina: 245.
Lovera, Juan: 125.
Lozada Hernández, Rosendo: 6.
Lucía Inquieta: 86.
Lugo, Aparicio: 60, 307.
Lugones, Leopoldo: 295.

Llanos del Cenizo: 47, 51.
Llavaneras, Juan: 33, 164-165.
Llavaneras, Nicolasa: 163, 193.
Llavaneras Carrillo, Claudio: 219, 302.
Llavaneras Carrillo, Jesús Antonio: 336.

Maceo, Antonio: 353.
Machado, [Antonio]: 351.

Machado, José Eustaquio: 322.
Machado, Oscar Augusto: 9.
Madrid: 126, 161, 384.
Maldonado, Juan: 29.
Maldonado, Pedro Pablo: 336.
Mancera, Pedro: 86.
Mannucci de Araujo, María Dolores: 289-290.
Manresa: 127.
Mano Merejo: 86.
Manofey: 86.
Manrique, Jorge: 119.
Manuel, El Muerto: 86.
Mar Caribe: 143, 352.
Maracaibo: 48, 66, 67, 87, 91, 143, 159, 162, 171, 199, 259, 285, 349, 372.
Maracay: 269, 272, 325.
María Benicia: 58.
María de los Angeles (La Pola): 129.
Marianela, Marqués de: 49, 372.
Marín Granizo, Andrés: 272.
Maritain, Jacques: 111, 114.
Márquez, José Felipe: 336.
Márquez, Los: 359.
Márquez, Martín José: 209.
Márquez, Nicolás: 240.
Márquez Añez, Martín: 209.
Márquez Bustillos, Juan José: 89, 239-241.
Márquez Bustillos, Martín: 209.
Márquez Bustillos, Victorino: 217, 264, 283, 285, 311-313, 323.
Márquez de Carrillo, Rosario: 315.
Márquez Febres, Los: 221.
Márquez Febres de González, Nicolasa: 220.
Márquez Iragorry, José María: 12, 14, 17, 100.
Marsella: 158.
Martí, José: 88.
Martí, Mariano: 62, 84.
Martínez, Francisco de Paula: 33, 251, 335.
Martínez, Juan Agustín: 251, 336.
Martínez, Los: 251.
Martínez, Pedro: 251, 264.
Martínez, Víctor Rosa: 251-252, 290.

Martínez Áldana. Wenceslao: 251, 290, 335.
Martínez Salas. Luis: 34, 251, 335.
Martínez Sierra, [Gregorio]: 122.
Mata Guzmán, Juan de: 203.
Matheus, Gabriel: 34, 94, 243.
Matheus, Manuel María: 306.
Maurois, André: 116.
Maya de Urdaneta, Alcira: 227-228.
Mayorazgo de Cornielles: 51.
Medellín: 347.
Medina, [Eliseo]: 14.
Medina Angarita, Isaías: 5, 6, 7, 10, 11, 12, 15, 16, 17, 18, 21, 52, 54, 234, 326.
Mejía, Alfonso: 318.
Mejía, José Armando: 290.
Mejía, José Clemente: 330, 333-334.
Mejía, Los: 359.
Mejía, Lucas: 372.
Mejía, Miguel Antonio: 290, 295, 308, 317-319, 334, 379.
Mendoza: 171, 174, 181, 182, 183, 218, 306.
Mendoza, Angel Francisco: 373.
Mendoza, Cristóbal: 33, 50, 173-174, 381.
Mendoza, Los: 50, 70, 360.
Mendoza, Manuel Fernando: 228, 307.
Mendoza Briceño, Jesús: 94.
Mensaje sin destino: 113.
Mérida: 29, 48, 49, 74, 106, 108, 167, 186, 201, 207, 217, 223, 228, 243, 244, 245, 253, 258, 260, 308, 327, 330, 333, 347, 370, 379.
Mérida (España): 346.
Mesa de Esnujaque: 233.
Mesa de Triana: 81, 122, 169, 186.
Mexía de Vilches, Lucas: 50.
Mibelli, Elbano: 313.
Minerva: 33.
Mirabel: 29, 347, 368.
Mirabel (España): 345.
Miraflores, Palacio de: 5, 7, 12, 15, 16, 21.
Mocotí: 230.
Mocoy: 65.
Monagas: 243.
Monagas, José Tadeo: 129, 186.

Monay, Llanos de: 47, 50, *159.*
Monreal Paredes, Nicolás: 302.
Montalvo, Francisco: 353.
Montani, Lucas Simón: 58, 63, 238.
Montañez, [Juan Martínez]: 237.
Montesinos, Antón de: 352.
Monteverde, [Domingo de]: 174.
Montiel, María Josefa: 137.
Montilla, José Abel: 94, 243, 258.
Montilla, Juan Ignacio: 247, 290.
Montilla, Los: 50.
Montilla, Rafael: 54.
Monzón, Juan de Dios: 211-213.
Moporo: 373.
Morales, Ana: 371.
Morales Marcano, Los: 203.
Morán, Manuel: 12, 15, 16, 17, 18.
Morelos, [José María]: 353.
Moreno, Saúl: 108, 302.
Morillo, Pablo: 31, 382.
Motatán: 83, 87, 143, 231, 247, 308, 341, 373.
Mucas, Vallecito: 62, 80, 150, 341, 346.
Mucuchíes: 257, 258.
Muñoz Montes de Oca, Ginesa: 371.
Murcia: 372.
Musabá, Cerrito de: 81.
Musos: 49.
Mussolini, [Benito]: 111.

Nau, Juan David (L'Olonais): 69.
Nazareth: 131.
Nazaria: 79.
Nervo, Amado: 107.
Nicaragua: 67, 159.
Nieto Caicedo, Luis: 362.
Nietzche, Federico: 107.
Nigale, Cacique: 48.
Niño. Véase: Silva, [José Venancio].
Niquitao: 36, 358, 382.
Nirgua: 372.

Nonó: 79.
Noticias Historiales de Fray Pedro Simón: 83.
Noveli, José Eusebio: 307.
Nueva Granada: 179.
Nueva Segovia: 28. 48.
Nueva Trujillo: 29. 60. 153. 348. 368. 381. 386.
Nueva York: 302.
Nueva Zamora: 48.
Nuevo Reino de Granada: 29. 30. 31. 49. 153. 370.
Núñez de Cáceres, ?: 106.

Ocampo y Castellón. [Gonzalo de]: 348.
Océano Atlántico: 126.
Oliva. Pompeyo A.: 290. 309.
Olivares. Régulo: 272.
Olivares Figueroa. Rafael: 57.
Omaña. Timoleón: 282-284, 293. 294.
La Oración por todos de Andrés Bello: 134.
Orígenes trujillanos de Amilcar Fonseca: 151. 195. 303.
Orinoco. Río: 143.
Oropeza. Pastor: 20. 44.
Ortega y Gasset. José: 295. 353.
Osses. Sebastián de: 179.
Oteiza. Luis de: 44.
Otero Vigas. ?: 209.
Oviedo y Baños. José de: 30. 34. 42. 44. 157.
Oxford: 245.

Pacheco. Alonso: 47. 48. 370.
Pacheco. Antonio José: 34. 50.
Pacheco. José Rafael: 335.
Pacheco. Los: 50. 359.
Pacheco Maldonado. Juan: 47. 48. 49. 50. 371.
Páez. Félix R.: 94.
Páez. José Antonio: 173. 174. 365.
Países Bajos: 80.
Palabras en Guayana: 110.
Palomino. [Pedro Mártir]: 50.
Pampán: 231. 295. 308. 341. 346. 368.
Pamplona: 48.

Pannacci, Las: 58.
Páramo de las Rosas: 72.
Páramo de Timotes: 228.
Páramo de Tuñame: 217.
Pardo, Isaac J.: 57.
Pardo Gayoso, Los: 362.
Paredes, Elbano: 19.
Paredes, Eloy: 175.
Paredes, Los: 359, 360.
Paredes Pimentel, Ignacio: 229, 247.
Paredes Pimentel, Los: 229.
Paredes Pimentel, Pedro: 229, 230, 247.
Paredes Vivas, [Elbano]: 19.
Parejo, Antonio: 203.
Parilli, Los: 360.
Parilli, Luis: 89.
París: 245, 277.
Parra, Caracciolo: 34, 94, 170, 203, 243-246, 258, 379.
Parra, Melquíades: 240, 301.
Parra, Pedro María: 203, 322.
Parroquia Chiquinquirá (Trujillo): 296.
Parroquia La Candelaria: 305.
Partido Democrático Venezolano (PDV): 20.
Pasteur, Louis: 275, 353.
Pelayo, Los: 364.
Península Ibérica: 145, 165.
Peña, Diego de la: 153, 154, 370.
Peña, Nicolasa: 84.
Peñalver, Fernando de: 174.
Pequeño Anecdotario Trujillano: 342.
Perdomo Andrade, Marcelino: 307.
Pérez de Tolosa, [Juan]: 48, 78.
Pérez Jiménez, Marcos: 16, 18.
Pérez Pisanti, Los: 362.
Pérez Prado, [Dámaso]: 64.
Pérez Soto, Vicencio: 238.
Pernalete, Rafael Antonio: 240.
Perozo, Eustoquia: 58.
Petrarca, Franceso: 122.
Phelps, Los: 362.

Pi Suñer, Los: 362.
Piar, Manuel: 172.
Picón, Antonio Ignacio: 253.
Picón, Juan de Dios: 196, 203, 223.
Picón Grillet, Berenice: 223.
Picón Lares, Eduardo: 185.
Picón Lares, Roberto: 108, 185.
Picón Rivas, Ulises: 186.
Picón Salas, Mariano: 108.
Pié de Sabana: 231, 247.
Pimentel, Manuel Felipe: 164, 281.
Pimentel Roth, Francisco: 243.
Pineda, Benjamín: 345.
Piña Ludueña, Gonzalo de: 48.
Pittier, Los: 362.
Plaza Bolívar (Trujillo): 78, 207, 240, 283, 293.
Plaza Bolívar (Valera): 309.
Plazuela de Santa María (Trujillo): 347.
Poggioli, José: 308.
Portillo y Valera, Juan Antonio: 54.
Pou, Pedro: 123, 207-208, 240, 263.
Prestón, Amias: 101.
Prometeo: 80.
Protocolo de Urrutia: 175.
Protocolo Franco-Venezolano: 321.
Puente Machado: 73.
Puerto Cabello: 61, 164.
Pulgar, Rafael: 199, 378.
Pulgar, Venancio: 66, 215.

Quesada, Gonzalo de: 88.

Ramírez, Evaristo: 299.
Ramírez de Cegarra, Juan: 372.
Ramón, El Poncho: 86.
Rangel, Rafael: 34, 243, 277-279, 353, 379.
Rangel Garbiras, Carlos: 216.
El Regente Heredia: 110, 113.
Reina Victoria: 244.
Rendón, José Antonio: 164.

Reverend, Alejandro Próspero: 219.
Revista Ariel: 108, 302.
Revista El Castillo: 308.
Revista Cosmos: 308.
Revista Páginas: 308.
Revollo, [José Pío]: 203.
Reyes, Alfonso: 353.
Reyes Católicos: 346.
Ribas, José Félix: 382.
Ricardo II: 380.
Riego [Núñez, Rafael del]: 31.
Rincón González, [Felipe]: 325.
Río Albarregas: 141.
Río Arriba: 83.
Río Castán: 51, 81, 83, 293, 372.
Río Chama: 143.
Río El Jiménez: 83.
Río El Mocoy: 83.
Rivas de Burelli, Adela: 218.
Riveros, ?: 6, 21.
Rodríguez, Clodomiro: 67.
Rodríguez, Diego Ignacio: 240, 301.
Rodríguez, Petra: 58.
Rodríguez de Espina, Cristóbal: 374.
Rodríguez del Toro, Los: 195.
Rodríguez Picón, Los: 195.
Rodríguez Suárez, Juan: 29, 31, 153, 154, 370.
Rojas, Arístides: 53, 234.
Rojas, Pedro Ezequiel: 18.
Rojas, Pedro José: 18.
Rojas Paúl, [Juan Pablo]: 311.
Roma: 245, 334, 348, 381.
Román, Juan: 153, 370.
Romano, Pancho: 209.
Romero Zuloaga, Gustavo: 19.
Rondón Márquez, Rafael Angel: 189.
Rosales, Adolfo: 61.
Rosales, Andrés: 307.
Rosales, Las: 58.
Rosario, Francisco Antonio: 181-183, 375.

Roth, Jacobo Antonio: 161-162, 264, 373.
Roth Briceño, Los: 229.
Rubio: 258.
Ruedas, Rafael: 240.
Ruíz, Francisco: 29, 60, 370, 371.
Ruíz Vallejo, Diego: 349.
Ruza, Miguel: 61.

Saavedra, Pedro José: 291, 335.
Saavedra, Santana: 216.
Sabana de Mendoza: 308.
Sabana Larga: 341, 368.
Sáez, Nemesio: 301.
Sáez, Rafaela: 86.
Salamanca: 49, 245, 347, 372.
Salas, Enrique: 164.
Salas, José de Jesús: 336.
Salas Ochoa, Eugenio: 53, 54, 336.
Salomón: 89.
Salvá, Vicente: 253.
Samaniego Cuaresma de Melo, Antonia: 371.
San Agustín: 342.
San Cristóbal: 258, 330.
San Ignacio: 127, 342.
San Jacinto: 82, 83, 84, 86, 87, 88, 90, 169.
San José, Costa Rica: 112.
San José de Cúcuta: 215.
San Lázaro: 65, 105, 107, 211, 220.
San Miguel: 152.
San Pablo: 114.
San Sebastián de los Reyes: 48.
Sánchez, Francisco: 290.
Sánchez, Julio Helvecio: 34, 108, 291, 292, 302, 335.
Sánchez de Jelambi, Carmela: 289.
Sansón de Extremadura [Diego García de Paredes (padre)]: 346, 369.
Sanjón del Diablo: 181.
Santa Fe de Bogotá: 31, 99, 160.
Santa Inés: 267.
Santa María de Ipire: 94.
Santa Marta: 48.

Santa Rosa, Municipio: 56.
Santana: 389.
Santayana, [Jorge]: 109.
Santiago de Chile: 159.
Santiago, Miguel de: 74.
Santo Domingo [República Dominicana]: 48.
Santomas: 174, 175.
Sanz Febres, José Ramón: 219.
Sardi, Julio: 74, 93, 108.
Sarmiento, Domingo Faustino: 44.
Schopenhauer, Arnold: 107.
Segnini, Fernando: 308.
Segovia, José de: 373.
Sepúlveda, Juan Ginés de: 352.
Shakespeare, William: 380.
Silva, [José Venancio]: 12, 16, 17.
Silva, Antonio Justo: 34, 94, 185, 243, 258, 299-300.
Silveira, Manuel: 11, 12, 14, 17, 19.
Simón, Pedro: 83.
Sociedad de la Paz: 61.
Sócrates: 342.
La Sombra de Salustio González Rincones: 278.
Sosa, Sixto: 318.
Sotillo, Pedro: 5, 15, 18.
Soto, Ramón: 196.
Spinetti, Ernesto: 249.
Suárez, Juan: 86.

Tácito: 255.
Táchira: 243, 257, 258, 259, 285.
Táchira, Sección: 216.
Tagliaferro, José Antonio: 285, 290.
Tapices de historia patria: 109, 111.
Tejera, Enrique: 6, 21.
Tejera, Humberto: 185.
Tejera, José Domingo: 34, 159, 228, 335.
Tejera, Pedro: 14.
Temas inconclusos: 110.
Tennyson, Alfred: 357.
Terán, Los: 359.

Terán, Rafael: 34, 290, 335.
Tierra Morada (Cerro): 78.
Tierra Prometida (Israel): 145.
Timirisis (Cerro): 75.
Timoto Cuycas: 53, 151, 234.
Tirado de Salas Ochoa, Ana: 35, 53, 54.

Tiscar, [Antonio]: 172.
Tolimas: 49.
Toro, Fermín: 80, 175, 362, 364.
Toro, Los: 203.
Torquemada, [Tomás de]: 333.
Torre, Vicente de la: 289.
Torre Barrera, Francisco de la: 49, 372.
Torre Barrera, Juana de: 49, 372.
Torrijos, [Manuel de]: 244.
Tostós: 307.
Tovar: 230.
Tovar, Manuel Felipe de: 49, 372.
Tovar, Mauro: 50, 67, 159, 372.
Tovar Báñez, Antonio: 50.
Toynbee, [Arnold]: 367.
La traición de los mejores: 113.
Transvaal: 361.
Trejo, Juan de: 370.
Troconis, Mateo: 33, 263.
Troconis, Zoilo: 335.
Trujillo: 26, 27, 30, 31, 32, 33, 34, 36, 42, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 56, 58, 61, 62, 63, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 77, 78, 81, 82, 86, 87, 88, 89, 90, 93, 94, 96, 99, 100, 105, 108, 120, 123, 125-126, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 157, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 167, 169, 171, 174, 175, 179, 181, 186, 187, 189, 190, 193, 195, 197, 199, 200, 201, 207, 208, 209, 211, 215, 217, 219, 220, 221, 223, 224, 227, 228, 229, 230, 233, 235, 237, 238, 240, 247, 253, 254, 255, 268, 282, 283, 292, 296, 301, 305, 311, 315, 321, 327, 329, 331, 332, 336, 341, 342, 343, 344, 345-350, 368, 369, 370, 372, 373, 375, 376, 377, 385.
Trujillo (Estado): 231, 234, 247, 251, 258, 263, 268, 271, 272, 273, 281, 285, 286, 291, 292, 293, 307, 312, 316, 317, 323, 325, 326, 359, 360, 368, 378, 379, 380.
Trujillo (España): 345-346, 371.

Trujillo de Cuicas: 29.
Trujillo de Extremadura: 381, 384.
Trujillo de Medellín: 29, 60, 368.
Trujillo de Salamanca: 29, 60, 368.
Trujillo del Collado: 60, 368.
Truman, Harry S.: 66.
Túnez: 158.
Tunja: 48.
Turagual: 231, 247.

Ugueto, Luis: 233.
United Press: 8.
Urbaneja, Diego Bautista: 313.
Urdaneta, Juan N.: 281.
Urdaneta, Juan Nepomuceno (hijo): 190, 235, 264, 281-284, 377.
Urdaneta, Los: 281, 359.
Urdaneta, Miguel Ignacio: 65, 66, 199, 207-209.
Urdaneta, Rafael: 246.
Urdaneta, Rafael Guillermo: 113.
Urdaneta Carrillo, Enrique: 52.
Urdaneta Maya, Enrique: 34, 227, 235.
Urdaneta Maya, Ezequiel: 67, 227, 240, 301.
Urdaneta Maya, Jesús: 227.
Urdaneta Maya, Octaviano: 227.
Urrecheaga, Rafael María: 34, 52, 53, 106, 179, 233-236, 379.
Uslar, Federico: 203.
Uslar Pietri, Arturo: 6, 7, 9, 10, 11, 12, 16, 18, 22.
Uzcátegui, Mariano: 14.
Valcarce Pimental González Segovia, Francisco: 137.
Valcarce Pimentel, Antonio: 264.
Valcarce Pimentel, Ignacia: 281.
Valcarce Pimentel, Los: 195, 229.
Valcarce Pimentel, Manuel Felipe: 373.
Valencia (España): 344.
Valencia del Rey: 28, 48, 173, 175, 176, 330, 349.
Valera: 30, 91, 176, 197, 224, 228, 230, 247-248, 249, 251, 257, 269, 289, 308, 309, 317, 326.
Valera de Alarcón, Fernando Manuel: 374.
Valera Hurtado, Luis: 99.
Valera Hurtado, Neptalí: 301.

Valera, Marcos: 370.
Valera Martínez, Tobías: 251, 336.
Valero, Lorenzo: 335.
Valero Salas, Narcisana: 105.
Valle de Josafat: 179.
Valera, Ulpiano: 12, 17.
Vargas, José María: 176, 220, 244, 362, 364.
Vargas, Los: 203.
Vargas, Mario: 7, 16, 20.
Vargas, Roberto: 313.
Vargas López-Méndez, Manuel María: 219, 302.
Vargas Vila, José María: 106, 107, 254.
Vazquez, Francisco de Paula: 33, 335.
Vazquez, Los: 359.
Vazquez Coronado, Juan: 372.
Vega, Garcilaso de la: 353.
Vejarano, Juan: 196.
Velasco, Ruperto: 7, 12, 16, 17, 18.
Velutini, José Antonio: 313.
Venezuela: 67, 80, 95, 96, 115, 122, 125, 126, 128, 129, 132, 133, 134, 143, 150, 164, 171, 173, 174, 175, 193, 202, 220, 223, 227, 231, 237, 259, 267, 268, 273, 277, 278, 281, 285, 291, 292, 312, 322, 342, 348, 352, 357, 360, 361-362, 364, 365, 366, 377, 388.
Ventanas en la noche: 110.
Verdugo de la Bastida, Cristóbal: 372.
Vetancourt, Federico: 290.
Vida y papeles de Urdaneta: 113.
Vilchez y Narváez, Juana de: 372.
Villacinda, ?: 48.
Villalba, Jóvito: 6, 21.
Villarreal [Personaje popular]: 86.
Villasmil, Alejandro: 307.
Villegas, Juan de: 370.
Villegas, Los: 359, 360.
Villegas Pulido, Guillermo Tell: 113.
Virgilio: 27, 348.
Virutas: 110.
Vitoria, Francisco de: 352.
Vivas, Ezequiel: 269, 293.
Volney: 107.

Voltaire: 107.

Wasseur, Francisco Teodoro: 157.

Yépez, José Ramón: 259.
Zamora: 349.
Zamora, Ezequiel: 192.
Zamorani, Los: 362.
Zaragoza: 346, 386.
Zerpa, [Cadete]: 14.
Zerpa, Víctor Antonio: 327.
Zumeta, César: 106, 291.

INDICE DE MATERIAS

ACADEMIAS Véase: **CULTURA- Instituciones.**
ACULTURACION Véase: **CULTURA-Aculturación-Transculturación.**
ALIMENTACION Véase: **CULTURA-Alimentación.**
AMERICANISMO Véase: **CULTURA-Tendencias y movimientos-Americanismo.**
ANDINISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Andinismo.**
ANTI-IMPERIALISMO Véase: **POLITICA-Doctrinas e ideologías-Imperialismo.**
ARAUJISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Araujismo.**
ARTE Véase: **CULTURA-Arte.**
ARTESANIA Véase: **CULTURA-Artesanía.**
ASTRONOMIA: 82, 107, 254.

BAPTISTISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Baptistismo.**
BELLISMO Véase: Bello, Andrés (Indice Onomástico).
BIBLIOTECAS Véase: **CULTURA-Instituciones.**

CAMALEONISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Casaleonismo-Camaleonismo.**
CAMPAÑAS ELECTORALES Véase: **POLITICA-Elecciones.**
CASALEONISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Casaleonismo-Camaleonismo.**
CASTRISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Castrismo.**
CATEDRALES Véase: **RELIGION-Catedrales e iglesias.**
CATOLICISMO Véase: **RELIGION-Doctrinas religiosas-Catolicismo.**
CAUDILLISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Caudillismo.**
CEREMONIAS RELIGIOSAS Véase: **RELIGION-Ceremonias y Festividades.**

CHAUVINISMO Véase: **CHOVINISMO (CHAUVINISMO).**
CHOVINISMO (CHAUVINISMO): 74, 95, 109.
CIVILISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Civilismo.**
CIVILIZACION: 365. Véase además: **CULTURA.**
COFRADIAS Véase: **RELIGION-Congregaciones-Ordenes-Cofradías.**
COLONIA Véase: - **CULTURA-Períodos-Colonial.**
- **HISTORIA-Períodos-Colonial.**
CONCORDATOS Véase; **RELIGION-Política religiosa.**
CONGREGACIONES Véase: **RELIGION-Congregaciones-Ordenes-Cofradías.**
CONSPIRACIONES Véase: **HISTORIA-Revoluciones y guerras-Conspiraciones.**
CONQUISTA Véase: **HISTORIA-Períodos-Conquista.**
CONVENTOS Véase: **RELIGION-Conventos-Monasterios-Seminarios.**
CORSARIOS Véase: **HISTORIA-Períodos-Colonial.**
CORRUPCION ADMINISTRATIVA: 55, 112.
CRISIS
- **De crecimiento:** 367.
- **De pueblo:** 113.
- **De urbanidad:** 264.
- **Jurídica:** 112.
- **Moral:** 362.

CULTURA
- **Aculturación-transculturación:** 49-50, 58, 164, 359-363, 366.
- **Alimentación:** 58, 61, 79, 84, 88, 123, 129, 130.
- **Arte:** 51, 63-64, 67, 70, 74, 237, 238.
- **Artesanía:** 63, 78, 85, 87, 122.
- **Folklore**
  - **Fiestas y tradiciones:** 56, 57, 58-61, 70-71, 87, 296.
  - **Medicina:** 160.
  - **Música:** 59-60, 87.
  - **Personajes:** 84, 86.
  - **Poesía:** 56, 57, 59, 61, 79, 123, 125, 153, 164, 208, 238.
- **Instituciones-Academias-Bibliotecas-Sociedades:** 28, 52, 53, 67, 110, 112, 149, 179, 233, 234, 244, 245, 308, 327, 334.
- **Períodos**
  - **Colonial:** 78, 349.
  - **Nacional:** 364.
  - **Prehispánico:** 78, 352-353.
- **Tendencias**
  - **Americanismo:** 115, 352-354, 355.

- **Leyenda negra-Leyenda dorada:** 109.
- **Nacionalismo:** 44, 77, 93-94, 95, 99, 109, 113, 114, 115, 343-344, 352, 355, 356, 358-359, 362, 363-366.
- **Positivismo:** 353.
- **Regionalismo:** 33-34, 44, 59, 64, 74, 77, 95, 99, 114, 245.
- **Utensilios-Instrumentos:** 79-80, 84, 87, 89, 122, 125, 130.

DEMOCRACIA Véase: **POLITICA-Doctrinas e ideologías-Democracia.**
DOCTRINA HISTORIOGRAFICA Véase: **HISTORIA-Pensamiento historiográfico.**
DOCTRINAS RELIGIOSAS Véase: **RELIGION-Doctrinas-Catolicismo.**

ECONOMIA: 359-360, 371.
EDUCACION
- **Instituciones:** 35, 51, 52, 53, 54, 55, 78, 100, 105, 108, 186, 189, 233, 234, 235, 237, 238, 243, 244, 245, 254, 257, 258, 260, 273, 282, 289, 290, 291, 299, 311, 312, 321, 378.

ELECCIONES Véase: **POLITICA-Elecciones.**

FASCISMO Véase: **POLITICA-Doctrinas e ideologías-Fascismo.**
FE CATOLICA Véase: **RELIGION-Doctrinas religiosas-Catolicismo.**
FEDERALISMO Véase:
- **POLITICA-Tendencias y movimientos-Federalismo.**
- **HISTORIA-Revoluciones y guerras.**

FESTIVIDADES RELIGIOSAS Véase: **RELIGION-Ceremonias y festividades.**
FIESTAS Y TRADICIONES Véase: **CULTURA-Folklore-Fiestas y tradiciones.**
FILIBUSTEROS Véase: **HISTORIA-Períodos-Colonial.**
FOLKLORE Véase: **CULTURA-FOLKLORE.**

GOMECISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Gomecismo.**
GOLPES DE ESTADO Véase: **HISTORIA-Revoluciones y guerras-Conspiraciones.**
GRUPOS POLITICOS Véase: **POLITICA-Partidos políticos.**
GUERRAS Véase: **HISTORIA-Revoluciones y guerras-Conspiraciones.**
GUZMANCISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Guzmancismo.**

HISTORIA
- **Instituciones:** 28, 29, 32, 48, 49, 50, 60, 154, 161, 162, 173, 175, 186, 350.
- **Pensamiento historiográfico:** 111, 151, 342-343, 352, 357-358, 365, 383, 385.

- **Períodos**
  - **Colonial:** 30, 48, 50, 59, 60, 62, 64, 112, 351, 372.
  - **Conquista-Poblamiento:** 28, 29, 44, 49, 60, 83, 157, 348-353. Véanse además nombres de ciudades (Indice onomástico).
  - **Independencia:** 30, 31, 161, 162, 163, 373, 375.
  - **República:** 32, 113, 190, 215, 217, 230, 231, 247, 258.
- **Revoluciones y guerras -Conspiraciones:** 5-23, 31, 162, 165, 175, 189, 199, 203, 215, 216, 227, 229, 230, 231, 232, 258, 271, 292, 293, 311, 326, 376.
- **Tendencias**
  - **Nacionalismo:** 77, 109.
  - **Revisionismo histórico:** 109-111.

IDENTIDAD: 354.
IGLESIA Véase: **RELIGION-Iglesia.**
IMPERIALISMO Véase: **POLITICA-Doctrinas e ideologías-Imperialismo.**
IMPRENTA: 185, 258, 307. Véase también: **PERIODISMO.**
INDEPENDENCIA Véase: **HISTORIA-Períodos-Independencia.**
INDIGENISMO Véase: **CULTURA-Períodos-Prehispánico.**
INMIGRACION Véase: **CULTURA-Aculturación-Transculturación.**
INSTITUCIONES
- Culturales Véase: **CULTURA-Instituciones.**
- Eclesiásticas Véase: **RELIGION-Iglesia-Instituciones.**
- Educativas Véase: **EDUCACION-Instituciones.**
- Históricas Véase: **HISTORIA-Instituciones.**
- Militares Véase: **POLITICA-Instituciones militares.**
- Políticas Véase: **POLITICA-Instituciones.**

LEGISLACION Véase: **PENSAMIENTO JURIDICO Y LEGISLACION.**
LEYENDA NEGRA-LEYENDA DORADA Véase: **CULTURA-Tendencias-Leyenda negra-Leyenda dorada.**
LIBERALISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Liberalismo.**
LITERATURA: 85, 88, 99, 107, 108, 110, 113, 115, 119, 121 -122, 134-135, 166, 195, 223, 228, 254, 270, 291-294, 295, 302. Véase además: **CULTURA-Folklore-Poesía.**

MEDICINA Véase: **CULTURA-Folklore-Medicina.**
MEDINISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Medinismo.**
MILITARISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Militarismo.**
MONASTERIOS Véase: **RELIGION-Conventos-Monasterios-Seminarios.**
MONTONERAS Véase: **HISTORIA-Revoluciones y guerras-Conspiraciones.**
MUSICA Véase: **CULTURA-Folklore-Música.**

NACIONALIDAD: 44, 59, 77, 109, 113-114, 343-344, 352, 358, 359, 360, 365, 367, 371.

NACIONALISMO Véanse: - **CULTURA-Tendencias-Nacionalismo.**
- **HISTORIA-Tendencias-Nacionalismo.**
- **POLITICA-Doctrinas e ideologías-Nacionalismo.**

Véase también: **NACIONALIDAD.**

NAZISMO Véase: **POLITICA-Doctrinas e ideologías-Nazismo.**

ORDENES RELIGIOSAS Véase: **RELIGION-Congregaciones-Ordenes-Cofradías.**

PARTIDOS POLITICOS Véase: **POLITICA-Partidos políticos.**

PATRIOTISMO: 130-131, 336, 355-357, 378. Véase además: **NACIONALISMO.**

PATRONATO Véase: **RELIGION-Política religiosa.**

PENSAMIENTO HISTORIOGRAFICO Véase: **HISTORIA-Pensamiento historiográfico.**

PENSAMIENTO JURIDICO Y LEGISLACION: 51, 194, 286.

PEREZJIMENISMO Véase: **POLITICA-Tendencias y movimientos-Perezjimenismo.**

PERIODISMO: 61, 106, 108, 171, 255, 302, 307, 308, 321, 329, 331. Véase además: **IMPRENTA.**

PERSONAJES
- Folklóricos Véase: **CULTURA-Folklore-Personajes.**
- Sagrados Véase: **RELIGION-Personajes sagrados.**

PIRATAS Véase: **HISTORIA-Períodos-Colonial.**

POESIA Véase: **CULTURA-Folklore-Poesía.**

POLEMICAS RELIGIOSAS Véase: **RELIGION-Polémicas.**

POLICIAS POLITICAS Véase: **POLITICA-Policías políticas.**

POLITICA
- **Doctrinas e ideologías.**
  - **Democracia:** 55, 111, 350.
  - **Fascismo:** 111.
  - **Imperialismo-Anti-imperialismo:** 111, 114, 354, 356.
  - **Nacionalismo:** 80, 356, 357.
  - **Nazismo:** 111, 356, 363.
- **Elecciones.**
  - **Campañas electorales:** 319.
- **Instituciones:** 5, 50, 53, 313-321.

- **Instituciones militares:** 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 13, 14, 16, 17, 19, 22, 164, 258, 271, 316.
- **Partidos políticos:** 7, 20, 51, 112.
- **Policías políticas:** 141, 282, 305.
- **Tendencias y movimientos**
  - **Andinismo:** 94, 216, 230, 231, 232, 258, 268, 271, 274.
  - **Araujismo:** 66, 73, 189, 193, 215, 216, 217, 218, 229, 282, 312, 378.
  - **Baptistismo:** 189, 193, 202-204, 215, 216, 217, 229, 271, 282, 312, 378.
  - **Camaleonismo:** 112.
  - **Casaleonismo:** 112.
  - **Castrismo:** 55, 231, 232, 248, 258, 259, 293, 321.
  - **Civilismo:** 176.
  - **Federalismo:** 32, 189, 193, 211, 215, 229, 268.
  - **Gomecismo:** 258, 271, 272, 313, 321, 322, 325.
  - **Guzmancismo:** 67, 199, 201, 212, 213, 223, 229, 243, 378.
  - **Liberalismo:** 211, 229.
  - **Medinismo:** 7, 14.
  - **Militarismo:** 54, 70, 144-145, 196, 238.
  - **Perezjimenismo:** 143-145.

POLITICA RELIGIOSA Véase: **RELIGION-Política religiosa.**

POSITIVISMO Véase: **CULTURA-Tendencias-Positivismo.**

REGIONALISMO Véase: **CULTURA-Tendencias-Regionalismo.**

RELIGION

- **Catedrales e iglesias:** 51, 62, 63, 64, 65, 69, 73, 74, 84, 159, 235, 237, 238, 332, 345, 369, 374, 376.
- **Ceremonias y festividades:** 31, 56, 60, 61, 65, 66, 71, 79, 199, 200.
- **Congregaciones-Ordenes - Cofradías:** 61-62, 64, 67, 158, 159, 195.
- **Conventos-Monasterios-Seminarios:** 51, 69, 73, 78, 120, 157, 195, 220, 235, 237, 238, 245, 372, 374.
- **Doctrinas**
  - **Catolicismo:** 31, 101, 114, 115, 121, 127, 128, 378.
- **Iglesia**
  - **Instituciones:** 330.
- **Personajes sagrados:** 30, 31, 43, 44, 47, 56, 59, 63, 65, 67, 68, 73, 74, 75, 87, 120, 127, 128, 157, 160, 181, 237, 238, 331, 332, 347, 370, 374.
- **Polémicas:** 299-300.
- **Política religiosa:** 31, 114.

REPUBLICA (Período) Véase: **HISTORIA-Períodos-República.**

REVISIONISMO HISTORICO Véase: **HISTORIA-Tendencias-Revisionismo histórico.**

REVOLUCION DE OCTUBRE Véase: **HISTORIA-Revoluciones y guerras-Conspiraciones.**
REVOLUCIONES Véase: **HISTORIA-Revoluciones y guerras-Conspiraciones.**

SAGRADA (Policía) Véase: **POLITICA-Policías políticas.**
SEGURIDAD NACIONAL (Policía) Véase: **POLITICA-Policías políticas.**
SEMINARIOS Véase: **RELIGION-Conventos-Monasterios-Seminarios.**
SOCIEDADES CULTURALES Véase: **CULTURA-Instituciones.**
SUBLEVACIONES Véase: **HISTORIA-Revoluciones y guerras-Conspiraciones.**

TRADICION-TRADICIONALISMO-TRADICIONISMO: 34-35, 58-59, 64, 80, 114, 149, 342, 348, 354-355, 358, 364, 365, 383.
TRADICIONES VENEZOLANAS Véase: **CULTURA-Folklore-Fiestas y tradiciones.**
TRANSCULTURACION Véase: **CULTURA-Aculturación-Transculturación.**
TRUJILLANIDAD: 27, 32, 33, 35, 43, 54, 56, 72, 74, 77, 78, 87, 90, 93, 96, 100, 150, 154-155, 164, 196, 209, 230, 238, 264, 281, 302, 308, 336.

UNION REPUBLICANA DEMOCRATICA Véase: **POLITICA-Partidos políticos.**
UTENSILIOS E INSTRUMENTOS Véase: **CULTURA-Utensilios-Instrumentos.**

VENEZOLANIDAD: 44, 100-101, 114, 115, 196, 258, 278, 336, 360, 364-366, 386.

Impresión realizada para el Congreso de la República en los Talleres Gráficos de AVILA ARTE. S.A., Av. Augusto C. Sandino, Caracas, Venezuela, en diciembre de 1988.

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

Estas **Obras Completas,** que abarcarán aproximadamente 20 volúmenes, recogen desde los primeros textos publicados por el ensayista, hasta la obra dispersa en publicaciones periódicas y valiosos materiales que integran su archivo personal.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988